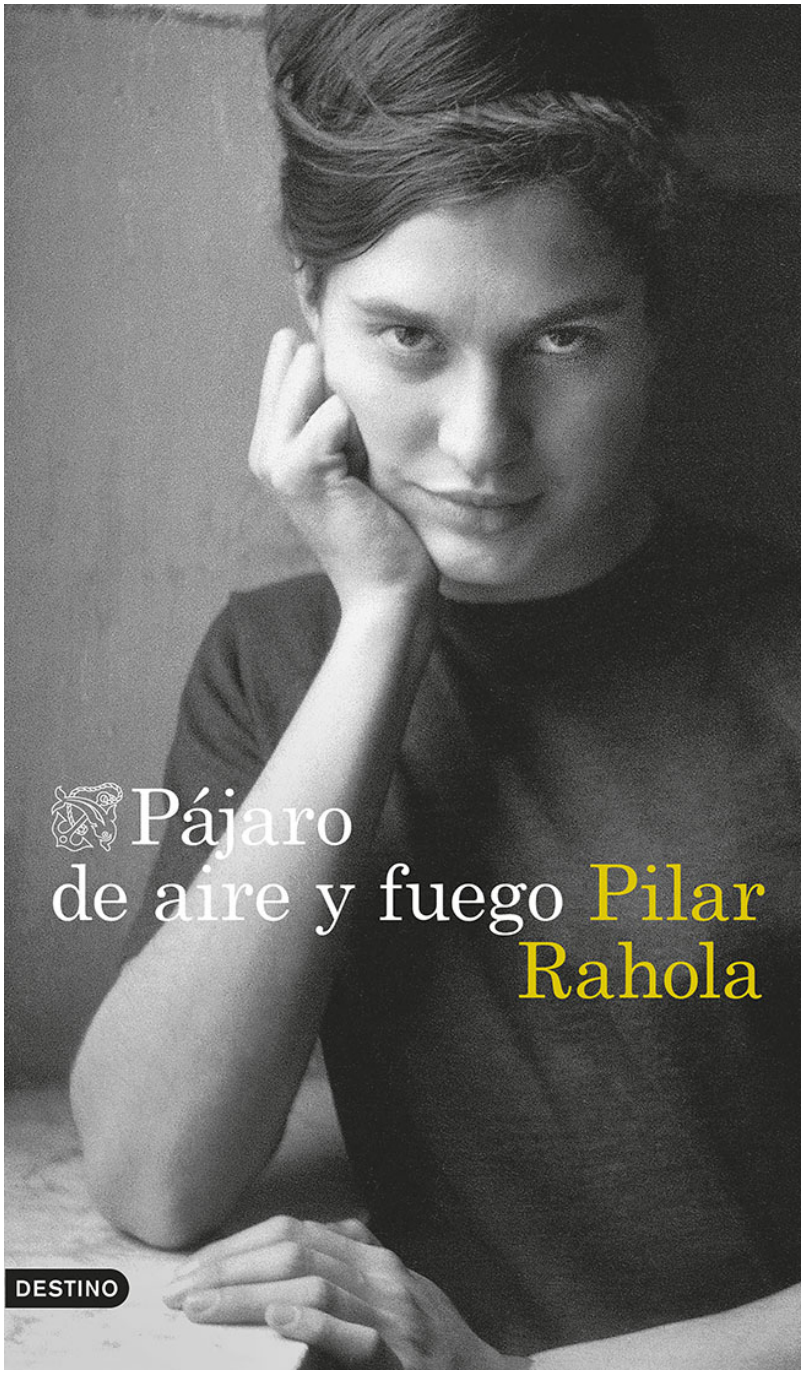
Pájaro
de aire y fuego
Pilar
Rahola
DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Preámbulo (Primero de abril de 1959)
- Lema
- Cara al sol, la gloriosa cruz...

Luna nueva (1955)
- Lema
- Un fajo de cartas
- Soy Quico
- El aleteo de una mariposa
- El naranjo de Yad Mordejai (1948)
- Noche de luna nueva

Luna creciente (1956-1957)
- Lema
- Un plato de arroz con leche
- Pájaro de aire y fuego
- La casa de Cassland Road (1949)
- Una mañana de agosto

Luna llena (1958-1960)
- Lema
- Han llamado de madrugada
- Estos días azules y este sol de la infancia
- Una copa de Soberano
- «Querida abuela...»
- ¡Viva el Somatén!
- Carta desde América

Posfacio

Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Barcelona, años cincuenta. Nina tiene diecinueve años y acaba de descubrir las cartas de su abuela Merceneta, huida en los años cuarenta. A partir de esta lectura, la joven inicia un proceso de transformación personal que la llevará a descubrir su sexualidad y al compromiso político en la clandestinidad. En el país, el régimen de consolida, Franco inaugura el Valle de los Caídos, la comisaría de Via Laietana está llena de presos torturados y por las montañas de Cataluña Facerias y Quico Sabaté mantienen su lucha contra el fascismo. La revolución y la represión, el miedo y el coraje, la opresión y la libertad.

Pájaro de aire y fuego

Pilar Rahola

Traducción de Olga García Arrabal

Ediciones Destino

A mis hijos, Sira, Noè y Ada,
y a mis dos nietos, Jordi y Joan,
estrellas luminosas que dan sentido
al camino de mi vida

Preámbulo
(Primero de abril de 1959)

¡Viva, viva la Revolución!
¡Viva, viva Falange de las JONS!
¡Muera, muera el capital!
¡Viva, viva el Estado sindical!
Que no queremos reyes idiotas
que no sepan gobernar.
Implantaremos, porque queremos,
el Estado sindical.
¡Abajo el Rey!

Himno contra Juan Carlos en el campamento Francisco Franco del Frente de Juventudes, cuando estaba acampado realizando el curso de jefe de Centuria, Nava de Covaleda, 1955

Cara al sol, la gloriosa cruz...

En el valle de Cuelgamuros, donde se inauguraba el monumento, el calor era infernal. Pero, pese al sol abrasador que caía a plomo sobre los miles de asistentes de la gran explanada, la mayoría llegados desde primeras horas de la madrugada, nadie mostraba señal alguna de fatiga. La multitud estaba exultante, pletórica de orgullo patriótico, y ni las palabras del hombre que presidía el solemne acto frenaban sus gritos de exaltación. «La anti-España fue vencida y derrotada, pero no está muerta», avisaba con una voz meliflua que, sin embargo, resonaba atronadora, y los «¡Arriba España!» se mezclaban con los gritos inflamados de los «¡Viva Franco!». Hacía tan solo unos minutos que había terminado el funeral que el cardenal primado y arzobispo de Toledo, Enric Pla i Deniel, había celebrado en el interior de la fastuosa basílica benedictina, y si bien mostraba un rictus de estricta seriedad, pocos, entre los miles reunidos en la gran nave, imaginaban la tormenta de emociones que se estaba desatando en su interior.

Ya tenía ochenta y dos años, y oficiar aquel solemne funeral en honor a los caídos por Dios y por España era la culminación de toda una vida de servicio a sus ideales. «Ochenta años dedicados a la obra de Dios», pensó en una pausa de la liturgia, y el recuerdo de los años gloriosos de la sublevación le produjo una satisfacción que apenas podía contener. «El pecado de la soberbia», se reprendió, sacudiendo ligeramente la cabeza, y al momento recuperó el semblante solemne. Pero era cierto que había dedicado toda su vida a hacer resurgir la España cristiana, un soldado de Dios en lucha contra los ateos, los revolucionarios, los anarquistas, los comunistas, la mala gente. Y hoy, el día que se inauguraba aquel magno monumento a los caídos, hacía ya veinte años de la victoria. «¡Veinte años de paz y gloria!», se repetía feliz, y los

recuerdos se agolpaban como fogonazos danzarines: los primeros días de la sublevación, las ceremonias de la Falange, brazo en alto y con Dios en el corazón, el día que cedió el palacio episcopal de Salamanca al general Franco para que lo convirtiese en su residencia... «Madre de Dios, ¡el palacio episcopal!»; y el recuerdo del búnker que Franco hizo construir en el jardín del recinto, diseñado por ingenieros alemanes, le divertía como si fuese una travesura. Pero, sobre todo, el de aquel 30 de septiembre de 1936 en que publicó su artículo más famoso, «Las dos ciudades», donde apelaba a santo Tomás de Aquino para defender la idea de la guerra justa. «No es una guerra civil, es una cruzada», había escrito, y aquella idea de una guerra santa contra las fuerzas del mal se convirtió en el aliento que inspiraría a los miles de buenos españoles que derramarían su sangre en combate.

El funeral había acabado y ahora el cortejo salía al trantrán del recinto, encabezado por el Caudillo y su esposa, que caminaban bajo palio, símbolo del carácter sacro de su misión. El gigantesco órgano de la abadía hacía sonar el himno nacional a través de sus diez mil tubos, y el templo entero temblaba como si estuviese vivo. El cardenal miró a su alrededor y las caras conocidas que lo rodeaban le recordaron que estaba en compañía de la mejor gente de la patria. A un lado tenía al abad del monasterio, fray Justo Pérez, y al otro, flanqueado por el delegado nacional del Frente de Juventudes, «un hombre de honor, este López-Cancio», lo acompañaba el teniente coronel Miguel Rodrigo Martínez, capitán general de la primera región y uno de los hombres más fuertes del ejército. Caminaba con paso regio, plenamente consciente del alto rango militar que ostentaba, y, al mirarlo de reojo, sin perder el paso, el cardenal recordó que había sido coronel de la División Azul, y no pudo evitar imaginarlo con el uniforme gris *feldgrau* de la Wehrmacht. «Sin relevo posible, hasta la extinción», repitió mentalmente, y el lema de la División Azul, encarnado en aquel hombre que había acudido hasta el frente soviético para luchar contra los comunistas, lo colmó de un orgullo tan intenso que pensó que era casi divino, porque era Dios quien lo inspiraba.

Al salir al exterior, la muchedumbre estalló en un rugido de

victoria y fue entonces, al contemplar a aquellos miles de patriotas exultantes de emoción, cuando se sintió incapaz de contener una lágrima. Ante él, el espectáculo de ocho mil valientes vestidos con su viejo uniforme de alférez provisional, la guerrera amarillenta de algodón, el clásico correaje Sam Browne, el emblema de los regulares de infantería sobre el cuello, la mítica estrella de seis puntas sobre el paño negro, cubierto por un fez con borla negra y, cosido a la guerrera, el distintivo del cuerpo del ejército marroquí, con la estrella roja y la media luna blanca. «Ocho mil, han venido ocho mil. ¡Cómo no íbamos a ganar con estos valientes en nuestras filas!», y el resto de los miles de asistentes, jóvenes del Frente de Juventudes, falangistas de yugo y flechas al pecho, chicas con el azul mahón de la Sección Femenina, militares, civiles, decenas de miles unidos en homenaje a los caídos por la patria, todos ellos, españoles de honor y honra. «Creo que ya puedo morirme», pensó de repente, persuadido de haber culminado la ardua tarea que se había impuesto desde los tiempos en que era un simple seminarista de la diócesis de Barcelona, y, sereno con la idea de la muerte como un hecho sublime, la última entrega a Dios, se dispuso a escuchar la arenga del Generalísimo.

> Españoles:
> Cuando los actos tienen la fuerza y la emotividad de estos momentos en que nuestros preces ascienden a los cielos impetrando la protección divina para nuestros caídos, las palabras resultan siempre pobres. ¿Cómo podría expresar la honda emoción que nos embarga ante la presencia de las madres y las esposas de nuestros caídos...?

Unos minutos después, cuando Franco le hizo el honor de repetir sus históricas palabras, «nuestra guerra no fue una contienda civil más, sino una verdadera cruzada...», el viejo cardenal alcanzó un punto tan álgido de emoción que pensó en la experiencia mística de santa Teresa, porque solo la culminación de la obra de Dios podía provocar sentimientos tan intensos. Y con el redoble de los versos de santa Teresa en su interior, él, Enric Pla i Deniel, llegó al éxtasis:

Vida, ¿qué puedo yo darle
a mi Dios, que vive en mí,
si no es el perderte a ti
para mejor a Él gozarle?

Quico Sabaté, el maquis, el enemigo de España, el símbolo de la herejía contra la que el cardenal Enric Pla había iniciado la cruzada cristiana, jamás alcanzaría el éxtasis mientras evocaba a santa Teresa. Tampoco la había leído nunca, convencido de que la religión era una carcoma que secuestraba los cerebros y devoraba los ideales. Sus inclinaciones no se acercaban a la trascendencia del espíritu, sino a la fuerza de la acción, ferozmente ligada a la lucha terrenal. Hacía dos días que había salido de su confinamiento en Dijon para ir a ver a sus hijas, y en Tolosa de Languedoc no tenían el sol abrasador que sufrían los miles de asistentes al magno acto que se estaba desarrollando en el valle de Cuelgamuros. Un jirón de nubes amenazaba lluvia y Quico pensó que aquello era una buena señal, una pequeña venganza de la naturaleza contra un día que estaba marcado a fuego en el calendario. «¡Veinte años de la derrota!», dijo en voz alta. «Veinte años de la victoria fascista, veinte años y aún no los hemos destruido», se repitió como si se tratase de una letanía, y, entonces, enojado, arrojó contra la pared la carta que le estaba escribiendo a su amigo Joan Bellés, que vivía exiliado en Clermont-Ferrand. «¡Cómo pueden decirme los de la CNT que esto se ha acabado!», exclamó rabioso, pero enseguida recogió el papel y continuó escribiendo la carta.

> ... no he dejado ni una hora de pensar y actuar para liberar al pueblo español de la fiera feroz que lo está aniquilando física y moralmente...

Se detuvo, tomó aliento como si necesitase una sobredosis de oxígeno y, por unos instantes, se perdió en el recuerdo de una de las últimas acciones que había llevado a cabo en España. «¡El puñetero mortero!», dijo burlón mientras rememoraba el artilugio que había inventado para poder tirar octavillas, y que había situado encima de un taxi que tenía abertura en el techo el día que

Franco estaba en Barcelona. «¡Y pensar que el pobre taxista pensó que eran panfletos en homenaje al Caudillo!», y la evocación de aquella pequeña gesta le hizo recobrar el buen humor. Luego, más tranquilo, retornó a la carta que le estaba escribiendo a su amigo Bellés.

> ... por desgracia, a mí no han podido suprimirme las balas asesinas de la policía, que tantas vidas generosas han destruido, pero mis fuerzas físicas me están abandonando... Aun así, no pasaré ni un minuto de mi vida sin aportar a la lucha mi esfuerzo, por pequeño que sea...

«Las balas asesinas...», repitió abstraído, y, como tan a menudo le ocurría, el cerebro le devolvió en procesión, una tras otra, las caras de los compañeros caídos: Parés, José López, Culebras, Senzill, Facerías, su hermano Pep, su hermano Manolet... «¡Otra vez Manolet!» ¿Por qué, si lo había ahuyentado de su memoria? No merecía el recuerdo, no, era el traidor, el culpable de decenas de caídos. «¡Cobarde, cobarde, cobarde!» Y no le servían de excusa los días de tortura que su hermano había sufrido en los bajos de Vía Layetana, ni su juventud —veinticuatro años—. Nada le valía. «Somos libertarios, somos guerrilleros, no podemos rendirnos a los fascistas, no podemos, nunca.» Y, una vez más, decidido y furioso, cerró abruptamente el recuerdo de Manolet. Ni pizca de pena. Sin piedad.

«¡Tengo que volver a España, tengo que hacerlo!», exclamó decidido, finalmente liberado de la tentación de la nostalgia. Y la idea de volver al interior a perpetrar una nueva acción contra el régimen se convirtió en una motivación imparable, en una obsesión. «Hace veinte años que los fascistas gobiernan España, veinte años de terror, veinte años de asesinatos, veinte años de vergüenza. No podemos abandonar la lucha, no. Yo no lo haré.» Y en aquel preciso instante comenzó a pensar en el regreso, y en la acción que iba a perpetrar, con quién, cuándo... definitivamente entregado a la única meta que tenía sentido en su vida: la lucha contra la opresión.

Luna nueva
(1955)

A la mujer se le atrofia la inteligencia como las alas a las mariposas de la isla de Kerguelen, ya que su misión en el mundo no es la de luchar en la vida, sino acunar la descendencia de quien tiene que luchar por ella.

ANTONIO VALLEJO-NÁJERA,
psiquiatra jefe del ejército franquista,
extracto de su libro *Psicología de los sexos* (1944)

Un fajo de cartas

Subió al desván, como siempre le gustaba hacer cuando estaba en Cadaqués y llegaba la tarde. El sol desaparecía lentamente por la cresta de la montaña y el reflejo de los últimos rayos de luz sobre las aguas le provocó un pequeño estremecimiento, una especie de placer extraño que la conmocionó, herida por la belleza de un paisaje que parecía pintado por los dioses. Se tumbó bocabajo, con la cara sobre el alféizar de la ventana, que estaba situado en el suelo, y dejó pasar el tiempo, lentamente, acunada por el suave declive de la luz. El mar estaba calmado, pero en Pení había nieblas bajas y, sonriendo, repitió en voz alta el refrán que siempre le recordaba su amigo Moisès señalándole la montaña: «Mira, Nina, nieblas en Pení, ya sabes, guarda el volantín y échate a dormir». Y ella entendía que aquella noche Moisès no acudiría a Tavallera a pescar, porque las nieblas bajas eran el preludio del mal tiempo.

Se sentía feliz cuando hablaba con Moisès, «el único hombre de Cadaqués que todavía pesca con antorcha». Y entonces, mientras mascaba tabaco, le explicaba el ritual de aquel tipo de pesca que se practicaba en el pueblo desde el principio de los tiempos, «Cataluña ni existía y nosotros ya pescábamos con el laúd de fuego», y ella seguía, con la lección aprendida, «y la rejilla de hierro con el fuego y el laúd grande, con el arte de pesca», y ambos se reían de la ocurrencia. Era un hombre que llevaba siglos de mar en las venas. Pertenecía a los Kontos, una familia griega que a finales de 1800 había llegado a tierras catalanas en busca de coral y que se había instalado en Cadaqués desde principios de siglo. «Mi bisabuelo vino para extraer un submarino inglés que estaba hundido en Es Caials», y entonces contaba la fascinante historia del *Llanishen*, que fue torpedeado por los alemanes en la Primera Guerra Mundial y, abandonado por los marineros, se hundió en las

costas de Cadaqués. «Mi familia se pasó cerca de diez años sacando metal y hierros, centenares de toneladas; que no te quepa duda de que ahora ya no hay buzos como aquellos.» Y mientras mascaba tabaco y disfrutaba del orgullo desinhibido que sentía de pertenecer a una estirpe tan valiente, le contaba historias de corales y rescates en el mar, «¡Ojo, nena!, que llegaban a bajar hasta treinta brazas», y, sin atreverse a preguntar, Nina imaginaba que treinta brazas debía de ser mucha profundidad. Aquellas conversaciones con Moisès Kontos le resultaban fascinantes porque la transportaban a aventuras de otro tiempo y de un mundo que no era el suyo ni nunca lo sería. Su amiga Carla la retaba a menudo: «No es propio de señoritas el tener tanta familiaridad con los pescadores, que son gente ruda, querida». Pero Carla era una remilgada, «La hija del doctor Perramon, para servirla», muy estirada e incapaz de entender la sabiduría de la gente de mar. Un día, Moisès le dijo: «Esa amiga tuya no sabe que mucha miel empalaga», y si bien Nina no entendió la literalidad de la expresión, pensó que sí, que Carla era una tiquismiquis.

El sol ya había desaparecido del horizonte y, antes de levantarse del suelo, Nina echó un último vistazo... Las lucecitas de las casas, el cielo oscuro, sin el firmamento de estrellas que tan a menudo lo decoraba, la mar negruzca, como boca de lobo... «¡Vaya Semana Santa revuelta tenemos!», y pensó que le gustaban los días neblinosos, porque eran más enigmáticos que los soleados, como si ocultasen secretos. Cadaqués era una tierra esquiva y salvaje y, siempre que estaba allí, se sentía más libre, quizá más rebelde, como si en aquel pedazo de tierra no rigiesen las leyes de los hombres y pudiese dejarse llevar sin control: solo ella, sus diecinueve años, su cuerpo desnudo, los pechos turgentes, la mirada altiva... Había gente así en el pueblo, extranjeros, artistas, personas que vivían más allá de los límites, dueños de su propio dominio. Su madre le decía que huyese de ellos, que era gente de mala vida. Pero cuanto menos recomendables parecían, más atraída se sentía, extrañamente atrapada entre la vida ordenada y acomodada de la que siempre había disfrutado, y que era su destino, y un instinto primario que la empujaba a romper las

normas y hacer algo prohibido. «¿Seré como mamá, una mujer rica, bien casada y nada más?», y cuando estos pensamientos la rondaban, sentía una angustia tortuosa que le producía una incómoda tristeza.

Aquel día había ido con sus amigas, Rita y Carla, a espiar al pintor Dalí. Era una especie de tradición que solían repetir cada Semana Santa cuando los Dalí estaban en Portlligat. En verano era más difícil verlos, porque viajaban con frecuencia, y por eso la conjura de la visita furtiva se cumplía los días de Pascua. Ya habían podido espiarlos muchas veces, e incluso, hacía dos años, habían llegado a ver a Gala completamente desnuda, a horcajadas encima de un joven rubio y de piel muy blanca que le decía frases en un idioma extraño. «Es ruso», aseguró Rita convencida, pese a no tener certeza alguna. La pareja estaba en una calita, rodeada de roquedales, y ellas apenas podían esconderse tras unos matorrales, aunque estaban seguras de que no las podían ver. Gala gesticulaba, gemía, se movía como una posesa, y Nina no podía apartar los ojos de aquellos dos cuerpos desinhibidos, ajenos a las miradas. ¿Acaso el sexo era aquello? Cuando, al cabo de unos minutos, Gala y el joven se levantaron, completamente desnudos, y, tras darse la vuelta, las saludaron riéndose a más no poder, huyeron escopeteadas. Cerca ya del cementerio, en la ermita de Sant Baldiri, aún resoplando, Rita dijo: «¿Lo habéis visto? ¿Habéis visto cómo colgaba la cosa del hombre?», y durante días aquella visión fue objeto de muchas conversaciones y muchos aspavientos.

Aquella noche, tumbada encima de la sábana, acalorada y febril, Nina se imaginó que ella misma era Gala, pero el chico de su éxtasis no era el joven efebo que había visto en la cala de Cadaqués, sino el hermano de su amiga Martina, Adrià Pruna, cuyos ojos verdes la habían atormentado en la adolescencia. ¿A qué venía ahora el amor de sus trece años, en un momento excitante y turbador? No era su prometido, Quimet, quien la tenía tumbada en la cama y empapada en deseo, sino Adrià, y, al imaginarse encima de aquel cuerpo de hombre, deseado y prohibido, notó una quemazón tan intensa que, de no ser porque sabía que era muy peligroso, habría bajado la mano y se habría

tocado la zona prohibida. Pero le habían contado que aquellas cosas de pelanduscas te hacían enfermar, y, pese a la desazón excitada que sentía, se refrenó. Al fin y al cabo, lo del sexo era cosa de hombres, «accede humildemente cuando tu marido te lo pida», decían en las reuniones del Servicio Social, y aconsejaban que, cuando el marido hubiese hecho lo que tenía que hacer, las mujeres soltasen un pequeño gemido, aunque no hubiesen sentido nada. «¿Nunca sentiremos nada?», osó preguntar ella un día, y la delegada regional del Servicio Social, doña Hermínia de los Campos y Arasola, la interrumpió con tal dureza, mientras le dirigía una mirada fulminante, «esas cosas no las preguntan las señoritas», que nunca volvió a decir nada.

Y, sin embargo, el cuerpo furtivo de Adrià, sus ojos verdes, el ardor de las noches allí, en la cueva prohibida, la mano que baja, el miedo reteniéndola... ¿Tan malo era tocarse? «Esas cosas no las preguntan las señoritas», y la palabra *señorita*, que tanto llenaba la boca de doña Hermínia, le producía seguridad, una especie de protección que la liberaba momentáneamente de la desazón, pero luego, por la noche, el ardor insistía. Tal vez tenía el demonio en el cuerpo, como aquellas mujeres de mala vida. O quizá, «¡Dios no lo quiera!», poseía los genes de la abuela Merceneta, que se había perdido para siempre. Prácticamente no sabía nada de la abuela, porque nadie de la familia hablaba de ella, pero el gesto de desprecio de su madre cuando alguna vez salía su nombre le hacía comprender que la abuela ya no pertenecía al círculo de honor y respeto de una buena familia, fuera del cual no había decencia. Si la abuela Merceneta había sido una señorita, ya no se la consideraba una señora, y aquella idea de una vida descarriada como la de la abuela la aterrorizaba y le sacaba de la cabeza aquellos pensamientos extraños.

Además, le gustaba ser una señorita como Dios manda, una señorita de buena casa, miembro de una familia respetada y prometida con un joven de gran fortuna. Toda su vida había sido una preparación para ser digna de aquella posición privilegiada: había ido a las Damas Negras, montaba a caballo en el Polo, jugaba al tenis, hablaba francés con fluidez, leía buena literatura e,

incluso, estaba a punto de entrar en la Facultad de Farmacia. Era una señorita con clase, formada para llegar a ser, algún día, una gran señora. Como lo eran su madre y sus tías, y la bisabuela Elisenda, «¡Que en paz descanse!», que siendo muy pequeña la deslumbraba con su elegancia. Y todas ellas tenían una vida placentera, salían, viajaban, se divertían, eran felices, y ella estaba predestinada a ser el siguiente eslabón de la cadena. ¿Qué mal había en ser simplemente feliz? Lo repetían siempre en el Servicio Social, «No hay mayor gloria para una mujer que servir a su marido», y ella tenía todo lo que una mujer de su tiempo podía desear: belleza, dinero, clase y un prometido que algún día heredaría las empresas textiles de su padre y le proporcionaría una vida de lujo.

Entonces, por qué la desazón... la desazón que la corroía por las noches y crecía en su interior y la devoraba, y entonces se sentía encerrada en una cárcel de oro, como la mujer de aquel libro que había leído, *Casa de muñecas*, que lo tenía todo pero no tenía suficiente. Quizá era eso lo que le había pasado a la abuela Merceneta, que no tenía suficiente.

Y ella, ¿se iba a apuntar a la Facultad de Farmacia por aquel miedo, el miedo a no tener suficiente? No lo sabía con certeza. Quizá fuera un simple impulso, las ganas de ir más allá, aparte de ser la esposa del señor Pont, si bien estaba convencida de querer a Quimet, pero quería conseguir algún logro por ella misma, y la idea de ayudar en el negocio farmacéutico de su padre le parecía un aliento añadido, un sutil complemento a la vida placentera y despreocupada que le estaba predestinada. No quería escoger Filosofía y Letras, como todas sus amigas, y Farmacia le garantizaba una ocupación laboral controlada, segura, como si aquella carrera le otorgase la combinación perfecta de rebeldía y orden que necesitaba en su vida. Además, una vez casada, para poder trabajar necesitaría el permiso de Quimet, y aunque su marido era un hombre amable que no sabía negarle nada, si realmente quería conseguirlo era mejor hacerlo con la familia, y así nada lo impediría. Ella no era la abuela Merceneta ni nunca se dejaría echar a perder, pero el anhelo de dar un paso más allá que

sus antecesoras la empujaba con la misma fuerza que la retenía el miedo a perder su estatus.

«Farmacia es una buena opción», se decía ufana, y, liberada de pensamientos angustiosos, el recuerdo de la tarde que había pasado con sus amigas en Portlligat le hizo recobrar el buen humor. Esta vez no habían visto desnuda a Gala, sino al propio Dalí, a él en persona, y la imagen estrambótica de un Dalí vestido únicamente con unas alpargatas catalanas y un gran collar al cuello, mientras unas piedras le tapaban sus partes íntimas y un fotógrafo extranjero le sacaba unas fotos, las había dejado atónitas, incapaces de saber si continuar mirando, esconderse o echar a correr. «¡Madre mía, Jueves Santo y he visto a Dalí desnudo!», decía Carla, aterrada, como si aquella coincidencia entre el día santo y la visión de un hombre completamente desnudo fuese el *summum* del pecado.

«¡Si lo supiesen las hermanas dominicas!», exclamó Rita al recordar el día en que, en el aula magna, habían reunido a todas las alumnas y les habían leído unos textos de la campaña de decencia que la comisión episcopal de la moralidad y la ortodoxia había repartido por todas las escuelas: los bikinis, prohibidos; las partes del cuerpo que se podían enseñar en las piscinas y en las playas; qué otras partes eran indecentes; cómo había que tapar los escotes...

—Nosotras no podemos enseñar ni los huesos de la clavícula, que al parecer son indecentes porque señalan hacia el escote, y ese hombre, Dalí, lo enseña todo, todo, todo, ¡y en una playa!

—Todo, Carla, todo...

Y mientras se santiguaban con frenesí, las tres amigas hablaban al mismo tiempo. «Mis monjas, las Damas Negras, ellas sí que estarían aterradas», replicaba Nina. «Dios me libre si se enterase la abuela Carmeta, que es tan beata», remachaba Carla, y las tres pasaban de la vergüenza a la diversión, escandalizadas y fascinadas a un tiempo por aquellas escenas prohibidas que las escapadas a Portlligat les regalaban.

De pronto oyó la voz de su madre llamándola para bajar a cenar, y, con la imagen todavía viva de Dalí desnudo, se dirigió al

comedor. La escalera que conducía al desván era una especie de arco sin barandilla, «una escalera de bóveda catalana», la llamaba su padre, mientras le aseguraba que aquellas escaleras eran obras maestras, que se construían pocas de ese tipo porque no todo el mundo sabía hacerlas, y que las de Cadaqués eran las mejores porque no había artesanos constructores como los del pueblo. Cuando su padre hablaba de aquel modo, Nina sabía que, a pesar de haber nacido en Barcelona, pesaba en él más el orgullo de siglos de antepasados en Cadaqués, y era entonces cuando el árbol genealógico triunfaba en la conversación: el abuelo Pep, que había sido diputado por la Lliga Regionalista; el abuelo Frederic, diputado por la Lliga Catalana; el bisabuelo Manel, que era capitán de barco e hizo las Américas —¡el baúl de la entrada era suyo!—, la marina mercante del tío Tian, toda una retahíla de prohombres que recordaba a menudo, como si la gloria del pasado honrase el presente. «Baja esos humos, que yo me llamo Mariona en honor a mi bisabuela, que se enfrentó al ejército en el sitio de Gràcia, durante la rebelión de los quintos, para que no se llevasen al abuelo Albert», replicaba su madre con más socarronería que interés en establecer una competencia entre sagas familiares.

«Será una obra maestra, pero esta escalera del demonio es puñetera a más no poder», se dijo mientras trataba de aferrarse a la pared, convencida de que en cualquier momento se caería y se rompería la crisma. En la casa comenzaba a flotar el aroma del caldo que estaba preparando la sirvienta, y el olor era tan denso que le pareció que la alimentaba. En el comedor, Gori y los gemelos estaban entretenidos en una carrera de coches que se disputaba en un pequeño circuito que habían montado, ocupando buena parte de la estancia, mientras su madre le mostraba un álbum de cromitos a Tianet y su padre descansaba en la *chester*, «la butaca de papá», y pasaba con indolencia las páginas de *La Vanguardia*. Se detuvo un momento en el último peldaño de la escalera y se dejó acunar por aquella escena familiar, que le provocó una dulce sensación de felicidad. Era la mayor de cinco hermanos: Gori, que había nacido nueve años después que ella, Lina y Noni, los gemelos, que ya tenían ocho años, y el pequeño

Tianet, que acababa de cumplir cinco. Su madre decía que ya había cerrado el grifo, pero su padre aseguraba que aún había tiempo para uno o dos hijos más, y la posibilidad de tener más hermanos le generaba un sentimiento de felicidad primario. Al fin y al cabo, ella siempre sería la mayor, y la condición de heredera de una familia poderosa le daba un sentido agradable de responsabilidad, como si fuese una diosa protectora, una especie de guardiana de la llama familiar.

Al entrar en el comedor se dirigió directamente a la butaca donde estaba sentado su padre. «¿Qué estás leyendo, papá?», y mientras se sentaba en el respaldo y le pasaba el brazo por el hombro, comenzó a leer en voz alta:

> La nación entera se dispone a rodear de piadoso esplendor las festividades de hoy y mañana. La brillantez de las manifestaciones devotas ha atraído copiosa afluencia de visitantes. Llegada de la segunda romería catalana a Murcia.

«Mucha procesión y luego son los que cometen más pecados», musitó su madre al oírla, y con aquella frase lapidaria conminó a los niños a recoger los juguetes y a lavarse las manos. Era hora de cenar. Poco después, tumbada en la cama, las imágenes de Dalí desnudo se le mezclaban, caprichosamente, con el recuerdo de Gala gimiendo encima del cuerpo de un chico rubio y con la cara imaginada de la abuela Merceneta, una idea precaria de un rostro que nunca había visto. No había ninguna foto de la abuela, apenas ningún rastro, como si nunca hubiese existido. No hablaban de ella en las reuniones familiares, nadie la nombraba, y menos delante del abuelo Eusebio, y si alguna persona cometía la insolencia de mencionarla —una pregunta, un comentario—, cualquier insinuación era cortada de raíz por los presentes, miembros todos ellos de la conjura para hacer desaparecer el recuerdo de aquella mujer descarriada.

En alguna ocasión, cuando el abuelo Eusebio estaba más malhumorado de lo que era habitual, su madre le decía: «Tienes que perdonar a tu abuelo, que sufre mucho». Extrañamente, aquellos comentarios no le provocaban piedad alguna, porque el

abuelo no le parecía un hombre triste, sino sombrío; un hombre que atemorizaba. Hablaba mucho de Franco y de las grandes cosas que hacía, y en ocasiones la miraba fijamente y le decía: «Júlia, tienes que ser una buena esposa y una buena católica», y la instaba a ser una española como es debido. A ella le molestaba que le cambiase el nombre, porque es verdad que la habían bautizado con el nombre de Júlia, pero desde muy pequeña su padre la llamaba Julina y ella lo repetía y le salía Nina, y al final Nina se convirtió en su verdadero nombre. Para todo el mundo excepto para el abuelo Eusebio, «don Eusebio Lucien, español y falangista», como le gustaba presentarse, que decía que Nina era un nombre de comunistas y se empeñaba en recuperar su nombre de bautismo. Además, desde hacía unos años, el abuelo Eusebio hablaba siempre en castellano. Ella lo recordaba de pequeña hablando en catalán, como habían hecho siempre en casa, pero luego mudó de lengua y dijo que lo hacía por España, que el castellano era noble y que él no quería hablar la lengua de los campesinos, y ya no lo había vuelto a oír hablar en su idioma. «Deberías hablar a los niños en español», pero su padre se había negado: «El catalán es la lengua de mis antepasados», y siempre que salía el tema, su padre y su abuelo se peleaban. En aquellas ocasiones, Nina percibía que había una distancia entre el abuelo Eusebio y su padre que iba más allá de la lengua, de la diferencia generacional o de sus caracteres opuestos, como si un abismo alimentado de equívocos y malentendidos los separase irremediablemente. O peor aún, como si fuesen las certezas las que los alejaban sin remedio.

Dalí, Gala, el chico rubio, el fotógrafo extranjero, la cosa de los hombres colgando y, en el escenario neblinoso de la noche, el rostro sin rostro de la abuela. ¿Qué había pasado con la abuela Merceneta?, ¿qué había hecho?, ¿por qué era una apestada en la familia? Y cuando se hacía estas preguntas, que ni siquiera podía formular en voz alta, el gusanillo de la curiosidad la reconcomía y sentía la necesidad febril de encontrar las respuestas. La abuela Merceneta era un enigma oscuro del que era preciso huir porque suscitaba los pecados prohibidos, la mala vida. Pero, al mismo tiempo, sentía una atracción tan fuerte que volvía a ella una y otra

vez, definitivamente atrapada por los secretos que aquella mujer esquiva ocultaba.

Fue el mes siguiente a la estancia en Cadaqués, un sábado de mayo al caer la tarde, después de volver de un paseo con las hermanas Pruna, sus amigas del alma desde los primeros años de las Damas Negras, cuando se abrió un pequeño claro en la oscuridad impenetrable de la abuela Merceneta. Martina Pruna la había invitado a la fiesta de cumpleaños que celebraba el domingo siguiente, y Nina le pidió a su madre que le prestase algún complemento para el vestido que quería estrenar. «Uno de tus collares de porcelana o algún alfiler bonito...», y, con su aprobación, comenzó a hurgar en los cajones del canterano que había en la habitación de su madre.

De repente, allí estaba, retador, el fajo de cartas. El hallazgo fue como una punzada, un pequeño mordisco en el alma, y, al momento, la paz dócil de aquel día indolente, que había nacido para ser olvidado, quedó inesperadamente sacudida. Sin saber cómo, había activado una especie de resorte que abría un cajón secreto del canterano y, curiosa, había mirado en su interior. En un rinconcito, atado con un lazo de color azul, había un fajo de cartas dentro de unos sobres abiertos con mucho esmero. Estaban ordenadas por antigüedad, año tras año, y, al mirar la primera, leyó la fecha y el nombre.

Primero de agosto de 1948. Mercè Corner

Eran siete cartas, todas fechadas el primer día de agosto. La última, primero de agosto de 1954. «¡En tres meses llegará otra!», se dijo con una agitación frenética, y en aquel preciso momento supo que nada ni nadie le impediría saber qué decían aquellas cartas de la abuela Merceneta que su madre había escondido celosamente en el canterano. «Debe de haberlas leído a hurtadillas», pensó, y al percatarse, maravillada, de que su madre también guardaba secretos, se abstrajo completamente del lugar y

la hora, atrapada en la fascinación que todos aquellos misterios le producían. Por suerte, la voz aguda de Tianet, «Nina, ven, Nina, ven, que vamos a cenar», la sacó de su ensimismamiento y, con rapidez, retornó el fajo de cartas al fondo del canterano. «Hoy hay cannecita», le dijo con cara de felicidad, y, divertida por aquella manera tan dulce de hablar de su hermano, que había hecho desaparecer todas las erres del diccionario, le cogió la manita y fueron al comedor. La mesa estaba puesta y, al verlos llegar, todos los miembros de la familia se dirigieron a la vez hacia su silla, con tal sincronización que parecían bailarines de un ballet doméstico.

En la sobremesa, mientras la señora Hermínia apremiaba a los niños para llevarlos a dormir, su madre cogió el ejemplar de la revista *¡Hola!* que había salido aquella semana. «La vida social de Barcelona en el Gran Teatro del Liceo», decía en la portada, ilustrada por una fotografía de dos mujeres vestidas de manera suntuosa. «¡Anda, la mujer de Franco ha venido al Liceo!», comentó mientras leía el enunciado:

> S. E. la esposa del Jefe del Estado, doña Carmen Polo de Franco, y su hijo, el marqués de Villaverde, el día del estreno de *Walkyria* en el Gran Teatro del Liceo...

Y se recreó viendo el reportaje completo, repleto de fotos, que había en el interior. «Unos van al Liceo y otros atracan bancos», musitó su padre, y, ante la cara de sorpresa de Mariona y de Nina, que aún estaba en el comedor y andaba remoloneando en el sofá, comenzó a leer una noticia que aparecía en la sección de sucesos de *La Vanguardia*:

> Audaz atraco a una sucursal del Banco de Vizcaya. Tres malhechores, armados, se apoderaron de medio millón de pesetas.

—Ha sido en la oficina de aquí al lado, la de la calle Mallorca con Muntaner. Iban con ametralladoras y se ve que llegaron en un taxi. Mirad lo que dice:

> Allí se reunieron con él otros tres individuos que llevaban un paquete voluminoso, indicando al taxista que diera vueltas por la ciudad hasta llegar a las proximidades del Hospital Clínico, donde

le advirtieron que eran atracadores y que se disponían a desvalijar el citado banco, al que le ordenaron les condujese mediante amenazas.

—Pobre taxista, ¡qué miedo! —reaccionó Nina.

Pero la respuesta de su padre la desconcertó.

—Después del atraco le han pagado el viaje y le han dejado un fajo de billetes. ¡Dice que más de siete mil pesetas!

—Qué atracadores tan raros. ¿Quién hace algo así?

Y cuando su padre comenzó a responderle... «Seguro que ha sido Quico, ¡que ese es un valiente que no le tiene miedo a nada!», su madre reaccionó con furia, como si aquel comentario hubiese accionado algún resorte escondido.

—¡Que es un valiente! ¡Que no le tiene miedo a nada! Madre de Dios, ¡hablas como si lo admirases! Pero si es un idiota, un loco, un criminal, eso es lo que es, un criminal que atraca bancos y mata gente. ¿No le tiene miedo a nada, Maurici? Lo que no tiene es dos dedos de frente, eso es lo que no tiene, no tiene juicio, ni la cabeza en su sitio, ni buenas intenciones, ni...

—Pero reconocerás que tiene coraje. Es de los pocos que han mantenido la guerra contra Franco.

—¿Contra Franco? Esta sí que es buena. Si te oyese mi padre, ¡madre de Dios! Nadie le hace la guerra a Franco, Maurici, a ver si lo entendéis tú y toda tu familia republicana, que anda que no os gusta soñar despiertos. Que la guerra se perdió, Maurici, se perdió. Que Franco ganó, que hace veinte años, veinte años, sí, que ganó, y ese majadero de Quico todavía cree que está en guerra. ¿Con quién? ¿Dónde está su ejército? ¿Dónde están las masas acompañándolo? Nadie quiere una guerra ni una revolución, nadie. Todos esos majaderos, como el otro, Facerías, y Caracremada y todo ese hatajo de bandoleros de pacotilla, que ya me dirás tú, valiente disparate, la guerra contra Franco... ¿quiénes?, ¿ellos?, ¿quiénes son ellos para hacer ninguna guerra?, ¿quién se lo ha pedido?... ¡Pobres necios!

—Mariona, no me hables de tu padre, que ya sabes lo que pienso... Un falangista fanático, ya me dirás...

—Maurici, ándate con cuidado...

—Es que... sí, sí... Mira, yo no te digo que Quico y los demás lo hagan bien, no, porque yo tampoco quiero una guerra ni nada. Y no es una guerra, caramba, es no haberse rendido. Mariona, va bien que alguien recuerde las ideas de antes de Franco...

—¡Las ideas de antes...! Quieres decir las ideas que nos llevaron a miles de muertos, esas son las ideas que defienden, sí, las ideas de los perdedores que desangraron el país... ¡Que la gente no quiere luchas ni violencia, ni quiere volver al pasado! No, no quiere nada de todo eso, Maurici, lo sabes bien, ahora tenemos un poco de paz y de bonanza, un poco, y no hay matanzas por las calles, ¿eh?, ya no te acuerdas, ¿verdad? Y ¿qué más queremos para toda la familia?, ¿qué más? Pues que nos dejen vivir en paz los Quicos y toda la chusma que se dedica a hacer el majadero atracando bancos y matando policías, que esta gente solo nos va a traer desgracias, ¿es que no lo ves?

—Pero ¿me podéis decir quién puñetas es ese Quico?

Y al instante la pregunta de Nina detuvo la acalorada discusión que se había desatado y disparó la alarma que toda casa de bien, en aquella España de la victoria, tenía en el centro mismo del hogar familiar, la que avisaba del mal fario que traía hablar de política.

—Nadie, no es nadie. ¡Un criminal! —respondió su madre con un tono que no admitía réplica, y el nombre de Quico desapareció como si fuese humo, engullido por el miedo invisible de un tiempo de silencios.

—¡Qué mundo este donde un padre no puede decir lo que piensa ni siquiera delante de sus hijos! —iba diciendo Maurici, pero se calló, porque aquel era el mundo en el que vivía, un mundo donde *pensar* y *hablar* eran verbos peligrosos.

Resignado, volvió a abrir *La Vanguardia* y continuó leyendo las noticias. Quinientos excombatientes italianos habían depositado una corona en el mausoleo que tenían en Zaragoza. El titular de la noticia era escueto: «En honor de los italianos caídos en nuestra Cruzada».

Soy Quico

El vagar caprichoso de los recuerdos. ¿A qué venía ahora recordar aquella sensación tan antigua...? «¡Esto no es un atraco, es una expropiación!», y, al repetirse en voz alta aquella frase que había pronunciado por primera vez hacía muchos años, la puerta de los fantasmas se abrió de par en par: sus dieciséis años; el viejo taller de la calle Badal, donde tuvo lugar su bautismo revolucionario; el dueño del local, que había sido miembro de los Sindicatos Libres, «¡aquellos asesinos de Martínez Anido!»; la primera Colt que empuñaba; la sangre fría de su hermano Pep, sacudiendo sin piedad al propietario; el dinero para abrir una Escuela Moderna; el añorado maestro Xena, racionalista, vegetariano, las clases al aire libre; su mujer, Harmonia... «¡Por un mundo sin amos ni esclavos!», gritó el día que le preguntaron por qué quería entrar en la CNT, y pocas semanas después allí estaba, «llevando a cabo mi primer acto revolucionario...».

Menudos años aquellos, en que se vivía una gran efervescencia, los acalorados debates libertarios en el Coro de Hospitalet, las filas de trabajadores de camino a las fábricas de los Buxeres, las matanzas de sindicalistas, las clases del maestro Rogent en la playa, estudiando a Rousseau, los padres analfabetos aprendiendo a leer por las noches, «el-ni-ño-jue-ga-con-la-pe-lo-ta», las revueltas obreras, la creación, con su hermano, del grupo de la FAI los Novatos, la proclamación del comunismo libertario, aquellos días de diciembre del 33, «cuando destruimos la central eléctrica de la Torrassa», los miles de prisioneros de la Confederación, el coraje indomable de los Tres Mosqueteros: Durruti, Ascaso, García Oliver...

Los Tres Mosqueteros... Jamás podría olvidar la brutal sacudida emocional que sintió aquel primero de mayo del 31 en el

mitin de los líderes anarcosindicalistas, que acababan de regresar al país gracias a la amnistía otorgada por la República. Volvían a ser libres, pero no se dejaban estafar. «Ni un momento de respiro —gritaba Durruti, rodeado de presos recién salidos de la cárcel—, esta no es nuestra República, debemos golpear donde más duela y hacerles sentir nuestra fuerza», y las decenas de miles de confederales que llenaban el palacio y todos los jardines de Montjuïc aplaudían, saciados con la fuerza de los ideales. Después, la gran marcha por la Gran Vía, centenares de sindicalistas saliendo de los tranvías, de las bocas de metro, de todas partes, sumándose a los miles de manifestantes, las banderas rojas y negras al viento, la bajada por la Rambla, camino de la plaza de la República, y, al tomar la calle Ferran, los primeros disparos de la guardia civil. Los recuerdos de aquel día estaban tan vivos que a Quico aún le parecía notar la quemazón que sintió en la mejilla cuando se tiró al suelo para salvarse de los disparos, los gritos de la gente escondiéndose donde podía, en los portales, detrás de los árboles, en las tiendas, y, al levantar la vista, tres hombres forjados en un hierro indomable, plantados frente a un grupo de soldados que los apuntaba amenazante. «¿Vais a disparar contra nosotros, hermanos? ¿Vais a matarnos, compañeros?», dijo Durruti con una calma glacial. Y entonces, con la rapidez fulgurante de los momentos heroicos, el comandante de la Guardia Civil dando la orden, «Regimiento, preparados», los Tres Mosqueteros inmutables, «apunten», permanecían inmóviles y, de repente, el milagro. Los soldados, volviéndose y apuntando a los guardias civiles, fusiles contra fusiles, la espera, el silencio, las armas que bajan, los gritos de alegría...

«Basta, no puedo ser tan débil», se dijo, asqueado de sí mismo. Odiaba el ejercicio de la memoria porque era un territorio inhóspito que le producía una nostalgia corrosiva, transportándolo a aquellos primeros años de lucha, cuando los sueños revolucionarios parecían posibles. Recordar era asumir que todo se había esfumado, devorado por la bestia fascista que había vencido, y asumirlo significaba aceptar la derrota, dejarse abatir por el desánimo, someterse. Ya no existían las revueltas libertarias ni el

sueño de la revolución, ni los centenares de miles de sindicalistas ni apenas las organizaciones anarquistas, convertidas en un pálido espectro de aquellos tiempos gloriosos. Sí, era necesario huir de la memoria, porque los recuerdos eran un pesado lastre que lo empujaba a la renuncia. Como le había pasado a Massana, que se había retirado completamente y ahora se arrastraba como un jubilado ocioso. O a otros libertarios valientes que ya no habían podido más y habían asumido la derrota. O, peor aún, vivían como Caracremada, en una huida permanente por los bosques franceses y acorralado por la Interpol. «Algún día lo matarán como a un conejo», y la rabia y la tristeza creaban un puñado de emociones destructivas, y reinaba el desánimo...

Pero no era solo la retirada de los compañeros, sino que las propias organizaciones, como la CNT, lo habían abandonado completamente —«Tienes que dejar la violencia», le ordenaban— y exigían retirar a todos los guerrilleros, tal y como habían hecho los combatientes comunistas, obligados por Moscú a dejar la lucha. «El malnacido de Stalin, ¡que incluso ha llegado a hacer que maten a los guerrilleros comunistas que querían continuar la lucha!», musitó con un odio limpio, despojado de matices. Pero no eran el PC ni Stalin, ni siquiera la CNT, sino su propia FAI la que le había negado el derecho a ejecutar las acciones revolucionarias en su nombre. Recordaba muy bien la frase: «La actuación conspiradora debe tener amplitud de visión y de concepción, que no abarque únicamente el aspecto violento». Y añadían que no querían víctimas inocentes ni sacrificios estériles. «¡Sacrificios estériles! ¡Cómo pueden decir que nuestros caídos son sacrificios estériles!», y pensaba en sus hermanos asesinados, en los miles de compañeros abatidos en las montañas, fusilados en los paredones, cazados como bestias salvajes, cuyos cuerpos habían sido arrojados a las cunetas, y entonces, cuando pensaba en todos ellos, la rabia se transformaba en furia, consciente de la enorme soledad que sentía, y el pozo de amargura en el que caía desde hacía tiempo se iba haciendo más profundo. Pero estar solo no significaba haber sido derrotado, y, pese a la desesperanza y el dolor, nunca se rendiría.

«No, no me rendiré», se repitió, y, decidido a ahuyentar los

recuerdos del pasado, comenzó a repasar las acciones de los últimos días, desde que habían vuelto al interior. Hacía justo una semana que se había escapado de su confinamiento en Dijon y, al pensar en los tres años que había pasado desterrado en aquella ciudad húmeda de la Borgoña después de salir de la cárcel de Lyon, sintió una chispa de felicidad. Necesitaba la adrenalina del combate, la inquietud anhelante del riesgo, el chute emocional del coraje, y nada se podía comparar con el momento en que, pistola en ristre, entraba en un local y soltaba: «¡Soy Quico!», y no hacía falta decir nada más, porque su nombre se temía en toda España. «El enemigo público número uno», lo bautizaron los periódicos franquistas, y aquel título reforzaba su convicción de que la lucha no era en vano. «Se puede vencer a Franco, se puede», y más decidido que convencido, había planeado el regreso a España al lado de su cuñado Pep.

«No ha ido mal el regreso, nada mal», se dijo, más sereno, y la lista de acciones realizadas en una sola semana decoró, por unos instantes, la orla de su orgullo. La primera, haber logrado lanzar las hojas de *El Combate* por toda Barcelona gracias a que se le ocurrió ponerlas encima de los techos de los tranvías y de un taxi que, sin saberlo, los habían repartido. Le había costado imprimir la octavilla, porque los de la CNT se desentendieron y tuvo que desprenderse de los pocos ahorros que había conseguido reunir con el trabajo de fumista en la empresa de calefactores. «Pero aquí está, *El Combate*, y media Barcelona lo ha visto», y, animoso, se puso a leer el texto que él mismo había escrito unos días antes de pasar la frontera...

> Trabajadores y antifascistas todos:
>
> ¡Despertad del letargo profundo en que os han sumido la miseria, el hambre y la fatiga! Despierta y abre los ojos, trabajador...

«Buen comienzo, sí, directo, un puñetazo en la conciencia...», y mientras iba leyendo...

> ... despierta de ese letargo causado por las innumerables horas de trabajo que has de hacer sin verte correspondido vis a vis de tus

necesidades; TÚ que todo lo produces y nada tienes...

Se iba sintiendo cada vez más fortalecido, definitivamente liberado de la amargura por la fuerza regeneradora de la lucha.

> ... intelectuales, trabajadores, hombres de conciencia liberal y libertaria, unámonos todos en la lucha clandestina contra Franco y sus secuaces y contra el régimen que nos tiraniza...

—Quico, ¿es que te has vuelto loco? ¿Qué haces aquí solo, leyendo *El Combate* como si estuvieses en un mitin en la Monumental?

La carcajada de su cuñado detuvo en seco la extravagante lectura de aquel texto que debía despertar a los españoles de su funesto letargo. Luego, de buen humor, Pep se sentó en una mecedora que había en la habitación en la que se escondían, y al verlo liar cuidadosamente un cigarrillo, Quico pensó que era como un hermano, y lo miró con un sentimiento que, para su carácter adusto, debía de ser lo más próximo a la ternura. No era un hombre cordial ni expresivo, ni entendía apenas el terreno turbulento de las emociones. «Son como si caminases en aguas movedizas: te atraen, te atrapan y después te ahogan», y con esa convicción se protegía de la debilidad de los afectos y de los amores. Los hombres como él, que entregaban la vida a una causa superior, no podían dejarse abatir por aquellas brumas sentimentales que paralizaban la conciencia. Era un anarquista, un guerrillero, un hombre solo contra la injusticia del mundo, un revolucionario, y todo lo que había en su vida era secundario, sobrante, porque no había ningún otro horizonte que la lucha por el ideal. Aunque las mujeres... Leonor...

No entendía a las mujeres, le parecían esquivas, misteriosas, envueltas en una niebla sutil que le resultaba impenetrable. Todas las mujeres con las que se había relacionado eran revolucionarias como él, valientes, decididas, libres, pero eran mujeres, y aquella condición de sexo las convertía en extrañas, se sentía incapaz de crear con ellas los vínculos de hermandad que tenía con sus compañeros masculinos. No era menosprecio, sino más bien al

contrario, sentía por ellas una atracción casi salvaje y, al mismo tiempo, una admiración profunda. Pero precisamente eran la admiración y el deseo que sentía por ellas lo que le dificultaba tejer una complicidad total.

Aunque no impedía el sexo, sobre todo en aquellos primeros años en que hacían la revolución social mientras vivían una revolución interior, desvinculados de contratos y de normas, radicalmente naturales, como el Rousseau que leía con el maestro Rogent. Aquellos revolcones en la playa, en el campo, cuando iban a practicar el tiro a la Fuente del Oso, las piernas regordetas y el puño en alto de Griselda, «¡Salud y dinamita, Sabaté!», el cuerpo menudo de la gitana Carmelita, temblando debajo de él, en mitad del campo, y Leonor...

«Veintiún años, ¡ya hace veintiún años que Leonor me acompaña por la vida!», y el recuerdo de aquel día en el Coro donde la conoció, en el mitin de la Murciana, la gran luchadora que se había forjado en los discursos de Frederica Montseny y que enseñaba trucos a las chicas para no quedarse embarazadas, lo dejó abatido. «¡Aquellas magníficas libertarias!», y repitió casi como un autómata la primera frase que le oyó a Leonor, plantada en el fondo de la sala del Coro, serena, altiva: «Compañeros, las mujeres también sabemos luchar e incluso morir, si es necesario», alta, voluptuosa, valiente... «Y ahora, tan cansada...», y al pensar en su compañera, que se había ido con las dos niñas a Tolosa, harta de Dijon, agotada, resignada y ya muy alejada de él, la tristeza lo atrapó definitivamente. Fueron unos segundos escasos, un aliento de desánimo que le entraba por la garganta y lo recorría por dentro, deseoso de echar raíces en algún rincón oscuro de su interior. Lo sabía, sabía que estaba dedicando su vida a una causa derrotada, sabía que más pronto que tarde él mismo sería uno de aquellos sacrificios estériles que le recriminaban los de la FAI, sabía que no vería crecer a sus hijas, no vería el triunfo de la revolución ni alcanzaría el ideal libertario porque moriría como sus hermanos, como sus compañeros, como los miles de caídos, sin remedio, devorados por el monstruo fascista. Lo sabía, lo sabía, pero no era bueno saberlo...

«¡La memoria es antirrevolucionaria!», soltó de pronto en voz alta, como si hiciese una proclama, ante la cara de sorpresa de Pep.

—¿Qué mosca te ha picado ahora?

Disipó definitivamente las nieblas del pasado y se puso a repasar las últimas acciones.

—El atraco de hoy ha ido muy bien.

—¿Bien? Pero ¿qué dices, Quico? Ha ido de perlas. Quinientas mil pesetas de una tacada, aparte de lo que sacamos el otro día con el atraco a la tienda de ropa de la Travessera. Ahora ya estamos bien provistos.

—Ya te dije que hacía falta el dinero, porque ya no tenemos las redes de ayuda ni a los compañeros del interior. Ya lo has visto: nuestra gente, muerta o detenida. Está todo desmontado, no tenemos direcciones, ni guaridas donde escondernos ni recursos. Solo tenemos las expropiaciones para poder financiar las acciones contra el régimen. Mira dónde tuvimos que escondernos...

—Cierto... En casa de la pobre Anna...

—Ya lo has visto, Pep, su marido gravemente herido, sin empleo, nada que comer... Una desolación absoluta. Suerte que pudimos ayudarla un poco...

—Sí, buena idea lo de robar comida en aquella tienda de la Diagonal... ¡Ya viste la alegría que se llevaron, pobres!

—Si Anna supiese lo que hacemos y de dónde sacamos los embutidos y las latas... Menos mal que pensaba que éramos comerciantes. Ya viste cómo me abrazó. «Gracias, tío Cisco, gracias», puñeta, me emocionó.

—¿De qué la conocías? Es muy jovencita, no llega a los veinticinco...

—Era un recurso que tenía por si fallaban todos los contactos. Es la hija de mi mejor amigo de la infancia. Anna me había visto mucho por su casa, por eso me llama tío Cisco. No sabe que soy el famoso Sabaté de los atracos. Si lo supiera... Por eso teníamos que salir de su casa y escondernos en otro lugar. Este sitio está bien. Aquí no nos encontrarán. Pero no podíamos quedarnos en casa de Anna, la habríamos comprometido peligrosamente. Aún habría tenido más desgracias de las que ya tiene.

—Pobrecita Anna, tan guapa, y su marido, tan joven y tan enfermo...

—Sí, Anna... La ayudaré todo lo que pueda. Le iré enviando dinero, como hacemos con otras familias de presos. No, no pienso abandonarla.

—¡Sufre mucho!

—Anna y todas las Annas que hay bajo este régimen franquista, esta gentuza asesina que ahoga al pueblo... Si pudiera matarlos a todos, uno a uno... Pero mataré a todos los que pueda, Pep, a todos: a los comisarios, a los policías, a los colaboradores... No pararé hasta que me quede sin aliento.

—Yo tampoco, compañero, yo tampoco... a pesar de que sabemos bien que nos matarán. Es el final de los revolucionarios como nosotros en estos tiempos en que mandan los fascistas. No tenemos solución, amigo... No salvaremos la vida, pero salvaremos la causa.

—La salvaremos, Pep, y algún día otros compañeros como nosotros tomarán el testigo de la revolución.

De repente, detuvo la conversación.

—¡Tomàs, ven, que Pep y yo estamos charlando! —gritó, deseoso de abandonar unos pensamientos que solo podían conducir al desánimo.

La figura larguirucha de su compañero Tomàs apareció por la puerta.

—¿Qué os pasa ahora?

Y entonces la charla se relajó, mecida por la futilidad del paso del tiempo.

—¿Crees que el taxista se habrá quedado el dinero? —preguntó Pep con cierta indolencia, pero ni él ni el resto esperaban respuesta. Era una pregunta retórica porque todos sabían que el taxista estaba muerto de miedo y que había acudido raudo a la primera comisaría en cuanto hubieron salido del taxi.

—Qué quieres que haga, pobre hombre. ¡Ya sabemos que somos los enemigos número uno de Franco! —Y el recordatorio de aquel título honorífico despertó el cachondeo general.

—Pues entonces podrías haberle dado menos dinero, idiota,

que siete mil pesetas es una exageración —replicó Tomàs en tono jocoso, y, recogiendo la provocación, Quico puso la apostilla.

—De eso nada; mejor mucho dinero, que se haya quedado impresionado de verdad. Puede que los haya entregado, pero no olvidará nunca que los revolucionarios somos generosos, que nos preocupamos por el pueblo. Siempre nos recordará como unos benefactores.

—O como unos idiotas...

Y la carcajada general selló las especulaciones sobre el dinero y el atribulado taxista. Luego, de vuelta a la realidad, la conversación viró hacia el presente más inmediato: cuál sería la nueva acción, cómo la planificarían, y la excitación los puso de un humor excelente, definitivamente atrapados en la irrefrenable fascinación del peligro.

Al cabo de un rato, tumbado en el colchón que le servía de cama, mientras se peleaba con el persistente insomnio que lo rondaba desde joven, pensó que había nacido para el combate, y que era en el combate donde conseguía una cierta paz, como si el riesgo de la muerte le diese vida. No tenía sueño, pero, a diferencia de los últimos meses en Dijon, o antes, en la prisión de Saint-Paul, en Lyon, cuando se quedaba horas mirando el techo de la celda, empapado en una amargura funesta, ahora era la euforia lo que le impedía dormir. Había regresado al interior y su nombre resonaba, amenazador, en los despachos franquistas. «¡Soy Quico, sí, Quico!», y al repetir su nombre, como si se tratase de una letanía luminosa, pensó que aquella noche el comisario Quintela dormiría peor que él, porque nunca había podido atraparlo por más que lo había intentado. «¡Ni lo hará! Antes lo mataré yo», se jactó, orgulloso, si bien el recuerdo de aquella vez en que, junto a su hermano Pep, había ametrallado el coche del comisario sin que este estuviera dentro le provocó un malestar rabioso. A pesar de que ya habían pasado años, la acción que hubiera podido acabar con la vida de su gran enemigo se había fijado en su memoria con tal fuerza que conseguía reproducir mentalmente todos los detalles: 2 de marzo de 1949, a cinco minutos de las dos del mediodía, en plena calle Marina; entre Mallorca y Provenza, una furgoneta y un Fiat

aparcados; él, mientras hurgaba en el motor de la furgoneta, con una ametralladora al alcance de la mano; el compañero Carles Vidal, al volante, y Pep al lado. De repente, el coche se acerca. Quico se sitúa en mitad de la calle, el fusil ametrallador suelta su carga mortal, el parabrisas se hace añicos, dos hombres se apresuran a escapar del coche, el Fiat avanza con López Pendo y el amigo Wenceslao disparando sus fusiles, la muerte tendida en el asfalto, Quico se aproxima y Quintela no está... «No lo maté, pero envié a un fascista al infierno», y la muerte del dirigente falangista Manuel Piñol Ballester, que cayó en aquella acción junto a su chófer, le suavizó ligeramente el mal sabor de aquel viejo fracaso. «Ahora se ha jubilado, el muy cerdo, pero lo encontraré, un día u otro lo encontraré», y al acariciar la idea de un nuevo atentado contra el exjefe de la feroz Brigada Político-Social, o contra Pedro Polo, que había sido su sucesor, o contra los que estaban ahora, los hermanos Creix, «Da igual, cualquiera de estos torturadores merece morir, y seré yo quien los ejecute», volvió a sentirse animado.

Todo recuperaba el sentido, la lucha por el ideal libertario, el combate contra los fascistas, la ejecución de los verdugos; eso era él, un guerrillero de la justicia, un soldado de la libertad. Aquella noche no pensaría en la precariedad de sus recursos, ni en la falta de casas seguras, ni en la desaparición de sus compañeros, ni en la traición de la organización ni tampoco en la absoluta debilidad de su resistencia; nada era importante porque había vuelto a la lucha, y en la lucha se sentía fuerte. De pronto recordó una vieja canción que el capricho de la memoria había recuperado de algún cajón perdido del pasado. Era el himno del primero de mayo del poeta anarquista Pietro Gori, que cantaban con el maestro Rogent en la Escuela Moderna con la música del *Nabucco* de Verdi. Y allí, en mitad de una noche templada por una luna menguante que entraba por la ventana, al lado de los compañeros que dormían el sueño de los guerreros, alerta ante el peligro, comenzó a tararear la vieja canción de sus primeros tiempos revolucionarios:

Despertad, oh falanges de esclavos
de los sucios talleres y minas;

los del campo, los de las marinas,
tregua, tregua al eterno sudor.
Levantemos las manos callosas,
elevemos altivas las frentes,
y luchemos, luchemos valientes,
contra el fiero y cruel opresor.

Unas horas antes, en la casa del Guinardó donde el comisario Pedro Polo se acababa de servir una copa de tinto, no eran las notas del *Nabucco*, sino los versitos picantes de Estrellita de Palma los que amenizaban la tarde. Bebía con parsimonia y, entre sorbo y sorbo, se arrancaba con la canción: «Tú quieres que yo te dé lo que no te debo dar», se paraba, bebía otro sorbo, y continuaba: «El cordón de mi corpiño, mi niño, que no lo puedo cortar...».

Estaba de buen humor, y no solo por el éxito que había tenido aquel día, sino también por las expectativas que se habían creado. Todo salía a pedir de boca, tanto las últimas informaciones que la brigada había conseguido de los detenidos como las noticias de la presencia de Quico Sabaté en Barcelona. «Esta vez sí, esta vez vamos a cazarlo como a una rata», y aquella frase, que pronunció en voz alta, estando solo, como si fuese una proclama, o aún más, una promesa, lo dejó exultante. Llevaba toda la vida persiguiendo anarquistas, desde los años veinte, cuando bajo las órdenes de Martínez Anido lideraba el grupo de pistoleros que mataban a los capitostes de los huelguistas, «a centenares, caían a centenares», hasta los años en que había liderado la Brigada Político-Social, o ahora, recién nombrado jefe del Gabinete de Información del gobernador civil. ¿Cuántos de aquellos facinerosos y extremistas, auténticos enemigos de España, habían pasado por sus manos? Centenares de detenidos que, como él decía, «trataba adecuadamente» en los sótanos de Vía Layetana. Ninguno de ellos salía libre: unos entraban en prisión, otros acababan dando con sus huesos en el foso de la Pedrera después de ser fusilados en el Campo de la Bota, y algunos ni siquiera salían con vida de aquellos siniestros sótanos después de pasar por sus manos. Pero todos,

antes del destino final, conocían la destreza descarnada de sus métodos de interrogación.

Le encantaba el ritual del dominio, del cual era un auténtico maestro: primero, los insultos y las vejaciones cuando los detenidos todavía se sentían fuertes y mantenían cierta altivez; luego, el «corro», en que, con las manos atadas, los obligaban a pasar por el centro de una fila de policías que los golpeaban por todas partes: las piernas, la cabeza, la cara, los brazos. Algunos caían antes de acabar el pasillo, y entonces los apaleaban con más saña. Y luego venían las torturas de verdad, el «quirófano», que les descuajeringaba la espalda, o el «Cristo», que les dejaba el cuerpo baldado, o el «vergazo», cuando les pegaban con una verga desecada cubierta de alambre enrollado y enfundada en cuero que con frecuencia les arrancaba la piel. A veces los ahogaban con cubos llenos de agua y orines, o los colgaban durante horas de las tuberías de la calefacción que había en el techo, o también les aplicaban el «tambor», con la cabeza dentro de un cubo de aluminio y las porras golpeando brutamente el balde, «¡Que no les queden tímpanos de por vida!». Pero era la «cigüeña» el método de tortura que divertía especialmente al comisario Polo, porque la imagen de aquellos enemigos del régimen totalmente desnudos, teniendo que mantener el equilibrio en cuclillas, con las manos esposadas por debajo de las rodillas, y cada vez que no podían más y se caían «zas, a hincharlos a golpes», le parecía un espectáculo grandioso. Era la humillación definitiva, la destrucción completa de aquellos hombres altivos que tenían la osadía de creer que podían enfrentarse a Franco, y que terminaban como simples despojos sanguinolentos que gritaban, sollozaban, suplicaban e incluso llamaban a su madre mientras intentaban, en vano, no delatar a sus compañeros. «¡Y todos cantan, al final todos cantan!», acostumbraba a vanagloriarse cuando describía aquellas escenas violentas que, a ojos de sus amigos, lo convertían en un auténtico héroe. Cuando las detenidas eran mujeres, el placer aumentaba, porque, aparte de las palizas, podía disfrutar de las vejaciones y abusos sexuales que les infligían con total impunidad.

No le gustaba mucho que los detenidos se muriesen en sus

manos porque el placer no lo sentía en la muerte de sus enemigos, que por otra parte ya era el destino seguro de la mayoría, sino en la minuciosa destrucción del ánimo de aquellos hombres y mujeres: verlos completamente derrotados, convertidos en piltrafas humanas, entregados a él como si fuesen esclavos. Los vencía completamente, y cada vez que derrotaba a un comunista, un anarquista, un catalanista, cualquiera de aquellos enemigos cazados, volvía a sentir el frenesí de la victoria. Cada día, cada noche, en los sótanos de la Vía Layetana, era primero de abril de 1939, y así lo repetía con un orgullo pletórico, «cautivos y desarmados, y ahora destruidos». Al mismo tiempo, con cada detenido definitivamente sometido que informaba o delataba a sus compañeros, su fama crecía: todo el mundo en Barcelona sabía que el comisario jefe Pedro Polo Borreguero era un martillo que caía sobre los antifranquistas con una implacable brutalidad, y la derrota de miles de resistentes era el trofeo de su gloriosa trayectoria.

De repente, oyó el timbre de la puerta. «Justo a tiempo», pensó satisfecho, y cuando la sirvienta anunció la llegada, «el señor Antonio Juan Creix», se apresuró a hacerlo pasar, ansioso por iniciar la conversación. Había preparado una cena con algunos de los responsables del operativo que perseguía a los maquis anarquistas, y especialmente a Quico Sabaté, la pieza mayor de la cacería.

—Aún no han llegado los otros, querido amigo. Ponte cómodo. ¿Un tinto?

—Qué me ofreces, a ver... ¡Un Toro Albalá, tú sí que sabes vivir, Pedro! Trae, trae, que me va a sentar de maravilla. Y dime... esta es la casa, ¿verdad?

—Así es... No habías estado nunca aquí... Sí, sí, esta es la puñetera casa de la tiparraca anarquista. Y mira quién vive ahora en ella... ¡Yo! Que se joda, la muy puta. Lástima que a esa no la atrapamos, porque la habríamos tratado como se merecía. ¡La de mamporros que le habrían caído!

Y mientras el néctar denso del vino cordobés mojaba la garganta del actual jefe de la Brigada Político-Social, su antecesor

le hablaba de aquella casa del número 37 de la calle Escornalbou, en pleno corazón del Guinardó, que se había agenciado hacía unos años, con absoluta impunidad, y donde había vivido siempre, hasta la derrota, la líder anarquista Frederica Montseny.

—Esta era su jodida casa, Antonio, esta, Villa Carmen, que tiene nombre y todo, la muy fina, imagina... Yo, aquí, viviendo en Villa Carmen, y jodiendo y cagando en su casa con el fantasma de la Montseny por los rincones...

—Eres la hostia, Pedro...

—Aquí recibía a todos, a Durruti y a Pestaña, y al resto de los putos anarquistas, Ascaso, García Oliver... La de desgraciados de estos que pasaron por aquí. Aún encontré panfletos de la CNT cuando me instalé, y eso que la casa estaba hecha una mierda...

—Pillaje, supongo...

—Bueno, ya sabes, pillaje permitido, que total, para eso somos los vencedores, para que no les quede nada en pie a todos esos enemigos de España. Y no sabes la de libros que había...

—Sí, a estos les da por leer mucho. Así tienen el cerebro...

—Ya, bueno, ahora leen poco, querido Antonio, sobre todo los que están muertos, ja, ja, ja. Además, todos los libros que había aquí, ya te imaginas, cuando huyeron... nuestros patriotas hicieron buena quema. Hogueras enteras. La tipeja tenía un almacén aquí al lado con miles de libros, libros con sus mierdas de ideas, ya te puedes imaginar, porque su padre, el tal Urales, ¿te acuerdas de Urales?, pues el tal Urales escribía, y ella también, la tipeja era es-cri-to-ra, ¡ah, sí!, y ministra, la muy cabrona, ministra y todo. Que ya sabes lo que hizo, que legalizó el aborto y daba ayudas a las putas. ¿Te imaginas...? ¡A las putas, habrase visto! ¿Qué habría sido lo siguiente?, ¿capar a los hombres? Suerte que vencimos, Antonio, suerte, porque estos ateos habrían matado a Dios mismo.

—Vencimos y arrasamos, Pedro, y ahora nos queda desmenuzar las migajas...

—Así es, así es, querido amigo. Y buen trabajo que haces en la brigada.

—Sigo tus pasos...

—Sí... Pues eso, lo que te decía, al final decidí quedarme la

casa, ¡qué carajo!, que para mí es la hostia estar viviendo en casa de la puta anarquista de la Montseny, aquí, donde preparaban la revolución, los muy hijoputas, y fornicaban como guarros, y se creían invencibles, sí, los putos tarados, y ahora, ¿dónde están?, ¿dónde? Pues muertos, bien muertos, y si no, escondidos en el extranjero como ratas, que los hemos extirpado de España para siempre. Y los que quedan por aquí, a la Vía Layetana derechitos, a pasar por nuestras manos.

—Ja, ja, ja, y bien pasados quedan, que los dejamos finos...

—Finos, finos, ja, ja, ja...

—¡Qué cabrón eres, querido amigo, mira que vivir en la casa de la mismísima Federica Montseny! ¡Ya tiene cojones la cosa, ya tiene cojones!

La conversación se iba desarrollando al ritmo de los cigarrillos que encendía el comisario Polo, uno tras otro, casi sin respiro. «Para mejor deleite, fume un Camel», comenzó el comisario Creix, y así, entre bromas, cigarrillos y copas de vino, fue pasando el rato, hasta que llegaron el resto de los invitados.

Todo estaba preparado para la cena, y la casa relucía con la pulcritud rigurosa de su propietario, que aplicaba a la decoración el mismo estilo con el que infligía la tortura: era ordenado, minucioso, obsesivo con los detalles. Cada elemento estaba colocado en el lugar adecuado: una foto del Generalísimo vestido con el uniforme de capitán general, otra con su antecesor en la brigada, el comisario Eduardo Quintela, amigo desde los inicios de la entrada en el cuerpo policial... También había otras fotos significativas, situadas con clara intencionalidad: él mismo vestido de falangista, otra con Serrano Suñer, a quien había acompañado en una estancia en Barcelona, dos fotos con dos gobernadores civiles de Barcelona, Correa Veglison y el actual, Felipe Acedo, y en un lugar estratégico de la pared, insertadas en unos pequeños marcos, las tres distinciones que le habían otorgado por sus méritos. Por un lado, la cruz de primera clase de la Orden del Mérito Militar, con distintivo blanco, concedida «en premio a la abnegación y patriotismo con que cooperó a la acción del Gobierno y del Ejército», gracias a su espionaje en Perpiñán de los militantes

catalanistas que habían podido huir después de la rebelión del Seis de Octubre. En medio, otra felicitación, en este caso de la Dirección General de Seguridad, por haber ayudado a los «Renseignements Généraux» franceses a desarticular el PCE en el sur francés. La felicitación iba acompañada de dos premios, uno de tres mil pesetas y otro de mil. Y, finalmente, completando el triplete de méritos, la felicitación oficial «por lograr descubrir y detener a varios individuos que pretendían reconstituir entidades de tipo extremista mediante aportación de fondos obtenidos con diversos subterfugios».

Los «individuos» eran un grupo de militantes del PSUC que intentaban reconstruir la red de la organización en la clandestinidad, y el «subterfugio» para obtener fondos era la venta de estampitas de un Santo Cristo donde ponía «Sagrado Redentor Ilumínanos», ingenioso acrónimo del «Socorro Rojo Internacional». En la operación, el grupo del comisario Polo consiguió detener a decenas de militantes comunistas, entre los cuales había algunos miembros del PSUC que la brigada consideraba significativos, como Ramon Oró o Vicente Peñarroya. Pero, aparte del orgullo por el mérito policial que había recibido, y por las dos mil pesetas otorgadas como recompensa, Polo se sentía especialmente satisfecho con aquella operación policial porque le había generado un montón de anécdotas curiosas, de esas que tanto le gustaba recordar en los momentos de asueto con los camaradas. Habían sido semanas de detenciones por toda Cataluña, y la labor de interrogación fue tan ingente como abundante la sangre de los torturados, que dejaba manchitas marrones por todos los rincones del sótano de Vía Layetana. «Uno se nos murió», contaba con más indolencia que orgullo, y entonces relataba la muerte del secretario general de las juventudes del PSUC, Josep Fornells, compañero sentimental de otra notable militante, Soledad Real, a quien también habían torturado. «Le estuvimos dando durante tres días, pero era un flojo. El tipo sangraba por el ano, ya podéis imaginar, ahí, desnudo, tiritando, flacucho, jovencito, y se puso a sangrar por el ano, toda la sangre por las piernas, un ascazo... Y el cabrón me manchó el jersey, el muy imbécil.» Aquel mismo día en que murió

el joven Josep Fornells, la tesorería de la Brigada Político-Social recibió la petición del comisario para que le pagasen un jersey nuevo, porque, «cumpliendo con mis deberes de interrogación al detenido», el jersey se había manchado de sangre y había quedado inservible. La petición fue rápidamente atendida.

Gotitas de sangre, jerséis manchados, jóvenes muertos en el sótano de un edificio lóbrego, medallas al mérito policial y, en el corazón del Guinardó, el trofeo altivo de una casa conquistada a los vencidos, huérfana de los antiguos habitantes, desprovista de su historia, ella misma derrotada. Sus paredes ya no respiraban sueños revolucionarios, ni escuchaban conversaciones acaloradas ni disfrutaban de estancias felices de Max Nettlau, y en la mesilla de noche ya no descansaban las gafas de culo de botella de Frederica Montseny. Todo había sido borrado, convertido en humo, en ruinas, en olvido. Todo o casi todo, porque, perdida en un rincón de la pared del comedor, insólitamente salvada del papel pintado que la cubría, permanecía intacta la vieja grafía anarquista —una pequeña A dentro de un círculo—, memoria irredenta de un tiempo desaparecido.

—¡Pasad, amigos, pasad! —exclamó el comisario al oír la voz de los dos invitados que faltaban.

Y, sin demora, entraron en el comedor Vicente Juan Creix, segundo de la brigada que dirigía su hermano Antonio, y uno de sus colaboradores más estrechos, el boxeador Arturo Ureta, cuyos puñetazos, perfectamente dirigidos a las zonas más dolorosas del cuerpo, conseguían grandes resultados en los interrogatorios de Vía Layetana. «Ureta los deja bien blanditos, finos, finos se quedan, y luego viene Molins, que se cagan de miedo cuando ven al tipo, que es un gigante, y Molins los remata», solía contar con grandes carcajadas a los nuevos policías que se integraban en la brigada y que aún no conocían el arte del interrogatorio.

—Bueno, amigos, ya lo sabéis. Quico está en Barcelona...

El aleteo de una mariposa

Como cada sábado, la familia se apresuró a cenar, porque a las diez y media se paraba el mundo, especialmente para Mariona, que exigía que todo estuviese hecho antes de esa hora: la mesa recogida, los pequeños en la cama y ninguna prisa alrededor, adecuadamente expulsados del comedor todos aquellos que no quisieran escuchar el programa. Comenzaba *Cabalgata fin de semana*, y la casa de los Quirch-Lucien se paralizaba, totalmente rendida a la voz melosa de José Luis Pécker. «Lo hace muy bien, pero nunca será como Bobby Deglané», decía la madre con un sentimiento que casi se acercaba al duelo, fiel seguidora de aquel Bobby que la había enamorado completamente. Pero a pesar de que el locutor chileno había abandonado el programa hacía casi ya un año, Mariona mantenía la fidelidad a la *Cabalgata* con tal rigor que Nina no recordaba un solo sábado sin las entrevistas a los famosos, las canciones en directo, acompañadas por una orquesta «que dirige con arte el maestro Cisneros», o las amenas intervenciones del señor Medina, «Mariano Medina, el hombre del tiempo». Pero lo que más la divertía era una pareja muy peculiar que se llamaba Tip y Top, y que hacía un humor tan descacharrante que hacía reír precisamente porque era absurdo. Se acordaba de un divertido anuncio de los humoristas en el periódico: arriba, las pequeñas fotos de los dos cómicos, el señor Luis Sánchez Polack y Joaquín Portillo; abajo, ellos mismos abrazados y caricaturizados como si fuesen monos, y en el centro mismo del anuncio, la descripción...

> Los humoristas más locos oficialmente reconocidos, diplomados y condecorados en el mundo entero y sus alrededores.

Y luego había una singular canción que cada sábado cantaba un grupo vasco que se llamaba Los Xey y que iba recorriendo la oferta de un larguísimo menú. Pese a la dificultad de recordar cada uno de los platos, no había día en que alguien de la familia, incluso los gemelos, no cantase algún fragmento.

Camarero... Señor... Camarero... Señor...
¿Qué hay para hoy?
Señor, un buen menú.
Solomillo asado con patatas fritas,
sesos huecos, hígado, liebre, chateaubriand...

Nina solía quedarse hasta tarde escuchando la *Cabalgata*, si bien nunca había llegado a escucharlo entero porque el programa terminaba de madrugada, pero aquel sábado tenía planes. Desde que había encontrado el fajo de cartas de la abuela Merceneta en el canterano de su madre sentía una inquietud obsesiva por leerlas, y si aún no lo había hecho era por miedo a que su madre la descubriese. Nunca había desafiado a sus padres, y menos en temas tan sensibles, y era muy cierto que la abuela Merceneta era el tema más delicado de todos. Pero no podía dominar la curiosidad que sentía, el anhelo por saber quién era aquella mujer extraña que había puesto en riesgo su honra y su bienestar, empujada por un instinto primario que a ella le resultaba incomprensible. Nunca le habían contado nada, los motivos, las circunstancias, ningún detalle. La abuela Merceneta era un silencio, un vacío, una mancha oscura que el tiempo iba amarilleando hasta hacerla imperceptible, como si nunca hubiese embrutecido el blasón de la familia. Pero lo había hecho, y si bien imaginaba que las acciones de la abuela eran graves, feas, inmorales, y que había causado mucho daño a su abuelo y a su madre, nada podía evitar que sintiese una atracción oscura y, al mismo tiempo, incontenible.

—Me retiro, mamá. Quiero leer un buen rato en la cama. Tengo los libros de farmacia que me ha dado papá y quiero echarles un vistazo. Ya sabes, para ir haciéndome una idea...

—A punto de ser universitaria, señorita, ya puedes espabilar.

Que no sé por qué has tenido que enredarte ahora con la universidad, teniendo la vida resuelta. Ya son ganas de complicarse la juventud... Menos mal que te cansarás pronto...

—No, no me cansaré.

—Anda, vete, vete, que ya empieza la *Cabalgata*... Buenas noches.

—Buenas noches —repitió, como si fuese el eco de su madre, y al marcharse a su habitación, la culpa volvió a corroerla.

La culpa... La culpa es un remordimiento que se aferra a las piernas y hace que se arrastren los pasos, se ralenticen las voluntades y se alimenten las dudas. Comienza como una inquietud pequeña, unos dientecitos de bebé dando mordisquitos en los pliegues de la conciencia, ñic, ñic, igual que unos pinchacitos delicados y soportables. Pero a medida que se alimenta de segundos, de minutos, de gestos, de pequeñas acciones, y se acerca la decisión que la motiva, se infla como un globo de petróleo y, al estallar, embrutece la mente, altera las emociones, quiebra la fortaleza. La culpa es como el aceite cuando se derrama y penetra por todos los huecos, persistente e imparable. Y luego todo queda sucio y pegajoso.

Los mordisquitos en los pliegues de la conciencia, ñic, ñic, la habían frenado cinco veces aquella semana desde que había encontrado el fajo de cartas. Sabía que, si la descubrían, el disgusto familiar sería enorme, su madre, su abuelo, las tías... «¿Y si no sabe nadie que ha recibido esas cartas? ¿Y si se lo ha ocultado a todo el mundo?», y se asustaba todavía más, porque entonces dejaría en evidencia a su madre y ya no sería un solo disgusto, sino una réplica tras otra; el terremoto familiar sería devastador. Con solo imaginar la reacción de la tía Montsina, tan devota, o peor, del abuelo Eusebio, tan severo, «que se lo tomará como una ofensa personal», se ponía enferma. No, no era valiente ni le gustaba el desorden, y ¿qué era la desobediencia, sino el inicio del caos? Además, amaba con locura a su familia y no podía imaginar ser ella misma la causa de su disgusto. Pero quería saber, tenía derecho a saber, necesitaba saber. Y así, durante días, los dientecitos de bebé que le mordisqueaban los recovecos de la

conciencia se peleaban con la determinación por descubrir los misterios que las cartas escondían y, sobre todo, por conocer algo de su abuela. «Aunque sea la peor mujer del mundo, tengo que saber quién es», se dijo después de aquellas excursiones fallidas al dormitorio de sus padres, y, finalmente decidida, regresó a la estancia, abrió el secreter y, con sumo cuidado, cogió las dos primeras. Luego guardó el fajo de nuevo, como si nunca nadie lo hubiese tocado, y salió despacio, si bien la prudencia de los pasos no se correspondía con la huida veloz que se desarrollaba en su interior.

Hacía unas horas que tenía las dos cartas escondidas, bajo llave, en la cajita donde guardaba sus diarios. En cuanto entró en el dormitorio, echó el pestillo de la puerta, «no vaya a ser que mamá...», y al pensarlo se sintió estúpidamente infantil, como una niña pequeña cometiendo una travesura. «Pero es lo que estoy haciendo, una travesura, aunque...», y reforzó su ánimo. Después de todo, solo sería una travesura, o peor, un disgusto, si la descubrían, así que solo tenía que hacer una cosa para que todo saliese bien: no ser descubierta. Se trataba de ser cuidadosa, de llevarse una o dos cada vez, de dejarlo todo como se lo encontraba, nada que no hubiese hecho cuando, de pequeña, entraba en el dormitorio de sus padres y hurgaba en los zapatos y las joyas de su madre. Y así, después de cepillarse los dientes y de ponerse el camisón, tumbada en la cama, abrió con parsimonia la cajita de los diarios y miró las dos cartas, que permanecían quietas y, al mismo tiempo, le parecieron tan inquietantes. «Son voluminosas, como mínimo hay doce o quince páginas», se dijo animada, y justo cuando se disponía a abrir la primera, pensó que aquel día era especial, «la primera vez que sabré algo de mi misteriosa abuela», y buscó en el pequeño calendario que tenía en la mesa de trabajo qué día era exactamente. «Bien, 14 de mayo de 1955, apuntado quedas», y entonces rodeó el día con un círculo rojo. Después, sin pensárselo más, cogió las dos cartas, abrió la primera, en la que ponía «Primero de agosto de 1948», con una delicadeza casi tímida, y, con una calma forzada que apenas ocultaba el volcán emocional que sentía, extrajo el papel del sobre y comenzó a leer.

Querida Mariona:
por fin ya me siento capaz de escribirte una carta...

El pasado... El pasado que envuelve el presente, lo abraza, impone su ley, ocupa su lugar...

Siete años antes de aquel día de mayo de 1955 en que Nina comenzó a leer la primera carta de su abuela, Merceneta también se había afanado en contener un volcán emocional. «Querida Mariona: Por fin ya me siento capaz...», acababa de escribir, y aquellas primeras palabras de un escrito que hacía cuatro años que demoraba le provocaban una impaciencia irrefrenable. Pero estaba decidida a continuar. Había intentado escribir a su hija Mariona tantas veces... pero la maraña de preocupación y miedo en la que estaba atrapada la habían hecho retroceder siempre. Además, aquellos últimos cuatro años, desde que había abandonado Barcelona, habían sido tan intensos que se le habían pasado volando, en un suspiro. De hecho, más que vivir, había tenido la impresión de haber montado en un caballo ciego, sin otro rumbo que el deseo de encontrar cobijo, un rincón del mundo donde ser feliz. Y, en aquel trayecto enloquecido, le habían pasado tantas cosas extraordinarias que le parecía que el tiempo era de plastilina, se estiraba y se encogía, en ocasiones frenético hasta el punto de parecerle que habían pasado siglos, y otras veces tan lento que solo hiciera unas horas que había huido con Fishel de aquella Barcelona herida de 1944 en la que había enterrado tantos demonios.

Miró por la ventana. Era un día de bochorno estival y la calima creaba una especie de espejismo sinuoso. El mar estaba calmado y, al contemplarlo, pensó que al otro lado de aquella mancha blanca estaba su gente. «Justo allí, justo al otro lado, está Barcelona», y, señalando el horizonte, se quedó con el dedo inmóvil, suspendido en aquel aire calinoso que hacía danzar pequeñas cortinas de polvillo. En los cuatro años que habían pasado desde su huida había atravesado dos veces el océano, transportada de Barcelona a Nueva York, de Nueva York otra vez a

los caminos heridos de Europa, y de allí a Palestina, la tierra soñada de su amante, para ir a parar finalmente a una casa refugio de Herzliya en mitad de una guerra feroz. Hacía semanas que los egipcios bombardeaban Tel Aviv y por eso los habían cambiado de nuevo de escondite. «¿Cuántas veces, en las últimas semanas?», se preguntó como si no conociese la respuesta, y al recrearse en hacer el recuento de los refugios donde se había cobijado, pensó en que todo lo que le había ocurrido en aquellos cuatro años no cabría en una carta ni en decenas de cartas.

«No, no cabe», se dijo, más resignada que convencida, porque ahora que finalmente se había decidido a escribir, quería contarlo todo, los motivos de su huida, las redes de evasión con las que colaboraba en Barcelona, el maltrato de Eusebio, el amor intenso por Fishel, la estancia en Brooklyn, la lucha por encontrar supervivientes de Auschwitz, el viaje a Palestina, la vida en el kibutz, la búsqueda desesperada de la hija pequeña de Fishel, la creación del Estado de Israel, la guerra... ¡Cómo iba a meter en una carta tanta vida, tanta emoción, tanta verdad! Sí, tanta verdad, porque era la verdad lo que ella, que había huido de tantas mentiras, había encontrado en aquellos cuatro años.

Querida Mariona:

Por fin ya me siento capaz de escribirte una carta. Hoy, primero de agosto de 1948, hace justo cuatro años que me fui de casa. Os abandoné a todos, a papá, a vosotras, mis preciosas hijas, y a los dos tesoros que me habían convertido en abuela, la pequeña Mercè y Nina, que ya debe de ser una mujercita. Quizá tenga algún otro nieto que no conozco... Es tan bonito imaginaros rodeados de críos, renacuajos alborotando la casa... Pero no estoy allí porque os abandoné. A vosotros, y también al resto de la familia, a los amigos, a mi querida Barcelona, todo lo que yo era y lo que conocía, todo lo que aún soy.

Imagino que durante estos años has esperado una explicación por mi parte, algún gesto, motivos... y no los has tenido. Imagino también que no has entendido nada de lo que

he hecho y, seguramente, no eres capaz de perdonarme. Ni siquiera lo espero, porque soy consciente de que la decisión que tomé os hizo daño, y más daño aún os ha causado mi silencio. Solo quiero que sepas que no tuve otra opción, que mi vida con tu padre era un infierno, que tenía que escoger entre quedarme con vosotros e ir muriéndome o perderos para siempre y volver a vivir. Y opté por la vida, por el amor, por la esperanza, sabiendo que, para poder tener aquel futuro que anhelaba, era necesario sacrificaros en el presente, convertiros en memoria. Una memoria preciada, amada, abrazada durante el día, acariciada por las noches, siempre conmigo... pero ya lejos de mí. ¡Os echo tanto de menos!

Querida hija, tú tienes una vida feliz junto a tu marido. Maurici es una buena persona, te quiere, te acompaña, te protege, y no sabes la serenidad que siento al saber que tienes a tu lado a un hombre noble. Pero yo, Mariona, cómo te lo diría... es tu padre, no puedo hablar mal de él, no quiero hacerte daño, y seguro que es un gran padre, pero no, Mariona, nunca fue un buen marido. Las heridas que me infligió en el cuerpo, y te aseguro que me hizo daño, hija mía, lo hizo, no son nada comparadas con las heridas que llevo en el alma. No quiero decirte nada más, no creas que soy una mala madre que quiere ensuciar la imagen de papá, pero puedes entenderme si te muestro un poco de mi sufrimiento... No hay que darle muchas vueltas, quizá te lo pueda resumir con tres simples palabras: sufrir, enamorarme, huir. Yo era una mujer abatida y desgraciada con Eusebio, anulada. Y entonces conocí a un hombre tan maltratado por la vida como yo, dos almas heridas y perdidas que se encontraron. Se llama Fishel, lo quiero con locura, como nunca había querido a papá, y me trata como nunca me habían tratado. Puede que el amor no sea un motivo para destruir una familia, no lo sé, pero la familia nunca debería ser una prisión. Y yo era una prisionera...

Mal marido, sufrimiento, prisión, amor... No eran palabras,

sino piedras. Piedras que rodaban carta abajo y caían al suelo y retumbaban en las paredes de la habitación. «La abuela no era una mujer oscura, sino triste», y las palabras golpeaban de nuevo, rebotaban en los muros de contención que durante años se habían construido alrededor de Merceneta; derribaban, ladrillo a ladrillo, el edificio de mentiras que se había levantado. Su abuela no era una mujer malvada, sino desesperada; no abandonaba, se liberaba. Y el abuelo... «Las heridas que me infligió en el cuerpo», «una mujer abatida y desgraciada con Eusebio...», «se llama Fishel...», «lo quiero con locura...», «era una prisionera».

«Todo, todo fue por amor», dijo Nina de repente en voz alta, lentamente, con la solemnidad de un velo que se levanta, de una verdad descubierta, y, al repetirlo, «todo fue por amor», se sintió tan conmocionada por las emociones contrapuestas que no sabía si estaba enfadada o feliz, dividida entre la fascinación que sentía por toda aquella aventura de la abuela y la rabia por el engaño de su madre. «Cómo ha podido... mi madre... ¡cómo ha podido!», y reparó en que era eso, la mentira de todos esos años, lo que le dolía, porque era mucho más que una mentira, era una traición. «¡Cómo ha permitido que creyésemos que la abuela era una mala mujer!, ¡cómo lo ha permitido, habiendo leído todo esto...!», y con gesto nervioso, dejó la carta en la cama. Fue entonces cuando el sutil aleteo de una mariposa inició, en su interior, el delicado vuelo que lo cambiaría todo. Apenas lo percibió, una mota de polvo que haría caer edificios, una imperceptible brizna de aire que abriría puertas de par en par; el aleteo sutil de la mariposa... y nada volvería a ser como antes. Ni su madre, que no era la gran dama que había imaginado; ni su abuelo, que había mostrado, tras la máscara, su embrutecido rostro; ni tampoco el modelo de vida que le habían marcado, el orden, las apariencias, las buenas costumbres... y, sin embargo, una sola emoción, el amor, era capaz de darle la vuelta al orden, resquebrajar las apariencias, reventar las buenas costumbres. Quizá nada era como había imaginado, quizá había caminos más allá de los marcados, y las cartas de la abuela eran pistas, mapas, atajos para encontrarlos.

Decidida y a un tiempo ansiosa, Nina cogió de nuevo la carta

y continuó leyendo, dos, tres páginas, cuatro, se paraba, releía fragmentos anteriores, trataba de retener nombres, países, hechos, proseguía, cinco, seis páginas, y volvía atrás y durante un tiempo que no tenía medida, porque las agujas de los relojes se habían parado, suspendidas en un instante de vida, Merceneta dejó de ser la sombra turbia de una abuela desaparecida y comenzó a volverse cercana, conocida, visible. Sus emociones...

> ... los primeros días en Nueva York todavía me perseguía el miedo...
>
> ... las esperanzas...
>
> ... decían que había supervivientes en Auschwitz, quizá algún familiar...
>
> ... los horrores...
>
> ... si supieras, querida hija, cuánto daño puede causar el odio...
>
> ... la determinación...
>
> ... la encontraremos, Mariona; pequeña, herida, pero la encontraremos...

... y fue así, palabra a palabra, como Nina fue desgranando el alma de una mujer desconocida que se había enfrentado al miedo, había luchado por el amor y había conquistado su destino, rotas las cadenas de las obligaciones y las normas. Una mujer desconocida que era su abuela y que, después de aquella carta, jamás sería una desconocida. Bien al contrario, le pareció que, pese a ser muy distinta a las mujeres que conocía —su madre, sus tías, sus amigas —, pese a serle tan extraña, la abuela Merceneta era la que le parecía más cercana y a la que comprendía mejor. Aquella vida intensa, rebelde, peligrosa, tenía tanto sentido que, cuando Nina se dio cuenta de la fascinación que sentía, notó una especie de estremecimiento que no supo si era fruto de la impresión por todo aquello o la consecuencia física de un estado emocional inflamado. «Es como si se abriesen las puertas del mundo», se dijo, y, de pronto, Barcelona, sus amigas, su familia, su prometido, la carrera, todo le pareció pequeño, gris, triste, amortizado. Su abuela le escribía desde una ciudad extraña que se llamaba Tel Aviv y le hablaba de muchas otras, de Frankfurt, de Treviso, de Nueva York, de supervivientes, de redes de ayuda, de muchachas soldado, de un

país que nacía y estaba en guerra, de su amante, que era judío y había perdido a su amor en los campos de exterminio y ahora luchaba por encontrar a sus hijos extraviados, y todo era tan exótico y tan extraordinario que Nina pensó que vivir una vida como aquella tenía un alto precio, pero era un precio justo.

«No me extraña que la primera carta tenga veinte páginas», pensó mientras la comparaba con la siguiente, que solo tenía cinco. «¡Tenía que soltar muchas cosas!», y de nuevo se sintió fascinada por aquella abuela finalmente descubierta y, desde aquel preciso instante, profundamente admirada.

«¿Cómo voy a mirar a mi madre a partir de ahora?» Y la pregunta se secó, atemorizada por la inquietud que le provocaba la respuesta.

El naranjo de Yad Mordejai (1948)

Siete años antes de aquel 14 de mayo de 1955 en que Nina percibió el sutil aleteo de una mariposa, Merceneta acababa de vivir uno de los momentos más emocionantes de su vida, si bien hacía semanas que ella y Fishel vivían en un carrusel de emociones. Aquel día se había proclamado el Estado de Israel y las ciento treinta personas del kibutz donde vivían desde su llegada a Palestina se abrazaban, se besaban, reían, lloraban, cantaban, todas fundidas en una explosión de humanidad que era, también, una desbordante expresión de vida. Merceneta no era judía, ni había perdido a nadie en los campos de exterminio, ni era una superviviente, ni conocía el yidis que hablaba la mayoría ni había imaginado nunca que ella, una burguesa rica de Barcelona, llegaría a vivir en pleno campo, plantando verduras y naranjos. Pero había abrazado la causa afligida y trágica de su amante, y aquel 14 de mayo de 1948 compartía la euforia de un ansiado momento histórico.

Habían llegado a Palestina a principios de abril siguiendo las pistas de la hija pequeña de Fishel, quien, según las informaciones del comité judío de ayuda, podría haber sobrevivido a Auschwitz. A pesar de que el nombre del comité era largo, American Jewish Joint Distribution Committee, todo el mundo lo conocía como la Joint, y Fishel ya había trabajado con la organización en Barcelona cuando colaboraba con las redes de evasión de judíos a través de los Pirineos. Además, la Joint los había ayudado a financiar su travesía desde Lisboa hasta Nueva York en el transatlántico *Serpa Pinto* después de huir de Barcelona, y, nada más llegar a Nueva York, el comité judío los había acogido y se había encargado de todo: los papeles, un modesto empleo y el piso de Boro Park, en la zona de Brooklyn donde vivían centenares de judíos europeos

desplazados. Pero, sobre todo, en cuanto terminó la guerra, la Joint también se encargó de la búsqueda de posibles supervivientes de la Shoah, y así se lo hicieron saber a Fishel y al resto de los judíos de Nueva York que habían huido del nazismo.

—Querido amigo, ya nos conoce lo suficiente. Hasta ahora hemos ayudado a huir a centenares de miles de judíos de toda la Europa ocupada, pero la tarea no ha terminado y sigue siendo gigantesca. Ahora tenemos otros miles de supervivientes de los campos de exterminio que llegan a los campamentos de Centroeuropa, y debemos proporcionarles comida, ropa, medicamentos, instrucción. Y también financiamos su desplazamiento a Palestina a través de Italia... Pero no los he hecho llamar por eso, sino por otra gran labor a la que nos dedicamos. Estamos tratando de recuperar familias, juntar a los supervivientes, reconstruir historias... ya se lo imagina. Y por eso necesitamos todo tipo de información de los familiares que los nazis han enviado a los campos de exterminio, sus nombres, edades y rasgos físicos, recuerdos, anécdotas, todo lo que pueda ser útil para identificar a padres, hijos, abuelos, primos... tanto si están muertos como si han sobrevivido. Como le decía, por eso lo hemos llamado, para que nos dé información sobre su familia, aunque tiene que entender que es muy improbable encontrar a algún familiar vivo...

—Información, señor Finkelsztein... ¿qué quiere decir?, ¿quiere decir que...?

—Por favor, no piense nada, solo se trata de juntar piezas, saber cosas para poder ir averiguando...

—Sí, sí... no sé... Mi mujer murió, eso lo sé con seguridad, de unas fiebres en el gueto, y también mi hijo Itzhak, de un disparo, cuando salía de nuestro taller en Cracovia. Y de mi hermano Saúl... no sé, fueron a buscarlo y no volví a saber nada de él, ni tampoco de mi padre, pobrecito, mi *tati*, y mi hija Ruth, mi preciosa Ruth, que me dijeron que había muerto en el vagón del tren, pero no lo sé, porque son habladurías, y puede que esté viva, o mi hija pequeña, puede que Ada... solo tenía tres años... pero y si Ada...

Y entonces se encendió una tenue luz que tímidamente

iluminó la esperanza. No fue más que un rayo luminoso, una bocanada de oxígeno en el ahogo que sentía cuando la memoria lo bombardeaba con fragmentos de recuerdos felices... Los paseos con la familia por las callejas de Kazimierz, los momentos de ocio contemplando las aguas serenas del Vístula, los sábados en la pequeña sinagoga Remuh, la más antigua de Polonia, con su *mamele* y la *bobe* Raquel, que les contaba que la Torá que guardaban dentro de la *arón hakodesh* tenía más de cuatro siglos, o los chocolates calientes en la Rynek Glowny, la gran plaza que dominaba todo el barrio, con la orgullosa estatua del poeta Mickiewicz... Una gran familia: abuelos, padres, primos, sus esposas, sus hijos... y, de pronto, todo convertido en humo, en la nada, en un recuerdo huidizo que hacía olvidar caras, borraba instantes, se llevaba el tono de voz, el tacto de la piel, y él tenía que reconstruir cada gesto, cada palabra, cada instante, pero el tiempo era una apisonadora despiadada que pasaba por encima de todo y borraba episodios, páginas, fragmentos enteros del libro de la vida... Fue entonces, en el momento en que todo parecía perdido, cuando la Joint le pidió detalles, anécdotas, cualquier información sobre su gente, y la tenue luz se encendió y, tímidamente, iluminó la esperanza.

Luego la esperanza se convirtió en rutina. Cada semana, desde aquel día de 1945 en que el señor Finkelsztein le había pedido información de su familia, Fishel caminaba desde Boro Park hasta las oficinas de la Joint y preguntaba si había novedades. Sabía que si algún día llegaban lo avisarían inmediatamente, pero no importaba, porque aquel paseo hasta la Joint era el aceite que mantenía encendida la vela, como si fuese el milagro de la Janucá.

Fue un día de febrero tan frío que Merceneta pensó que podía morir congelada. Hacía cuatro años que habían llegado a Nueva York y estaban plenamente instalados en la casa de Brooklyn que les había cedido la Joint. Comenzaban a acostumbrarse a aquella nueva vida, rodeados de otras familias huidas de Europa, «nuestros compañeros de diáspora», y pese a no entender aquella palabra de Fishel que nunca había oído, comprendía muy bien su profundo significado.

Aquel día había ido a comprar el pan muy temprano, «no sea que nieve y no pueda salir», y mientras caminaba tambaleándose sobre el asfalto helado de la calle, oyó la voz del señor Benevides, un judío sefardí que hacía años que había emigrado desde la ciudad turca de Esmirna y que hablaba una peculiar mezcla de castellano y hebreo, que el hombre llamaba «ladino» y que Merceneta suponía que era como un castellano antiguo. «Sinyora Dankewicz, sinyora Dankewicz», oyó que la llamaban, y al ver al señor Benevides resoplando detrás de ella supo que había alguna noticia. El señor Benevides colaboraba con la Joint, y a menudo se encargaba de avisar a los afectados si había novedades. «Sinyora Dankewicz, espere, espere...»

Una hora después estaba con Fishel en el vestíbulo de la Joint, aguardando a que los recibiese el señor Finkelsztein, que había mandado llamarlos. Ambos permanecían en silencio, temerosos de que las palabras rompiesen el hilo de esperanza que habían ido tejiendo, a pesar de haberse negado una y otra vez a creer que podrían llegar buenas nuevas. Merceneta miró con ternura a su compañero, que daba pequeños pasos de una a otra pared del vestíbulo, como si contase las baldosas del suelo, y pensó que era un hombre de una determinación extraordinaria, porque el volcán de emociones que estaba explotando en su interior no se reflejaba en su rostro, que parecía impasible. «¡Ha aprendido tanto a esconder el dolor...!», y pensó que no solo era el único hombre que había amado y amaba, sino que también era el único al que admiraba profundamente. «Una roca de fortaleza que oculta un alma sensible y delicada», y si no hubiese estado en el vestíbulo de la Joint esperando las noticias del señor Finkelsztein, Merceneta se habría acercado a su amante y lo hubiese abrazado allí mismo, sin vergüenza. Y así fueron pasando los minutos, convertido el tiempo en un dios voluble y caprichoso que corría deprisa para todo el mundo menos para aquellas dos personas que esperaban una noticia largamente deseada. Cada minuto, el goteo de un lodo espeso que penetraba en los pliegues interiores de la angustia subía por el estómago, apretaba sin piedad la glotis y provocaba el ahogo. Cada segundo, cada minuto, cada tictac de las agujas del

reloj, un torbellino de emociones: el miedo, la angustia, la muerte, la vida, la sinuosa trampa de la esperanza...

—Señores Dankewicz, ¿qué hacen aquí? Pasen, pasen a mi despacho, estaremos más cómodos.

—Buenas tardes, señor Finkelsztein, nos han dicho que quizá tenga noticias...

—Las tengo, queridos amigos, las tengo, pero deben tomarlas con prudencia. No hay nada seguro. Solo tenemos indicios. Indicios sólidos, se lo aseguro, porque, si no lo fuesen, no los habría hecho venir, pero ya saben, toda la información que recibimos siempre es precaria, hay que tomarla con mucha prudencia. Aun así, creo que podemos aventurarnos a la posibilidad de haber encontrado a uno de sus familiares.

—¿Cómo? ¿Quién, alguno de mis hijos, mi mujer, mi hermano Saúl, mi hermana Esther, mi padre? ¿Quién, dígame, quién, señor Finkelsztein, quién?

—Señor Dankewicz, cálmese, por favor. No hay nada seguro. Tiene que entender lo que le digo. Contamos con indicios muy buenos, la información parece cierta, nos llega del International Tracing Service, que está haciendo una gran labor de recopilación de información de supervivientes. Ahora se han instalado en Arolsen, en Alemania, y trabajan mucho con nosotros. Nos han pasado una información que podría ser de un familiar suyo. Pero, señor Dankewicz, ya sabe cómo está toda Europa, tiene que entenderlo, hay aluviones inmensos de supervivientes por Alemania, por Austria, por Italia, no tenemos papeles para identificarlos, muchos se hallan en malas condiciones, las familias están desgarradas, todos buscan a todos, y con frecuencia se confunden los nombres. Tiene que entenderme. ¿Verdad que me entiende?

—Sí, sí, pero quién, señor Finkelsztein, quién, por favor, ¿a quién han encontrado?

—¿Me promete que se hará a sí mismo un gran favor, querido amigo? ¿Me promete que no se creará demasiadas expectativas? ¿Puede hacerlo?

—Sí, sí, pero a quién, por favor, a quién.

Habían encontrado a una niña de una edad similar a la que tendría la hija pequeña de Fishel. «Debe de tener ocho o nueve años, aunque es difícil saberlo con certeza, ya me entiende, tal como llegan, pobrecitos...» Y entonces dijo su nombre. Un nombre en una inmensidad de nombres, pero era aquel nombre concreto, el de su hija, y aquel nombre era un sello, una marca, un tenue hilo que ataba historias y memoria, y, tal vez, tejía la tela del futuro.

—La niña sabe que su nombre es Ada, pero poco más. Dice que tenía una hermana que se llamaba Ruth que cuidaba de ella, y cuando su hermana murió, no sabemos cómo, pero murió, se quedó con una mujer húngara que también es superviviente y nos ha podido dar algunos detalles valiosos. Cuando sepa más cosas, los informaré puntualmente. La niña no recuerda casi nada de su familia, excepto que le parece que tenía un hermano. Y está claro que es de Cracovia. Los datos son bastante coincidentes, señor Dankewicz, y por eso estamos indagando más, porque no queremos cometer errores. Entenderá que no es nada fácil cuando se trata de niños tan pequeños. Piense que las criaturas que han sobrevivido han estado más años en los campos que en su vida anterior. Y respecto al estado de esta pequeña, no voy a engañarlo. Nos han dicho que está muy desnutrida, como todos los pequeños supervivientes. No tiene peso ni musculatura y apenas habla, pero está viva, y ese es un milagro para un niño que ha estado en Auschwitz. Parece que hay alguna foto, pero no nos ha llegado. La última noticia que tenemos es que está en el campo de Zeilsheim, a pocos kilómetros de Frankfurt, en la zona ocupada por los americanos. Es uno de los mejores campos de refugiados, señor Dankewicz. La pequeña fue rescatada por los jóvenes de la Brihah y debió de llegar por la ruta de los montes Tatras, ya saben, desde Cracovia hasta Hungría, y luego...

Y así continuó dando detalles de las rutas de escapada que seguían miles de judíos en su intento de volver a casa o, tal vez, de conseguir viajar a Palestina, pero hacía rato que las palabras del señor Finkelsztein resonaban en los pabellones de las orejas como un eco confuso que intentaba juntar palabras conocidas, pero que Fishel ya no descifraba, suspendido en una frase anterior que era

un milagro, un poema escrito en el infierno, el dedo luminoso de un dios: «La niña sabe que su nombre es Ada», y Ada era el nombre de la esperanza, del amor... el nombre de la vida. Y como si hubiese retenido millones de lágrimas que no se habían derramado en todos aquellos años de supervivencia y huida, se puso de rodillas y, con las manos formando una especie de plegaria, comenzó a llorar como nunca lo había hecho, en un torrente de dolor que finalmente lograba despedir a todos los que había perdido, definitivamente enterrado bajo las ruinas de tantas ausencias. Después, lentamente, el llanto se fue suavizando hasta volverse un sollozo, y entonces, más sereno, notó un resorte interior que lo ponía de pie, como si no fuese él, sino otro, quien alzase su cuerpo. «Querido...», oyó a su lado, y al mirar a Merceneta se fundieron en un abrazo que nacía del dolor pero buscaba el amor. Y fue allí, en aquel abigarrado despacho, abusivamente conquistado por montañas de papeles que se amontonaban por todas partes pero en el cual apenas había muebles, donde Fishel supo que existía un día, en algún lugar remoto, en que reencontraría un atisbo de su vida anterior.

Un mes después, con la documentación y la financiación que les había conseguido la Joint, Merceneta y Fishel iniciaban su viaje hacia Alemania, el primer destino de su peregrinaje.

«Era como un simulacro de vida normal, triste y miserable, pero al mismo tiempo grandioso», escribiría años después Merceneta en su primera carta a Mariona, pero aquellas palabras no lograrían describir el torrente de emociones que la llegada al campo de Zeilsheim les produjo. El frío era incluso más intenso que el de Nueva York, aunque ya arrancaba el mes de abril, y la imagen de decenas de calles llenas de edificios de tres plantas donde se amontonaban miles de judíos de todas partes —rumanos, griegos, polacos, checos, húngaros, franceses, belgas, holandeses, italianos—, parias de todas las tierras de Europa perdidos en tierra de nadie, aquellos miles de personas que lo habían perdido todo pero, al mismo tiempo, intentaban reconstruir jirones de vida, impresionó con tanta furia a Merceneta que, por primera vez, fue capaz de aproximarse levemente al dolor y la rabia que debía de

sentir toda aquella gente. «Los críos parecen felices», musitó Fishel al pasar por una especie de placita donde unos niños jugaban con una pelota, y mientras Merceneta respondía —«Sí que lo parecen, y eso que vienen del infierno»—, un niño rubio, de intensa mirada azul, le hizo un gesto con la mano como si la saludase. «El gesto de la vida», pensó.

Durante los dos días de estancia en Zeilsheim en busca de noticias de la pequeña Ada, Merceneta vivió un estallido de humanidad como nunca habría imaginado. Las dificultades logísticas del campo eran extremas: casi seis mil personas hacinadas en pequeños apartamentos de dos habitaciones donde convivían ocho o diez personas, ancianos, jóvenes, pequeños, que debían hacer auténticos milagros con los escasos recursos que tenían. Pero, pese a aquella situación tan difícil, la voluntad de recuperar la vida judía que les habían arrebatado violentamente era tan fuerte que en el campo había de todo: sinagogas, un grupo de teatro judío, orquesta de jazz, un club de deportes llamado Chasmonai, varios colegios, guarderías, una biblioteca con más de quinientos libros e, incluso, dos periódicos en yidis, el *Unterwegs*, que Fishel tradujo como «en tránsito», y el *Undzer Mut*, que significaba «nuestro coraje». El esfuerzo por alcanzar un cierto grado de normalidad en medio de aquella desolación era tan persistente y valeroso que, por momentos, Fishel tenía la impresión de que había vuelto a su vida en el barrio de Kazimierz, con su yidis, las sinagogas, las costumbres judías de sus ancestros...

—Y estos jóvenes, ¿qué hacen?, ¿trabajan la tierra? —preguntó Merceneta al pasar por un amplio campo donde había decenas de personas plantando algún tipo de sarmiento.

—Se preparan para la vida en los kibutz, querida. Es el ideal sionista. Trabajan la tierra y la cultivan, y así levantarán el país.

«¡Qué determinación!», pensó conmovida, y, aferrándose al brazo de su marido, continuó el paseo por el campo.

Pero si toda aquella voluntad de recuperar la vida normal impresionaba vivamente a Merceneta, lo que más la sobrecogió fue el esfuerzo de los grupos de búsqueda, cuya finalidad era reunir a los miembros de familias que habían sobrevivido y estaban

dispersos por Europa. Y, entre todos ellos, el equipo especial dedicado a entrevistar a los niños supervivientes para intentar recoger las migajas de información que les permitiesen hallar a algún familiar. Era aquel equipo el que había conseguido los detalles de la niña de Cracovia que podía ser la hija de Fishel a partir de las conversaciones que habían mantenido con ella y con la mujer que la acompañaba.

—La niña ya no está en el campo. Lo lamento, señor Dankewicz, pero se marchó con un grupo de la Brihah que quería enviarlos a Palestina a través de Italia. Iban hacia Treviso, de eso hace una o dos semanas. Por eso informamos a la International Tracing, para que estuviese en el archivo de los supervivientes. Espere, que voy a mirar la fecha exacta en que se fue...

—Pero ¿qué quiere decir?, ¿cómo es que...? Perdonen, ¿no está aquí? ¿Con quién está? ¿Qué es la Brihah? Haga el favor, dígame, ¿la niña está segura?, ¿le puede pasar algo?

—Por favor, siéntense e intenten calmarse. La niña está bien, se lo puedo asegurar. Todos los niños que tutelamos están bien protegidos, se lo prometo. Tenga en cuenta que las operaciones de huida las protege la Brigada Judía, la del Ejército británico, y también tenemos agentes de la Haganá. No tema, no viajan sin protección. Pero debe entender que tenemos miles de personas de van de un sitio a otro, unos intentan recuperar sus casas de antes, otros quieren ir a Palestina para empezar de nuevo, ya me entienden. Y los niños... tenemos tantos niños huérfanos que los repartimos con adultos que los ayudan y les dan cariño, ya se lo puede imaginar, hay tantas ganas de darse calor unos a otros... No se preocupe, todo es seguro.

—Pero ¿por qué no han esperado...? ¿Es que no lo entiende? Veníamos hacia aquí, veníamos...

—Señor Dankewicz, lo entiendo, por supuesto que lo entiendo. Pero, por favor, todo es muy complicado y hacemos lo que podemos. Y cuando tenemos información de una criatura nunca sabemos si encontraremos a algún familiar, ¿verdad que lo entiende...?, por eso vamos avanzando. Pero no tiene que preocuparse. Sabemos con quién se ha ido la niña y la

encontraremos. Y antes, perdone que sea tan claro, pero no puedo evitarlo, antes, señor Dankewicz, tenemos que estar seguros de que es su hija, ya me entiende, niños tan pequeños... todo es muy difícil y...

—Tiene que serlo, tiene que serlo... El nombre... es de Cracovia... su hermana se llamaba Ruth, como mi hija, sí, y tenía un hermano... es que no lo entiende, ¡es ella!

—Sí, sí, muchos detalles coinciden, pero...

«¡Un momento, un momento! He encontrado la ficha, ¡la tengo!», exclamó, de pronto, uno de los jóvenes del equipo, que llevaba un fajo de papeles en la mano. Y con una impaciencia amortiguada por la esperanza que aquello podía significar, le mostró una foto que había separado. Era de una niña escuálida, tan miserable que apenas poseía expresión, como si su mirada se hubiese perdido en algún paisaje indefinido, pero los rasgos eran identificables: ojos negros, piel blanca, el pelo rizado... En la parte baja de la foto había un número, el que le habían tatuado en Auschwitz, y, al lado, su nombre: Ada.

—Es ella, es ella, lo es, es mi pequeña Ada, lo es, sí, lo es, sí...

—Señor Dankewicz, ¿está seguro? Entenderá que la esperanza puede ser una trampa, escúcheme, piense que las emociones pueden confundirlo. Solo la vio de pequeña y han pasado años, ¿está completamente seguro?

«¿Seguro?», repitió como un autómata, y entonces, como si se hubiese activado un muelle presionado durante un tiempo inmemorial, a la espera de dispararse, Fishel comenzó a hablar sin parar, palabras que se enlazaban con otras, imágenes, ideas, recuerdos, emociones que se desbordaban como si se hubiese resquebrajado la pared de un embalse y el agua saliese desbocada, imparable. Era un padre que veía el rostro de su hija, y no importaban el tiempo transcurrido, los cambios físicos, la brutal huella del sufrimiento, los rasgos borrosos, la memoria furtiva, que se había debilitado con los años. Daba igual si se parecía poco o mucho a la imagen que él tenía fijada de aquella niña pequeña que, subida al camión que tenía que ayudarla a huir de Cracovia, le había dicho «*Zay gezunt, tate*», con la manita marcando el

compás del adiós. No hacía falta reconocer la cara concreta de la niña porque reconocía el latido familiar, el aire, algo sutil e intangible que, sin embargo, le devolvía a la hija que había perdido. «Siempre le acariciaba el pelo rizado, la única de la familia que lo tenía así», dijo con una sonrisa melancólica, y con la mano hizo un ademán en el aire, como si volviese a acariciarlo. Fue un instante etéreo pero indeleble, porque, durante aquel instante, Fishel y Ada se reunieron.

—¿«Seguro», me pregunta? Sí, señor, estoy completamente seguro. Ahora dígame dónde está exactamente mi hija y qué tenemos que hacer para ir a buscarla.

—En principio, su grupo se dirigía a Treviso, con la Brihah y la Brigada Judía, como le decía, para preparar el viaje a Palestina con la gente de la Mosad Aliyá Bet, la organización que se encarga de nuestra inmigración ilegal, ya saben, por las prohibiciones que nos imponen los británicos. Ese es el trayecto que seguramente hará la niña, pero no tenemos más información...

Durante los siguientes dos días, antes de partir, Merceneta y Fishel pudieron conocer historias de todo tipo: parientes que se habían reencontrado, pedazos de familias rotas que se unían para formar nuevas unidades, amores surgidos en mitad de la diáspora... y, por todas partes, la vida plantando cara a las adversidades, decidida a resurgir de sus cenizas. Pero uno de los momentos más luminosos de aquella breve estancia en Zeilsheim surgió de repente, en un rincón de una placita donde un grupo de jóvenes representaba una obra de teatro. Fishel iba escuchando y susurrando palabras a Merceneta, en un intento discreto de traducirle la trama de la historia. Al final de una escena, cuando la gente comenzó a aplaudir, oyó una voz conocida que lo llamaba: «*Mein Gott, Fishel, iz es ir? Mein Gott!*», y al volverse, la cara de una mujer delgada y envejecida sonriéndole con una alegría desbordante lo dejó estupefacto. Era un rostro que le resultaba conocido, un recuerdo lejano que le era familiar, pero al mismo tiempo también extraño, como si mantuviese los rasgos básicos de uno que, tiempo atrás, él había querido. «*Mein gott, ton nit ir visn mir?*», repitió la mujer, y sí, parecía que la conocía, pero ¿quién

era?, ¿cuál de los rostros familiares que el tiempo había ido demacrando estaba delante de él con una amplia sonrisa, arañándole la memoria? «*Khana, iz vos ir?*», dijo con excitación, sí, y entonces echó a correr hacia la mujer y la levantó en vilo, abrazándola.

Era su prima Hanna, uno de los muchos parientes de la familia paterna de Fishel que, antes de la llegada de los nazis, vivían en Kielce, al norte de Cracovia. Y, durante un buen rato, Hanna vació el saco de aquellos años negros, su estancia en el campo de exterminio de Chelmno, la muerte de todos sus familiares, el rescate por parte de las tropas soviéticas, el retorno a Kielce, el pogromo que habían sufrido los supervivientes que habían vuelto a sus casas (cuarenta y dos judíos asesinados), la huida aterrorizada del resto de los supervivientes, el traslado a Alemania con la ayuda de la Brihah y, desde hacía dos años, la vida en el campo de Zeilsheim, el último lugar antes de viajar a Palestina... Hanna hablaba despacio, como si cada palabra dicha fuese un regalo, o puede que un esfuerzo, y mientras la rueca tejía los hilos de los recuerdos, su mano apretaba con fuerza la de Fishel, aferrada a aquel primo que le devolvía un pequeño fragmento de su familia.

De pronto, le vino a la cabeza. ¿Cabía la posibilidad de que su prima hubiese visto a su hija o supiese algo de ella? Y, nervioso, le agarró el brazo con fuerza, como reteniéndola, y la pregunta surgió con un titubeo, atropellada, impaciente...

—Hanna, ¿no habrás visto a mi hija Ada? ¿Te has cruzado con ella? ¿Sabes algo, te han hablado de ella? No sé, ya me entiendes... ¿Sabías que estaba en el campo...?

—¿La pequeña Ada, aquí? *Mein Gott!*, ¿cómo es posible? ¿Está viva, Fishel? ¿Sabes que está viva? Pero si era muy pequeña, ay, madre mía, ha sobrevivido, ¡oh, madre mía!

—Está viva, Hanna, lo está, sí, está viva...

Y no hicieron falta más palabras, incapaces de refrenar el torrente de emociones que los empujaba a abrazarse, a aferrarse uno al otro, a sollozar, a llorar al unísono, como si fuese la sinfonía de la esperanza.

Horas después de aquel inesperado e intenso encuentro, Merceneta y Fishel se sumaban a un grupo de diez familias que viajaban en tren hacia Treviso en un convoy organizado por la Brihah y protegido por la Brigada Judía. Antes de partir asistieron a una gran manifestación sionista en la que jóvenes que llevaban banderas con la estrella de David gritaban contra los británicos, que impedían los viajes a Palestina, y al verlos gritar, Merceneta imaginó que aquel movimiento sería imparable y que nada ni nadie impediría que aquellos jóvenes comenzasen una nueva vida en la tierra milenaria de sus antepasados. «Quizá nosotros también tengamos que ir allí», pensó mientras presenciaba la protesta, y, lejos de atemorizarla, aquella idea la puso extrañamente de buen humor. De repente oyó a Fishel llamándola, «¡Mira eso!», y, en una especie de mural que había en la pared de la oficina central del campo, vio diversas fotos de un hombre que no reconoció.

—¿Quién es?

—Es David Ben Gurión, el jefe del Ejecutivo de la Agencia judía. Estuvo aquí, en el campo, hace dos años. Fíjate, está dando un discurso aquí mismo. Y mira, mira, ¿reconoces a este que está a su lado...? Es el hombre de la oficina central, el que dirige el campo. ¡*Mein Gott*, Ben Gurión! Algún día será nuestro presidente.

—¿El nuestro? ¿El tuyo? Pero...

—Siempre seré judío, Merceneta, y si un día los judíos tenemos un Estado en nuestra tierra ancestral, da igual donde viva, será mi país y él será mi presidente.

—Oh, mira quién ha estado también en el campo...

—¡Caramba, es ella!

La foto reproducía la imagen de una mujer alta, tocada con un elegante sombrero y rodeada de decenas de personas. Era Eleanor Roosevelt escuchando las explicaciones del director del campo. «Vaya, es febrero de 1946, hace justo dos años. Estuvo aquí más o menos cuando Ben Gurión. ¡Qué orgullo, Merceneta, qué orgullo!»

Junto a la foto habían colgado un artículo enmarcado que había escrito la primera dama estadounidense tres días después de visitar el campo. Impresionado por el hallazgo y abrumado por un

cóctel de emociones que lo hacían transitar del llanto a la alegría casi sin pausa, Fishel comenzó a leer el texto en voz alta, lenta y solemnemente, como si no fuese un artículo, sino una oración...

> Mi visita a Frankfurt ha estado tan llena de emociones que es difícil transmitiros una idea adecuada de lo que he vivido y de cómo me he sentido. Ayer por la mañana visité el campamento de desplazados judíos de Zeilsheim. Es uno de los mejores, ya que la gente vive en casas que anteriormente ocupaban alemanes.
>
> En esas casas, cada pequeña familia tiene una habitación propia. A menudo, una familia tiene que atravesar una habitación ocupada por otra para entrar o salir de la casa, pero hay puertas y paredes para separarlas. Si les gusta, pueden llevar comida de la cocina del campamento a sus habitaciones y comer en lo que llaman *hogar*.
>
> Me dedicaron un discurso en un monumento que han erigido a los seis millones de judíos asesinados. Respondí con un corazón dolido. ¿Cuándo serán nuestras conciencias lo bastante sensibles para actuar en prevención de la miseria humana en lugar de vengarla?
>
> Alguien le preguntó a un hombre que parecía viejo, pero que no podía ser realmente viejo, sobre su familia. Esta fue su respuesta: «Los utilizaron para hacer jabón». Habían sido quemados hasta la muerte en un campo de concentración.
>
> Fuera del colegio, los pequeños me saludaron. Me dijeron que un niño de diez años era el cantante del campo. Parecía que tuviese seis. Un día llegó al campamento con su hermano, solos, de modo que él era el cabeza de familia. Cantó para mí una canción de su pueblo, una canción de libertad. Vuestro corazón gritó que no había libertad, y ¿dónde estaba la esperanza, sin la cual los seres humanos no podrían vivir? Hay una sensación de desesperación y pena en este campamento que parece inexpresable. Una anciana se arrodilló en el suelo aferrándose a mis rodillas. La levanté, pero no pudo hablar. ¿Qué se podía decir al final de una vida que le había causado una desesperación tan absoluta...?

Poco después de aquella lectura, Merceneta y Fishel subían al autocar que los conduciría hasta Frankfurt, donde, con otros grupos de judíos llegados de campos de refugiados cercanos, viajarían en el tren que debía llevarlos hasta Treviso. Con ellos iban tres jóvenes de la Brihah muy comprometidos con el ideal sionista. «Conseguiremos que lleguen a *Eretz* Israel, no tengan ninguna duda», dijo de repente uno de ellos, un joven pálido con

unos ojos azules tan intensos que pasaban del azul al gris según cambiaba la luz. Y entonces, con un orgullo indisimulado, comenzó a hablar de su organización.

—La Brihah nació en Polonia, en Lublin, para ser precisos, y ¿saben?, la fundó nuestro gran poeta Abba Kovner. ¿Saben quién es? ¿Han oído hablar de él?

—¿Abba Kovner? No, perdóneme...

—El líder de la resistencia judía contra los nazis en el gueto de Vilna. Ya sabrán lo que pasó allí, en Lituania, ¿verdad? Mataban a los judíos de mil en mil, los enviaban a los bosques y los fusilaban. En un solo día mataron a más de cinco mil judíos, y el segundo día, el grupo de exterminio nazi asesinó a ocho mil hombres. ¿Saben cuántos judíos fueron asesinados en los guetos de Vilna? Más de sesenta mil. Y en plena ocupación del Reich, Abba organizó un grupo de resistencia armada, la Fareynikte Partizaner, que fue muy combativa contra los nazis. Es un partisano extraordinario. ¿Saben?, entraba en el gueto por el alcantarillado, ¿pueden creerlo?, y rescataba a judíos y los avisaba de que no los enviaban a trabajar, sino a morir, pobres, y ellos no se creían que fueran a matarlos.

—Era tan inimaginable que alguien pudiese ordenar el exterminio de todo el pueblo judío... Tanto...

—Pero lo ordenaron, y aquí estamos, en medio de una masacre... Pues nada, le hablaba de Abba Kovner... Fue guerrillero contra los nazis durante toda la ocupación. Y aún sigue en la lucha, persiguiendo nazis por toda Europa. Y luego, en el 44, hacia el final de la guerra, fundó la Brihah para ayudar a escapar a todos los judíos que sea posible de Rusia, de Hungría, de Checoslovaquia, de Lituania y Letonia, y también de Polonia, ya se lo imaginan, de toda la zona ocupada por los soviéticos. Esos somos nosotros, los partisanos de la Brihah. Somos la organización clandestina más grande del mundo, ¿se imagina?, la más grande del mundo. Los americanos nos ayudan, es verdad, y los polacos nos están permitiendo sacar a los judíos, y también los checos, y muchos hacen la vista gorda con nuestras actividades, pero suerte tenemos de nuestra organización, que está muy bien estructurada y cuenta

con jóvenes sionistas en todas partes que nos hacen de enlace. Y la Joint nos ayuda económicamente.

—¿No corren peligro todos esos miles de desplazados? ¿No pasa nada?

—Los pasamos con pasaportes de la Cruz Roja y otros que son falsos, y así vamos circulando. Yo conduje a un grupo con pasaportes griegos y, ¿se lo imagina?, eran de Rumanía. Además, los soldados de la Brigada Judía, ya saben, los judíos de Palestina que se incorporaron al ejército británico, que son nuestros, pues ellos, los de la Brigada, controlan la ruta y protegen los convoyes. Cruzamos a los supervivientes rescatados por los montes Tatras. Hemos establecido una red de ramales ferroviarios que es muy efectiva, y ya hemos rescatado decenas de miles de judíos, decenas de miles. Y después intentamos que lleguen a *Eretz* Israel, ya saben, como ustedes, imagino... Ustedes deben de haber llegado a Zeilsheim con alguna patrulla nuestra...

—No, nosotros venimos de Estados Unidos. Estamos buscando a mi hija. Tenemos información de la Joint sobre ella. Estaba en Auschwitz y ha sobrevivido, y ahora parece que está en Treviso o camino de Palestina.

—*Baruj Hashem!* La encontrarán, desde luego que la encontrarán. Seguro que ha venido con alguno de nuestros convoyes. La encontrarán y la podrán abrazar.

El viaje de Frankfurt a Treviso duró más de un día y, durante el trayecto, las conversaciones animadas se confundían con las canciones que surgían espontáneamente o con algún mitin improvisado que se elevaba por encima del griterío y hacía callar a todo el mundo. Merceneta sabía que hablaban del kibutz y del sionismo, y, pese a no entender lo que decían, convertida la lengua en una torre de Babel donde el polaco y el alemán se mezclaban con el yidis y el ruso, y también con griego e italiano, pese al desconocimiento, percibía un instinto épico, una fuerza indomable que los hacía invencibles. «Nadie los detendrá», se dijo mientras un joven que ondeaba una bandera con la estrella de David

comenzaba a entonar una canción y, al instante, toda la gente del vagón se puso en pie para acompañarlo.

—Es el *Hatikva*, Merceneta, nuestro himno.

—¿*Hatikva*? ¿Qué significa?

—*Hatikva* significa «esperanza». Será el himno del Estado judío. Lo compuso un poeta judío, Naftali Herz Imber, en el siglo pasado. La música viene de una canción italiana, *La mantovana*, pero los arreglos son de dos músicos judíos, ahora no recuerdo los nombres. ¿Sabes que la cantaban muchos judíos cuando entraban en las cámaras de gas? Es nuestro himno de esperanza, Merceneta, nos da fuerza.

—¿Qué dice?

Y, sosteniéndole las manos, agradecido por la petición de su pareja, que le permitía aquel momento de complicidad emocional, Fishel le tradujo la canción...

Mientras en lo profundo del corazón
palpite un alma judía
y hacia el extremo de Oriente
la mirada aviste Sion,
aún no estará perdida nuestra esperanza,
la esperanza bimilenaria
de ser un pueblo libre en nuestra tierra,
la tierra de Sion y Jerusalén.

—¿Cómo es la primera frase en hebreo? Puede que sea el momento de empezar a aprenderlo...

Y al escuchar la pregunta, Fishel respondió:

—«*Kol od ba-levav penima, Nefesh yehudi homiyya.*»

Y entonces la abrazó de una manera tan delicada que a Merceneta le pareció que la acunaba.

Después de aquel plácido viaje, que momentáneamente había congelado el tiempo, todo se sucedería deprisa, como si el río de la vida se hubiese entretenido en sinuosos meandros y, de repente, sintiese el fragor del salto de agua y se precipitase en su caída. De Frankfurt a Treviso, de allí, al campo chipriota de Caraolos, y de

Caraolos a Viena, para regresar a Treviso, donde finalmente se sumarían al grupo de Aliyá Bet que los habría de llevar a Haifa. Cada nuevo lugar, una información distinta, y cada paso adelante, un giro que los alejaba del objetivo, como si el reencuentro de Fishel con la niña que creía que era su hija fuese un espejismo cruel, la última vileza de un tiempo siniestro.

«¡Madre de Dios, adónde he ido a parar!», pensó Merceneta nada más llegar al pequeño promontorio donde se había construido el kibutz al que los habían dirigido las autoridades de la Haganá. La situación era tan caótica que nadie podía asegurar dónde habrían ubicado a la hija de Fishel: «Tendrán que esperar unas semanas a que la encontremos», y solo había dos opciones: volver a Estados Unidos o quedarse en Palestina.

—Nos quedamos. No puedo irme sin encontrarla. Dígannos dónde podemos ser útiles.

—Ahora hay un convoy que viaja al sur, hacia Ascalón. Los enviaremos a Yad Mordejai. Es un kibutz grande y bien protegido. Hace cinco años que está en funcionamiento y podrían ayudar a reforzarlo. Ya me entienden, si no pueden trabajar el campo, pueden ayudar con los niños, tenemos una colonia grande de niños allí, o, quizá, si saben algo de medicina...

—Lo que haga falta, cuenten con ello.

—En cuanto consigamos la información de su hija, se la haremos llegar. No se preocupe, la encontraremos. Mucha suerte.

—Mordejai, ha dicho, ¿verdad? ¿Yad Mordejai?

—Sí, ese es el nombre del kibutz. En honor de Mordejai Anielewicz, el líder de la resistencia del gueto de Varsovia, ya habrán oído hablar de él. Un héroe extraordinario. Solo tenía veinticuatro años, y el trabajo que dio a los nazis, que no hubo resistencia como la del gueto de Varsovia. *Zijronó Liberajá*, bendito Mordejai. Un luchador, sí, un judío valiente. *Shalom*, amigos, mucha suerte.

—Fishel, querido, ¿qué pasa...?

No era la primera vez que Fishel tomaba una decisión capital en sus vidas sin pedirle permiso. Y cuando sucedía, Merceneta oía una voz procedente del pasado, el recuerdo lejano de los tiempos

en que su marido, Eusebio, la menospreciaba y ella sobrevivía intentando ser transparente. No le molestaba la determinación de su compañero; al contrario, era un rasgo de su personalidad que admiraba. Fishel era una persona fuerte que había sufrido mucho y que, sin embargo, se mantenía firme, resistiendo. Además, ella sabía que no era un hombre dominante, de los que imponen su criterio sin réplica. Al contrario, la escuchaba, tenía en cuenta su punto de vista, le daba espacio. Pero desde que se había encendido la esperanza de reencontrar a su hija, Merceneta percibía que su amante se había vuelto más rígido, más autoritario, puede que más oscuro. «Si la vuelve a perder, él también se perderá», y aquel pensamiento la asustaba y, al mismo tiempo, la enternecía, hasta el punto de perdonarle aquellos momentos excesivos en que ella parecía no contar. No obstante, la idea de quedarse en aquel país medio en ruinas, en pleno conflicto bélico, era una decisión que habría querido tomar con más calma, quizá con más tiempo.

—Fishel, querido, ¿qué pasa...?

—Tendremos que quedarnos aquí, no sé cuánto tiempo. Tienen que encontrarla, Merceneta...

—Y ¿no te parece que me lo tendrías que consultar? No soy una maleta que puedes llevar de un lado para otro, Fishel...

—¿¡Es que no entiendes que no me puedo ir!? Pensaba que tú lo entenderías, Mercè, tienes que entenderlo, ¿qué es lo que no entiendes?, ¿qué quieres que haga?, ¿que me vaya ahora?

—No, no, pero podrías, no sé, podrías preguntarme...

—No hay preguntas, querida. Yo voy a quedarme, espero que contigo a mi lado, pero si no es así, también me quedaré. Es mi hija, Merceneta, ¡mi hija!

La desesperación, el dolor, las lágrimas, la comprensión, el abrazo, el amor... y unas horas después el camión que los llevaría al kibutz Yad Mordejai, la nueva etapa de una vida que cada día, con cada paso, daba un giro inesperado.

Y fue allí, en aquel kibutz perdido del sur de Israel, junto a doscientas personas llegadas de todo el mundo, donde Merceneta vivió, al mismo tiempo, la emoción encendida del nacimiento de un nuevo Estado y el miedo, asimismo intenso, de los ecos de una

guerra que se aproximaba. El 14 de mayo, tres semanas después de su llegada, la comunidad de Yad Mordejai celebraba, con euforia, la creación del Estado de Israel, y cinco días después, los soldados comandados por el general egipcio Ahmed Ali al-Mwawi iniciaban los ataques al kibutz. La noche anterior, la asamblea comunitaria había decidido la evacuación de las mujeres y de los más pequeños, y, acompañados de noventa y dos niños y unas decenas de mujeres, Merceneta y Fishel se marcharon con una pequeña columna blindada hacia Tel Aviv. Atrás quedaban ciento diez miembros del kibutz y dos escuadrones del Palmaj. Tenían armas ligeras, una ametralladora mediana y un antitanque PIAT de mano, y con aquellas armas se prepararon para resistir el ataque de dos mil quinientos soldados egipcios con blindados, artillería y apoyo aéreo. «¡No sobrevivirán!», exclamó Merceneta aterrorizada, y Fishel le susurró al oído, como si fuese un secreto: «Resistirán, ya lo verás. Resistirán».

De Yad Mordejai, donde acababan de sufrir el primer bombardeo egipcio, a Tel Aviv. Una de las bombas había destruido la estación central de autobuses, pero, pese al caos que reinaba en la ciudad, los miembros de la Haganá que los acompañaban no perdieron el control en ningún momento. «La determinación, la misma determinación que había en el campo de refugiados...», pensó, mientras llegaban al refugio que les habían asignado en la parte alta de la ciudad. El caos de personas, vehículos militares, ruido de aviones y gente corriendo por todas partes le pareció un desorden controlado, como si, a pesar del pánico general, aquella gente supiese en todo momento lo que tenía que hacer. Cuando un joven de ojos grises, que Merceneta imaginó que no tenía más de dieciocho años, le dijo unas palabras amables mientras la ayudaba a bajar del camión, Merceneta respondió: «*Danken*», y, por unos instantes, la torre de Babel en la que estaba inmersa desde hacía unas semanas le pareció un espacio confortable y seguro.

Dos meses más tarde, instalada en un nuevo refugio en Herzliya, después de huir de Tel Aviv, que estaba sufriendo los bombardeos egipcios desde hacía semanas, miró por la ventana. El día sofocante... la calima creando cortinillas de polvo que

danzaban en el aire... el mar en calma... su gente al otro lado de la gran mancha azul... ella con el dedo inmóvil señalando el horizonte, «justo allí, justo al otro lado, mi Barcelona...», y entonces, como si fuese una fruta finalmente madura, la carta que tenía que escribir y que llevaba cuatro años demorando tomó forma...

Primero de agosto de 1948

Querida Mariona: ...

Noche de luna nueva

Nina percibía que todo había cambiado. Su vida continuaba con normalidad, custodiada por la cómoda certeza de la rutina, pero era una apariencia forzada, una especie de máscara que ocultaba la rebelión interior que comenzaba a vivir. Desde que había leído las cartas de su abuela Merceneta, todo lo que, hasta aquel momento, tenía un sentido había dejado de tenerlo, y los escudos protectores que siempre le daban seguridad le parecían ahora los barrotes de una cárcel. El orden, la moral, la religión, las buenas maneras, la vida planificada hasta el último detalle a los diecinueve años, todo eso se iba hundiendo a medida que leía y releía y devoraba las historias de la abuela. Largas noches de lectura febril en que Merceneta hablaba de amores y revueltas que le despertaban unas ansias que no sabía que tenía, profundamente enterradas bajo ruinas de convenciones impostadas.

Todo se removía y se sacudía en su interior, y los sólidos ladrillos que habían construido los proyectos de su futuro se deshacían como si fuesen terrones de azúcar. ¿Quería realmente ir a la universidad o iba porque tener una carrera era un ornamento valioso en las jóvenes de su posición? ¿Estaba decidida a apuntarse a Farmacia porque tenía algún tipo de interés o por la pura inercia familiar? Y a Quimet, ¿lo amaba realmente o amaba la idea de un matrimonio de alta categoría que la convertiría, para siempre, en una gran dama de Barcelona?

Quimet... Al pensar en él, la dulce serenidad que solía sentir había ido languideciendo, como si aquel amor pausado que culminaba sus deseos adolescentes fuese ahora un inquietante eslabón de las cadenas que la aprisionaban. No sabía muy bien qué significaba aquel ruido interior que la inquietaba y la entristecía, pero vagamente le parecía que era un deseo de libertad. Nunca se

había planteado ningún otro horizonte que el de la vida a la que estaba destinada hasta que las historias de la abuela le habían abierto las puertas de un mundo grandioso y abarcable, alejado del pequeño reducto que tenía asignado. Vivía en una ciudad y en un tiempo en que las mujeres eran jarrones de porcelana que decoraban la vida de los hombres, y ahora leía sobre la voluntad y la determinación de una mujer que se había forjado a sí misma y que había sido capaz de romper con todo con tal de luchar por su felicidad. La abuela Merceneta no era un adorno delicado, ni el descanso diligente del hombre ni una mujer asexuada dedicada al placer masculino; no era nada de lo que le enseñaban en las Damas Negras ni en el Servicio Social, sino su reverso, la némesis del ideal femenino del franquismo. Y aquella libertad que respiraba en las cartas que Nina leía con fruición la había conmocionado hasta el punto de no reconocerse. De pronto deseaba crecer, viajar, tocar de cerca el pálpito de otra gente distinta a la suya, vivir más allá de las normas. Y amar, sobre todo necesitaba amar de verdad, con locura, con desesperación, con el fuego de un amor épico, fatídicamente atrapada por la pulsión sexual de sus diecinueve años.

Quería sentirse hermosa, y se miraba completamente desnuda en el espejo y se medía los pechos. Quería sentirse una mujer de mundo, y se imaginaba noches de placer con hombres misteriosos. Quería tocarse allí, en aquel punto delicado que decían que estaba prohibido, y entonces su mano descendía, se acariciaba en torno al pubis, daba tironcitos al vello de la zona, movía el dedo con frenesí, se detenía, volvía, tocaba de pronto algún botón sensible y, al estremecerse, huía atemorizada de aquel reducto vedado. Sin embargo, en aquellos instantes fugaces de temblorosa intimidad, Nina no pensaba en Quimet, sino que regresaba, una y otra vez, a los ojos verdes de Adrià Pruna, que la miraban desde el fondo de aquel antiguo verano en Vilassar de Mar, cuando conoció al hermano de su amiga Martina, el hombre más guapo que había visto.

Había estado enamorada de él desde aquel verano, cuando tenía trece años, y, durante mucho tiempo, la imagen de Adrià la

perseguía y la incitaba, como si fuese una pecaminosa obsesión. Incluso cuando, repentinamente, pensó en él durante unas sesiones de catequesis, se asustó, convencida de que era una tentación maligna, y aquel terror a cometer algún pecado mortal la decidió a confesarse con el padre Anton.

—Pienso mucho en un chico, padre Anton, un chico mayor. Sobre todo por las noches.

—Y ¿tienes ideas sucias? ¿Cometes algún pecado con tu cuerpo, Nina? ¿Qué haces?

—No, no, nunca, padre Anton, no, madre de Dios santificada, no. Pero pienso mucho en él y no sé si es pecado...

—Cometes el pecado de pensamiento, que también es grave; eres una chica y no puedes pensar en hombres, ni en la inmundicia que hacen con las mujeres, porque tú tienes que ser pura y solo pensarás en tu marido... cuando lo tengas. En nadie más, si no quieres ofender a Dios. ¿No ves que estos pensamientos son las tentaciones que te pone el diablo? Tienes que protegerte de la tentación, Nina, que las mujeres no tenéis cerebro y no sabéis cómo dominar las tentaciones, que sois muy volubles y necesitáis que os aten corto para que no os perdáis para siempre. Dime, Nina, ¿ya tienes un prometido? Un prometido formal que te sirva de protección contra los malos deseos, porque las jovencitas sois muy débiles si no os controla un hombre como es debido.

—No, aún no tengo prometido. Pero mi madre siempre dice que me casaré con Quimet Pont, y nos miramos mucho cuando nos encontramos con su familia, pero no sé...

—Pues piensa en Quimet, y, si es un hombre como debe ser, religioso y formal, y sus padres están de acuerdo, prométete pronto, y así no tendrás pensamientos impuros con hombres mayores.

—Y si me vienen, padre Anton, que a veces me vienen solos, ¿qué tengo que hacer, si me vienen estos pensamientos? ¿Tengo que rezar algún avemaría?

—Nina, desear a un hombre es un pecado, un pecado muy grave. Si te viene algún deseo insano, que puede pasar, porque las mujeres sois débiles y os cuesta la disciplina, si te viene algún

deseo de esos, de mujer de mala vida, entonces tienes que clavarte rápidamente las uñas en la mano, o arañarte la piel, o tirarte del pelo con fuerza, y así se te pasará la tentación. A veces Dios nos salva en el dolor. Y luego arrodíllate y reza el padrenuestro para que Dios te perdone.

Y, con aquella receta de Dios y el dolor, Nina fue apagando el instinto primario que Adrià le provocaba, lentamente acomodada en el placer suave de un noviazgo sin preguntas ni sobresaltos ni, sobre todo, tentaciones diabólicas. Quimet no la excitaba por las noches, pero tampoco la torturaba, porque cumplía todas las convenciones que le moldeaban la vida segura y plácida que imaginaba. Y así había ido apagando las fiebres adolescentes que le provocaba Adrià Pruna.

Había apagado el fuego... pero desde el día que había visto a Gala haciendo el amor con un joven rubio que la hacía gemir, Adrià se había vuelto una presencia inesperada y turbadora, y ahora, con las cartas de la abuela Merceneta, aquellas brasas del viejo fuego se habían encendido como si fuesen un inesperado remolino de viento. Fue entonces cuando se vinieron abajo los muros de contención que la protegían de sus instintos primarios. Y con las cartas, Adrià retornó a sus deseos nocturnos, envuelto en atracción fatal, sus ojos verdes, su boca carnosa, aquellos brazos firmes y aquella sonrisa pícara que tanto la avergonzaba. Y entonces, su dedo volvía a bajar, los pelillos rizados, los labios carnosos, el botón que la estremecía... ¿Cómo era posible que las historias de Merceneta hubiesen provocado tanto estrago interior? Y cuando se lo preguntaba le venía un sentimiento contradictorio que basculaba entre el miedo y la fascinación. Fuera como fuese, la vida que había llevado hasta aquel momento ya no le servía, y pese a no saber qué otra vida la sustituiría, era consciente de que ya no quería renunciar a todo lo que hasta semanas antes estaba prohibido y, sobre todo, era impensable.

No fue planificado. Martina se iba unos días a la casa de Vilassar y quería que la acompañase. «No te hagas de rogar, que vamos a

celebrar que ya hemos acabado las clases, Ninona, ¡pronto seremos universitarias!»; y así, de la mano de una decisión sencilla, desprovista de cualquier tipo de pretensión, Nina abrió las puertas a un territorio desconocido.

Las noches de luna nueva... la oscuridad protectora de las brujas y los amantes. Aquel día no parecía especial. Hacía un bochorno intenso y el señor Pruna, que acostumbraba a estar de buen humor, había animado a los jóvenes a darse un chapuzón en la piscina antes de almorzar, «que así estaréis bien frescos y no os quejaréis del calor». No hicieron falta más palabras para que una barahúnda de cuerpos adolescentes reluciese bajo el agua, empapados de la belleza insolente de su juventud. Aparte de Nina y Martina estaban allí los otros hijos de la familia Pruna: Montserrat, que tenía ocho años, Damià, que tenía trece, y el mayor, Adrià, que estaba con un amigo y hacía pocos días que había vuelto de un viaje a Nueva York. Acababa de cumplir los veintiséis y, pese a estar destinado a proseguir con el negocio familiar, su padre lo había enviado a Estados Unidos durante unos meses para que terminase de dominar el inglés y «porque es bueno que un hombre vea mundo antes de casarse».

«Casarse»... Pum, un golpe seco, un pellizco en la boca del estómago, la metralla de un verbo arrogante, «casarse»... y el tiempo deteniéndose en un instante glacial, la rabia inesperada, pum, y un momento después, Adrià haciendo girar de nuevo las manecillas del reloj, tic, tac: «¡Papá, para el carro, que para eso primero tendría que prometerme!», y las aguas volviendo a su cauce. Luego, la carcajada general resonando en algún rincón interior de Nina, allí donde anidaban las esperanzas que ni ella misma reconocía. Adrià era libre, y aquella libertad descarada se paseaba por su cerebro, le susurraba insistente, le clavaba un deseo encendido que le abrasaba la piel.

Fue aquel día de luna nueva, a primera hora, cuando cayeron los últimos muros de contención. Se había levantado muy temprano, y mientras deambulaba sola por el porche de la casa, oyó que Montserrat, la pequeña de la familia, la saludaba con alegría.

—Hola, Nina. ¿Estás sola? ¿A quién estás esperando?

—Hola, chiquitina. Estaba haciendo tiempo para desayunar. No esperaba a nadie. No sé, a vosotros. Me he levantado muy temprano. Y tú, ¿qué haces aquí, renacuaja? Deberías estar durmiendo, pillina.

—Ah, pensaba que estabas esperando a Adrià.

—¿A Adrià? ¿Y por qué tendría que esperarlo?

—Porque dice que eres muy guapa.

—¡Montserrat! ¡Qué dices! Calla, anda, que no sabes de qué estás hablando.

—Sí, sí, se lo dice todo el rato a su amigo. Dice: «Nina es muy guapa», y Pep le responde: «Sí, sí, es muy guapa», que yo lo he oído.

—¡Quieres hacer el favor de callarte, Montserrat!

—Tú le gustas, tú le gustas...

Y entonces empezó a dar brincos por el porche, repitiendo la cantinela: «¡A Adrià le gusta Nina!, ¡a Adrià le gusta Nina, ¡Adrià quiere a Nina!», y mientras ella la perseguía, «¡Ven aquí, bicho!», aquella cantinela se abría camino por los pliegues de su conciencia, acariciaba sus inquietudes, espantaba las preocupaciones y las quimeras adolescentes se convertían en deseos abarcables, como si ella no fuese Júlia Quirch i Lucien, alumna de las Damas Negras, miembro de una destacada familia de la burguesía catalana y futura señora del heredero de las fábricas Pont; como si no fuese otra cosa que una simple chica enamorada de un hombre. Ningún atributo, ninguna herencia, ningún deber, inesperadamente libre del lastre que la aferraba a la tierra.

Las noches de luna nueva... ¿Qué hechicera desató el encantamiento, a qué dioses invocó la gran Circe, qué pócimas preparó Medea para que los labios de los amantes finalmente se encontrasen? Habían pasado toda la tarde atrapados en el juego de la seducción, dedicados a tejer una telaraña de miradas, de travesuras, de cuerpos rozándose distraídamente, cobijados bajo las aguas cómplices de la piscina. Después, cuando la noche impuso su quietud, la oscuridad protectora de la luna nueva envolvió el pecado.

Días después de la estancia en Vilassar, los besos de Adrià aún le quemaban. A veces se recorría los labios lentamente, buscando en vano su tacto; otras se acariciaba el vientre como lo había hecho él: primero el círculo delicado del ombligo, luego el ascenso suave hasta la bajada de los pechos, la mano apretando esa glándula como si la sopesase, y, entonces, con una delicadeza trémula, los dedos culminando el círculo perfecto del pezón. Y, al final, una vez desabrochada la blusa, el recuerdo del mismo recorrido que él había hecho con los labios, la lengua deslizándose suavemente, las pequeñas succiones, la huella indeleble en la piel... Y en un instante suspendido en el tiempo, eterno en la oscuridad de aquella noche de luna nueva, su intimidad saciada por el miembro de su amante, finalmente fundidos en un solo éxtasis.

Ya no podía hacer otra cosa que pensar en Adrià a todas horas, como una presencia que la helaba de miedo y la quemaba de deseo, al mismo tiempo aterrorizada y entregada. «Siempre he estado enamorado de ti, Ninona. No te dejaré escapar», y aquella carantoña del hombre que la embrujaba, susurrada al oído, resonaba a cada instante, intruso insolente de la inercia cotidiana. Todo había cambiado de repente, y aunque la coraza externa que se había fabricado era un retrato preciso de la Nina anterior a las cartas y a la luna nueva, ella ya no tenía nada que ver con aquella adolescente dócil y tal vez domesticada.

Adrià cumplió su promesa, «No te dejaré escapar», y a partir de aquel momento Nina se desdobló en dos vidas: la que seguía la corriente, como un río plácido e indolente, sin meandros ni sorpresas, y la que hurtaba minutos y oscuridades para encontrarse con su amante, escondidos, clandestinos, pecadores. Entraba en un terreno incierto y neblinoso, donde el suelo no era seguro ni existían las convenciones que la protegían, convertida en paria de todo lo que era y a lo que estaba predestinada. Pero tenía el amor de Adrià, que la aferraba a los sueños. Y cuando la oscuridad la cubría, releía las cartas de su abuela Merceneta, y aquellas cartas eran el resorte que la impulsaba; una luz delicada que, esforzada y tenuemente, lograba iluminar sus pasos. Al fin y al cabo, ella misma era una nueva Merceneta, redimida de un destino marcado,

sublevada por amor.

Cuando la universidad impuso la rutina de las clases y los horarios, y las manecillas de la vida iniciaron su inapelable tictac, Nina ya sabía que no conseguirían derrotarla. Tenía que vivir en aquel mundo rígido donde las mujeres eran simples manchas del paisaje, un mundo lleno de hipocresías y convenciones castradoras que tejían una tupida red de dominio. Pero ella ya no era una prisionera, sino una intrusa. Quizá aquel mundo retrógrado poseía el reloj de su vida, pero ella había conquistado el tiempo.

Él, en cambio, Quico, el guerrillero Sabaté, «el sanguinario», «el analfabeto», «el macabro asesino que ha aprendido sus tretas en el extranjero», agotaba su tiempo con la celeridad depredadora del riesgo. Se había convertido en «el enemigo público número uno de España», y en Vía Layetana ya tenían su foto, cortesía de la policía francesa. Cuando sonó el teléfono de la Brigada Político-Social y una voz anónima dio el aviso: «Acabo de ver al famoso atracador Quico Sabaté pasando por el Arco de Triunfo», la partida de caza se aceleró tanto como el pulso del comisario Antonio Juan Creix, que se afanaba, ansioso, por ser el hombre que lograse detenerlo. Presa de una excitación sin medida, su voz temblaba y le salía algún que otro gallo al llamar a su amigo Polo.

—¡Pedro, Pedro, lo tenemos! ¡Ven, corre, ven para la brigada!

—¿Cómo? ¿A quién? ¿Tenemos a Sabaté?

—Sí, sí, coño, a Sabaté, joder, no te llamaría por una pieza menor.

—Ahora mismo aviso al gobernador. Felipe querrá saber que estamos a punto de cazar a esa rata inmunda. Antonio, que no se te escape, joder, que te juegas el puesto.

—Ya han salido varios coches hacia Arco de Triunfo. Lo han visto pasar por allí en un taxi. Tenemos incluso la matrícula del vehículo. Ven rápido para acá, que te lo vas a perder.

—Voy, voy, y guárdamelo un rato si no lo acribillas, que a este quiero peinarlo yo primero. Lo voy a dejar bien peinado a ese hijoputa de mierda...

—Tendrás tu ración, querido amigo, la tendrás.

La ninfa Tique, hija de Zeus, caprichosa y despótica. En ocasiones, diosa de la fortuna; otras, la ruleta indiferente de la maldad. Y en aquel frío día de noviembre de 1955, ambas almas a un tiempo. Los coches de la policía a toda velocidad, el taxi circulando por Almogávares, uno de los coches de la brigada interceptándolo en la esquina con Luchana, y, entonces, la puerta del taxi abriéndose; Serrano, de la CNT, corriendo nerviosamente y, en medio de las ráfagas de su propia ametralladora, la figura impasible de Sabaté huyendo sin prisa mientras acribillaba el vehículo policial. Luego, otro taxi para huir, una furgoneta a punta de pistola, otra calle inocua, un hombre cualquiera caminando aparentemente sin rumbo... Cuando el comisario Creix emitió la orden de busca y captura contra «el peligrosísimo atracador Francisco Sabaté Llopart», este ya había decidido que era necesario regresar a Francia. Iría a pie.

Luna creciente
(1956-1957)

Queda terminantemente prohibido designar a las partidas de atracadores que actúan en los distintos lugares de la Península con el nombre de «huidos», «maquis», «guerrilleros», «rebeldes», etc., que ellos desean ostentar para dar a su actuación aspecto político y militar. Por lo tanto, en lo sucesivo, siempre que se designe a tales malhechores se hará con el nombre de bandoleros o atracadores, como corresponde a los delitos comunes que cometen, extendiendo esta denominación a los que procedentes de Francia desarrollan sus criminales actividades en la zona fronteriza o en el interior.

Instrucción del jefe del Estado Mayor
de la Guardia Civil, Madrid,
22 de mayo de 1945

Un plato de arroz con leche

Salió a dar una vuelta a pesar de que la temperatura era muy baja. Los periódicos avisaban de una ola de frío procedente de Siberia, y alertaban de que sería el invierno más gélido que se recordase. Al salir de la masía, Quico notó un latigazo helado en la cara y se frotó las manos. Hubiera podido quedarse junto a la chimenea, al lado del fuego generoso que había preparado la casera, pero tenía ganas de salir y el frío le gustaba porque le activaba las ideas. Caminó durante un rato por el bosque cercano, pero, lejos de pensar en las nuevas acciones, su mente vagó por la memoria, la vieja intrusa. Y, como sucedía siempre que se refugiaba en los recuerdos, venían a él los rostros de los caídos. Cada vez se sentía más solo entre los vivos porque los percibía débiles, incapaces de realizar grandes gestas, la mayoría capados por los pusilánimes que comandaban la CNT en el exilio. «Un hatajo de cobardes acomodados», se dijo, y cuando pensó en los grandes héroes de las épocas doradas del anarquismo, «casi han muerto todos los Durrutis», ese pensamiento le provocó una tristeza rabiosa, incapaz de desatar el llanto, pero muy eficaz como munición de lucha. Él, Quico Sabaté, el hombre que hacía que la gente se estremeciera de miedo al pronunciar su nombre, el «pum, pum, soy Quico» del griterío de los chiquillos de su barrio, ese hombre no lloraba, actuaba. Pero cada vez era más difícil encontrar compañeros que estuviesen a su altura, gente capaz de matar y morir sin titubear, gente que nunca delataría a los suyos. Gente que no fuese como su hermano Manolet, «maldito Manolet, tantos caídos por tu culpa», y escupió en el suelo, no como si arrojase saliva, sino el recuerdo de su hermano fusilado.

Por eso había escrito a su amigo Facerías, porque era un incorruptible como él, un anarquista de corazón y dinamita. Quería

volver a Barcelona y necesitaba un guerrillero, y no un niño de pecho que se echase a temblar a la primera ráfaga de la guardia civil. «Face, tienes que venir, te necesito», escribió en la carta enviada a Italia, y cuando Facerías le respondió: «Instálate en la masía. Llego en tres días», la espera en la masía Graboudeille del amigo Michel Guisset, al borde mismo de la frontera, se le hizo eterna.

Y con la espera, el eco del recuerdo de los caídos. Cada vez le venían más a la memoria, testigos insolentes de una verdad inapelable: había más anarquistas muertos que vivos. Habían caído decenas de comités operativos, la FAI estaba desmantelada y de la CNT solo quedaban los restos, mientras que crecía sin parar el número de fusilados y se reforzaba el poder represivo del régimen. Franco los cazaba de manera implacable, de uno en uno, y aparte de Facerías o Massana y Caracremada, o de él mismo, ya no quedaba ninguno de los maquis más temidos. «La CNT nos niega y Franco nos mata», y esa evidencia le agudizaba el dolor de estómago que hacía tiempo que lo torturaba. «¿Tendré cáncer?», pero cada vez que se lo preguntaba se reponía con convicción: «No moriré por un cáncer cualquiera, sino matando fascistas, como dice Caracremada», y la idea lo reconfortaba.

«Caracremada...», repitió en voz alta, despacio, como si fuese un rosario, y la repetición de aquel nombre le evocó sentimientos enfrentados. Ciertamente, quería y admiraba a Ramon Vila, un luchador de hierro, curtido desde la infancia en las fábricas textiles de la cuenca del Llobregat, anarquista desde la adolescencia, protagonista de sabotajes, encarcelamientos y fugas, detenido por los nazis en Perpiñán y miembro de la Resistencia francesa después de una huida espectacular. «El capitán Raymond —recordó que lo llamaban los maquis franceses—. Y tuvo los cojones de rechazar la Legión de Honor, eso sí que es un guerrillero y no los cuatro mindundis de ahora», y, orgulloso, remachó el elogio: «¡Qué gran anarquista! Hábil como nadie, no hay ninguno más escurridizo. ¡Será el último de todos nosotros en caer!», y se dejó confortar por la admiración que sentía por su amigo. Pero el recuerdo de Caracremada también era doloroso, porque estaba por siempre

ligado a la caída de decenas de militantes y a la muerte de sus hermanos.

¡Cuántas veces había pensado en ello, en aquella operación que resultó tan trágica! Todo salió mal desde el principio, «demasiados errores, demasiada precipitación», y rezongaba, molesto, que Caracremada no debería haberse llevado a Manolet, que estaba muy tierno y no iba a aguantar la acción. Y luego todo fue cuesta abajo, como una piedra lanzada sin dirección: la improvisación, sin material apenas; el intento de requisar un coche para cometer un atraco en el Pont de Vilomara; el coche que no se paraba, las ametralladoras disparando, una chica herida, la Guardia Civil sobre aviso, el grupo separándose, la huida por los bosques, días de escondrijos, las llagas en los pies, el hambre y, al final, la Guardia Civil alcanzándolos.

«¡Aquel día mataron a Elio!», y al nombrar a su compañero italiano sintió una punzada dolorosa en el estómago, como si los dolores físicos estuviesen vinculados al alma. Después, como si se tratase de un ritual de la memoria, pronunció una especie de réquiem: «Elio Ziglioli, asesinado por la Guardia Civil en Castellar del Vallès el 29 de septiembre de 1949», y durante un momento pensó en el joven italiano, forjado en la Brigata Garibaldi del movimiento partisano contra los nazis, libertario inquieto que había aprendido el esperanto y dominaba el francés y el castellano, y comprometido con sus ideales hasta el punto de unirse a sus hermanos libertarios en la lucha contra Franco. Quico no conocía los detalles concretos de su muerte, pero los pocos que sabía le permitían hacerse el cuadro macabro de lo que debió de pasar: detenido, torturado y, allí mismo, un tiro en la nuca. Pum, un sonido seco, la sangre manando, el cuerpo cayendo y la vida de aquel joven nacido en Lombardía segada para siempre. «Así es como acabamos todos los buenos, dejándonos la vida en la lucha», y el recuerdo de todos los que habían caído a causa de aquella misma operación cutre acentuó su malhumor. Unos, muertos en las montañas; otros, días después, cuando su hermano Pep, furioso por la detención de Manolet y convencido de que podía liberarlo, se entregó a una orgía de acciones improvisadas y suicidas. «Seis

expropiaciones en una semana, el loco de Pep... Seis... ¡Y dos el mismo día! ¡Cómo pretendía acabar, sino cosido a tiros!», y la memoria del dolor le devolvió los nombres de los caídos: Elio, el maño Luciano Alpuente, el valenciano Oltra, Cecilio Galdós y su enlace, Carlos Cuevas, acribillados casi a punto de pasar la frontera; Saturnino Culebras, fusilado en la Bota, su hermano Pep, muerto después de matar a un policía, «un camisa vieja de la Falange, decían los periódicos, ¡que reviente!». Y, dándole un puntapié a una piedra, como si aquello lo reconfortase, replicó: «¡Un guerrillero hasta el final!», y el orgullo fraternal le apaciguó el malhumor. No mencionó a su hermano pequeño: no quería hacerlo. No lo consideraba uno de los suyos. Los libertarios tenían que aguantar la tortura y jamás delataban a sus compañeros, y, sin embargo, decían que su hermano había delatado a todo el mundo. «Y ¡cuánto hizo sufrir a mamá, tan mayor, pobrecita!», y al recordar que sus padres iban andando desde Hospitalet hasta la prisión porque así el dinero que se ahorraban en el tranvía les permitía comprar algo de comida, el dolor agudo del estómago le dio tal aguijonazo que lo dobló, y con rabia soltó un reniego: «¡Maldito sea!».

No, no quería nombrarlo, ni pensar en él ni incluirlo entre los caídos, porque le habían dicho que había sido un cobarde y que por su cobardía habían caído decenas de anarquistas. «No, ni perdón ni piedad», y el nombre de su hermano pequeño, torturado en Vía Layetana y fusilado en el Campo de la Bota, se desvaneció como el hielo.

Luego, disipadas las nieblas de la memoria, mató el tiempo imaginando las acciones que cometería con Facerías cuando entrasen. «Tenemos que hacer algo muy gordo», se dijo, animado, y entonces se percató de que todo su cuerpo estaba temblando de frío. Regresó apresuradamente a la masía para charlar un rato con la casera. Si nada se torcía, Facerías llegaría al día siguiente.

En la sede de la Brigada Político-Social la calefacción estaba puesta al máximo. Sobre la mesa del comisario Creix descansaba un

ejemplar antiguo de *La Vanguardia* con un único titular: «Frío glacial en Barcelona», y la noticia abundaba en informaciones de toda Europa: nieve intensa en Roma, récord de cuarenta y cinco grados bajo cero en Suecia, el lago Gento a más de treinta bajo cero y, en Barcelona, siete bajo cero en el observatorio Fabra del Tibidabo. Aunque los datos eran del 4 de febrero, durante toda la semana siguiente el frío había continuado siendo tan intenso como el caos que provocaba.

El flamante «jefe del Gabinete de Información del Gobernador Civil», el comisario Pedro Polo, estaba sentado en un sofá del despacho aguardando la llegada de su amigo. A pesar de que la caza de Sabaté era su prioridad en todo momento, ese día no habían quedado para hablar del maquis, sino de la revuelta en la Universidad de Madrid, en especial después de los recientes acontecimientos: la manifestación de los estudiantes, el enfrentamiento con los falangistas, el guardia de Franco herido de bala, la Falange jurando venganza...

—¡Es un desastre, Antonio, un desastre! ¡Una manifestación de estudiantes, por Dios, si ya habíamos acabado con las manifestaciones, joder! Y ahora, el cierre de la universidad y la detención de todos esos rojos, que todos son hijos de la Institución Libre de Enseñanza, ya sabes, esa escuela de rojerío.

—Puedes imaginarte... La cosa se va a caldear. Debemos estudiar qué vamos a hacer, querido amigo, porque esto estallará en Barcelona.

—Totalmente de acuerdo, y encima acaba de dimitir el rector, el Laín Entralgo ese, que ni uno de esos es de fiar, todos con el coco carcomido por la basura intelectual.

—Mucho libro y ninguna hombría. Medio maricones todos.

—Tienes razón, ja, ja, ja, leer demasiado te amaricona. Bueno, Antonio, lo que decíamos, hay que actuar. Lo he hablado con el gobernador y piensa lo mismo que nosotros: debemos cortar la cabeza de la serpiente antes de que crezca. Recuerda los intentos del 42 en la Universidad de Barcelona, cuando aquellos tipejos montaron un frente universitario, el Front, ¿te acuerdas? Siempre tan pomposos con su idioma de mierda. Suerte que los capamos

pronto. Pero lo de ahora... Este lío universitario de Madrid es gordo. Hay que prepararse. Dame un momento y voy a tu despacho.

Hacía poco que había llegado a Vía Layetana, pero le habían dicho que el comisario tardaría diez minutos —«Está con un asunto»—, y aquel eufemismo del secretario lo había hecho sonreír. Era evidente que «el asunto» era el interrogatorio de algún detenido. «¡Cómo le gusta a Antonio afinarlos personalmente!», y, risueño, se acomodó en el sofá y se puso a leer *La Vanguardia*...

> El que el lago de Estangento se mantenga a treinta y dos grados bajo el punto de congelación ya no sirve de alivio a una urbe aterida que está metida por los portales y en los quicios de las puertas, con cara de frío, esperando el autobús. Bajo este azul clarísimo que nos cobija, la fantasía de las fuentes heladas, de los ríos con hielo en las márgenes, de los árboles ateridos y de los ojos de susto, llorosos, ya no nos llama con la misma atención de las primeras horas. Incluso el amanecer nórdico de que ayer disfrutamos, con un sol rojizo y bajo, jugando su luz fría entre el plomo de las nubes con nieve, no constituyó ya un espectáculo para la sorprendida actualidad ciudadana, a la que empieza a helársele hasta el aliento. Detrás de los cristales con el aire condensado en hielo, el buen barcelonés sólo pensó ayer en la forma de comenzar su jornada con el menor daño posible.

Soltó el periódico e, instintivamente, se frotó las manos como si tuviese frío, aunque la temperatura del despacho del comisario era muy cálida. «Calefacción Roca, la mejor», profirió Creix nada más entrar por la puerta, y los dos amigos rieron al unísono. Pero la gravedad de los hechos no permitía demasiadas distracciones y muy pronto abandonaron las bromas y se pusieron a trabajar. Sabían que la destitución del ministro de Educación, Joaquín Ruiz-Giménez, estaba al caer, «Franco no perdona las debilidades, y ese tipo... un flojo...», y pese a que la posibilidad de nuevas manifestaciones no parecía inmediata, el instinto de viejos represores contra la insurgencia los había puesto en guardia.

—Esto va a ser el principio de los líos en las universidades, ya verás... Los comunistas están moviendo hilos, Pedro, joder, que se están infiltrando en la universidad y los nuestros ni se enteran.

Joder, ¡a quién se le ocurre permitir un homenaje a Ortega y Gasset! ¡Un liberal, joder, un puto liberal! Y van los nuestros y lo permiten.

—Y después lo de Ridruejo, Antonio, que tiene tela...

—Sí, sí, vaya pájaro, mucha Falange y mucha División Azul, pero venga a darle al cuento de la apertura y no sé qué. Buena apertura le daría yo a esos juntaletras de tres al cuarto.

—Bueno, ese ya está lamiendo el suelo de la cárcel, que cuando a Franco se le hinchan las pelotas, ni la Falange ni la División Azul te libran, y ya ves, detenido, el muy imbécil.

—Así es, camarada, pero olvídate de Ridruejo, que todo esto lo mueven los comunistas por debajo. ¿Leíste lo que te pasé, el manifiesto que publicaron con sus quejas?

—Sí, sí. Guardé la frase, esa tan pomposa... «¡Cuántos catedráticos y maestros eminentes apartados por motivos ideológicos y personalistas!». ¡Serán hijoputas! Que no los apartamos, los depuramos, leche, depurados, que eso es lo que había que hacer para salvar a España.

—Pues ahí están, haciendo homenajes a Ortega y lamiéndole las botas a Ridruejo y a los liberales. Y luego pasa lo que pasa, van los cabrones y se manifiestan. Y espera, porque, lo que te decía, esto estallará en Barcelona, que aquí estamos infectados.

—Eso me temo, Antonio, por eso debíamos reunirnos, para prepararnos.

Luego se pusieron a repasar los hechos, para buscar el origen de la protesta y con la esperanza de detectar síntomas similares en Barcelona y detenerlos antes de que se desencadenasen.

—Todo empezó con ese manifiesto de los cabecillas universitarios que querían hacer un Congreso Nacional de Estudiantes.

—¡Un congreso, los hijoputas! Lo que quieren es liquidar el SEU. Y todos hijos de ricos, ya me dirás, como si Franco no fuera de los suyos. ¿Te han pasado de Madrid la lista completa de los detenidos?

—Sí, sí, como dices, todos niños bien, que ahora les da por hacerse rojos. Aquí tengo la lista: Ramón Tamames, Enrique

Múgica, Javier Pradera, Gabriel Elorriaga, Miguel Sánchez-Mazas, el que comentábamos, Dionisio Ridruejo, y José María Ruiz Gallardón. Estos el día 8, y ayer cinco más: Julián Marcos, un tal Sánchez Dragó, una tipeja llamada María del Carmen Diago...

—Mujeres y todo, ¡hay que tener cojones!

—Sí, espera... No, no hay más mujeres. Solo esa. Y también un tal Jaime Maestro, y José Luis Abellán. No tengo más nombres. Imagino que estos son los primeros que se han cepillado, pero habrá más.

—A ver si se atreven a peinarlos, que como son niños bien, igual los tratan como a marqueses.

—Algún bofetón se llevarán, pero vaya, no será el repaso que hacemos nosotros, que estos son rojillos con abolengo...

—Bueno, pues ahí está. El primer error, permitir homenajes a antiespañoles como Ortega, que ese era el campeón de los antiespañoles, hostia puta, mira que no verlo... Y después van y permiten que se publique el manifiesto de los cojones. Que luego pasó todo: los del SEU cepillados en las elecciones, el tonto del presidente del SEU, Jesús Gay, anulándolas, que más tonto imposible, que hasta lo han echado a patadas de la sala, y luego, la manifestación...

—La primera, querido amigo, la primera desde la victoria. Cuidado porque nos estamos apalancando y estos vuelven a crecer.

—Ahí está, eso digo yo. Y luego solo faltaron los nuestros. Van los zopencos de la Falange y asaltan la facultad y se cargan el mobiliario, y otra vez, manifestación por San Bernardo, y luego pasó lo que pasó...

—Sí, el encontronazo con los de la guardia de Franco.

—Eran los de la Centuria 20, ¿verdad?

—Sí, sí, los de la Centuria, tipos duros. Por cierto, eso del camarada herido de bala, raro, ¿verdad? ¿Quién lo hirió? ¿Se sabe?

—No se aclaran. Me da a mí que fue un disparo de ellos mismos, de los de la guardia, porque todos llevan pistolas. O quizá de algún policía que se despistó, no sé. Pero están los de la Falange con unas ganas de venganza que ni te cuento, que si Franco no los para, estos ya tendrían la lista de los que pasarían a cuchillo.

—Cualquiera les sopla, y encima un herido... Pero bueno, ya viste los periódicos, ¿leíste el *Madrid*? Joder, cómo me gusta ese periódico, te hincha de bravura. Mira qué frase: «La sangre de un muchacho español enrojeció ayer una calle madrileña». ¡Sí, señor, qué coño! ¡Un muchacho español, que los otros, ni españoles ni nada! Simples zoquetes hinchados de odio, eso son...

—Cálmate, amigo, que te van a dar otra medalla, ¡ja, ja, ja!

—Sí, bueno, es que...

—Continuemos: el manifiesto, la manifestación, el centurión herido, y luego ya sabes, Laín dimitiendo como rector; y el ministro, que Franco ya debe de tener su cabeza en la guillotina...

—Sí, sí, ya tiene media cabeza cortada, ¡ja, ja, ja! De todas formas, amigo, ahora estaremos tranquilos un tiempo, pero esto solo acaba de empezar. Me temo que la universidad se convertirá en un polvorín permanente, ya verás. Por ahí empezarán los líos...

—Por eso, por eso, repasemos los errores, a ver si podemos actuar en Barcelona antes de que perdamos el control. Es lo que estábamos diciendo, el primer error, permitir manifiestos...

El tiempo, ni corto ni largo, tan solo la tarde, que lentamente se agotaba. Preocupados por el problema que había estallado y concentrados en la búsqueda de soluciones terapéuticas que cerrasen la herida antes de que sangrara, ambos comisarios se dedicaron a imaginar toda clase de métodos represivos que permitieran controlar a los estudiantes. Polo dijo que hablaría con el gobernador y organizaría una cumbre con los rectores de las universidades catalanas, y Creix añadió que reuniría a todos los comisarios con objeto de prepararlos para las protestas. En caso de producirse manifestaciones, sería preciso actuar con dureza, y la dureza requería planificación.

Antes de marcharse, Polo no pudo evitar hacerle la pregunta: «¿Sabes algo de Sabaté?», y la respuesta negativa lo puso de mal humor.

—Esta rata, ¡joder!, ¿cuándo la cogeremos?

—Paciencia, Pedro, paciencia. Ahora se cree un gran león, y cuando lo tengamos nosotros se convertirá en un pobre ratón. ¿Te acuerdas del desgraciado de su hermano Manuel?

—¡Cómo no lo voy a recordar, si pasó por nuestras manos, las mías y las de Quintela! El pobre diablo, cómo cantaba, no paraba de darnos datos: dónde habían escondido las armas, por dónde habían entrado, con quién... Era una máquina de hablar andante, ¡ja, ja, ja!, tanto que había que pararlo. Temblaba como un niño de teta. No hacía más que llorar y llamar a su madre. Hostia puta, estos tipos, tan anarquistas y luego, ya ves, al primer golpe, a llamar a mamá.

—Hombre, Pedro, golpes le disteis muchos, que ese desgraciado se llevó todas las hostias que se merece su hermano. Recuerda que Quico intentó asesinar a Quintela, y se libró de la muerte por los pelos. Le tiene tantas ganas a los Sabaté que con ese desgraciado se cebó.

—Sí, el pobre no era gran cosa. Tenía veintipocos, no sé, veintiuno o veintidós, y era un *cagao*. No parecía un Sabaté. Nos decía que no había hecho nada. ¡Coño! ¿Nada? ¡Pero si era un Sabaté, coño, aunque fuera un *cagao*! El desgraciado lo cantó todo antes de pegarle, ¿te imaginas?, del miedo que tenía... Pero eso no le libró de tres magníficos días en los sótanos, a nuestro cuidado...

—Anda que no disfrutaste, cabrón.

—Mucho. ¡Qué carajo, era un Sabaté! Y luego, ¿sabes qué me contaron?

—No, ¿qué?

—Antes de llevárselo para la saca, caminito del Campo de la Bota, el muy imbécil, en la cárcel pidió un plato de arroz con leche. Dijo que era el plato que le hacía su madre. ¡Un puto plato de arroz con leche! Joder con el revolucionario. Yo pensaba que estos comían piedras. Y luego ni te cuento la madre, cuando le entregaron el cadáver, ¡qué lloros! Gritaba: «¡Manolet! ¡Mi Manolet!», como una posesa. Tuvieron que amenazarla con detenerla si no se calmaba. Un cuadro.

—No sé yo si Quico será tan blando... Me parece que a ese tendremos que cargárnoslo nada más verlo.

—Sí, seguramente no tendré el placer. Al diablo no se le puede dar tiempo...

Pájaro de aire y fuego

—«La verdad y la justicia triunfan en la ONU» —leyó Adrià con voz pomposa, y su impostura forzada hizo reír a Nina.

Luego, animado por su propia ocurrencia, se levantó del sofá y, plantado en medio del comedor, se tapó la nariz y, muy solemne, dijo:

—Señorita Nina, soy el locutor del NODO, hoy es un día grandioso para Franco. Y, alzando el brazo a la manera fascista, gritó:

—¡Viva el Caudillo! ¡Arriba España!

La arenga, distorsionada por la obstrucción de la cavidad nasal, sonó como una especie de alarido interrumpido, y, decidido a ridiculizar aún más la escena, hizo un cucurucho de papel y se lo colocó en la cabeza.

—Continuemos —dijo con la nariz nuevamente tapada—. Señorita Nina, ahora leeremos la prensa —y comenzó a leer el editorial de *La Vanguardia*—: «Cuando hace exactamente nueve años la ONU decretó la insólita e inicua retirada de los embajadores de sus naciones en Madrid, se personalizó en Franco la causa o el pretexto de tan grave decisión, "porque Franco era un peligro para la paz"...».

Y así iba parodiando frase tras frase...

—«... el agravio y la iniquidad no se infligían contra Franco sino contra España entera...».

... elogio tras elogio...

—«... la serenidad que trasciende del histórico despacho del Palacio de El Pardo...».

Y al final del texto, con la explosión de la exaltación periodística...

—«... sin excluir el ¡hosanna! íntimo de nuestros espíritus

españoles, trémulos de gratitudes a Dios por habernos deparado la dirección y el consejo de un hombre como Franco...».

... Adrià llegó al paroxismo arrodillado en el suelo y gritando: «¡Gracias, Caudillo! ¡Gracias por existir!», definitivamente convertida la escena en un guiñol desmadejado y patético. España había sido aceptada finalmente en la ONU y Franco era el héroe santificado del patriotismo español. Pero en aquel pisito de la calle Calabria donde Adrià llevaba unos meses instalado, Franco no era un héroe, sino una charlotada grotesca que habría resultado cómica de no haber sido trágica. Y mientras Adrià proseguía con sus furtivas bufonadas, tal vez la única alegría desesperada de quienes odiaban al dictador, Nina iba pensando en aquellos últimos meses tan intensos que había vivido a su lado. En junio se daban el primer beso y en diciembre estaban allí, en el piso de Calabria, parodiando los esperpénticos panegíricos de la prensa del régimen. En seis meses su vida se había vuelto hasta tal punto del revés que aún no se atrevía a creer que todo aquello estuviese pasando.

—Nina, Ninona, ¿qué hay dentro de esta cabecita? —preguntó Adrià al verla absorta—. ¿No te gustan las payasadas de tu amado?

Y la abrazó con ternura. Luego, un beso tímido en los ojos y otro en la mejilla, y un tercero más intenso en la boca y, enseguida, los labios fundidos, las manos buscando la piel turgente, la ropa cayendo al suelo, mordisquitos en los pezones, los dedos de Adrià acariciando los pliegues más íntimos de su amante, la mano de ella agarrando el miembro de él, el vaivén conocido, arriba, abajo, la sacudida agitada del cuerpo, el placer acelerándose, anhelante por alcanzar el clímax y, justo antes de culminar, Adrià saliendo apresuradamente del vientre de Nina, sujetándose el miembro para que su efluvio no entrase en el cuerpo de ella. Finalmente, agotados y satisfechos, el abrazo delicado y la dulce calma, mecidos por el balanceo de la respiración. Adrià se durmió enseguida y, al observarlo, Nina se sintió pletórica.

Seis meses, «seis meses que son toda una vida», se dijo, y mientras se levantaba del sofá y se ponía la vistosa bata que él le

había regalado, «para que estés preciosa en casa, completamente desnuda, solo acariciada por el terciopelo», pensó en la primera vez que hicieron el amor, aquella noche de luna nueva en Vilassar. «Allí aprendí lo que era la marcha atrás», y sonrió al recordar cómo le había explicado aquel precario método anticonceptivo que Adrià aseguraba que les permitiría amarse sin riesgo a un embarazo. «¡Madre de Dios, si algún día fallase!», y sacudió la cabeza, como si aquel simple gesto exorcizase la malaventura.

¿Cómo se había atrevido a hacer todo aquello? ¿De dónde habían salido las fuerzas que la empujaban a romper las normas y las convenciones que daban sentido a su vida? En unos meses había pasado de ser la alumna virgen y timorata de las Damas Negras, indolente y feliz con su vida ociosa, a ser una mujer decidida que practicaba el sexo con su amante y había descubierto la conciencia política. Por un lado seguía las pautas de la rutina tradicional que la familia, los conocidos y la sociedad esperaban de ella. Pero, recluida en el refugio privado del mundo de Adrià, por el otro vivía una vida rebelde y clandestina que la impulsaba a ambicionar un destino más allá del mísero futuro que le tenían preparado. Las cartas de su abuela Merceneta le habían abierto las puertas de los sueños y, sobre todo, le habían demostrado que se podían vencer los vínculos que esclavizaban a las mujeres y las condenaban a la oscuridad. Solo hacía falta valentía y determinación. «Y un compañero, un compañero que te dé alas para volar.» Y así, tal como había hecho su abuela con Fishel, ella caminaba de la mano de Adrià, transformada en un pájaro de aire y fuego, a un tiempo liberada del miedo y encendida de deseo. Orgullosa de la mujer en que se estaba convirtiendo, le parecía que no habría ninguna frontera, ninguna norma, ninguna prohibición que pudiese detenerla.

No obstante, las convenciones habían forzado algunos giros necesarios, sin los cuales habría sido muy difícil mantener las apariencias. Al fin y al cabo, la relación con Adrià había nacido, desde el primer momento, tan intensa e inflamada como inflamado había sido el deseo largamente aplazado que tenían el uno por el otro. Lo confesaron en sus primeras conversaciones:

—Siempre he estado enamorado de ti, Ninona.

—¿Siempre? No exageres, que no me hacías ni caso. Te parecía demasiado pequeña. Yo sí que estaba colada por ti...

—Créetelo, Nina, siempre, siempre. Desde aquel verano en Vilassar, cuando viniste a pasar unos días con Martina. Nada más verte, tan guapa, con tu pelo rubio trenzado con un lazo rojo y esos ojos azules que atraviesan la piel, querida, desde aquel día no he dejado de pensar en ti.

—Pero si tenía trece años... Seguro que me veías como una niña.

—Una niña preciosa. ¿Por qué crees que nunca me he prometido con ninguna mujer? Porque te estaba esperando, Nina, siempre te he esperado.

—Vas a hacer que me ruborice. No sé... creo que exageras, pero me gusta escucharlo. Eres un peligro.

—Un peligro enamorado...

—Anda, venga ya, ¡yo sí que me enamoré aquel verano! Y ya no dejé de pensar en ti.

—Pero tú sí que te prometiste, condenada. Ven aquí, que voy a comerte a besos...

Y de las palabras a los hechos, se cerraba el círculo mágico del amor. Convencido de sus sentimientos y determinado a afianzar la relación, Adrià lo planteó desde el primer momento: «Tenemos que hacer pública nuestra relación, Nina. Quiero ser tu pareja oficial», y aquella seguridad con la que lo decía la animó a dar el paso. Primero fueron confidencias a Martina, convertida en cómplice del amor entre su amiga y su hermano: cubría las salidas, confirmaba las mentiras, ayudaba a crear espacios donde encontrarse... Luego, una conversación con su padre en Cadaqués, una mañana de julio en que estaban solos en la barca. Aún no había hablado con Quimet, incapaz de encontrar el modo de romper con aquel prometido formal que la trataba con tanto cariño y consideración. Después de todo, su noviazgo no era solo una cuestión entre ellos dos, sino entre aquellas dos grandes familias, relacionadas social y económicamente, y ahora fuertemente unidas por la relación entre sus hijos. Era un noviazgo, pero también un

acto social, un vínculo económico, un estatus... Si ella rompía la relación con Quimet, aquella grieta crearía un movimiento sísmico en la familia cuyas consecuencias no podía imaginar. Solo sabía que el disgusto sería tan mayúsculo como temible la reacción. Por eso pensó que lo mejor era confesarse a su padre, con el que, desde muy pequeña, tenía una gran complicidad. Su padre siempre la entendía, y a menudo la defendía de su madre, que era mucho más rígida con las normas, obsesionada como estaba por convertir a su hija en una gran dama de Barcelona. Si su padre la ayudaba en aquel difícil trance, todo resultaría menos traumático.

Aprovechó el tercer sábado de julio, recién llegados a Cadaqués para pasar las vacaciones. Su padre quería salir con el velero que había comprado hacía un año. Era un laúd con una espléndida vela latina que brillaba, arrogante y orgullosa, en el centro de la bahía. El verano anterior habían navegado con frecuencia con el laúd y, durante las salidas, su padre le había enseñado los nombres de cada pieza...

—A ver si lo aprendes. Mira, esta percha que sostiene la vela se llama «entena». La parte más gruesa de la entena, situada abajo y a proa, se llama «car», y la parte que está a popa y elevada, se llama «pena». Repite...

—Entena, car y pena... ¡Vaya nombres!

—Exacto. Sigamos. Hay tres nombres más, el «grátil», que es el lado de la vela que se engancha a la entena; el «pujamen», que es la parte que cae sobre el laúd, y la «baluma», que cae a popa y es la que nos dice la altura de la vela. Y además tenemos la «troza», que es el estrobo que sirve para fijar la vela al palo, y la «escota», que...

Ninguno de aquellos nombres se había grabado en su memoria, y un año después ni siquiera eran un vago recuerdo, pero tampoco tenía ninguna importancia, porque aquel sábado de julio de 1955 su único objetivo era poder hablar a solas con su padre. Por eso, cuando el resto de la familia había decidido ir a la playa grande a bañarse, ella se había prestado a acompañarlo. «Yo voy contigo, papá», y, creada la oportunidad, solo hacía falta aprovecharla. Justo cuando el velero se dirigía al faro de Calanans,

«iremos a Sa Sabolla a calar unas nasas», Nina encontró el momento y el coraje para confiarse a él.

—Papá, tenemos que hablar. Necesito contarte una cosa.

—¿Ahora? ¿Algo que no puede esperar? Que la vela da trabajo...

—Es importante. Por favor, cala el laúd en Sa Sabolla y dedícame un momento. De verdad, papá, necesito hablar contigo.

El vaivén suave del velero, mecido por un tímido levante que acunaba la mar; las aguas transparentes de la cala, rebosantes de algas; los árboles arraigados a las rocas, retorcidos por una tramontana que los torturaba desde que eran retoños... y, en mitad del susurro del aire, las palabras amontonadas durante semanas en la garganta afanándose por salir a trompicones, hinchadas por la fuerza que las empujaba. En aquel instante en que Nina debía desvelar su secreto, ya fuera la musa Calíope, que la dotaba de elocuencia, o la amorosa Érato, guardiana de las penas del amor, o tal vez el propio Hermes, dios de la retórica, fuera quien fuese la deidad que la protegía, Nina encontró las palabras precisas para tejer una red de emociones y de razones que dejaron a su padre desarmado. Su hija estaba enamorada, era un amor sincero y limpio, y él, su padre, nunca actuaría contra su felicidad. Y así, de una manera serena, Nina consiguió el principal apoyo que, luego, cuando estallase la hoguera de la ruptura, la ayudaría a apagar el fuego.

Sentada en el pequeño banco que había en la galería cerrada que daba a la calle Calabria, recorrió con un dedo los dibujos de las vidrieras modernistas que decoraban aquel espacio. Una serpentina ocre separaba cada dibujo, y el dedo se deslizaba suave, como acariciando las imágenes. «Sí, aquel día con papá lo cambió todo», y al recordar las semanas siguientes —el estallido en casa, el enojo desatado de su madre, la presión llorosa de sus tías, la visita retadora del padre Anton, los gritos amenazadores de su abuelo Eusebio, la ruptura definitiva con Quimet...—, todos aquellos recuerdos se habían fusionado en un único momento, como una lengua de lava que finalmente llega al mar y se convierte en un magma pétreo. Y después de todos aquellos días de tribulaciones,

la aceptación de Adrià, «es de buena familia», «conocemos a los Pruna de toda la vida», «él es un buen chico», «si no fuera tan mayor para ti...», la vida volviendo a su cauce. Un día su madre le soltó, justo al salir de la iglesia, cumplido el ritual de la misa de domingo:

—¡Quién me iba a decir a mí que sería consuegra de los Pruna! No es una mala unión. Dos grandes familias. Espero que esa cabecita alocada que tienes no nos dé más disgustos. Imagino que no volverás a tener dudas...

—Madre, estoy completamente enamorada de Adrià.

—¿Ya vas con cuidado? Mira que ese chico es mucho mayor, y ya sabes cómo son los hombres, que siempre tienen malos pensamientos. Nina, no pongas nunca en peligro tu honor, jamás. Sería una vergüenza terrible. Un escándalo así mataría a tu abuelo, pobrecito. Incluso a mí, Nina. Sobre todo, por tu familia y por nuestro nombre, guarda tu tesoro, hija. Eres una mujer y te tienes que proteger.

—¡Madre!, ¿cómo te atreves? Adrià me respeta y nunca me ha ensuciado. Por favor. Será un gran marido. No te preocupes por nada.

Su tesoro... Hacía meses que su tesoro había sido conquistado por el noble caballero que la tenía embrujada, y aquella conquista no mancillaba su honor, sino que lo engrandecía, pues estaba convencida de que no había honor en la represión de los sentidos, sino en el gozo de liberarlos. Aquel era el gran aprendizaje de los meses agitados que había vivido: la felicidad era una conquista, un hito, y era necesario luchar por ella. Por otro lado, nunca habría imaginado que hacer el amor fuese un acto tan delicioso, bombardeada como estaba desde siempre con todo tipo de mensajes castradores que dibujaban un infierno de herejía y rechazo, pues la pecadora se convertía en una apestada. Un día, al llegar a casa después de haber estado con Adrià, encontró una revista de la Sección Femenina sobre la mesita del recibidor. Aún tenía la piel erizada y una calidez interior que le recordaba lo

mucho que había disfrutado de placer un momento antes, y allí, amenazadora e insolente, estaba la revista que tantas veces había tenido que estudiar mientras hacía el Servicio Social. Risueña, comenzó a leer...: «Si tu marido sugiere la unión, entonces accede humildemente, teniendo siempre en cuenta que su satisfacción es siempre más importante que la de una mujer. Cuando alcance el momento culminante, un pequeño gemido por tu parte es suficiente para indicar cualquier goce que hayas podido experimentar. Si tu marido te pidiera prácticas sexuales inusuales, sé obediente y no te quejes...». «Un pequeño gemido», repitió, y se echó a reír con tal intensidad que oyó la voz de su madre, desde el comedor:

—¡Nina!, ¿pasa algo?

—No, mamá, nada, hoy tengo la risa fácil.

Y la broma la mantuvo divertida todo el día.

«Un pequeño gemido» era, en su caso, un torrente de gritos, alaridos, bramidos y el resto de las palabras homólogas, agotado definitivamente el diccionario de sinónimos. Adrià le había enseñado a disfrutar del sexo sin miedos ni prejuicios, y su sensualidad había explotado de tal manera que gozaba de una pasión desbordante que la dejaba exhausta y completa. Ya no era una adolescente indecisa, sino una mujer de veinte años que había rehuido los caminos marcados y había aprendido a pisar con firmeza nuevos senderos. Senderos que ella misma construía paso a paso.

Si Adrià había desatado su feminidad, también le había abierto la puerta a un mundo de ideas y protesta que, hasta entonces, le era absolutamente ajeno. En su casa no se hablaba nunca de política, y cuando alguna vez su padre insinuaba una mínima crítica a Franco o a cualquier decisión del Gobierno, su madre zanjaba inmediatamente la conversación, como celadora eficiente que era de la paz de cementerio que el régimen imponía. Su casa era un mundo feliz, perfectamente ordenado y asentado en una vida burguesa llena de privilegios. Pertenecía a la sociedad acomodada,

y aquel era un territorio protegido de las penurias y las miserias que sufrían los que quedaban fuera de él. Ni siquiera sabía que vivía en una dictadura que acumulaba miles de muertos, y cuando Adrià comenzó a hablarle de las cárceles y de las torturas en Vía Layetana y de la gente que vivía en el exilio, y también del Campo de la Bota, donde fusilaban a los presos políticos, Nina percibió una transformación que la sacudió incluso más que el descubrimiento del sexo. Poco a poco fue tomando conciencia de las cosas que pasaban, como si se hubiese despojado del velo que las hacía invisibles, y a medida que profundizaba en su conocimiento, también crecía su deseo de formar parte de algún ideal, de pertenecer a la gente que no se limitaba a vivir y conformarse, sino que intentaba alzarse.

De repente, muchas cosas de su familia tenían sentido. Por ejemplo, la enigmática historia del tío Dàrius, que vivía fuera de España. Era el hermano mayor de su padre, pero Nina no lo conocía. Alguna vez, al preguntar qué pasaba con aquel tío que siempre recibía muchos elogios, «es un hombre de mucha cultura», «ha creado una empresa importante», pero sobre el que la familia rehuía las respuestas transparentes, «se marchó», «los negocios están en el extranjero», «es difícil que venga», lo único que percibía con claridad es que a su padre le dolía no tenerlo cerca. El misterio de su tío no era como el caso vergonzante de la abuela Merceneta, que había sido borrada de la memoria familiar, convertida en humo. No, de su tío sí se hablaba, especialmente cuando estaban en Cadaqués, donde su padre y sus tíos habían pasado la infancia, y el recuerdo de las travesuras que cometían de pequeños lo ponía de buen humor. Pero nunca supo por qué se había ido a Francia y, sobre todo, por qué no regresaba. «Ahora lo entiendo», le dijo un día a Adrià. «El tío Dàrius no puede volver porque podrían matarlo», y la convicción de que el hermano de su padre era un republicano exiliado le produjo un inesperado sentimiento de orgullo. «Algún día se lo preguntaré a mi padre», pero reculaba porque, si bien le atraía la idea de hablar sobre Franco con su padre, «seguro que piensa como yo», también le asustaba desvelar a la familia la nueva conciencia política con la que, poco a poco, se

iba comprometiendo.

Adrià había entrado en una organización clandestina, y, aunque Nina no sabía nada de su militancia política, había ido conociendo a algunos de los jóvenes que frecuentaban la casa de la calle Calabria. Uno de ellos, Xicolet, era amigo de la infancia de Adrià. Era un chico alto y delgado, muy educado, de pelo rizado y ojos melosos, y de una belleza casi femenina que a Nina le recordaba a los ángeles que había visto en las pinturas de Botticelli en los Uffizi, en un viaje con sus padres a Florencia. Siempre hablaba bajito, como si no quisiese molestar, pero cuando expresaba ideas o analizaba la situación, todos los demás le reconocían una categoría intelectual superior. No era el líder, pero sin duda era la inspiración de los demás.

«Nadie sabe tanto como Xicolet», le dijo un día Adrià después de un almuerzo intenso donde Nina escuchó, por primera vez, la palabra *comunista*. A pesar de no comprender del todo el sentido de la conversación, aquel término le provocó un efecto angustioso, como si fuese una amenaza lejana que de pronto se hubiera vuelto próxima. Y como un resorte de supervivencia, la memoria le retornó conversaciones de su abuelo hablando de los rojos antiespañoles y de los sóviets rusos que querían matar a Dios, porque todos eran ateos. No sabía quién era aquella «gentuza hereje» ni nunca se había preocupado por conocer el significado de aquellas palabras exóticas, pero captaba con claridad que todo aquello era la antesala de algo malo. Y ahora, en mitad de la casa de la calle Calabria, neblinosa por el humo de los Ideales que algunos fumaban sin parar, la palabra surgía por boca de los amigos de Adrià, y no parecía la puerta del infierno, sino una especie de esperanza.

Todavía inquieta, pensó que el mundo de Adrià lo estaba volviendo todo del revés, no solo su sensualidad femenina, sino también las ideas con las que se había educado, los cimientos que la sostenían, la realidad misma, rodeada por otra, apremiante, que latía bajo la superficie. Y quería conocer aquella otra realidad, sumergirse en ella completamente, desvelar los secretos que guardaba, sus tragedias, sus ilusiones, sus compromisos. De repente

recordó una frase de *Alicia en el país de las maravillas*. Hacía muchos años que había leído aquel libro que su padre tenía en la pequeña biblioteca de la casa de Cadaqués, «aquí es donde guardo los libros importantes», pero, lejos de encontrarse con una historia infantil, aquel texto le pareció muy complejo y no fue capaz de entender muchas de las cosas que en él se decían. No obstante, algunas ideas habían quedado grabadas en su memoria e iban destilando significados, como si fuesen un vino largamente madurado. «No tiene ningún sentido volver al ayer, porque entonces era otra persona», decía Alicia, y así se sentía ella: una mujer que había echado raíces en el presente, incapaz de reconocerse en la que era el día anterior. Y mientras lo pensaba, reparó en que nada de todo aquello le daba miedo, y esa constatación la hizo sentirse feliz. Al fin y al cabo, no cabía duda de que todo era inquietante y arriesgado, pero también fascinante y cautivador.

Cuando los amigos de Adrià se hubieron marchado, la conversación con él se volvió más circunspecta de lo que era habitual cuando estaban solos.

—Nina, ¿qué te ha parecido lo que has escuchado? ¿Tienes alguna pregunta?

—¡Tengo tantas...! No sé... Lo del comunismo, siempre había oído que...

—Sí, sí, que los comunistas tenemos cuernos y cola y nos comemos a los niños...

—Pero, Adrià... ¿qué quieres decir? ¿Es eso lo que tú eres? ¿Eres comunista? ¿Tú eres comunista?

—Sí, lo soy. Bueno, soy marxista. No conoces a Karl Marx, ¿verdad?

—Yo no sé nada de rusos, Adrià. ¿Me tomas el pelo?

—Bueno, Marx no era ruso, sino alemán. Y murió hace mucho tiempo. Pero sentó las bases de una sociedad más justa. Nina, ¿quieres aprender? Ahora ya sabes que vivimos bajo un régimen asesino, ya lo sabes. Empiezas a entender muchas cosas y quizá, no sé... Si quisieras... quizá podrías formarte un poco...

—¿Un poco? ¿Qué quieres decir? ¡Que yo voy a la

universidad, Adrià! Me parece que me estoy formando...

—Oye, oye, que sí, mujer, por supuesto... No me entiendes. No hablo de formarte en fármacos y salud y todas esas cosas que estudias, que seguro que son muy importantes. Hablo de formarte ideológicamente, de profundizar en tu mirada hacia el mundo, de ser una mujer comprometida. Quiero decir, Ninona, si te ves capaz... No sé...

—¿Qué? ¿Qué puñetas quieres decirme?

—Si quisieras formarte, yo podría pasarte algún libro prohibido...

—¿Un libro prohibido?

—Sí, prohibido por los fascistas y por toda esa chusma porque desvela el cerebro y te hace descubrir lo que pasa realmente. ¡Y ellos quieren que seamos un rebaño sin cerebro ni conciencia, mansos, domados! Ya sabes, las cosas que hablamos... Ya lo vas sabiendo...

—Creo que entiendo lo que me quieres decir.

—Me entiendes, ¿no?

—Claro que te entiendo, Adrià, pero tú eres rico, y yo pensaba que la gente acomodada como nosotros, no sé, no podía ser eso... revolucionaria, comunista...

—¡Ja, ja, ja! Esta sí que es buena. Ven aquí, querida, que tengo que enseñarte muchas cosas. Somos nosotros, los que lo tenemos todo, los primeros que deberíamos reaccionar, Ninona. ¿No lo ves? Nosotros no somos inocentes. ¿De dónde crees que salen nuestros privilegios? Del sufrimiento de los pobres, de aquellos que no tienen nada. ¿Cómo puedo vivir tan bien en medio de tanta miseria? Están torturando aquí al lado, a dos pasos de donde nosotros hacemos el amor, Ninona, ¡a dos pasos! Y persiguen las ideas y fusilan a compañeros en el Campo de la Bota. ¿No lo entiendes? Yo puedo tener una buena vida, pero es una riqueza que crece con el dolor de mucha gente. No, no podría vivir mi vida de burgués sin luchar por cambiar toda esta maldad. Es lo que quiero hacer y lo que queremos muchos, ya nos has escuchado muchas veces. Nina, queremos vivir en un país libre y justo, y no en esta alcantarilla putrefacta, llena de sangre y cadáveres.

—¡Adrià, me estoy empezando a preocupar!

—Sí, sí, son palabras fuertes. Pero es más terrible lo que pasa en los sótanos de Vía Layetana y en las cárceles, Nina, es una violencia tan pura y malvada que...

—¡Para! No sigas. Dame tus libros prohibidos. Quiero entender. Quiero saber.

—Entonces, empieza por este... —Y, alargando con delicadeza la mano, como si estuviese regalando una joya única, le entregó una especie de librito medio desencuadernado que sus compañeros de la célula habían impreso con el ciclostil.

—Escóndelo como si te fuese la vida en ello, Nina. Nadie de tu familia, ni tus amigos, nadie puede saber que lo tienes. Si lo encuentran, podrían encarcelarte o algo peor. Si no te ves capaz, no te lo lleves.

—¿Qué es? ¿Qué me das?

—El *Manifiesto comunista*, nuestra guía en la lucha.

Aunque hacía tiempo que Nina no escribía en su diario, cuidadosamente escondido en el baúl que había a los pies de su cama —cerrado con una llave que siempre llevaba consigo—, aquella noche, al llegar a casa, lo abrió y escribió dos frases: «Tarde de amor. Un libro». Debajo, la fecha: «29 de septiembre de 1955», el mismo día en que sus padres habían ido a la recepción del ayuntamiento para rendir homenaje al general Franco, que estaba visitando la ciudad. «Qué locura de día: por la mañana, escuchando a mamá leer al señor Galinsoga alabando a Franco, y por la tarde, ¡con un libro comunista en el bolsillo!», y aquella esperpéntica contradicción le resultó divertida. Recordaba una frase del texto de Galinsoga...

> Allí estaba el Caudillo cerca del pueblo barcelonés entre el aletear vibrátil de las aclamaciones...

... y le pareció tan ridículo lo del «aletear vibrátil» que comenzó a reírse y no podía parar. «Aletear vibrátil», iba diciendo, «sí, un aletear vibrátil», mientras se reía a carcajadas. Luego, más calmada, cogió el libro que le había dado Adrià y, al tocarlo ligeramente, sintió una punzada de orgullo. Tenía un secreto, un

secreto peligroso, y aquel secreto la convertía en miembro de un grupo diferente de gente, el tipo de gente que tenía un propósito.

Aquel día Nina se fue a dormir sin saber nada del bandolero que tiempo atrás había atracado un banco y cuyo nombre, Sabaté, acabó provocando una ruidosa discusión entre sus padres. Los periódicos no lo mencionaban. Y por eso nunca llegó a saber que Quico estaba en Barcelona y que había construido una especie de estrambótico mortero para poder distribuir panfletos durante el paseo de Franco por la Diagonal. Si los periódicos hubiesen hablado de ello, habrían contado que Sabaté había convencido a un taxista para que pusiese el mortero encima del techo del coche haciéndole creer que era un falangista que quería homenajear a Franco, y que había estado distribuyendo octavillas de propaganda antifranquista durante la comitiva. Y también habrían contado que el grupo de Quico se había acercado a la Seat y, con un megáfono, habían gritado consignas contra el régimen. Todo aquello habría podido saber el mismo día que su amante le había entregado un libro prohibido, pero en aquel septiembre de 1955 los periódicos no daban noticias, pues estaban totalmente entregados a la única aspiración de su existencia: adular al régimen que los amordazaba.

Ni morteros, ni megáfonos ni peligrosos maquis. Nada de todo ello formaba parte de aquel día agitado de Nina, secuestrado por la enigmática atracción de un libro clandestino. Antes de meterse en la cama, pensó dónde podría esconderlo, y al final se decidió por un rincón del dormitorio donde tenía una pila de libros de las Damas Negras que ya no utilizaba. «Un propósito. Somos la gente que tiene un propósito...», y con aquel pensamiento apagó la luz.

Cuando en febrero siguiente estallaron las revueltas estudiantiles en Madrid, Nina ya tenía experiencia en hablar con sus compañeros de materialismo histórico y del proletariado y la lucha de clases. Y aunque todos aquellos conceptos se iban mezclando unos con otros en una especie de caos precipitado que intentaba construir aquello que Marx llamaba «una ideología», la confusión no la decepcionaba, sino que la incitaba a ir más allá, en una búsqueda desesperada de un sentido vital. Todo era excitante y acelerado: el sexo con Adrià, los libros prohibidos, los debates con

los compañeros universitarios, las conversaciones en la casa de la calle Calabria, cada vez más comprometidas, y, quizá, más adelante, su entrada en la célula de Adrià, las reuniones clandestinas... Se había transformado completamente, de oruga a crisálida y, finalmente, se sentía una espléndida mariposa que, pese a vivir en un mundo oscuro, volaba hacia el cielo en busca de la luz.

El paso del tiempo, la inercia de los días... Y así, un año después de aquella tímida aproximación de rebelión que la aferraba a un libro clandestino, Nina participó en su primer acto de protesta.

Ocurrió de repente, como un relámpago. Había leído aquella frase en la última carta de la abuela Merceneta, y ahora resonaba en su cerebro y apaciguaba su miedo. «Una sola gota de valentía puede mover todo un océano de injusticia», había escrito su abuela, y aquella sería su contribución, una sola gota de inesperado coraje que se unía a las de centenares de estudiantes que resistían las brutales cargas de la policía armada, que se afanaba por entrar en el recinto. La universidad estaba totalmente acordonada y no dejaban de oírse las sirenas que anunciaban refuerzos policiales. Unas horas antes, dos jóvenes habían conseguido colgar una gran pancarta en la fachada que decía: «¡Abajo la dictadura! ¡Viva la libertad!», y cuando la policía comenzó a golpear con fuerza a las primeras filas de la protesta, *La marsellesa* irrumpió en la protesta, cantada con tal ímpetu que silenciaba los gritos policiales. La intención de manifestarse hasta Gobernación Civil había sido abortada por el enorme despliegue policial, pero la protesta resistía más allá de cualquier previsión. Al final la policía logró romper el cordón estudiantil y, mientras golpeaba salvajemente a todos los jóvenes que encontraba, muchos de los cuales habían caído al suelo, el resto corrían por el edificio, escondiéndose en cualquier rincón, buscando desesperadamente una salida. Nina llegó al primer piso con un grupo numeroso que se había dispersado por los pasillos y las aulas, y cuando alguien gritó: «¡Los grises están subiendo!», regresó escaleras abajo, empujada por una multitud que trataba de salir por las puertas

laterales.

Cuando por la noche, tumbada en la cama, intentó reproducir aquellas horas intensas de protesta, no fue capaz de recordar cómo había logrado escabullirse de la policía y salir del disturbio. Solo sabía que había corrido mucho —plaza Universidad, calle Pelayo, Ramblas abajo...— y que, en algún momento de la huida, había oído a un chico gritar: «¡Cabrones!», mientras lo estaban deteniendo. Durante aquellas horas recorrió todo el espectro emocional, del terror a la euforia, del miedo al coraje, con el ánimo a flor de piel por unos actos que nunca había imaginado que se atrevería a cometer. Había acudido a su primera manifestación, y ahora que ya descansaba segura en casa, un fuerte sentimiento de orgullo la puso de buen humor. Hacía meses que estaba implicada en las acciones de lucha de Adrià, e incluso lo había acompañado alguna vez a una barbería, «es de un compañero», donde recogían unos ejemplares de una revista clandestina que se llamaba *Treball*. A Nina la sorprendió que estuviese en catalán, porque, hasta aquel momento, solo lo había visto escrito en algunos viejos libros de su padre, pues había sido completamente expulsado de la vida cultural del país. Tiempo atrás, Adrià le había contado que era militante de un partido prohibido que se llamaba PSUC, que muchos de sus compañeros estaban en la cárcel, pero que la organización no paraba de crecer porque la lucha contra el régimen era cada día más fuerte.

—Sobre todo ahora, con las protestas de los estudiantes en Madrid, ya verás como se apuntarán muchos.

—¿Las han organizado tus compañeros?

—Bueno, nuestra gente ha participado, el PCE, que es el partido español, pero no solo nosotros, porque también había socialistas y falangistas reformistas, que los hay, aunque parezca imposible. Por eso los periódicos atacan a los comunistas, porque saben que estamos detrás de la lucha contra el régimen.

—Algún día me haré miembro. Me haré militante, Adrià.

—Espérate. Estamos organizando una célula del PSUC en la universidad. Cuando la tengamos formada y segura, quizá te lo propongamos.

En agosto, la creación de la célula universitaria; en octubre las primeras reuniones para preparar las protestas, y ahora, en noviembre, días de lucha estudiantil que habían concluido con las cargas policiales y las detenciones de aquella jornada que Nina vivió como si fuese su bautismo de lucha. No había visto a Adrià desde hacía unas horas, «hoy estaré muy ocupado, tengo que coordinar muchas cosas», y la falta de noticias la tenía intranquila, pero estaba segura de que sabría protegerse. «¡Es fuerte y valiente!», se dijo con convicción, y entonces se dejó llevar por una dulce exaltación de amor hacia aquel hombre que le había vuelto la vida del revés.

Todavía excitada por la intensidad del día, pero ya más calmada, se dio cuenta de que se sentía feliz, y volvió a pensar en las palabras de su abuela, «una sola gota de valentía puede mover todo un océano de injusticia», y entonces, como una autómata, fue al dormitorio de su madre y cogió el fajo de cartas que su abuela había enviado. Sus padres no estaban. Habían ido al estreno de la ópera *Manon* de Jules Massenet en el Liceo, porque cantaba Victoria de los Ángeles, «la mejor soprano de la historia», según su madre, que la había seguido desde su primera ópera en el Liceo, *Las bodas de Fígaro*: «Imaginaos, ¡solo tenía veintidós años!».

Con decisión, entró en la habitación y abrió el canterano. Hacía tiempo que repetía aquel recorrido clandestino con las cartas: del canterano de su madre a su dormitorio y vuelta a su escondite, incapaz de dejar de releerlas una y otra vez. A través de aquellas nueve cartas que su abuela había enviado —desde la primera, en 1948, hasta la última, que había llegado el pasado agosto—, Nina se había adentrado en un mundo desconocido repleto de lugares exóticos y de historias extraordinarias que no eran una narración ficticia, sino la vida real de su propia abuela, unas historias de dolor y alegría, de perseverancia y coraje que pertenecían a su misma sangre, piel de su piel. Su abuela era la heroína de su familia, la rebelde, la constructora de su relato, liberada de las imposiciones que la tenían esclavizada, y a medida que Nina iba conociendo las cosas que le pasaban, la convicción de que un día viajaría donde ella estuviese e iría a conocerla se había

afianzado como si fuese un pacto con ella misma, una promesa.

De vuelta a su dormitorio, abrió con delicadeza la última carta:

> Primero de agosto de 1956. Mercè Corner.
> Querida hija: ...

Y lentamente, regalándose un tiempo de preámbulo que aumentaba el deseo, leyó de nuevo aquellas páginas que narraban el recorrido de una pequeña gota que podía mover el océano. Merceneta contaba la historia de una mujer, del asiento ocupado de un autobús y de una detención que había sacudido la prensa estadounidense, «y la mala conciencia de muchos». Era la noticia de una mujer negra que se había sentado en un lugar del autobús donde tenían preferencia las personas blancas y que, cuando la habían conminado a levantarse, se había negado. Se llamaba Rosa Parks y por aquel sencillo gesto la habían detenido y, días después, ya había sido juzgada y condenada a una multa por haber perturbado el orden. Pero lo que más fascinaba a Nina de toda aquella historia que contaba su abuela era cómo un gesto humilde de protesta, que podía resultar insignificante, se había transformado en una lucha por los derechos de las personas negras. La carta hablaba de un reverendo, Martin Luther King, de una campaña de boicot en los autobuses, de cómo los ciudadanos negros recorrían andando largos trayectos o se organizaban en coches compartidos, con conductores voluntarios que iban recogiendo gente de todas partes, y también contaba que los taxistas negros cobraban el viaje barato, como si fuese el billete del autobús, y que las iglesias negras de todo el país recaudaban dinero para ayudar al boicot. En el reverso, violencia indiscriminada, iglesias y casas de líderes negros incendiadas, entre ellas la del propio King, ochenta y nueve líderes negros imputados, el reverendo King encarcelado y, al final, un tribunal que acababa de sentenciar que las leyes de segregación de los autobuses eran inconstitucionales. Su abuela decía que, pese al éxito, la protesta no había acabado, porque luego tenía que decidir la Corte Suprema, y que por ese motivo continuaba el boicot. Y, además,

añadía que se había abierto otro foco de conflicto porque en febrero había entrado la primera estudiante negra en la Universidad de Alabama y había protestas muy violentas en contra de su presencia.

Se detuvo un momento, como si necesitase una pausa, y respiró. Luego releyó en voz alta, muy despacio, el último párrafo de la carta de su abuela que se refería a aquella historia:

> Si la vieras, Mariona, esa mujer parece tan menuda y débil, y mira qué fuerte ha sido. Una sola gota de valentía puede mover todo un océano de injusticia. Nosotros, la comunidad judía de Nueva York, estamos trabajando aquí con los reverendos negros para ayudarlos en la causa de los derechos civiles. Nuestra gente sabe muy bien lo que significa ser perseguido. Imagínate, millones de judíos asesinados por los nazis, por supuesto que sabemos el daño que pueden causar los prejuicios. Por eso nos hemos comprometido, porque esta lucha no es de los judíos o de los negros, sino de la humanidad.
>
> Querida Mariona, ¡si supieras cómo están eclosionando las ideas de justicia! Quizá pienses que no tiene ningún sentido que tu madre, a su edad, se enrede en estos problemas que no son los suyos, imagínate, yo, una venerable burguesa, metida en historias de negros y judíos... pero créeme cuando te digo que nunca me he sentido tan viva como ahora. El mundo está cambiando, Mariona, aquí donde vivo noto su latido, formo parte de él, y eso me eleva más allá de mi pequeñez. Tan solo soy una simple nota en la partitura de la tierra, pero formo parte de una grandiosa sinfonía.

«¡Sí, sí! Y es una sinfonía que se está componiendo ahora, está pasando ahora mismo, en este preciso instante», se dijo Nina, conmovida por la fuerza que su abuela transmitía, y sintió una mezcla de envidia y orgullo por aquella mujer a la que no conocía, pero a la que entendía mejor que a cualquier otro miembro de su familia.

Además, todas aquellas historias que contaba eran la metáfora del combate por la justicia que, desde hacía meses, daba sentido a su vida. Le parecía tan extraordinario que la voluntad de una chica negra por estudiar en la universidad, o la de aquella mujer, sola, decidida a no levantarse de un asiento, hubiese encendido una lucha tan gloriosa que, durante días, después de leer la carta, buscaba por todos los periódicos alguna noticia sobre aquellos acontecimientos. Pero la prensa española no sabía nada de universidades de Alabama, ni de Rosa Parks, ni de asientos de autobuses para blancos, ni de boicots de negros ni de un tal Luther King, ni tenía ningún interés en la lucha por los derechos civiles, abocada como estaba a la glorificación exacerbada de un régimen que los destruía de manera sistemática. Y aquella dualidad entre la realidad que vivía, totalmente alejada de las grandes transformaciones del mundo, y la realidad que le descubría su abuela Merceneta la empujaba aún más a comprometerse para cambiar las cosas. Rosa Parks era el chico que había gritado «¡Cabrones!» al policía que lo golpeaba mientras lo detenía, eran los jóvenes que habían colgado la pancarta que decía: «¡Abajo la dictadura!», eran los estudiantes que habían resistido hasta el final en la barricada de la universidad. Eran Adrià y sus compañeros y toda la gente que osaba arriesgar la vida en defensa de la libertad. Y, henchida de coraje, imaginó que formaba parte de un ejército de personas que se alzaban, por todo el mundo, contra las injusticias, y se sintió aún más enamorada del hombre que había despertado su conciencia. «Nosotros también somos las gotitas que dice la abuela, pequeñas gotas que moverán el océano. Sí, lo moveremos», y se sintió más fuerte que nunca, como si nada ni nadie pudiese detenerla.

Animada y satisfecha por lo que había vivido en aquel largo día, se tumbó en la cama y pensó en su abuela y en todo lo que había leído en aquellas cartas que, desde hacía nueve años, llegaban puntualmente cada mes de agosto. Eran páginas y páginas repletas de emociones y de aflicciones, miles y miles de palabras salidas de una vida intensa que Nina no podía evitar mitificar. Su abuela vivía todas aquellas peripecias porque no se había rendido a

la inercia y había luchado por el amor, y aquel acto de coraje le parecía grandioso. «Grandioso y luminoso», añadía cuando pensaba en las historias de supervivencia que Merceneta narraba, historias de vida y de muerte, pero sobre todo de esperanza. Y, entre todos aquellos relatos conmovedores, la heroica búsqueda que su abuela y Fishel habían emprendido para encontrar a Ada.

Suavemente, el cansancio fue ganando terreno a la excitación y, al volverse de lado, ya medio dormida, Nina arrastró las cartas, que cayeron al suelo. Esparcidas por la alfombra, parecían las piezas mezcladas de un sutil rompecabezas.

La casa de Cassland Road (1949)

Siete años antes de aquel noviembre del 56 en que Nina probó el agridulce frenesí del riesgo, su abuela vivía uno de los momentos más intensos de su azarosa existencia. Durante los primeros meses de la guerra había estado con Fishel en una casa refugio de Herzliya. Después de diversos traslados, a principios de 1949, cuando Israel ya había firmado el armisticio con Egipto, el Líbano y Jordania, y estaba próximo el de Siria, con la guerra a punto de terminar, solicitaron trasladarse a algún kibutz, «nos gustaría ser útiles», mientras culminaba la búsqueda de la hija de Fishel. Después de repasar cuál sería el lugar idóneo los enviaron a Degania Bet, un kibutz construido al sur del mar de Galilea que necesitaba personal.

—En realidad no es un kibutz, señores Dankewicz, es una *kvutza* fundada por el *yishuv* de la segunda *aliyá* en 1910.

—¿Una *kvutza*?

—Sí, no tiene la dimensión de un kibutz, es una granja colectiva mucho más pequeña. Les gustará estar allí.

—Señor Yurovski, ¿qué significa *yishuv*? Esa palabra no la había oído nunca. Empiezo a entender un poco el hebreo, pero todavía me cuesta mucho. Casi tanto como el yidis. Creo que tengo el cerebro hecho un lío con tantos idiomas.

—Ja, ja, ja, lleva mucha razón, señora Dankewicz. Con tantas lenguas, todos sufrimos un gran caos lingüístico. No tiene más que verme a mí, que me ocupo de recibir a los nuevos contingentes de judíos... Creo que hablo todos los idiomas de Europa. Y del yidis, qué le voy a decir, una segunda lengua, y eso que no la conocía cuando llegué, pues yo soy de origen ruso; pero aquí hablamos de todo, ya me entiende...

—¡Desde luego! El idioma universal de la supervivencia...

—Exacto. Dice usted bien... Le cuento. *Yishuv* es el término que utilizamos para referirnos a las primeras *aliyás*, es decir, los judíos europeos que llegaron a *Eretz* Israel en tiempos de la Palestina otomana, cuando mandaban los turcos. Y también se refiere a quienes llegaron durante el mandato británico. O sea, todos los judíos que emigraron antes de la creación del Estado de Israel. Yo mismo soy un miembro de la *yishuv*, de la tercera *aliyá*. Llegué en 1921 gracias a la Histadrut, ya sabe, la organización sindical.

—Ah, sí, la que dirigió el señor Ben Gurión, ¿no?

—Exacto, nuestro flamante primer ministro y, si me permiten, un buen amigo, sí, señor, ya hace años que colaboramos. Cuando lo conocí, poco después de llegar, todo el mundo me decía que algún día sería nuestro primer ministro. Y también estaba claro que, si lográbamos declarar el Estado, Jaim Weizmann sería nuestro presidente. Era la elección justa. Ay, señores Dankewicz, tantos siglos esperando retornar a nuestra tierra y ahora ya ven lo deprisa que va todo. Hemos formado un Estado, nos han declarado la guerra, la hemos ganado, hemos celebrado nuestra primera *knesset* y ya somos el miembro número 59 de las Naciones Unidas, ¡y todo en menos de un año! ¡Qué milagros, *Baruj Hashem*! Por cierto, ¿conocen a Ben Gurión?

—Sí. Lo conocimos en Herzliya. Fue muy amable. Se interesó mucho por la búsqueda de mi hija. Y la señor Golda Meir también. La vimos dos veces, y cuando nos la presentaron, quiso saberlo todo de nosotros, de dónde veníamos, quiénes éramos... La señora Meir es muy directa, nos dejó impresionados.

—Ah, Golda, ¡qué gran mujer! En la Histadrut ha mandado más que muchos hombres. ¡Una mujer de bandera! Bueno, como decíamos, vamos a lo que vamos. Los trasladaremos a Degania Bet. En realidad no es un kibutz, señores Dankewicz, es una *kvutza* fundada por el *yishuv* de la segunda *aliyá* en 1910, diez años después del primer Degania, el Degania Alef. Y verán cómo les gusta. ¿Saben que al principio de la guerra fueron decisivos para detener el avance de los sirios por el valle del Jordán? Fue durante los combates del valle de Kinarot, en los primeros días de la

guerra. Los combates en los Degania y en Masada-Sha'ar HaGolan fueron también decisivos. Y ustedes, ¿dónde estaban cuando comenzó la guerra?

—Estábamos en el sur, en el kibutz Yad Mordejai. Pero nos evacuaron enseguida, cuando estaban llegando los egipcios. En Mordejai también se vivió una gran batalla. Dicen que la resistencia de ese kibutz fue clave para frenar el avance de los egipcios.

—¡Por supuesto, Yad Mordejai! Pues ahora irán a Degania, que también forma parte de nuestras grandes victorias. Los sirios no consiguieron entrar en ningún Degania, ni en Degania Alef ni en Bet, en ninguno. ¿Saben que en la primera ofensiva contra Degania Alef solo teníamos setenta personas para defender la *kvutza*? Y la mayoría no eran combatientes... y nada, tres cañones, un mortero Davidka y un PIAT, ya saben, los antitanques de los británicos, y fue una suerte contar con el PIAT. Y los sirios tenían tanques, una compañía entera de infantería y vehículos blindados, pero no tuvieron suficiente, porque los frenamos en seco, ja, ja, ja, sí, señor, en seco.

—Qué valientes los de Degania...

—¡Desde luego! Por cierto, no sé si saben que el general Moshé Dayán fue quien comandó todas las fuerzas de la Haganá y del Palmaj en el valle de Kinarot. Pues les voy a contar un hecho muy curioso: el general Dayán fue el segundo niño que nació en Degania desde su creación, el segundo... nació en 1915, y ya ven, ahora ha ayudado a salvarlo...

—Oh, ¡qué historia tan maravillosa!

—Sí, muy bonita, señora Dankewicz. Pues, como les decía, irán allí, a Degania Bet. La mayor parte de los edificios que se destruyeron durante los combates ya se han reconstruido, y todo vuelve a funcionar a pleno rendimiento. Los acogerán muy bien, pueden estar seguros. Y cuando tengamos noticias, los avisaremos. Ya saben, estamos cerca de...

—¿Está seguro?

—Sí, no tardaremos. No se desanimen. La búsqueda de los supervivientes lleva su tiempo, lo saben bien, pero, al final, si están

vivos, los encontramos. Y de su niña tenemos muchos datos, no se inquieten. Ya no tendrán que esperar mucho.

Al final fueron dos meses. Merceneta se había integrado en un grupo que estaba al cuidado de los niños más pequeños de la comunidad y que incluía a otras dos mujeres de su edad, «o eso creo, ya sabes que los supervivientes no tienen edad», y una más joven que había nacido en Degania. Cantaba todo el tiempo y Merceneta imaginaba que la ausencia de un número tatuado en el brazo la animaba a expresar una alegría que las otras no osaban permitirse. «El miedo a la felicidad», le decía Fishel.

Poco a poco iba conociendo historias de los campos, aunque muchos de los supervivientes se negaban a hablar del horror que habían vivido. Y los pocos que lo hacían bajaban la voz y a menudo no podían acabar el relato. La dificultad con los idiomas que hablaba la mayoría de la gente también complicaba las conversaciones, pero Merceneta dominaba el francés, y el tiempo en Nueva York le había proporcionado cierta fluidez con el inglés que le resultaba útil para establecer algunas relaciones.

No obstante, en Degania aquellos idiomas le servían de bien poco, porque la mayoría de la gente se entendía en hebreo y en yidis, aparte de un grupo numeroso que venía de tierras de habla rusa y un pequeño contingente de recién llegados que hablaba en alemán. Había, sin embargo, una mujer que trabajaba en la enfermería y que, a pesar de ser alemana, hablaba un inglés razonable, herencia de su familia materna, de origen británico. Se llamaba Lili Greenberg y enseguida conectó con Merceneta, que se quedó fascinada con la fortaleza de aquella mujer menuda que había sobrevivido a tres campos de exterminio. Pero la historia más impresionante que contaba no era la suya propia, sino la de un bebé al que había ayudado a nacer. Era una historia tan extraordinaria que, cuando Merceneta la escuchó, se sintió tan conmovida que luego, al relatarla en la tercera carta que envió a su hija, apenas podía encontrar las palabras para describirla. La señora Greenberg, en cambio, había acumulado un idioma entero

de palabras no dichas, tantas que, ahora que hablaba de lo vivido en los campos, el relato salía del tirón, casi sin respirar, como si necesitase sacarlo fuera completamente, vaciarse del todo.

—De hecho, no le voy a contar mi historia, sino la de un bebé, una niña que ahora tiene cuatro años. ¿Sabe dónde nació, señora Dankewicz? A las puertas de Mauthausen, el 29 de abril de 1945, seis días antes de la entrada de los estadounidenses en el campo...

Y entonces la señora Greenberg comenzó a contarle una historia luminosa atrapada en medio de la negrura más brutal.

—De hecho, querida amiga, lo que le voy a contar no es una historia, es un milagro.

Y entonces, hilo a hilo, con sincera parsimonia, la rueca de la memoria fue tejiendo los jirones de aquel relato milagroso que había comenzado en el pueblo checo de Trebejoviche y había acabado a las puertas de Mauthausen.

—La madre de Eva es checa y se llama Anka. La llevaron muy pronto al gueto, un campo de trabajo en Téresin, donde se reencontró con su marido, del que la habían separado; ya sabe, siempre nos separaban. Yo misma... mi marido, Abraham... Perdone... Le estaba diciendo que se reencontró con su marido y se quedó embarazada.

—¿Embarazada? ¿En el gueto? Pero entonces... No entiendo...

—Sí, sí. No es el mismo niño. No es la niña que nació en Mauthausen. Se lo cuento desde el principio porque es una historia que merece ser contada y repetida día tras día, como una letanía de vida. Le decía que... Primero Anka se quedó embarazada en el gueto, pero aquel niño, pobrecito, no sobrevivió. En el gueto no permitían que naciesen hijos y ella tuvo que firmar un documento que decía que, si finalmente nacía, lo matarían. Pero lo escondió. Pero el pobrecito, qué lástima, murió a los dos meses de neumonía. Ya se lo puede imaginar, señora Merci, en los guetos pasábamos mucha hambre y frío, y los primeros que morían siempre eran los pequeños. Perdone, ¿puedo llamarla Merci? He oído que la llaman así...

—Por supuesto, al contrario, gracias por la confianza. Mi

nombre es un poco extraño, Merceneta, y mi marido siempre me llama Merci. Bromea con el francés. Dice que así, cada vez que me llama, me da las gracias por haberme conocido. Ya ve, ¡qué ocurrencia!

—Pues me parece que es muy bonito eso de agradecer el amor. Piense que de donde yo vengo... Por supuesto que hay que agradecer el amor.

—Perdone si he sido inoportuna...

—No, no se preocupe. Al contrario. Necesito rodearme de mucho amor después de tanto odio... Hablando de amor, fue el amor lo que llevó a Anka a Auschwitz. ¿Puede creerlo? Se presentó voluntaria para acompañar a su marido cuando al final de la guerra lo trasladaron a Auschwitz. Me lo contó ella emocionada, pobrecita. Me decía: «Quién me iba a decir a mí que podía haber algo más terrible que el campo de trabajo, pero existía, y se llamaba Auschwitz».

—Auschwitz... la solución final, ¿verdad? Mi marido me lo ha contado, que los nazis aceleraron las matanzas los últimos meses para asesinar a la mayor cantidad de judíos posible antes de que acabase la guerra.

—Sí, construyeron una maquinaria industrial: las cámaras de gas. Trabajaban día y noche para poder exterminarlos a todos. Por eso lo llamaron «solución final». Era un proyecto de exterminio. Pero mire, ¡aquí estamos! Lo dice la Torá: nos matarán mucho, a lo largo de los siglos, pero nunca acabarán con todos nosotros. Nunca.

—No puedo imaginar lo que significa ser judío, cargar con el peso de siglos de persecuciones, señora Greenberg, es inimaginable.

—Merci, por favor, llámeme Lili, solo faltaría. Lili y Merci, ja, ja, ja, me gusta... Pues, como le decía... No, Anka no podía saber que el tren en el que subió, camino de Polonia, los conducía a la muerte. Ninguno de nosotros podía saberlo. Y ella, además, estaba de nuevo embarazada...

—Madre de Dios. ¡Llegó a Auschwitz embarazada!

—Sí. De pocas semanas. Por eso quería ir con su marido. Iban

a tener un hijo, pobrecitos, y no podían imaginar adónde iban. ¡Quién hubiera podido imaginarlo! Y nada más llegar comenzó el ritual de deshumanización. La separaron de su marido, que, pobrecito, fue fusilado en la primera de las marchas de la muerte, en enero del 45. Nada, nueve días antes de que los soviéticos liberasen el campo. Nueve días, pobrecillo, a las puertas de la libertad, y murió en las marchas, ¡como tantos y tantos miles! No sabe cómo mataban los últimos días, a miles... Tenían tanta prisa por matarnos a todos... Lo de las marchas de la muerte lo sabía, ¿no?

—Vagamente... He oído algo. Debe perdonarme... Voy sabiendo cosas poco a poco... Es todo tan descomunal, tan monstruoso...

—Sí. La palabra es *monstruoso*. Como iba diciendo... Las SS querían dejar vacío Auschwitz y los campos de los alrededores. Que no quedase nadie, ninguna persona, porque Polonia había caído y querían llevarnos a los territorios que aún dominaban. Comenzaron a trasladarnos a pie, en pleno invierno, en enero del 45, se puede imaginar lo que suponía, más de cincuenta kilómetros a pie hasta el pueblecito más cercano, Wodzislaw, donde nos metían en trenes de carga para trasladarnos fuera de Polonia. Había decenas de miles de personas en aquellas marchas. Yo hice una de las últimas, y Anka también. Íbamos juntas. Y cada vez que alguien se caía, porque no podía más, estábamos tan famélicos que éramos puros cadáveres, las SS lo fusilaban. A veces se detenían y elegían un grupo al azar y mataban unas decenas de personas de una sola vez. Recuerdo cada disparo de aquellos cincuenta kilómetros, cada disparo, pum, pum, pum, una vida menos, decenas de vidas, miles de vidas... Merci, le puedo asegurar que cada día me pregunto cómo pude sobrevivir. Y Anka, cómo pudo sobrevivir Anka, embarazada...

—Dios las protegió...

—¿Dios...? ¿Dónde estaba Dios en Auschwitz? ¿Dónde estaba? No soy creyente, Merci, no puedo serlo. No, después de Auschwitz no puedo ser creyente...

—Perdone si...

—No, no se disculpe. Pero solo creo en el instinto de supervivencia de mi pueblo. Pero... nos habíamos quedado en la llegada al campo... Deje que le cuente cómo sigue, porque, si hasta ahora le ha parecido que la historia era extraordinaria, imagínese lo que aún no le he contado...

Y entonces, decidida a no dejarse ningún detalle, «porque no sobrevivimos durante todos aquellos días, Merci, sino cada minuto, día a día, porque cualquier circunstancia podía matarnos», Lili Greenberg fue desbrozando el bosque tenebroso de la memoria.

—Nada más llegar le grabaron un número en el brazo. Recuerdo cómo me sentí yo cuando me lo hicieron... Ya no era Lili, era un número, solo un número, un número entre un montón de números, un montón de humo... Como le decía, le grabaron un número en el brazo e inmediatamente después de raparla, a la fila...

—¿La fila?

—Sí. Nos rapaban y nos ponían a todas las recién llegadas en una larga fila, totalmente desnudas y aterrorizadas. No sabe el frío y la vergüenza que pasábamos, pero no podíamos movernos. Y entonces un médico llamado Mengele nos examinaba para separar a las que todavía podíamos trabajar de las que enviaban a ser gaseadas. Mengele nos preguntaba a todas si estábamos embarazadas, y, cuando tenía dudas, nos retorcía los pezones para ver si salía leche.

—Pero ¡qué monstruo! Madre de Dios, ¡qué monstruo!

—La palabra *monstruo* no lo define. Era el mal puro, Merci, el mal puro. Mire, le voy a contar lo que hizo en una ocasión, de las muchas barbaridades que hizo experimentando con niños, porque les inoculaba cosas, veía cómo morían. El mal; el mal, se lo puedo asegurar. Y esto que le voy a contar, no crea, lo viví yo misma, no me lo ha contado nadie.

»Había una chica jovencita en mi barracón, pobrecita, a la que un guardia del campo había violado. Incluso estando en los huesos era preciosa. Y, al quedarse en estado, consiguió esconder el embarazo hasta que parió. ¿Sabe qué hizo Mengele cuando se enteró? Le puso al bebé al lado, le tapó los pechos para que no

pudiese alimentar al niño y esperó a que lo viera morir de hambre.

—¡Por Dios, Lili, es terrorífico, terrorífico! No puedo imaginar tanto horror para una madre, ¡tanto horror!

—Quizá no tendría que contarlo, pero el mundo debería saber...

—Sí, por supuesto, señora Greenberg, ¡claro que el mundo tiene que saberlo! No dejen nunca de contar su verdad a todo el mundo. ¡No se callen nunca!

—No lo haremos. Yo no lo haré...

—Y cuénteme, perdone, deseo saberlo... cuénteme qué hizo su amiga para escapar de aquel médico... los meses de embarazo... la barriga se le debía de notar... Qué espanto, estoy horrorizada, muchísimo, qué mundo de maldad, qué mundo...

E impelida por un impulso inconsciente, Merceneta se acercó a Lili y la abrazó. Durante unos segundos, dos mujeres que apenas se conocían, perdidas en una granja desmantelada por la guerra al lado del mar en el que, dos mil años antes, Jesús había comenzado a predicar, se abrazaron, y allí, en mitad de un futuro que se construía sobre las ruinas de un pasado trágico, Merceneta percibió que aquel abrazo iluminaba el mundo. Y cuando Lili prosiguió con la historia de la pequeña Eva Clarke, la oscuridad volvió a ser vencida.

—Como le decía, señora Merci, menos mal que la madre de Eva tuvo la intuición de negar el embarazo. Ella misma, mientras me lo contaba, aún temblaba: «Lili, cuando aquel hombre me preguntó si estaba embarazada y respondí "*nein*", miré al suelo, porque me aterrorizaba que acabase descubriendo que mentía». Pero no lo descubrió, Merci. No lo descubrió. Piense que vivíamos de mendrugos de pan y vasos de aguachirle, y ella pesaba tan poco que cuando parió no superaba los treinta kilos... Además, nos vestíamos con la ropa de nuestros hermanos muertos en las cámaras que los nazis tiraban, y Anka tuvo suerte, porque pudo hacerse con una especie de camisón ancho que la ayudaba a disimular el embarazo. Y nada, cuando le quedaba poco para dar a luz... Todos la ayudábamos para que estuviese animada, pobrecita, porque estaba segura de que moriría y la criatura... pues, lo que le

decía, cuando le quedaba poco para dar a luz y ya oíamos los bombardeos de los soviéticos que se acercaban, comenzaron las marchas de la muerte...

Más de cincuenta kilómetros a pie, razias de fusilamientos, un tren de ganado lleno de excrementos, de piojos y de cadáveres que los nazis arrojaban a las vías en cada parada, sin ropa ni alimento, con miles de personas amontonadas en unos vagones cuyas aberturas dejaban entrar un frío glaciar, y al final, Lili y Anka y el resto de las personas que habían sobrevivido llegando a Mauthausen, el destino final...

—Fue allí, justo cuando nos acercábamos y ya se veía el cartel del campo: MAUTHAUSEN... fue entonces cuando Anka tuvo la primera contracción. Tenía unos dolores muy fuertes y se mordía los labios, incluso le sangraban, para que no la oyesen gritar. Pero cuando los nazis nos obligaron a salir de los vagones, ella se dobló de dolor. Y entonces, Merci, entonces, el milagro... Uno de los guardias, que debió de pensar que se estaba muriendo, la empujó hacia un carro donde trasladaban a las mujeres que agonizaban, muchas de ellas del tifus. Y allí, de aquella manera, en medio de aquellas pobres mujeres que estaban viviendo los últimos minutos de su vida, nació la pequeña Eva...

—¡Y no la mataron!

—No. ¿A que es extraño? Después de tanto horror, un poco de piedad... Supongo que los nazis ya se sentían derrotados, no sé, quizá algunos querían ganar méritos, porque los americanos estaban cerca... ¿Sabía que nos liberaron los americanos? Sí, en los campos de Mauthausen entraron los americanos. Pues cuando los guardias oyeron el llanto del bebé, llevaron a Anka a la enfermería del campo, y allí pudo descansar. Seis días después entraban los americanos, y tanto Anka como Eva aún vivían. Cuando volví a verla, no me lo podía creer. Era un milagro, el milagro de un bebé que había sobrevivido a dos campos de exterminio. Cuando lo pienso, todavía lloro de emoción.

»¿Sabe? ¡Me carteo con Anka! Se volvió a casar, por suerte; se ha ganado el derecho a ser un poco feliz. Ahora vive en Inglaterra y Eva ya tiene cuatro añitos. Cuatro años robados a la muerte,

Merci, ¡cuatro años de vida! Ah, y ¿quiere saber una cosa muy simpática? Los americanos las filmaron. Llevaban cámaras, porque querían grabarlo todo, y claro, una niña nacida a las puertas de Mauthausen, imagínese...

—Querida Lili, siempre le estaré agradecida por haberme contado una historia tan maravillosa. La oscuridad derrotada por un rayo de luz, ¡qué fuerza de vida!

—Le confesaré un pequeño secreto. A veces me pongo la obertura de una ópera, *La novia vendida*. Es de un compositor checo. Anka me contó que en el campo de trabajo, en Teresin, los judíos que eran músicos tocaban piezas famosas, y esta ópera bufa era la favorita de Anka. Cuando llegué aquí, conseguí una grabación de la obertura, y a menudo me la pongo. Me acerca a ellas...

Tiempo después, una vez que hubieron regresado a Estados Unidos, Merceneta encontró una grabación de aquella ópera y la compró. «Es la música de la vida», le contestó a Fishel cuando él le preguntó por qué le interesaba tanto.

Después de aquella intensa conversación con la señora Greenberg llegarían otras, y poco a poco Merceneta iría conociendo las historias de supervivencia que latían en cada rincón del kibutz, entrelazando el dolor y el amor, la tragedia y la esperanza, el pasado negado y el futuro ganado.

Los días en Degania transcurrían sin sobresaltos, como si el reloj hubiese detenido las manecillas, y aquel tiempo tranquilo, circunscrito a la rutina cotidiana, la confortaba. En aquella tierra bíblica, sacudida por siglos convulsos, a veces se conquistaba una pausa.

La pausa duró dos meses. Aquel día, al levantarse, notó un bochorno intenso y pensó que sería una jornada como cualquier otra, y aquel pensamiento la puso de buen humor. «La dulce seguridad de la monotonía», se dijo contenta. Pero muy pronto, al ver el rostro de su marido, se dio cuenta de que no sería un día cualquiera, y entonces recordó la fecha. Era primero de septiembre

de 1949 y, como sucedía cada año aquel día, la mirada de Fishel se iba oscureciendo con cada minuto que pasaba hasta quedar engullido por el torrente de emociones que le provocaba aquella fecha. El primero de septiembre de 1939 Hitler invadía Polonia, y aquel mismo día nacía su hija pequeña.

Recordaba muy bien cómo le había contado aquel sarcasmo malévolo del azar. La madrugada del primero de septiembre, justo cuando el acorazado alemán *SMS Schleswig-Holstein* disparaba los primeros cañones contra la guarnición polaca de Westerplatte, Irenka Dankewicz, cuyo nombre de soltera era Irenka Horowitz, daba a luz a su tercer hijo. «Y tres añitos después se la llevaron, Merceneta, se la llevaron. No pudo saber lo que era la infancia», y entonces se rompía como si fuese una ramita.

No siempre había vivido aquella fecha con tanta desesperación. Si bien los primeros años Fishel siempre se entristecía en los aniversarios de sus familiares, poco a poco había ido aprendiendo a mitigar la tristeza con los recuerdos. Pero desde el día en que le comunicaron que su hija pequeña podría estar viva, la idea de no tenerla se convirtió en una daga que le iba arrancando la piel capa a capa. «Quizá antes se hubiera ido resignando a su manera, el pobrecito. Pero ahora que podría estar con ella, no soporta no tenerla», y al pensar en ello, Merceneta sentía una profunda ternura.

A media mañana se lo encontró sentado en el suelo, recostado en el tronco de un naranjo que tenía una placa con una fecha: 1921. Era el primer árbol que se había plantado en Degania Bet y aún daba naranjas. Cuando Merceneta se acercó, se fijó en que no lloraba, sino que sollozaba como un animalillo herido.

—¿Cómo estás, querido? ¿Por qué no vienes con nosotros? No te quedes solo...

—Hoy Ada cumple diez años, Merci, ¡diez añitos! Dónde está mi pequeña, mi angelito, dónde está, dímelo, que alguien me lo diga, decídmelo, por qué no la encontramos...

Y entonces la rabia y la impotencia lo rompieron, finalmente entregado a un llanto desesperado. Merceneta lo abrazó y comenzó a acariciarle el pelo mientras se movía con suavidad, adelante y

atrás, como si lo meciese. Y, abrazada a su amor, dejó que el dolor saliera.

Hacia el mediodía, cuando Fishel se había tranquilizado un poco y ambos iban caminando hacia el comedor grande, donde tenían por costumbre celebrar las comidas, un muchacho de la recepción se dirigió a él: «Señor Dankewicz, han venido a verlo. Una mujer. Dice que ha estado con su hija en el campo». Y allí, en mitad del valle del Jordán, en un día sofocante de septiembre, Fishel conoció a Ruth Szenes, una mujer húngara que había cuidado de su hija en Auschwitz. Mientras se dirigían a la entrada, Merceneta pensó que no podía haber una fecha mejor para una visita como aquella. «A veces Dios nos sonríe», y se santiguó con devoción.

—Buenos días. Soy el señor Dankewicz. Tengo entendido que me buscaba...

—Sí. Soy la señora Ruth Szenes, para servirlo.

—Usted... usted es...

—Sí, señor. Si no me han informado mal, usted es el padre de Ada...

—Sí, sí, lo soy.

—Por eso he querido venir personalmente, no quería que nadie más le dijese dónde está la niña. Estoy tan emocionada, señor Dankewicz, tan emocionada... Por cierto, si me permite una pregunta, ¿podemos hablar en yidis? ¿Ustedes lo hablan? Mi hebreo es aún precario...

—¿No habla inglés o francés? Es por mi mujer, que no entiende el yidis.

—Lo siento muchísimo, señor Dankewicz, tendrá que perdonarme. Solo hablo húngaro y yidis. Y en este hebreo tan torpe... poco nos íbamos a entender.

Y entonces, sentados en unos sillones de una pequeña sala que había en la recepción del kibutz, mientras Merceneta sujetaba la mano de Fishel, dispuesta a interpretar cada emoción que surgiese de aquella conversación pese a no entender las palabras, la señora Szenes, con la parsimonia propia de quien tiene mucha prisa en contarlo todo, fue desenredando la madeja de aquella época

trágica en que habían vivido en el infierno y habían logrado sobrevivir. Los años en Auschwitz, por los que la señora Szenes pasó como volando, unas cuantas referencias... el milagro de los niños que no murieron, como Ada, «conseguimos protegerla», la brutalidad oscura, terrible, el dolor, tan puro que no había diccionario para describirlo... «El Holocausto no tiene palabras, señores Dankewicz, solo tiene dolor», y con aquella frase, Ruth Szenes, que había perdido a cuatro hijos, a su marido, sus padres, tres hermanos y diez primos en los campos de exterminio, dio por concluida la etapa del horror. «Hablemos del día después, si les parece bien; entiéndanme... recordar todo aquello... a veces... Bueno, hablemos de cuando ya nos habían liberado los soviéticos», y, con el ánimo remendado, comenzó a dar detalles de aquellos últimos años de evasiones, persecuciones y esperanzas.

—Después de la liberación, la niña se vino conmigo. Estuvimos en tres refugios en Polonia y luego nos recogió la gente de la Brihah y nos llevaron a un campo de refugiados en Alemania.

—Sí, sí, al campo de Zeilsheim. Estuvimos allí buscándolas.

—Eso me han dicho. Pues debimos de marcharnos poco antes de que llegasen ustedes. ¿Cuándo fueron?

—¿Nosotros? En marzo del año pasado, el 48.

—*Mein Gott!* Por un mes no nos encontraron. Nosotras nos marchamos en febrero, viajamos a Italia. Queríamos embarcar hacia Palestina. Ahora se lo cuento. Por cierto, quiero que sepan que Ada y yo estuvimos muy bien en Zeilsheim, señores Dankewicz. Solo le diré que su hija empezó a reír. Sí, sí, a reír de verdad. Nunca la había visto reír, ya me entienden... no los sorprenderá... Auschwitz te secaba la sonrisa para siempre... Pero allí, en Zeilsheim, en una guardería que había en el campo, donde ella pasaba mucho tiempo, jugaba con otros niños... hacían actividades... allí comenzó a reír, a reír de verdad. Creo que fue feliz por primera vez. Bueno, perdone, quiero decir por primera vez desde la guerra.

—Sí, por supuesto, no se preocupe, la entiendo.

—Yo misma, imagínese, comencé a sonreír por primera vez... Aunque quizá antes... Sí, les quiero hacer una confesión. La

primera vez que vi a un joven, un soldado, que llevaba una estrella de David cosida en la chaqueta... se imaginan, ¡un Magen David en el uniforme! No podía creer que hubiese un solo judío vivo en toda la tierra que no fuese un prisionero. ¡Y allí estaba! ¡Era un soldado! Fue en Polonia, poco después de la liberación. Le pregunté en qué regimiento servía y me dijo: «En la Brigada Judía», y no me lo podía creer. ¡Me dio un vuelco el corazón! Existía una brigada judía y él era un soldado judío con un Magen David, y yo acababa de salir de un campo de exterminio... Puede que fuera entonces cuando sonreí, no sé... Pero en el campo sí, en Zeilsheim estuvimos muy bien.

—Es cierto, señora Szenes. Era un campo de refugiados sorprendente. Había de todo: colegios, teatro...

—Allí recuperamos la vida judía, como si estuviésemos en Hungría o en Polonia. Era como volver un poco a nuestros barrios... Había tanta esperanza en el retorno a *Eretz* Israel... ¿Saben que en Zeilsheim hicimos protestas y huelgas cuando pasó lo del *Exodus 1947*? Deben de saberlo... cuando los británicos asaltaron el barco con miles de los nuestros, que viajaban hacia Palestina, y los trataron como animales. Que es así como nos han tratado los ingleses, como si fuésemos animales. Nosotras mismas, su hija y yo, sufrimos ese trato...

—¿Ustedes? ¿Los asaltaron los británicos?

—Perdone, me precipito. Sí, sí... Ahora se lo cuento. Primero estuvimos en Alemania, en Zeilsheim, hasta febrero del 48. Luego viajamos a Venecia, donde teníamos que subir a bordo de un barco... bueno, decir *barco* sería exagerar. Era una especie de barcaza destartalada que había comprado la Haganá para llevarnos a Palestina. No sé cómo no se hundió. Éramos más de trescientos, hacinados como si fuésemos sardinas.

—Tiemblo solo con pensar que se pudiese haber hundido...

—Podía... ciertamente podía... Era un milagro que aquello navegase.

—Entonces, ustedes... la niña, quiero decir, señora Szenes... Ruth... ¿Quiere decir...? ¿Quiere decir que la niña está aquí, en Israel? ¿Llegaron?

—No, no, perdóneme, debería comenzar por ahí. La niña está en Inglaterra. Y está muy bien. Si me permiten, les voy a contar cómo ha ido todo.

—¡Inglaterra! Inglaterra, querida Merci, mira... mira lo que acaba de decir la señora Szenes... La niña está en Inglaterra, en Europa... No está lejos, no... ¡¡Ya sabemos dónde está!!

—Sí, sí, señor Dankewicz, está con una familia que se ocupa de ella.

—Discúlpeme, Ruth, estoy tan angustiado por saber dónde está la niña que no la dejo explicarse. He sufrido mucho pensando que estaba viva y no podía encontrarla. Por favor, Ruth, continúe...

—Qué me va a decir a mí, si yo estoy tan emocionada como ustedes... Quiero tanto a mi pequeña... Si supiesen, es tan fuerte... Sí, muy fuerte, mucho. Y valiente, también. ¡Hasta se enfrentó a un soldado británico! Ay, ¡perdonen! Ya ven que no hay manera de contarlo bien. Pierdo el hilo y lo mezclo todo. Es la emoción... tantos recuerdos intensos... Miren, la cosa fue así. Estábamos en el barco y justo cuando ya veíamos las costas de Palestina, nada, allí mismo, salieron no se sabe de dónde dos barcos de guerra ingleses acercándose a toda máquina; se lo aseguro, daban miedo. Parecía que fuesen a atacarnos. Y cuando estaban al lado, nos abordaron y luego comenzaron a empujarnos hacia su barco con porras y con ametralladoras como si fuésemos criminales. Y, señor Fishel, puede estar más que orgulloso de cómo reaccionó su hija. Verá, un soldado quería que se pusiese en una fila y se lo decía con muy malos modos. En inglés, pobrecita, ya me dirá, ¡qué sabía ella de inglés! Y al final, harta de los gritos de aquel soldado, se plantó y lo miró con sus ojos negros, que parece que te atraviesen, ya saben, sus ojos, que no ha perdido el brillo en la mirada... y nada, de repente miró fijamente a aquel soldado, que llevaba ametralladora y todo, y le dijo: «*Neyn ikh vel nisht rirn*». Sí, así mismo, «no me moveré», ella, una mocosa tan delgadita y desvalida, y allí estaba, delante del soldado británico diciéndole que no se movería.

—Mi hija... Mi hijita... Merci, Merci, mira lo que dice, que la niña se enfrentó a los británicos... *Mein Gott!* Ay, señora Ruth, si supiese lo que siento ahora mismo...

—Lo sé, señor Fishel... Créame que lo sé...

—Continúe, continúe, señora Ruth, ¿qué pasó después?

—Pues nos pasó lo mismo que a otros miles de supervivientes de los campos que queríamos llegar a Palestina. Me parece que oí que los británicos habían asaltado unos cuarenta barcos nuestros, de los judíos que queríamos venir. ¡Una cuarentena! Miles de los nuestros enviados a Chipre y encerrados de nuevo en campos de detención. Bueno, es cierto que no eran los campos de exterminio, pero, pueden imaginárselo, ¡otra vez encerrados detrás de unas alambradas! No saben cómo lloraba la gente... Y muchos murieron de fiebres, de enfermedades que contraían, todos allí amontonados en los campos de Chipre... Los enterraban en el cementerio de Margoa, a los pobrecitos. Habían sobrevivido a los campos nazis y morían en un campo de Chipre... Tan cerca de nuestra tierra, tan cerquita, y nunca pudieron pisarla...

—Nosotros visitamos un campo en Chipre buscando a la niña, el campo de Caraolos...

—No estábamos en Caraolos... Nosotras estábamos en uno de los campamentos que había en Dekelia, cerca de Larnaca, en el norte de la isla.

—Entonces... Entonces, ¿estaban allí cuando nosotros viajamos a Chipre?

—Entiendo que sí. Fuimos de los últimos en ser evacuados, en agosto del año pasado, después de la creación del Estado. Ya saben, después de la proclamación de Israel, los británicos, como ya habían dejado de mandar sobre Palestina, nos fueron trasladando a Haifa... de mil en mil.

—Un año entero, después de tantos años de haberla perdido... Podríamos haber estado con la niña un año antes, sí, un año antes, y no... ¡otro año entero que nos han robado!

—Y un año sumado al sufrimiento en el campo de Chipre... No es que nos maltratasen, no, eso no puedo decirlo, pero las condiciones... No voy a engañarlos, eran terribles. Apenas teníamos agua potable, el saneamiento era precario y estábamos tan apretujados en los barracones que no teníamos ninguna privacidad, ninguna. Por suerte contábamos con la gente de la Joint, ya saben,

la organización judía...

—Sí, sí, conocemos bien la Joint. Cuando estábamos en Barcelona, mi mujer los ayudó con los judíos evadidos de Francia. Fueron los de la Joint los que nos acogieron en Nueva York y también los que nos pusieron sobre la pista para encontrar a la niña...

—Hacen una gran labor, sí, una gran labor. Pues suerte teníamos de los de la Joint, que nos daban asistencia médica y nos traían raciones adicionales de alimentos. Pero aun así la vida era muy dura en los campos de Chipre. Piense que los barracones donde vivíamos eran de latón: en invierno se congelaban y en verano eran un horno. No les exagero si les digo que los prisioneros alemanes, los nazis, a los que tenían en unos campos de prisioneros cercanos a los nuestros, estaban mucho mejor. Mucho mejor, dónde va a parar, ¡mucho mejor! Nosotras, las víctimas, encerradas tras las alambradas, hacinadas y famélicas, y ellos, los verdugos, tratados con guantes de seda. Maldita Gran Bretaña, ¡maldita! Nunca se lo perdonaré a los británicos, jamás.

—¡Malditos sean!

—Sí, señor Fishel, ¡malditos! Era una crueldad. Pero en Chipre también nos encontramos con gente muy bondadosa, mucho. ¿Saben que había una red clandestina que ayudaba a los judíos a huir de los campos?

—¿Organizada por nuestra gente?

—No, no, una red montada por chipriotas, gente buena de la isla e indignada por el trato que sufríamos. Había un hombre, un hombre extraordinario, que supongo que aún debe de estar en Chipre; se llama Prodromos Papavassiliou, un luchador contra los fascistas en África que estaba horrorizado con lo que nos hacían los ingleses. Montó una red de huida y consiguió que muchos judíos escapasen de los campos. Los escondía en cuevas y en granjas de todo el país y luego los llevaba a las costas de Ayia Napa y los embarcaba hacia Palestina. Los que estuvimos en los campos de Chipre queremos mucho a Papá, que es como lo llamamos cariñosamente: Papá. Siempre hay gente extraordinaria en los peores momentos.

—Y dígame, ¿cómo es que la niña está en Inglaterra?

—Sí, sí, se lo cuento. Cuando llevábamos unos meses en Dhekelia sufrí unas fiebres muy altas y mucha diarrea, era un río, señor Fishel, me iba... Me enviaron a Nicosia, al hospital militar británico, y pasé allí semanas. No sabían si viviría, y la niña se quedó al cuidado de una mujer alemana con la que teníamos mucho trato, la señora Hedy Aumann, muy buena mujer. Estaba esperando la autorización para viajar a Inglaterra porque tenía un hijo allí, el único de su familia que le quedaba, pobrecita, porque había perdido a su marido y a dos hijos mayores. Pero le quedaba su hijo pequeño, que se había salvado gracias al Kindertransport. Sabe de qué le estoy hablando, ¿verdad?

—¿Kindertransport? No, no lo conozco...

—Fueron unos rescates de niños judíos que se hicieron después de la Kristallnacht. La señora Hedy me contó que los organizaron los comités judíos ingleses y que los ayudaban organizaciones cristianas y también cuáqueras. Se dedicaban a sacar niños judíos de Alemania y de Austria, y de otros países, los metían en trenes hasta Bélgica y luego los llevaban en barco hasta Inglaterra. Se ve que los repartían entre centros de acogida y familias particulares. Fueron miles, según me dijo. El hijo de Hedy salió con el último rescate, el mismo día que comenzaba la guerra. Luego ya no salió ninguno más, como puede imaginar, pobrecitos. Su hijo tenía diez años y ahora debe de tener veinte, claro. ¡Y no se habían visto en estos diez años! Al parecer primero estuvo en un campamento con otros niños y luego, cuando empezó la guerra, lo llevaron a la isla de Man, recluido como si fuese un prisionero, créaselo, ¡como prisioneros! A muchos niños que no estaban en familias los consideraron «extranjeros enemigos» y los llevaron a unos campos de reclusión. Pero se ve que ahora ya le han dado los papeles como británico y vive allí, en Londres. Hedy partió hace meses a Inglaterra y se llevó a la niña, y ahora vive con él. Yo no estaba en condiciones de hacerme cargo de ella, señor Fishel. Aún me estoy recuperando. Mi salud se ha resentido.

—Usted hizo mucho, querida Ruth. En toda mi vida no podré pagarle lo que ha hecho por nosotros. Estamos en deuda eterna y

sagrada con usted.

—No diga eso, señor Fishel, no lo diga. Todos nos ayudábamos como podíamos. Lo que importa es que tengo la dirección de donde está su hija. Me he escrito con la señora Hedy en dos ocasiones. Le daré toda la información, señor Fishel, y ya verá, podrán reencontrarse con ella muy pronto.

Los minutos dieron paso a las horas, las palabras esclarecieron los hechos y, en mitad de aquel valle del Jordán empapado por las aguas plácidas del mar de Galilea, la esperanza se transformó en certeza. Al día siguiente, Merceneta y Fishel iniciaban los trámites para viajar a Inglaterra desde el puerto de Haifa y, un mes después, llegaban a Londres. Aquel día los periódicos anunciaban, en grandes titulares, la noticia de que un poeta chino llamado Mao Zedong acababa de fundar la República Popular de China. Pero ellos no se fijaron en aquel hecho, que parecía relevante, pues estaban completamente entregados al único objetivo que los movía y sacudía sus corazones: el reencuentro con la hija de Fishel. Cuando llamaron a la puerta pintada de rojo de la casita de dos plantas de Cassland Road, una mujer rubia, de intensos ojos azules, les abrió y, diligente, les preguntó en alemán: «*Sind Sie Adas Eltern, oder?*». «Sí, soy su padre», respondió la voz trémula de Fishel. Instantes después, una sonrisa amable los invitaba a entrar.

Una mañana de agosto

—¡Caramba, lo han matado!

Y justo en el momento en que escuchó aquella inquietante expresión de su marido, Mariona dejó caer aquel consistente trozo de bizcocho que se llevaba indolente hacia la boca sobre el chocolate caliente que estaba tomando para desayunar. «Chof», se oyó, seguido de un quejido femenino: el estallido de las gotas de chocolate había causado el correspondiente estropicio, desperdigándose por las servilletas de hilo de los fines de semana, y, al mismo tiempo, aterrizando felizmente en la bata de seda que Mariona utilizaba por las mañanas, cuando aún no había salido de casa.

—¿Qué, qué... qué narices ha pasado? ¿A quién han matado? —preguntó en un tono estridente, a medio camino entre la irritación y la preocupación.

Y cuando Maurici contestó: «Facerías. Han matado a Facerías...», la voz de su esposa se alzó aún más airada:

—¿Face... qué? ¿De quién puñetas me hablas?

—Caray, Mariona, del maquis... el maquis aquel, el de la Casita Blanca...

—¿Y por eso nos has asustado a todos, porque han abatido a un bandido que atracaba a la gente en las casas de citas? ¿Por eso me has arruinado la bata de seda? ¡La única decente que tenía! Mira, mira... Hermínia, Hermínia, venga, por favor, venga... Mire lo que ha pasado. Un desastre...

Una noticia en la página ocho de *La Vanguardia*. El titular, explícito: «Al hacer frente a la fuerza pública, resulta muerto el atracador José Lluis Facerías». Y junto a un editorial laudatorio del papel de la policía, «el elogio de la Policía está en la boca de todos los barceloneses», el relato de los hechos según la versión oficial.

Superado el susto del chocolate, y sentado en el sofá del comedor, Maurici leía la crónica del diario con atención. Y entonces, como si fuese un acto reflejo de autodefensa, su cerebro comenzó a sustituir automáticamente las palabras: «terrorista procedente del extranjero» por «catalán guerrillero»; «componentes de la banda» por «militantes libertarios»; «delincuentes forajidos» por «luchadores antifranquistas». Y así, en un esforzado ejercicio de rectificación, notaba la indulgente impresión de que aportaba una pizca de justicia a todos aquellos hombres que luchaban contra Franco. Él no era valiente, y, además, su estatus social, su familia, su posición, todo lo que le otorgaba bienestar y seguridad estaba vinculado al régimen: los negocios, los contactos, las influencias... Además, era yerno de Eusebio, un falangista tan obtuso y fanático que no habría dudado en perseguirlo. Pero, por encima de todo, estaba casado y quería a Mariona, que era muy afecta al Caudillo, «más por posición que por convicción», se decía, en un íntimo intento por disculparla. Pero cuando se replegaba en sí mismo, recluido en la seguridad de su soledad, pensaba en los amigos que había perdido, en los miles que se habían exiliado o que eran perseguidos, cazados, torturados en los sótanos de Vía Layetana o fusilados en cualquier esquina. Y también sentía la herida profunda del catalán, el idioma violentado, apartado de todos los lugares, una lengua apestada... Aunque lo que más le afectaba interiormente era el recuerdo de su hermano Dàrius, regidor del Ayuntamiento por Esquerra, cuya valentía admiraba profundamente. Dàrius había estado en prisión por los hechos de octubre del 34 y también lo habían herido en el frente del Ebro; pero, cuando perdieron la guerra, la posibilidad de que lo matasen era tan evidente como necesaria la huida. Y aquel panorama de una tierra desolada, dominada por un régimen asentado en miles de cadáveres, lo derrotaba y lo entristecía de tal modo que necesitaba refugiarse en el sarcasmo, extrañamente convertido en una eficaz herramienta contra el desánimo.

«¡Qué suerte tenemos con esta policía de Franco que nos defiende de los malhechores!», dijo a media lectura de la crónica. Y cuando Mariona reaccionó tal como imaginaba: «Pues mira, sí,

tenemos mucha suerte de que nos protejan», sonrió con socarronería, como si hubiese logrado una pequeña victoria. «Así, ¿qué dices que han hecho esos policías tan buenos, papá?», preguntó Nina, que hasta ese momento no había mostrado ningún interés, y entonces, aproximándose al sillón de su padre, cogió su periódico: «Déjame ver qué estás leyendo». Cuando, horas después, comentó aquella noticia con Adrià: «¿Quién era el tal Facerías?», él respondió sin adjetivos: «Un guerrillero», y a Nina le pareció que lo admiraba, pero que no le resultaba simpático. «Era anarquista. Estos nos complican mucho la vida», añadió, y rápidamente cambió de tema. «Todos van contra Franco, pero no todos se quieren entre sí», pensó ella, y guardó un silencio prudente.

Un año antes de aquel tiroteo que segaría la vida del maquis Josep Lluís Facerías, su amigo Quico lo estaba esperando ansiosamente en la masía Graboudeille. Y, como siempre que se quedaba en la masía de la familia Guisset, le gustaba pasear hasta Prats de Molló y llegar al balneario de La Preste. A pesar de menospreciar a la gente que se hospedaba allí, «cerdos burgueses malnacidos», aquel edificio imponente de principios de siglo, vagamente diseñado con toques modernistas, le parecía majestuoso. Quico no sentía ningún sentido de la estética y consideraba el arte una trivialidad fútil, convencido como estaba de que el auténtico sentido de la vida era la lucha. Solo podía haber belleza en el compromiso y en la insurrección, y el resto, la búsqueda de la estética por sí misma, le parecía el síntoma de una sociedad aburguesada y decadente contra la que luchaba con todas sus fuerzas. De joven había sido un ávido lector de los relatos sensibleros que, bajo el título de «La novela ideal», publicaba el matrimonio Montseny-Mañé, y creía firmemente en aquel concepto de idealidad que planteaba con un inequívoco sentido revolucionario. La única novela «ideal» era la que se dirigía a los obreros y a las clases populares y usaba conscientemente el arte como vehículo para defender las ideas morales y políticas del anarquismo, las únicas que podían liberar al pueblo. «Ni novelas rojas, ni modernistas ni eclécticas. Queremos

novelas que expongan episodios de las vidas luchadoras en pos de una sociedad libertaria», había acuñado el señor Montseny bajo la popular firma de Federico Urales. En una ocasión, cuando ya estaban en el exilio, Quico le comentó a Frederica Montseny que había leído muchas novelitas suyas, «ya sabes, las "novelas ideales" que publicabas con tus padres...», y la hija de Federico Urales le respondió con su famosa contundencia: «Decían que eran novelas sin ningún valor literario, pero, Quico, eran revolucionarias, y eso las convertía en inmortales».

No era, pues, un esteta, ni amaba el arte por sí mismo ni estaba dotado del sentido de la belleza; él era hombre de acción y no de retórica, prosaico, alejado de toda tentación poética. Pero, pese a su rechazo militante contra la estética, aquella gran construcción del balneario de La Preste, situado al borde de un acantilado, al pie del Canigó y rodeado de una naturaleza indómita, le producía una sensación placentera, como si incluso él mismo, el guerrillero indomable, pudiese permitirse el lujo de la contemplación. Y, sin pensarlo mucho, repetía aquel paseo una y otra vez, como si fuese una suerte de ritual.

Facerías llegó al tercer día de espera, justo cuando Quico regresaba de una de aquellas caminatas hasta Prats de Molló, y, nada más verlo, lo saludó con la vieja rima que les habían dedicado, en unas hojas anónimas, durante la huelga de tranvías del 51:

—Contra el requeté, ¡viva Sabaté!

Y cuando la voz poderosa de Quico cerró el círculo, «Para arreglar la huelga de tranvías, ¡que venga Facerías!», ambos se abrazaron divertidos. Se tenían aprecio y respeto mutuos, tal vez porque se reconocían en el efecto espejo de sus vidas paralelas: ambos, militantes anarquistas desde muy jóvenes; miembros de las columnas libertarias del frente del Ebro, Facerías en la columna de Ascaso, con solo dieciséis años, y Quico en la de los Aguiluchos de la FAI, con veinte recién cumplidos; y, después de la guerra, el camino guerrillero que habían tomado; los dos, heridos por las pérdidas de seres queridos: Quico, con sus hermanos caídos, Facerías, con su compañera y su hija de meses asesinadas por los

aviones nazis en 1939, cuando ametrallaban las filas de republicanos que huían hacia la frontera. Dos hombres forjados a fuego en la lucha social, solidarios e intransigentes, valientes y, al mismo tiempo, descarnados, tan capaces de morir como de matar por su ideal. Incluso habían coincidido en el mismo objetivo de asesinar al temible comisario Quintela cuando este dirigía la Brigada Político-Social: Facerías, tres atentados fallidos en 1947; y Sabaté, la temeraria acción de 1949, cuando acribilló el coche del comisario y consiguió matar a dos falangistas. Pero lo que más los unía era el instinto depredador, que los impulsaba hacia la cacería permanente, y un coraje fuera de serie que los animaba a asumir riesgos impensables. Dos libertarios, dos guerrilleros y, en la medida en que aquella palabra resultaba volátil en las circunstancias de su vida, casi se podría decir que eran dos amigos. Habían coordinado algunas acciones conjuntas en el pasado, como los ataques simultáneos a los consulados de los países que habían apoyado a España para que entrase en la ONU. Pero desde el 49 no habían trabajado juntos, y ahora, siete años después, volvían a reunirse, dispuestos a pasar la frontera y dejar su huella, tan heroica como violenta.

—Por cierto, Face, supongo que no has pasado por la rue Belfort a informar a los capitostes de la CNT de nuestro encuentro. No quiero que sepan nada de lo que vamos a hacer. Esas ratas cada vez se arrastran más. Parecen burgueses acobardados y pagados de sí mismos. Lo que te digo, amigo, algún día serán nuestros enemigos. No les has dicho nada, ¿verdad? Porque, si lo saben, si saben que tú y yo vamos a realizar acciones conjuntas, ya te digo, Face, que yo no voy. No me fío ni un pelo de todos esos burócratas rendidos.

—No, no he pasado a verlos. No saben nada. Puedes estar tranquilo.

Y dibujó una sutil mueca, casi imperceptible, que, si Quico hubiese estado atento, habría delatado la mentira de su amigo. Pero la excitación por la llegada de Facerías no lo predisponía a desconfiar, sino todo lo contrario, a reforzar su confianza en uno de los pocos guerrilleros que consideraba a su altura. Y, decididos

a no perder tiempo, comenzaron a planificar el regreso al interior.

Por la noche, bien cobijados alrededor de la chimenea, la conversación de los dos guerrilleros con el propietario de la masía fluctuaba entre análisis apresurados de la situación política, críticas ácidas por el papel de la CNT y la tentación de practicar la pequeña vanidad haciendo un repaso a sus gestas más sonadas: atracos a bancos, joyerías, fábricas... asaltos a coches que detenían...

—¿Te acuerdas de aquella joyera de la calle Valencia, Quico? Aquella... sí, donde nos agenciamos más de quinientas mil pesetas...

—Coño, la Rudolf Bauer, por supuesto que me acuerdo. Maldita joyería, no hubo manera de vender las joyas. Menos mal que me las llevé a Francia. Espero que los de la CNT enviasen el dinero a las familias de los presos. Tratándose de ellos, nunca estoy seguro...

—¿Verdad que fue la última vez que realizamos una acción conjunta? Sí, porque lo de la Arrabassada lo hice con tu hermano, Pep, y con Pere Adrover y Franquesa.

—Sí, con Pep... ¿Qué hicisteis en la Arrabassada?

—Había una recepción de burgueses bien gordos y grasientos en una finca; me parece que se llamaba la masía del Bosch. Nos situamos un poco alejados de la entrada y pum, pum, pum: coche que pasaba, cerdo a la cazuela. Nos llevamos todos los documentos, pasaportes y tal, que siempre nos vienen bien. Pero, sobre todo, el dinero y las joyas. No sabéis los gritos que daban aquellas damiselas, las muy putas. Y después, huida de película: con un Lincoln de estrella de Hollywood, parecíamos Bogart...

—Ahora que has mencionado a Pere Adrover...

—Pere... ¡un gran compañero! Cayó poco después de la acción de la Arrabassada. Un gran guerrillero. ¿Te acuerdas de cuando puso la bomba en la catedral de Barcelona poco antes de que llegase Franco? ¡Un valiente de los de verdad!

—Sí, Face, un valiente. Lo fusilaron en el Campo de la Bota con Tragapanes y el Sheriff...

—Cierto. Tragapanes, el bueno de José Pérez. Y Jordi Pons

Argilés, ¿verdad? Lo mataron junto con Pere, ¿no?

—Sí, sí, todos al mismo tiempo. Los mejores revolucionarios, la sangre más roja, Quico.

—Sí, su sangre... la semilla de la revolución, amigos, ¡la semilla!

—Y... ¿qué me podéis contar vosotros de los burdeles? Porque también habéis atracado burdeles. Y parece que no solo salíais satisfechos por el dinero, que de los bajos siempre os marchabais bien servidos...

—Eso pregúntaselo a Face, que es un dandi. ¿Sabes cómo llaman al señorito...? Petronio, sí, Petronio, ya ves, un nombre de aristócrata... Pero, ay, Michel, ¡no sabes lo que has hecho! Ahora Face nos va a tener hasta la madrugada contándonos sus hazañas en los burdeles...

Fuera nevaba con insistencia y el frío de aquel febrero gélido de 1956 helaba los cristales de la masía, pero junto a la chimenea danzaban las furcias de los burdeles de Barcelona, los clientes inmovilizados a bocajarro y las alegrías sexuales que se permitía el elegante Petronio, siempre dispuesto a hacer honor a la belleza de las damas. En el *meublé* Pedralbes, en el Augusta de la calle Regàs, en la Casita Blanca, en todas partes se vaciaban los bolsillos de los prohombres enriquecidos al amparo del régimen, católicos practicantes que rogaban a Dios en posición horizontal. «Uno de aquellos potentados se hizo el valiente con nosotros, el muy cerdo... follando con una jovencita... Pues pum, pum, pum, a él sí que nos lo follamos», y los tres se echaron a reír.

Más tarde, en la cama, atrapado en el insomnio que nunca lo abandonaba, los pensamientos de Quico se perdieron por los límites de la existencia. ¿Sería aquella acción con Facerías la última, la que finalmente lo mataría? Tenía establecido un pacto con la muerte desde la adolescencia, cuando apretó el primer gatillo de su Colt con la FAI, y, desde entonces, su vida se regía por dos profecías ineludibles: moriría con la pistola en la mano y no llegaría a ver la realización de sus sueños libertarios. Ni viviría lo suficiente para ver la caída del dictador ni tampoco vería la llegada de la anarquía, pero, qué carajo, aquel era el destino de un

guerrero, morir en combate, convencido de que su sangre sería la semilla que germinaría en la tierra. Él mismo lo había escrito en algunas de sus hojas de resistencia: «La libertad solo se consigue con grandes sacrificios». Y él pertenecía a la pira del sacrificio. «Pero ¿y si nunca pasa?, ¿y si no muere Franco, ese asesino?, ¿y si nunca gana la anarquía?», y esta pregunta impertinente que, como una intrusa, había penetrado en el muro de su determinación, lo puso de un malhumor irrefrenable que muy pronto se convirtió en rabia. Rabia por todos los que habían abandonado la lucha, rabia por aquellos que habían cedido al miedo y se habían acomodado, rabia por los que habían reculado y traicionado la causa, rabia, mucha rabia, por los caídos. Y la rabia fue aumentando como una madeja de lana mojada encajada en medio de la tráquea, y lo ahogaba, y tenía dientes y le mordía, y se volvía cada vez más grande, y lo resquebrajaba por dentro convertida en una bola de ira. «Los mataré a todos, ¡a todos!», gritó de repente, furibundo, y cuando oyó el ruido de los residentes de la masía, que, medio dormidos, se apresuraban a ver qué había pasado, comenzó a calmarse. «Nada, nada, las tinieblas de la noche, compañeros, todo está en calma.» Y, extrañamente, cuando regresó a la cama, el sueño lo atrapó de inmediato. «La inquietud del día previo a una acción», llegó a decir antes de quedarse dormido.

Al día siguiente, hacia mediodía, tenían previsto cruzar la frontera...

«¡Están en Barcelona! ¡Joder, Pedro, que están en Barcelona! Los dos juntos, Sabaté y Facerías. ¡Juntos, joder! Los muy hijoputas acaban de matar a uno de los nuestros.» Los gritos del inspector Antonio Juan Creix iban dirigidos, vía teléfono, a los torturados oídos de su amigo Pedro Polo Borreguero, pero se oían por todas las dependencias del edificio de Vía Layetana, envuelto, de pronto, en un gran revuelo. El inspector Creix acababa de ser informado del crimen, y, mientras se activaban precipitadamente las patrullas de búsqueda, llamaba a su amigo para que estuviese avisado.

—Pero ¿qué coño...? ¿Qué sabes? Joder, dame detalles.

—Te estoy llamando para que vengas, pero no sé mucho. A ver, ha sido cerca del Paralelo, al pie de Montjuïc. Han disparado a un inspector de la comisaría de la avenida de José Antonio. Creo que lo conocías, Pedro. Han matado a don José Félix Gómez de Lázaro. Un disparo a bocajarro.

—Coño, a José Félix, pero ¡si lo preparé yo! Es de los míos. Los muy cabrones. Hijoputas. Voy para allá, Antonio. ¿Estás seguro de que son ellos?

—Sí, sí, los han reconocido varios testigos. Mañana sus caras saldrán en todas las portadas.

—Joder, joder, joder. Antonio, cierra el Paralelo, la montaña, todas las calles, Barcelona entera. Acordona todo lo que haga falta, pero que no se escapen.

—Que no te quepa duda, Pedro. Voy a llenar Barcelona de patrullas armadas. Y registraremos las casas que sean necesarias, todas. Esos cabrones no se nos vuelven a escapar, por Dios que no se me escapan.

—Por Dios y por la patria.

—Sí, sí, por Dios y por la patria.

Las informaciones de los testigos eran confusas. Había quien aseguraba que había sido una fatídica casualidad: dos maquis en una esquina; un policía que se cruza con ellos y los reconoce; uno de los hombres saca la pistola; la muerte a bocajarro... Otros añadían un tono heroico: el inspector los había reconocido de lejos, había empezado a perseguirlos y, al girar en una esquina y toparse con ellos, había intentado sacar la pistola, pero uno de los maquis, «Sabaté, señor inspector, fue Sabaté», habría sido más rápido. Casualidad o no, el relato oficial quedó fijado en las crónicas del día siguiente, en las cuales el titular «Ayer fue vilmente asesinado, en el Parque de Montjuich, un inspector del Cuerpo General de Policía», quedaba ilustrado por cuatro fotos de gran formato de Quico Sabaté y de Josep Lluís Facerías. A todos los efectos oficiales, don José Félix Gómez de Lázaro y Hernáiz había caído en «acto de servicio», y así lo recogió la disposición del Ayuntamiento de Barcelona cuando otorgó diez mil pesetas, «en concepto de auxilio», a la familia del inspector.

Durante semanas, el paisaje de la ciudad fue caótico: redadas arbitrarias, detenciones de sospechosos, confidentes con sobresueldo, grupos de policías armados acordonando manzanas enteras de casas, despliegue de efectivos ante la más ligera indicación, sirenas policiales y una Barcelona tomada por el comisario Creix, decidido este a convertirla en una sólida jaula para las fieras que había salido a cazar. Pero, fuese por la experiencia de las fieras o por su coraje, o, tal vez, porque habían sido tocados por la diosa Fortuna, el hecho es que el comisario Creix no solo no consiguió cazarlos, sino que vio, impotente, cómo Sabaté y Facerías perpetraban un atraco a una caja de ahorros de Tiana mientras él los perseguía con todos sus recursos.

La ciudad y el caos. En la Vía Layetana, todo el cuerpo policial dedicado a la búsqueda de sus enemigos más peligrosos, las piezas mayores de la cacería, el triunfo supremo. En las calles de Barcelona, los uniformes, las sirenas y los interrogatorios. En el refugio de las afueras donde se había resguardado la partida de maquis, el frenesí de la lucha, el orgullo del coraje, los instintos primarios en estado de alerta. Y en un piso de la calle Calabria, casi esquina con Valencia, una inquietud mortecina, apaciguada por la tranquilidad de saberse lejos del foco, todavía virgen de sospechas. Al fin y al cabo, el grupo de Calabria no tenía nada que ver con aquellos libertarios que solo «encendían la represión», según expresión ácida de Xicolet, que, como buen comunista, sentía una aversión epidérmica por los anarquistas.

Durante aquellos días de policías, sirenas y detenciones, Nina vivía su proceso de metamorfosis ajena a los riesgos que, en circunstancias como aquellas, amenazaban a todos los opositores al régimen. Los amigos de Adrià solo hablaban de las manifestaciones en Madrid y de cómo organizar a los estudiantes en Barcelona, y en casa nadie decía nada, y así, aun consciente del peligro, se dejaba acunar por el amor apasionado que sentía por Adrià, el amor sublime e inabarcable que ensalzaban los poetas. «Pero yo lo tengo, yo lo he conseguido», y aquella convicción de tener una historia sentimental distinta a todas le producía una gran felicidad. A veces intentaba explicarle aquella sensación de singularidad a Martina,

pero la reacción de su amiga la desanimaba, porque la retornaba a la simple condición de enamorada. Y ella no se tenía por una simple enamorada que había perdido la cabeza por un chico. «No, es diferente, yo he encontrado el amor», y se aferraba a aquel matiz lingüístico que, sin embargo, le parecía abismal. Por aquel amor era capaz de todo, de implicarse, de asumir la condición de militante de una causa, de correr riesgos, decidida a convertirse en una mujer completa.

El coraje... ¡un impulso esquivo y caprichoso! Durante aquel tiempo de sexo y rebeldía, protegida por la engañosa capa del deseo y la ilusión, Nina se sentía poderosa, valiente. Un día, repasando el libro viejo de mitología griega que su padre tenía en casa y que siempre la entretenía, se divirtió imaginando que ella era como la hermana de Cratos, Bía, que participó en la lucha contra los gigantes y ayudó a Zeus a encadenar a Prometeo cuando este robó el fuego de los dioses para entregárselo a los hombres. «Sí, soy como Bía, lucho contra los gigantes», y el arrojo crecía, la abrazaba, la fortalecía. Pero el día en que llamaron a la puerta, a las once y media de la noche, «¿Qué pasa, Hermínia?, ¿qué pasa? Vaya a abrir, corra», aquel día volvió a ser una adolescente de las Damas Negras, desconcertada, vulnerable y frágil.

La voz del policía sonó grave y el tono fue tan imperativo que Nina notó un temblor en su interior que le recorrió toda la espina dorsal y que, lejos de provocarle algún movimiento, la dejó paralizada.

—Buenas noches. Somos la autoridad. ¿Esta es la casa del señor Mauricio Quirch?

—Sí, sí, señor agente.

—¿Vive aquí, con ustedes, doña Aguasantas Olmedo Gutiérrez?

—¿Aguasantas? ¿Nuestra Aguasantas? Sí, señor policía, sí, vive aquí. Es del servicio. Yo soy la mayordoma de la casa. ¿Puedo avisar al señor?

—Avise, sí, llámelo.

Pocos minutos después, todos los adultos estaban levantados, incluidas las tres chicas del servicio, que se habían vestido

apresuradamente y llegaban resoplando al comedor. Maurici se presentó a los agentes y, después de hacerlos pasar al comedor e intercambiar algunas formalidades, los policías fueron al grano.

—¿Quién de ustedes es Aguasantas Olmedo Gutiérrez?

—Yo, yo... señor agente. Soy yo.

—¿Sabe usted dónde está don Manuel David García Hornillos?

—¿Mi novio, señor policía? ¿Mi Manolo?

—Sí, su Manolo. ¿Tengo que repetirlo? ¿Dónde está Manuel David García Hornillos? Si lo sabe, dígamelo ahora mismo o tendrá que acompañarnos.

—Pero, señor policía, yo no sé... no sé... Vive con su madre, allí... no sé... en... en el Somorrostro, en una chabola, pero no sé dónde, yo no voy, señor agente...

—Sabemos dónde vive. Venimos de allí, pero no estaba. ¿Adónde ha huido? Díganos dónde está Manuel García. No volveré a repetírselo.

—Pero... Pero, yo no sé... Solo nos vemos el sábado, cuando paseamos. A veces el domingo, si la señora no me necesita. Pero yo no sé, yo... Yo nunca he ido a su casa, allí a las barracas...

—Haga el favor de coger su documentación y acompáñenos. No hemos acabado.

—Pero, señor policía, por favor... Por favor, señor agente... yo no sé nada... Madre de Dios santísima, señor, por favor, yo no sé nada...

—O viene ahora mismo con nosotros o nos la llevaremos a la fuerza. ¿Me ha entendido?

El llanto de la chica se oía amortiguado desde el dormitorio de Nina, pero ni la distancia ni la evidencia de saberse libre de peligro pudo apaciguar el pánico que vivió durante unos minutos. De noche, llamada en la puerta, la policía, «somos la autoridad», todo aquello que había oído que pasaba en las casas de los opositores al régimen había ocurrido en la suya, y ella tenía un libro prohibido, y su prometido era de un partido clandestino, y querían organizar a los estudiantes, y, tal vez, alguien...

Respiró profundamente e intentó calmarse. No había hecho

nada, su familia era afecta al régimen, tenían un estatus importante, y Adrià... También Adrià era de buena familia, tenían contactos... Sí, no pasaría nada... Acababa de probar el gusto amargo del peligro, y aunque había durado poco, porque la policía iba en busca del prometido de la pobre Aguasantas, que vete a saber qué habría hecho, y se habían disculpado con sus padres, «perdonen las molestias, sabemos que ustedes son gente de bien, pero vigilen a quién meten en casa», aquel breve episodio parecía un ensayo de lo que un día podía pasarle a ella, e, intranquila, intentó en vano que la noche la resarciese de sus miedos, pero los monstruos de la oscuridad la acecharon. Al día siguiente, una recurrente sensación de fatiga le recordó la mala noche que había pasado.

El episodio de la sirvienta ocupó las sobremesas familiares de los siguientes días, si bien nadie de la familia sabía exactamente qué había pasado, más allá de entender que la chica, Aguasantas, se había relacionado con algún buscavidas, «ya lo habéis oído, buscan a uno del Somorrostro, un pillo de la Barceloneta», y que, a partir de aquel momento, comprobarían con mucho cuidado a quién permitían entrar en su casa.

—Lo mejor es cogerlas muy jovencitas, que aún no tengan prometido, y así las podemos moldear como Dios manda.

—Pero si Aguasantas tiene dieciocho años, es más pequeña que Nina... ¿Las quieres todavía más jóvenes?

—Claro, Maurici, que no pasen de los quince o dieciséis, y atarlas bien, que mira el susto que nos han dado. Una casa como la nuestra, dónde se ha visto, con la autoridad llamando a la puerta, ¡qué vergüenza!

—¿Alguien sabe qué ha pasado? ¿Por qué querían detener a su prometido?

—El abuelo Eusebio nos lo explicará, Nina. Es muy amigo de los hermanos Creix, los que mandan en la policía. Seguro que se lo comentan.

La explicación llegó acompañada de una retahíla de disculpas pomposas y grandilocuentes que, según el abuelo Eusebio, había proferido el inspector Creix al saber que habían molestado a la

familia de su hija. En cuanto a la sirvienta, las informaciones eran exiguas.

—Al tipo este lo buscamos por lo de Sabaté, ya sabes, el maquis hijoputa que acaba de matarnos a un camarada. ¡El muy desgraciado Quico de los cojones! Un confidente nos dio los nombres de algunos tipejos que podrían ayudarlo, y un tal Manuel David, uno de los primeros. Si cogemos a este, lo dejaremos fino. De momento, tenemos a la novia. A ver qué le sacamos...

—Una pobre perdida, seguro. Todas esas son mujeres de mal vivir...

—Pues le va a salir cara la cama a la muy guarra.

Mientras los sótanos de la Vía Layetana se iban llenando de detenidos que caían en las redes policiales como si fuesen pececillos engullidos por la gran boca de la ballena, en la casa de las afueras donde se escondía el grupo de maquis estallaba una tempestad. Hacía unos minutos que Quico había leído la carta de un compañero de Francia que le contaba, con todo lujo de detalles, la visita de Facerías a la sede de la CNT. Según decía, Face había ido a avisar a los capitostes de la confederación antes de encontrarse con él, y aquel hecho, que le había negado a Quico cuando estaban en la masía Graboudeille, le parecía un acto de traición. «¡Malnacido! ¡Hijo de la gran puta!», gritaba Sabaté colérico. «Y tú, ¡un loco obsesionado!», respondía Facerías, y, mientras aumentaba la estridencia del griterío, los puños se ponían en guardia, las manos se acercaban a las pistoleras y el riesgo de pasar de los insultos a los hechos sangrientos se hacía palpable. Finalmente, la contundente intervención de los otros miembros de la cuadrilla, que gritaban tanto como ellos dos en un intento desesperado de recordarles la larga lucha compartida, logró alejar las pistolas y detener el enfrentamiento. Pero en aquel sábado de mayo de 1956, los caminos de los dos guerrilleros libertarios se separaron para siempre.

Cuando, días después, enfundado en una gabardina y tocado con un sombrero para la lluvia, Sabaté atracó el Banco Central de

la calle Fusina, al lado del Born, ya no lo acompañaba Facerías, sino uno de sus hombres de confianza, su amigo Àngel Marquès. El botín fue de doscientas setenta y dos mil pesetas «y talones por valor de varios centenares de miles», según la noticia de *La Vanguardia*, que añadía que el atracador «puso un cartucho que llevaba una mecha, la cual encendió y del que empezó a desprenderse gran cantidad de humo». Al llegar la policía y comprobar el escenario, el presunto artefacto resultó ser un estuche de jabón de afeitar con una mecha acompañado de un mensaje manuscrito que señalaba la autoría del atraco: «Para que veáis que no soy tan sanguinario como decís: Quico, el analfabeto».

Después de la ruptura con Facerías, el desánimo y el constante dolor de estómago que lo tenía atemorizado, «solo faltaría que me muriese de cáncer y no luchando contra los fascistas», lo hicieron regresar a la masía Graboudeille para descansar y recuperar fuerzas. Pero en octubre, y pese a que el dolor no había dejado de acecharlo, ya volvía a preparar una nueva acción, esta vez con su compañero Àngel Marquès, que había decidido acompañarlo.

—Tengo pensado dar un golpe espectacular, Àngel. Va a ser algo grande.

—¿A quién vamos a pasar por la piedra?

—No, no pensaba en un atentado. Más bien me gustaría una gran acción de propaganda. He conseguido algunos artilugios.

—¿Artilugios? ¿De qué hablas?

—Ya lo entenderás cuando te lo enseñe. He conseguido un pasaporte de un francés por veinte mil francos y pronto tendré el tuyo y el de Amadeo, que nos acompañará al interior. Estamos a punto de volver, amigo, y haremos que nos escuchen. Ven, voy a enseñarte lo que me he agenciado...

—¿Ahora necesitamos instrumentos? Pero si tú y yo tenemos bastante con la Colt...

—A veces hay que ser imaginativo. Mira todo lo que tengo.

—¿Qué demonios es esto?

—Un mortero, puñetas, ¿es que no lo ves? Es un mortero para poder lanzar pasquines revolucionarios. Mira, ya los tengo

preparados.

—«La libertad solo se consigue al precio de los más grandes sacrificios...» Veo que te has puesto épico, Quico, ¡vaya prosa gastas!

—Menos cachondeo, desgraciado, que tú bien sabes los grandes sacrificios que hacen falta. Mira el mortero, mira. Lo he construido yo mismo. Lo llevaremos a Barcelona y tapizaremos las calles con propaganda.

—Pero ¡qué coño dices! ¿Cómo quieres que llevemos este cachivache hasta Barcelona?

—Lo haremos. Y no solo eso. Mira lo que he conseguido...

—¿Qué puñetas es?

—Un magnetófono, idiota, ¿es que nunca has visto uno?

—Pues no, es el primero que veo. Es eso para grabar la voz, ¿no?

—Ya lo he grabado. He grabado un discurso entero. Ya verás. Lo pondré fuera de las fábricas, a la salida, y los obreros lo escucharán.

—¿Y qué vas a hacer con el mortero?

—Había pensado ponerlo en el techo de un taxi y lanzar los pasquines. Ya encontraremos el modo, no te preocupes.

Con los pasaportes falsos, el mortero, los panfletos y el magnetófono, que sumaban más de cuarenta kilos por persona, Sabaté, Marquès y Amadeo Ramón Valledor llegaron a Barcelona en tren como si fuesen viajantes de comercio. Y de Barcelona, directamente a la calle Tarrós, donde había una casa segura en la que poder preparar las acciones sin sobresaltos.

Preparados los detalles y en el día elegido, los tres guerrilleros se hicieron pasar por falangistas, convencieron a un taxista de que les habían encargado lanzar propaganda a favor de la Falange por toda Barcelona, y, con el mortero encima del techo, se pasearon muy ufanos mientras lanzaban las proclamas contra el régimen. «Ha sido un éxito», dijo orgulloso cuando se fotografió con el mortero en una zona apartada del Tibidabo. Y, a continuación, con el magnetófono hacia la Seat, a la salida de los obreros, que se asustaron por el ruido que emitía el aparato, sin capacidad alguna

para entender qué carajo significaba aquello. «¿Estás seguro de que han entendido algo?», se atrevió a preguntar Àngel, pero Sabaté estaba tan convencido de la buena impresión que había causado su «modernidad» revolucionaria que nada lo desanimaba. «Es el futuro, compañero, es el futuro», iba diciendo como un niño pequeño.

El siguiente atraco, a la empresa Cubiertas y Tejados de la calle Lincoln, no disfrutó de ninguna modernidad instrumental, porque «para las expropiaciones solo hace falta la pistola y acojonarlos de verdad», y aterrorizado quedó el cajero de la empresa, que, raudo, les dio el millón de pesetas que había en la caja. «¡Qué jugosa Navidad vamos a pasar!», dijo Marquès. «Si no fuera porque vamos a entregar todo el dinero a los familiares de los presos», respondió Quico. «¡Amén!», remachó Amadeo.

En Vía Layetana, las alarmas, que permanecían en rojo, volvieron a dispararse con desaforado frenesí.

—Quiero que entréis en todas las casas que tenéis controladas. Se ha acabado la vigilancia. Ahora vamos a saco.

—¿Todas, comisario?

—Todas, todas. Ahora no es momento de espiar a los sirvientes. Es la hora de cazar al lobo. Sabaté está atracando por Barcelona y nosotros con cara de botarates. Camaradas, nos va el honor del cuerpo. Ese cabrón se ríe de nosotros en nuestra propia cara. Quiero toda Barcelona patas arriba, todas las casas, los tugurios, los escondrijos... allí donde haya un indicio, ahí puede estar Sabaté. Hay que cazarlo ya.

—Pero estamos en Navidad. Usted cree...

—Ni Navidad ni leches. Nadie tendrá permiso hasta que cacemos a la fiera, ¿entendido?

—Entendido, mi comisario.

La fiera hacía dos días que no estaba en Barcelona, porque Sabaté siempre aprovechaba la estancia en el interior para visitar a una señorita con la que se permitía algún placer revolucionario, y así, sin ser consciente de ello, logró escapar de la jaula que el comisario Creix había construido por toda la ciudad. Àngel Marquès, en cambio, cayó en la emboscada y aquella pieza menor

resultó ser tan prolija en proporcionar datos como frágil en el imposible arte de soportar la tortura. Y así, una por una, fueron cayendo las pocas casas que todavía eran seguras, lo que convirtió Barcelona en una trampa letal. Cuando, un día después de la caída de Àngel, Quico volvió a la ciudad, su agudo instinto de supervivencia lo puso en alerta. Ningún escondite era seguro y la fuga debía hacerse a la desesperada. Y de este modo, el día de Navidad de 1956, una familia de Horta alojó, por favor a la fuerza, al enemigo número uno de España. Un hombre entraba tranquilamente en su casa, otro lo apuntaba con una pistola, unas palabras inquietantes, «soy Sabaté, ahora voy a subir a tu casa y pasaré ahí la noche», su mujer y su hija viéndolos entrar, un hombre siniestro, la pistola apuntando, el terror...

Después de dos días escondidos en aquella madriguera improvisada, otras madrigueras y otros escondrijos, cada vez más arriesgados, y, finalmente, el camino de regreso a Francia, más decepcionado, más enfermo, más solo que nunca. Cuando en febrero de 1957 consiguió llegar a la rue Belfort, apenas se le oía decir: «Es para los cuarenta y cuatro compañeros presos en España», mientras entregaba las trescientas mil pesetas que le quedaban del atraco. Él, Quico, «el bandolero, el salteador, el analfabeto», él, el «pum, pum», el guerrillero indomable, se sentía, por primera vez, agotado.

A Facerías los periódicos del régimen no lo habían tildado nunca de analfabeto, como era recurrente cuando hablaban de Sabaté, pero compartía con él el resto de los adjetivos que, con voluntad de epíteto, le dedicaban con furia: bandolero, salteador, asesino despiadado, bestia feroz, macabro pistolero, malhechor sanguinario, peligroso forajido... Ambos se habían convertido en los enemigos principales de la cruzada victoriosa, y el régimen estaba decidido a cazarlos sin piedad y a mostrar sus cuerpos destripados como último signo de la victoria. Uno a uno, pieza a pieza. Pasarían semanas, meses, años, pero cada uno de los hombres que habían osado enfrentarse al caudillo de la «España liberada» tenía balas marcadas.

El 30 de agosto de 1957 las nueve balas destinadas a Josep

Lluís Facerías se preparaban para llevar a cabo su recorrido mortal. La partida de caza se estaba organizando con mucho esmero: el jefe de la cuadrilla dando las órdenes, los puntos de tiro perfectamente fijados, la jauría babeando de excitación... En Vía Layetana habían conseguido el lugar y la hora donde estaría una de las piezas mayores de la cacería, «calle Doctor Urrutia con Pi i Molist, 11 de la mañana», y no cabía margen para el error. «Hoy mataremos a Facerías», y esa rotunda afirmación, que los policías se repetían unos a otros como si fuese una letanía poderosa, disparaba los latidos, inflamaba las pupilas, hacía correr la sangre tempestuosamente por las venas. Dos días antes habían detenido al Metralla, y la noche anterior había caído el Goliardo, los dos guerrilleros que acompañaban a Facerías en su retorno a Cataluña, y las detenciones eran tan relevantes como precisas las informaciones obtenidas. Y así, con los dados marcados, la partida comenzaba a primera hora de la mañana con un destacamento entero de la Guardia Civil y decenas de policías emboscados en porterías, ventanas y tejados.

Días antes de aquel recorrido mortal por los alrededores del paseo de Verdún, Facerías había cruzado la frontera de vuelta a Cataluña. La pelea con Quico lo había desanimado y, aunque habían pasado meses desde aquel choque frontal que los separaba para siempre, la tristeza no se iba, como si fuese una rémora que hubiese quedado pegada a su alma y no dejara de seguirlo. Sabía que no cabía reconciliación, «ya lo conoces, es muy obtuso. Ten en cuenta que nunca ha perdonado a Manolet, ¡y era su hermano!», y aquella ruptura seca con su compañero de lucha era una herida abierta.

Durante semanas se encerró en un refugio a las afueras de Barcelona planificando ideas, enviando cartas a sus compañeros, intentando, en vano, que Quico lo perdonase, y, finalmente, decidió irse a Italia con su amigo Luis Agustín Vicente, para viajar, un mes después, a Francia. Pero Francia no era la lucha, ni el riesgo ni tenía ningún otro sentido que el paso del tiempo, y, ansioso por volver a la acción, organizó pronto el retorno con su amigo Vicente, el Metralla, y un anarquista italiano llamado

Goliardo Fiaschi.

De los tres hombres, Goliardo era el más joven, veintisiete años, la mayoría de los cuales había dedicado a la lucha contra el fascismo. Facerías le tenía un cariño especial a aquel libertario de pelo ondulado y mirada sonriente, nacido en Carrara, que trabajaba las canteras de mármol desde los dieciocho años y que, con trece, se había unido a la resistencia contra los nazis y, durante toda la guerra, había perpetrado acciones de sabotaje muy arriesgadas. A menudo contaba la emoción que había sentido en abril de 1945 cuando, durante el ataque a las fortificaciones del monte Lancio, a plena luz del día y bajo fuego alemán, había logrado ser el segundo partisano que alcanzaba la cima. Tenía quince años. Y con catorce había sido el encargado de ondear la bandera cuando su unidad, la Terza Brigata Constrignano de la División Módena, liberó la ciudad. Había conocido a Facerías y a Luis Agustín en el centro anarquista Pietro Gori de Carrara, en su última estancia en Italia, y desde el primer momento se entregó a la idea de unirse a luchar contra Franco y ayudar a matarlo. Así, el 17 de agosto de 1957, al atardecer de un lluvioso día, el joven partisano acompañaba a los dos maquis a atravesar la frontera en bicicleta, los tres disfrazados de excursionistas.

La primera vuelta de rueda de la bicicleta... y luego la segunda, y después otra, y miles más, una tras otra, impasibles en su movimiento circular, ras, ras, ras, como las agujas del reloj, tictac, la inercia hacia el desastre. Tres guerrilleros pedaleaban con decisión por los caminos de Cataluña en busca de un instante de gloria, pero desde que la moira Cloto comenzó a tejer, con la rueca, el hilo de sus vidas, su hermana Láquesis ya había decidido cuál sería la longitud de ese hilo. Y a uno de aquellos hombres solo le quedaban las últimas hebras del vellón: Átropos, la hermana mayor de las moiras, se disponía, con las tijeras de oro, a cortar el último hilo.

Desde Tolosa de Languedoc hasta Sant Quirze de Besora, donde el Metralla decidió dejar el grupo e ir en tren hasta Barcelona. Y de allí, rodeando el Montseny, hasta Granollers y Mataró, para llegar, finalmente, a la montaña del Tibidabo, donde

una pequeña cabaña en el bosque de Sant Medir les serviría de refugio. Hacía diez días que habían cruzado la frontera, durmiendo en cuevas y albergues improvisados, y ahora que ya estaban en lugar seguro, podían planificar las acciones mientras esperaban la llegada del Metralla. Antes, sin embargo, Facerías quería hacerle una visita a un compañero de Barcelona...

—Será una salida rápida, no te preocupes.

—Pero ¿ahora vas a salir? ¿Ahora que estamos seguros?

—Poco tiempo. A ver, qué hora es... las siete y media, ya es tarde... Mira, si a medianoche no he vuelto, deja este sitio y ve a la casa base. Esta es la dirección donde nos esperan.

—No lo veo claro, Face. Metralla aún no ha llegado. Para mayor seguridad, te acompañaré un trecho hasta Barcelona y luego te esperaré aquí.

—Como quieras, pero estate tranquilo. Nadie sabe dónde estamos.

Lo sabían. La caída del Metralla se había producido un día antes en Sabadell, en casa de Emili Tena, un amigo de Luis Agustín al que estaban vigilando. Fue una detención limpia, rápida, sin ningún disparo, ni de la policía armada, que lo quería vivo, ni del Metralla, que no tuvo ocasión de usar ninguna de sus tres pistolas ni la bomba de mano que siempre lo acompañaba. Trasladado rápidamente a Vía Layetana, la maquinaria de tortura de los hermanos Creix trabajó toda la noche con tanta intensidad como eficacia. Y, a medida que el suelo de la celda se iba manchando de sangre, se debilitaba la fortaleza del guerrillero y su lengua se ablandaba, mientras la libretita de Antonio Creix se iba llenando de datos, todos anotados con una caligrafía redonda de niño aplicado.

La caída de Goliardo fue la primera consecuencia de aquella libretita del inspector Creix. Volvía al refugio del Tibidabo, después de dejar a Facerías al pie de la montaña, cuando los policías armados, emboscados en los árboles, se abalanzaron sobre él. Tampoco tuvo tiempo de echar mano a su Colt 45, inmovilizado en el suelo antes de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. La policía se quedó toda la noche montando guardia en el refugio del

Tibidabo, a la espera de la llegada del gran enemigo de España, pero Facerías había decidido quedarse en casa del compañero al que había ido a visitar y no se presentó. Cuando a las diez y media de la mañana del 30 de agosto de 1957 se dirigía al paseo de Verdún, donde tenía una cita, no sabía que se encaminaba hacia una trampa mortal.

Llueve. Es una lluvia antipática, de esas insolentes de finales de agosto. Está animado. Por fin ha vuelto a la acción, y la conversación de buena mañana con su amigo lo ha puesto de buen humor. Ambos opinan que el régimen no puede durar, y que la lucha guerrillera es fundamental para hacerlo caer. «Sí, el cerdo caerá pronto», y esa convicción lo espolea. Antes de salir repasa los bolsillos: la Walter P 38, los cinco cargadores, la bomba de mano, el papel de fumar, la petaca y el espejito. «Siempre hay que estar presentable», y sonríe. «Está todo», y se decide a salir. Mira el reloj, «voy bien de tiempo», pero coge un taxi para mayor seguridad. Le gusta llegar siempre pronto a las citas para poder echar un vistazo al lugar. Es un proscrito, un enemigo de Franco, y toda prudencia es poca. Desde el taxi ve el edificio del manicomio de Sant Andreu: ha llegado a su destino. Abre la puerta con decisión y, al ir a salir, nota el mordisco feroz de una bala. Le ha perforado el tobillo. Intenta moverse deprisa, pero las balas salen de las ventanas y de los tejados. Pistolas, armas automáticas, una tormenta de fuego. Con un último esfuerzo logra desplazarse unos metros, salta una pequeña tapia y, abatido, cae al suelo. Le han descerrajado nueve balas y, a punto de expirar, aún extrae la bomba de mano del bolsillo, que, inútil, queda encerrada en su puño, con los dedos agarrotados. Cuando decenas de policías se acercan a su cuerpo, la moira Átropos ya ha cortado, con sus tijeras de oro, el hilo de su vida.

Luna llena
(1958-1960)

A la sombra tutelar de las banderas victoriosas en la Cruzada, con fidelidad inquebrantable a los Caídos, defenderemos esta paz que disfrutamos, y estad seguros de que mientras el Señor nos conceda vida, la seguiremos empleando en el servicio de Dios y en la grandeza de la Patria.

FRANCISCO FRANCO,
discurso de Nochevieja, 1959

Han llamado de madrugada

Nina miró el techo de la habitación y se fijó en unas manchas de humedad que ennegrecían los restos de pintura que resistían el paso del tiempo. «Antiguamente debía de ser de un color suave, azul cielo», se dijo, y, sin saber por qué, aquella idea la animó. Llevaba media hora tumbada en la cama y, desde el comedor, oía la conversación de Adrià con la comadrona que la había atendido. Decían que todo había ido bien, pero los pinchazos que sentía le recordaban, una y otra vez, la brutal sensación del hierro frío abriéndose paso dentro de su vientre. «La percha es un método seguro», les había asegurado la mujer en la primera consulta, y los restos que habían quedado en las toallas donde la habían hecho tumbarse confirmaban el buen resultado. Ya no estaba embarazada, pero las consecuencias que podría sufrir —una infección, unas fiebres, quizá alguna lesión que no le permitiese quedarse en estado— la aterrorizaban.

Cerraba los ojos y reproducía todo lo que había pasado en aquellos últimos días que le habían vuelto la vida del revés. Primero la sospecha de que su cuerpo había cambiado, pronto la certeza de un embarazo y después el pánico, las acaloradas conversaciones con Adrià, la búsqueda de una salida, «me han hablado de una mujer que lo resuelve»...

—¿Lo resuelve? ¿Qué... qué quieres decir?

—Ya sabes lo que quiero decir, Nina, por favor. Ya lo sabes.

—Pero así... No sé, Adrià, ¿y si me muero?

—No, mujer, no. Claro que no. Me aseguran que Agustina ha ayudado a muchas mujeres, Nina, a muchas. Es una compañera del partido, una luchadora, sabe mucho de eso, de verdad. Y lo hace rápido, tiene mucho cuidado, me han dicho que es seguro. No te pasará nada. ¿No ves que no podemos hacer otra cosa? ¿O qué

quieres hacer? ¿Has cambiado de opinión?

—No, no, claro que no, pero... ¿Cómo lo va a hacer?

—No lo sé. Dicen que no es difícil, utensilios domésticos, nada complicado. Pero es seguro. Lo resolveremos, Nina. De verdad, Ninona, lo resolveremos.

Acababan de resolverlo. Y allí, tumbada en una cama extraña, mirando aquellas manchitas de humedad que ennegrecían los restos de pintura, recorrió con angustia obsesiva cada minuto de aquella intervención: la mujer poniendo las toallas con parsimonia sobre la mesa; el fuego para desinfectar la percha que utilizaba para romper el saco amniótico en el útero; la matrona rogándole que se relajase y abriese las piernas; el roce de su vagina con las laminarias, «para dilatar el cuello del útero, querida niña». Y, luego, las manos de la mujer presionando el alambre lentamente, el frío gélido del hierro contra las paredes de su intimidad, el pinchazo que segaba una vida, un dolor infinito... «La vida es tan frágil...», pensó, y por un extraño viaje de la memoria, aquella idea le trajo el recuerdo de una noticia que había leído hacía unos meses: la muerte de un niño a manos de su hermano mientras jugaba con una pistola. «El que ha muerto es el infante Alfonso, el nieto de Alfonso XIII, los reyes de antes», comentaba su madre, y su padre añadía, con el sarcasmo que lo caracterizaba, que aquello solo podía pasarle a los Borbones, «ya sabes que siempre les ha faltado un hervor».

¿Qué hacía ahora pensando en un niño de nueve años, miembro de una familia de antiguos reyes, que había muerto por un disparo de su hermano en una ciudad extranjera? Ni siquiera había prestado demasiada atención cuando hablaron de ello en casa, y ahora estaba allí, en una estancia sórdida y recordando la muerte de aquel infante. Respiró profundamente. «No te hagas esto, Nina, no te lo hagas», se dijo, y se presionó el vientre con la mano, como si aquella presión silenciase el ruido de su cerebro. Acababa de abortar, y si bien lo tenía claro —lo había hablado mucho con Adrià, que aquello era imposible, que no podía tener un bebé, que cómo iban a contarlo en casa, el escándalo, el estropicio en sus planes de vida, lo absurdo que suponía avanzar en una

maternidad que llegaba a destiempo y sin deseo, como un cincel que quiebra la lógica del presente imponiendo su realidad insolente—, sí, aunque lo tenía claro, aquel runrún del cerebro que la martilleaba como un taladro perforando el interior de su conciencia, tras, tras, agrietándola... aquel runrún no se detenía.

Se levantó lentamente. «¡Qué haces, Nina?, no te levantes todavía, descansa»; pero sí, quería levantarse, empezar a andar, dejar atrás la cama, aquella habitación, aquel comedor infernal donde la habían agujereado con una percha. Miró el suelo y se fijó en unas gotitas de sangre que habían quedado incrustadas en la grieta de una baldosa, «todo lo que queda del que podría haber sido mi hijo», y aquella idea la hizo doblarse como un junco sacudido por el viento, y se dejó caer de rodillas. «Nina, ¡Nina!», oyó, pero era una voz lejana que llegaba desde el otro lado del espejo, allí se habían quedado Adrià y la matrona y la percha y las manchitas de sangre. Cuando más tarde salió a la calle, con Adrià sosteniéndola con cuidado, el frío de aquel 3 de enero de 1958 le resultó placentero, y, en un esfuerzo por agarrarse a cualquier detalle que le permitiese huir de aquello que dejaba atrás, comenzó una conversación insulsa...

—Llévame a casa. Mis padres no estarán, hoy iban al Liceo. Me meteré en la cama y, cuando ellos vuelvan, ya estaré durmiendo.

—¿Durmiendo? ¿Tan pronto?

—Sí, pienso dormir hasta mañana. O hasta la semana que viene, no sé, un año entero.

—¿Qué han ido a ver tus padres?

—Una obra de Manuel de Falla. *El retablo de maese Pedro*, creo. Pero no iban por Falla solamente.

—¿Entonces?

—Se ve que debuta un niño que canta muy bien. Tiene once años, pero dicen que es una promesa de la ópera. Es el hijo de unos amigos de la familia, y todo el mundo cree que será un gran tenor.

—Once años y debuta en el Liceo, ¡caramba! ¿Cómo se llama?

—Carreras. Se llama Josep Carreras. Mis padres dicen que oiremos hablar de él.

El callejear tranquilo de una pareja camino de casa. La conversación banal, los pasos tranquilos, el brazo de él agarrándola por los hombros, el de ella rodeando la cintura de él, la gente distraída, la luz menguante del atardecer, el cerebro ajustándose, el alma recuperándose, la culpa alejándose, las diosas Euménides renunciando a la furia del castigo, la benevolencia del tiempo pasando...

Durante muchas semanas el recuerdo de aquel día continuó hiriéndola como si fuese una daga sutilmente clavada en el alma, no lo bastante hundida para hacerla sangrar, pero sí lo suficiente para notar un dolor persistente que le impedía recuperar la paz. Cuando intentaba pensar con cierta frialdad, la razón la acompañaba: las conversaciones con Adrià, lo de la época de la República, cuando defendían los derechos de la mujer sobre su cuerpo, se lo habían contado, sí, las mujeres decidían, nadie más... Y también lo absurdo de un embarazo no deseado... Si algún día tenía un hijo, sería cuando tuviese una vida que ofrecerle, una vida suya, conquistada, deseada. No, no quería ser la típica chica de buena familia que se casa deprisa y corriendo, con sus padres construyendo un enorme edificio de mentiras que nadie iba a creer, siendo la comidilla de todos —con el chismorreo extendiéndose como una mancha de aceite—, la letra escarlata que perseguía a las chicas como ella en esos tiempos malvados de virtudes impostadas. No, no quería ser esa chica, ni aquella mujer, ni arrastrar ese estigma toda la vida, ni dejárselo en herencia a su hijo, no quería sentirse esclava, sino libre, libre para elegir, libre para decidir, libre, sí, libre para tener un hijo cuando fuese el momento, y no ahora, «ahora, no, ahora, no, Dios mío, no, me partiría por la mitad, me arrastraría a un pozo oscuro, no, no quiero un hijo así, no...». Y en aquellos momentos de determinación, los argumentos ganaban la partida, la libraban de la zozobra, le insuflaban aire.

Pero después, en cualquier instante, cuando más desprevenida estaba, le venían en tropel las invectivas morales de las Damas Negras, los dogmas de fe, el pecado más grave del catecismo, la muerte de un feto, un feto que habría sido un niño, sí, un niño... y

entonces aparecía la culpa y tenía dientes, y mordía, y a continuación se volvía una bola que crecía, rodaba montaña abajo y se convertía en un inmenso alud de vergüenza y arrepentimiento. En aquellos momentos mortificantes, tenía la impresión de que Dios la observaba con ojos de fuego, y un terror atávico se sumaba al vaivén de emociones que la zarandeaba. Sentía que había perpetrado un acto siniestro, y aunque trataba de librarse de aquel sentimiento, la piedra volvía a rodar cuesta abajo y ella la empujaba de nuevo montaña arriba, como si fuese la encarnación de Sísifo, condenada eternamente a cargar con su culpa. Además, no podía hablar con nadie, ni con Martina ni con ninguna otra amiga, atrapada como estaba en la prisión de su oscuro secreto. Solo le quedaba Adrià, pero Adrià no parecía preocupado por aquellas emociones que la perturbaban, «residuos religiosos, libérate de Dios», y lo entendía, sí, Dios era una mentira, una simple creación del hombre, «el opio del pueblo», lo llamaba Marx, pero en la oscuridad de su culpa, lejos de las miradas, Dios continuaba presente, imponente, acusador, temible.

Los días dieron paso a las semanas y las semanas a los meses, y con el paso del tiempo, Nina fue aplacando el ruido interior hasta reducirlo a un pequeño murmullo que finalmente logró silenciar. Aquel día de enero de 1958 la había cambiado, pero no en el sentido de debilitarla o asustarla, como parecía al principio, sino en el de fortalecer su convicción de que la vida era un ejercicio de supervivencia, y ella no pensaba pedir permiso para sobrevivir. «Como la abuela Merceneta, que tampoco lo pidió», y se aferraba al ideal de aquella mujer que no conocía, pero a la cual sentía más cercana que a nadie. Su implicación política había ido creciendo en paralelo a su determinación como mujer, y aunque seguía enamorada de Adrià, lentamente fue perdiendo la dependencia de los primeros tiempos, cuando lo percibía como una especie de héroe glorificado. Poco a poco aquella percepción mitificada había ido mutando hacia una cierta equidad que transformaba la fascinación en complicidad. Ya no se sentía como la inexperta jovencita a la que daba forma un ilustrado Pigmalión, sino como una compañera, una cómplice. A ojos de todos eran una pareja, y

ni ella misma se cuestionaba en ningún momento la estabilidad de su relación, pero solo en la medida en que sumaban uno y uno, una mujer y un hombre, dos jóvenes comprometidos, conscientes del tiempo que vivían y decididos a forzar los barrotes de la jaula que los aprisionaba. Mantenía intacto un amor intenso por Adrià, y el sexo, incapaces de controlar la atracción abrasadora que sentían cuando la piel rozaba la piel, seguía siendo apasionado. Pero, por encima del amor y del sexo y del futuro que imaginaban juntos, más allá de todo eso, ni Adrià ni su relación de pareja eran más importantes que el bien más preciado que había conquistado: su independencia. No se engañaba. Con seguridad tendría que casarse oficialmente, con toda la pompa que requería el estatus de las dos familias que se emparentaban: misa en la catedral, un gran banquete, la presencia del gobernador, el alcalde, los prohombres de la sociedad acomodada... Hacía tiempo que ambas familias preparaban el enlace, que, a ojos de las comadres sociales, sería el gran acontecimiento del año, y la fecha ya se había fijado.

—Os casaréis el año próximo. Ya tienes la edad, Nina. De hecho, empiezas a ser demasiado mayor.

—¡Madre! Si aún no tengo los veintidós... y estoy estudiando.

—Veintidós es una barbaridad para casarse, y más en una mujer de tu posición. Sin olvidar que Adrià ya ha cumplido los veintisiete, y un hombre a esas edades tiene necesidades urgentes... Nina, no quiero ni pensar que tuvieras que casarte de penalti... La familia Pruna está de acuerdo con nosotros: no podéis esperar más.

Y, después de descartar otras fechas, el sábado 3 de octubre de 1959 quedó marcado en el calendario como el día en que la señorita Júlia Quirch i Lucien, heredera de los Laboratorios Farmacéuticos Quirch, se convertiría en la esposa del señor Adrià Pruna i Noilat, heredero de las fábricas textiles Hermanos Pruna-Requesens.

¿Casarse...? Era la única opción. Sabía muy bien que vivía en un mundo opresor regido por convencionalismos sociales estrictos, y que estaba sometida a un sistema de leyes asfixiantes que jamás habría permitido su emancipación como mujer, de modo que, si era necesario pasar por el altar con un hombre al que amaba, y,

sobre todo, la respetaba, lo haría sin dudar. Al fin y al cabo, de eso se trataba, de aprovechar las cadenas del sistema patriarcal para romperlas desde dentro, pues estaba convencida de que algún día se alzaría por encima de la miseria de aquel tiempo y de aquella sociedad que le había tocado vivir.

Las cartas de la abuela Merceneta habían supuesto una revelación, el primer indicio de que había otros mundos por descubrir y otras vidas por vivir. Y luego estaban los libros prohibidos que lograba leer, textos liberadores que le daban otra perspectiva, como si corrigiesen la estrábica mirada que imponía el régimen. Eran palabras, ideas, reflexiones que dinamitaban mentiras, la confrontaban a los dogmas aprendidos, la obligaban a pensar... Todo la había ido ayudando a reconstruirse, tal vez a renacer en otra piel que camuflaba eficazmente en la figura educada y formal de una señorita de bien. Pero si las cartas de la abuela y los libros de Adrià la habían ayudado a soñar más allá de la pétrea realidad de aquella España oscura, era la actividad clandestina, cada vez más frenética, la que le daba impulso. Se sentía fuerte, decidida, pero no con el coraje romántico de la adolescencia, sino con la determinación de una guerrera. Era como Otrera, la hija de Ares que había fundado el reino de las amazonas, y, al igual que ella, se sentía indestructible. Después de todo, ahora tenía un propósito, y nada había más invencible que una mujer con un propósito.

Las reuniones en la casa de la calle Calabria se alternaban con otras en diferentes lugares de la ciudad a medida que crecía el número de militantes, sobre todo en las fábricas, pero también en la universidad, donde ya habían conseguido crear diversas células plenamente funcionales. Las *vietnamitas* trabajaban a pleno rendimiento, y el número de impresiones de la revista *Treball* aumentaba a la velocidad en que crecía la demanda. Durante unos meses pareció que la organización se estaba volviendo tan fuerte que el régimen no tendría capacidad para detenerla, y, pese a la prudencia y las medidas de seguridad que tomaban, una cierta euforia reinaba en las sesiones de debate, o en las reuniones en casa de uno o de otro para poder escuchar Radio España

Independiente, a la que todo el mundo llamaba la Pirenaica.

La primera vez que Nina escuchó aquella radio clandestina, en casa de Xicolet, que lograba conectarse por onda larga, se quedó muy impresionada. Sonaba un himno que nunca había escuchado, y cuando terminó, el locutor dijo que era el himno nacional de Cataluña.

—¿Himno nacional? ¿Tenemos un himno nacional?

—Claro que lo tenemos, Nina, *Els segadors*, ¿nunca lo has oído?

—No, no, no me imaginaba... No sé, no sabía...

—Calla, calla, ya te contaremos, escucha, escucha lo que dicen...

La voz del hombre mostraba una firmeza tan rotunda, y lo que decía parecía tan esperanzador, que Nina se quedó completamente fascinada. No solo oía que se referían a Franco como un torturador y un criminal, sino que le hablaban de la gente en el extranjero que quería derrocar el régimen, de los compañeros soviéticos que empujaban, de la lucha en el exilio, de la solidaridad internacional... Y encima, por primera vez oía hablar en catalán en la radio, y aquel hecho insólito de oír su idioma, expulsado de toda la vida pública, en la normalidad de una alocución radiofónica, le pareció aún más extraordinario que el discurso que estaba escuchando.

—¿Quién es este hombre? ¿Quién habla? ¡Es muy valiente!

—¿Este? Creo que es Rafael Vidiella. Es uno de los que hablan a menudo en la Pirenaica. Es muy buen orador. Un gran luchador, republicano del exilio, comunista hasta la médula.

Cada vez le resultaba más difícil volver a casa y mantener una normalidad que solo era *normal* para aquellos que formaban parte del régimen, desde los fascistas de primera oleada o los poderosos que mantenían sus privilegios gracias a su adscripción franquista hasta los oportunistas que encontraban en el franquismo el territorio abonado para los negocios fraudulentos y el tráfico de intereses. Y su familia formaba parte de aquella estructura corrupta solidificada en la represión y el miedo. En el mundo de la calle Provenza, casi en el paseo de Gracia, la vida transcurría sin

sobresaltos, perezosa, acomodada y segura. Y si bien Nina había decidido mantener aquella apariencia de insulsa cotidianidad hasta poder emanciparse, cada vez se reconocía menos en las comidas en común, en las inercias familiares, o en las conversaciones ociosas comentando las noticias de *La Vanguardia*.

—¿Habéis visto? ¡Unos rebeldes cubanos han secuestrado al gran Fangio!

—¿Fangio? ¿Quién es ese? ¿De quién hablas?

—Mariona, ¿de quién quieres que hable?, de Juan Manuel Fangio, el gran corredor de Fórmula 1, el mejor piloto de coches del mundo.

—Ah, ¡vaya! Y ¿qué dices que le ha pasado?

—No sé... Se ve que lo han secuestrado en Cuba. Unos revolucionarios que quieren que caiga el Gobierno.

—Deben de ser comunistas. Hay comunistas por todas partes. Es una especie de plaga.

Aquel día, como tantos otros, Nina hubiese querido interrumpir a su madre bruscamente, «sí, comunistas, somos muchos, y yo..., sí, yo también lo soy», y entonces habría visto su cara de sorpresa y el terror que aquel comentario le habría causado, y solo con pensar en aquel momento explosivo sintió un placer secreto. Nunca había tenido con su madre la relación estrecha que tenía con su padre, pero desde que había leído las cartas y descubierto que su madre sostenía la mentira familiar sobre la abuela, a pesar de conocer la verdad, aquella sutil lejanía se había ido convirtiendo en un menosprecio creciente. Y luego, al adquirir conciencia política, el menosprecio se había ido transformando en un sentimiento de rabia que, en algunos momentos, era negro como el hollín. Su madre era la encarnación de aquella sociedad de aduladores y aprovechados que aplaudía a un régimen edificado sobre un gran cementerio de cadáveres, y aunque la quería, era consciente de que también estaba aprendiendo a odiarla. Su elegancia forzada, su impostura, sus aires de gran dama burguesa, todo aquello que le había servido de modelo durante la adolescencia le resultaba ahora abominable, como si su madre fuese la antiheroína, la némesis de su modelo de

mujer. A su padre, en cambio, y pese a no haberse confesado con él, lo sentía más cercano cuanto más profundizaba en su compromiso político. Le parecía que no eran necesarias las palabras, como si su padre, de algún modo, adivinase lo que ella estaba viviendo a pesar de no haber hablado de ello nunca.

Ocurrió de repente. Parecía que la vida de Nina y de sus compañeros hubiese alcanzado cierta normalidad, como si los dos mundos, el oficial y el clandestino, caminasen en paralelo, sin encontrarse. Pero, indefectiblemente, los caminos se atraían mutuamente, hasta que llegó el día del choque. Eran las cinco y media de la tarde y Nina acababa de bajar las escaleras del piso de Adrià, camino de casa, cuando llegó Pitus resoplando:

—Corred, corred, tiradlo todo, huid, han detenido a Xicolet en una redada. Parece que han caído muchos compañeros.

Y mientras devoraba la subida hasta llegar al cuarto piso, se estremecía ante la idea de que su amigo pudiera estar en manos de los torturadores de la Brigada Político-Social. Pitus había llegado primero y, al abrir la puerta, los tres compañeros que había dentro se movían de un lado para otro, en un movimiento improvisado y, al mismo tiempo, extrañamente sincronizado. Se habían preparado para aquel día y sabían lo que tenían que hacer antes de que cayese la casa, pero la duración de ese tiempo de tregua dependía solo de la capacidad de Xicolet para resistir la tortura. Caterina intentaba vaciar cajones donde había reflexiones, algunos libros y papeles de reuniones; Pitus iba estancia por estancia preguntando qué hacían con el ciclostil y el resto de los cachivaches que delataban su actividad clandestina y Adrià intentaba meter en una especie de maleta todos los números de *Treball* que había guardado mientras murmuraba que habría que tirarlos todos.

—Escuchad, paremos un momento y pensemos una estrategia —dijo de pronto Caterina, la mayor del grupo y la más avezada en situaciones de riesgo.

—¿Qué quieres decir? No podemos quedarnos con todo esto. La casa puede caer.

—Adrià, cálmate. Acaban de detenerlo y sabemos que Xicolet no es un flojo. No sé si resistirá, pero no caerá en las primeras horas, podéis estar seguros, lo conocéis bien. De todos nosotros, él es el más valiente. Y también han detenido a compañeros de otras células, gente que no conocemos. Los de la Brigada tendrán mucho trabajo. Tenemos tiempo para planificar las cosas.

—Por mucho coraje que tengas, Caterina, la tortura es la tortura, y ya sabemos lo que pueden llegar a hacer en el sótano de Vía Layetana. Además, parece que lo han pillado con un montón de material, números de *Treball*, centenares de octavillas, vete a saber, de todo... Le darán una buena paliza, ya verás, será el primero, con todo lo que llevaba, y conoce todos nuestros nombres. Podemos caer con él.

—Eso no lo sabes. Vete a saber a quién más han pillado. Y Xicolet aguantará. Al menos, al principio. Ya lo verás. Mira al compañero Miguel Núñez, lo han estado torturando treinta días, treinta, y no ha delatado a nadie.

—Es verdad, nada de nada, no les ha dado nada a los malnacidos de los Creix. No ha cantado ni un nombre. Los que han ido a verlo a la Modelo dicen que es una roca, y eso que lo han dejado hecho polvo, se ve que le han dislocado el hombro, pero no han podido rompérselo. ¿Sabéis qué le dijo el hijo de puta de Creix cuando lo bajaron al sótano? Lo ha contado Miguel. Dice que le dijeron que nadie sabía que lo habían detenido, y que no habían registrado su nombre en la entrada, y que le iban a sacar todo lo que sabía y que, si se moría, literal, «una piedra en los pies y al mar, que está bien cerquita». Lo cuenta él mismo. Pero el puñetero resistió. Treinta días, chicos, ¡treinta días!

—Hombre, Adrià, Xicolet no es Miguel, porque lo de Miguel es sobrehumano. Pero estoy de acuerdo: si Xicolet se viene abajo, no será el primer día. Tenemos tiempo para pensar qué hacemos. Y también hay que revisar las otras casas. Nina, ¿tienes algo en casa que pueda ponerte en peligro?

—No, solo algún libro, poca cosa. No me he llevado nada. Puedo tirarlos y ya está. Y en Cadaqués, nada de nada. Ni un papel.

—Vale. ¿Y vosotros? ¿Pitus?

—De todo, tengo de todo. Ya sé que no debería guardar tanto material, pero es un piso que nadie conoce, allí no hacemos reuniones ni nada, creo que es seguro. Y no recuerdo que Xicolet haya ido nunca. Es donde tengo el estudio de pintura, y allí no llevo a nadie.

—¿Tampoco lo usas de picadero?

—Vete a la mierda, cabronazo, ja, ja, ja. No, Adrià, ninguna mujer en el estudio.

—No te fíes, Pitus. Y tú, Adrià, aparte de este piso, ¿hay algo que te comprometa en las casas de tu familia?

—Puede que en Vilassar, algunos libros, poca cosa, y en Barcelona, nada.

—Entonces planifiquemos bien el vaciado de los pisos, que es lo más arriesgado. Tú, Pitus, ya puedes vaciar el estudio, y este piso tiene que quedar limpio como una patena.

—Limpio y muy franquista...

—Exacto. Primero saquemos todo lo comprometido que pueda haber y luego lo redecoraremos un poco. Traed algunos libros y montaremos una pequeña biblioteca correctamente franquista...

—¿Qué quieres decir? ¿Algún Giménez Caballero? En casa tenemos *La nueva catolicidad*, su exaltado elogio de la «belleza» del fascismo...

—No te pases, Pitus, no hace falta ir tan lejos. Pero algunos Ridruejo, o Laín Entralgo, o algún Tovar, ya sabéis, los buenos intelectuales del régimen, con esos ya sería suficiente.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Dónde llevamos todo lo que saquemos? Sobre todo la *vietnamita*, ¿qué hacemos con ella?

—Podríamos llevarla a la masía de los Corell, en Sant Cugat. Creo que es una opción segura. Tengámoslo en cuenta.

—Sí, es un lugar seguro. Y los que podáis... ya sabéis, unos días fuera de casa con cualquier excusa. Eso sería lo mejor. Yo podría quedarme en el Montseny, en la masía de mis abuelos. Ya encontraré algún motivo. ¿Tú podrías irte a Cadaqués, Nina?

—De hecho, lo normal es que ya estuviese allí, porque siempre nos instalamos a principios de julio. La señora Hermínia

ha ido a abrir la casa y Gori y los gemelos se han ido con ella. Mi madre se ha quedado en Barcelona con Tianet, pero no tardará mucho en irse. No sé, podría, pero sería forzarlo mucho, porque ya avisé de que haría prácticas en una de nuestras farmacias y que no me iría hasta agosto, y ahora no entenderían nada.

—Siempre puedes decir que te lo has pensado mejor.

—No, no. Sería raro. No quiero hacer nada sospechoso. Mejor me quedo en casa. De hecho, creo que es más seguro no moverme. Recordad que mi abuelo es amigo personal de los Creix y de Polo y de todos esos, y si pasase algo, no creo que fuesen a por mí. Seguro que lo avisarían y le pedirían que me controlase, pero ¿detenerme? No lo creo. No, no creo que se atrevan a detener a una nieta de «don Eusebio Lucien, español y falangista», ja, ja, ja.

—Vete con cuidado y no te confíes, que estos no tienen miramientos.

—Nina ya sabe lo que se hace. En todo caso, si podéis, es una buena idea irse de casa. Yo también podría...

Unas horas después, sentada en la pequeña *chaise longue* que había en su dormitorio, Nina repasaba mentalmente, con insistencia obsesiva, las acciones que habían llevado a cabo para tratar de garantizar la seguridad. Se habían deshecho de todos los papeles comprometedores, habían avisado a la cadena de compañeros que estaba preparada cuando había caídas, y Pitus, antes de irse al Montseny, se había llevado la *vietnamita* y un ciclostil más pequeño a la masía de Sant Cugat, propiedad de un empresario que ayudaba al partido. Además, Adrià se iría del país al día siguiente aprovechando una petición de su padre, que hacía tiempo que insistía en que viajase a Marsella para cerrar un acuerdo con un antiguo cliente. Y Caterina, que tenía familia en Niza, también se estaba preparando para irse. De su célula, los únicos que quedaban en Barcelona eran Xicolet, en manos de los torturadores de la Brigada, y ella, refugiada en la protección de su vida burguesa y adecuadamente franquista. De algún modo le parecía que, no habiéndose marchado, era la que estaba más protegida. «No tocarán a la nieta de uno de los suyos, ¡no lo harán!», y aquella idea la tranquilizaba. Así pues, ya habían hecho

todo lo que podían, y ahora solo hacía falta que Xicolet resistiese todo lo posible y no los delatase.

«Aguanta, querido Xicolet, ¡aguanta!», se oyó decir en voz alta, como si hablase con el pequeño diván en que estaba acomodada. Miró la *chaise longue*. Era una pieza preciosa de caoba con respaldo, tapizada con una tela dorada que le daba un aire kitsch, regalo de su bisabuela Elisenda, que se la había dejado en herencia a su madre. «Si la quieres para tu habitación, es tuya. Yo no sé dónde ponerla», y así había llegado a su dormitorio un mueble delicado de principios de siglo que, durante un tiempo, había reinado en el gran comedor de los Corner-Puig, hasta que fue sustituido por un piano, capricho de su bisabuelo Albert, quien aseguraba que tener un piano en el comedor era propio de un señor.

«Aquel piano», se dijo mientras le venía un recuerdo vago de la infancia. Nadie sabía muy bien qué había pasado con él cuando sus bisabuelos murieron y se desmanteló la casa. La mayor parte de los muebles, joyas, tejidos y toda clase de objetos valiosos se había repartido entre hijos y hermanos, pero ningún familiar había querido heredar el piano, que finalmente se perdió en algún intercambio económico perpetrado por el abuelo Eusebio, que hacía negocio con todo.

De pronto tuvo la inquietante sensación de que aquel piano se había puesto a tocar, pero, al aguzar el oído, reparó en que en realidad sonaba un piano, sí, pero no por el arte mágico de la diosa Mnemosina, guardiana de la memoria y madre de las musas, sino por el arte mecánico de un aparato cuya imponente presencia destacaba desde hacía dos meses en el salón de su casa. «Claro, hoy es viernes —se dijo—, y *Los viernes, concierto*.» Su padre había comprado una máquina que se llamaba televisor, y desde las siete y media de la tarde, en que salía una cosa que se llamaba carta de ajuste, hasta la madrugada —«los sábados lo alargan hasta la una», pregonaba su madre con gran excitación—, el aparato se mantenía encendido. Al principio tenía curiosidad por ver qué daban, pero básicamente eran emisiones permanentes del Nodo, con Franco saliendo a todas horas, y también había una especie de historia que

se llamaba *Los Tele-Rodríguez*, en la que narraban las peripecias de una familia que se había comprado un televisor. Un día, pasando por el salón, Nina se quedó enganchada al anuncio de un reloj que le pareció bastante divertido. Era un Omega sumergido en un mar lleno de dibujos animados, y un pececito se frotaba contra el reloj mientras sonaba de fondo la música de *El buque fantasma*. «Te entran ganas de comprar el Omega», comentó su padre entre socarrón y sarcástico. De vez en cuando repetían la primera emisión de aquella televisión que se llamaba Televisión Española y que había comenzado a emitir un año y medio antes, pero que casi nadie había podido ver porque, en los inicios, la gente no tenía aparatos. Pero ahora que ya eran muchos los que tenían «la tele», de tanto en tanto se repetía aquel primer momento histórico. Salía el ministro Arias Salgado en la pantalla y, en un tono serio y trascendental, decía:

> Hoy, día 28 de octubre, domingo, día de Cristo Rey, a quien ha sido dado todo poder en los Cielos y en la Tierra, se inauguran los nuevos equipos y estudios de la Televisión Española.

Y desde hacía dos meses era el nuevo capricho de la familia y de la mayoría de sus conocidos, hasta el punto de que comenzaba a ser *de pobres* no tener televisor. El piano dejó de sonar y, al hacerse el silencio en la casa, Nina sacudió la cabeza, como si quisiera regañarse. ¡Qué hacía pensando en Arias Salgado y el Cristo Rey en aquel preciso momento en que Xicolet debía de estar sufriendo vete a saber qué tortura! Aquel era el mundo ambivalente en que vivía, un mundo de falsedades en que había una vida de mentira, burguesa, acomodada, cobarde, y otra vida que, siendo la verdadera, también era necesario falsear, porque solo la podía vivir en la oscuridad del secreto. Sus padres en el salón, felizmente relajados en el sofá del régimen, libres de policías de la secreta y sótanos en Vía Layetana; y ella, en la *chaise longue* de la bisabuela Elisenda, aterrorizada al pensar en que, de madrugada, podrían llamar a la puerta... Pero no se iría. Si pasaba algo, que lo resolviese la familia, que se enfrentasen con lo que significaba tener una hija que luchaba contra el régimen, que se arrastrasen

para protegerla; y si no podían protegerla, que viviesen la vergüenza de tener una hija comunista en la cárcel. No, no se iría.

Se metió en la cama decidida a intentar conciliar el sueño. «Aún no pasará nada», había dicho Caterina, y Cat lo sabía. Había vivido muchas caídas de compañeros, y era cierto que nunca se rompían a la primera. No. Aquella noche sería una pausa. Apagó la luz, y mientras se dormía pensó en el *Manifiesto* que le había regalado Adrià, su primer libro prohibido, que ya no descansaba indolente bajo la pila de libros en la que había estado oculto durante meses. No lo había tirado como el resto de los papeles que tenía en casa, sino que lo había ido rasgando lentamente, página a página, una a una, poco a poco. Luego había ido haciendo añicos cada página hasta dejar pedacitos muy pequeños, y mientras la pila de papel iba creciendo, la mezcla de tristeza y orgullo le producía una extraña sensación de sutil euforia. Al fin y al cabo, el régimen la obligaba a destruirlo, pero no había ganado, porque el libro ya estaba dentro de ella y no importaba que no estuviese físicamente: sus ideas ya la habían iluminado.

A pocas calles de donde Nina intentaba dormirse recordando los pedacitos del *Manifiesto*, Xicolet acababa de recibir un puñetazo seco en la boca del estómago. Lo habían atado por las muñecas con unas esposas ancladas a la tubería de la calefacción que recorría la pared e intentaba sostenerse con las puntas de los pies, que apenas rozaban el suelo. Los brazos le dolían terriblemente, un dolor que solo lo abandonaba cuando lo golpeaban con una barra de hierro en las piernas o lo azotaban con los vergajos húmedos o lo molían a puñetazos. Cada tormento nuevo sustituía al anterior, en una cadena de sufrimiento que no tenía pausa. Por un instante recordó una idea básica de las clases de Medicina: que el sistema nervioso era una alarma que avisaba al cerebro de una agresión, pero solo se percibía un dolor cada vez, el más fuerte, porque si se notasen todos los males que se pueden sufrir al mismo tiempo, uno enloquecería enseguida. «Solo un dolor cada vez, me tengo que concentrar en un solo dolor y dejaré de sentir los brazos y los

pies...», pero ningún pensamiento duraba más de lo que tardaba en recibir una nueva agresión, y entre puñetazos, mamporros con el hierro y puntapiés, los gritos al oído —«¡Hijoputa, comunista de mierda, te vamos a matar!»— y pum, una patada en los testículos que lo habría doblado de dolor si no hubiese estado atado a las tuberías.

Había tres hombres en la estancia donde lo estaban interrogando, según el amable eufemismo que había empleado el mayor de los tres, un personaje pequeño y con la voz meliflua que se esforzaba en que pareciera grave. «Eres un puto rojo, pero te vamos a dejar morado», gritó mientras le golpeaba de nuevo en el estómago, y al oír aquella frase ampulosa proferida con un hilo de voz que parecía surgida de la garganta de una niñita de trece años con trenzas, Xicolet comenzó a reírse, totalmente ido, como si huyese del dolor y de los gritos y del momento que estaba sufriendo. «Cállate, maricón de mierda, o te vamos a matar», y él reía y reía como un lunático, mientras lo golpeaban cada vez con más rabia, hasta que, de pronto, todo se tornó oscuro y se desmayó.

«Habrá que traer los aparatitos», oyó en cuanto volvió en sí, y entonces vio los ojos pequeños del comisario Creix, que lo escrutaban con un insano interés, como si lo estuviesen escudriñando.

—¿Esos aparatos nuevos que ha traído, comisario?

—Sí, lo que me he traído de América, del curso que me han dado los del FBI.

—¿Es verdad que le han enseñado técnicas de tortura para hacer cantar a los comunistas?

—Sí, los usan con los insurgentes, jueguecitos eléctricos que los dejan alelados, y en los cojones, imaginad, les dejan los huevos fritos.

—Huevos fritos, ja, ja, ja, fritos o quemados del todo...

—Total, para lo que los van a utilizar en la cárcel... Y ¿funcionan, comisario?

—No sé, camarada, no sé, aquí vienen los americanos, que si las corrientes eléctricas... No sé, qué queréis que os diga, como el

palo no hay nada.

Pero pese a aquella convicción, y dado que Xicolet ya llevaba un rato probando la dureza del «palo» y no se había rendido, el comisario Creix dio orden de utilizar las técnicas del FBI, que ya había probado con otros detenidos con desigual suerte. Y, rápidamente, sin darle un respiro, lo desataron de las tuberías y lo sentaron en una extraña silla con unos cables que fueron pegando a algunas partes sensibles de su cuerpo mientras le arrojaban un cubo de agua helada. Fue entonces, con los primeros calambrazos, que le sacudieron todo el cuerpo y le hicieron latir el corazón como si se le fuera a salir por la boca, cuando Xicolet comenzó a romperse trocito a trocito, célula a célula, y si bien su cerebro intentaba aferrarse a algún recuerdo o a alguna emoción placentera que lo enviase a algún rincón lejano de la memoria, donde nadie pudiese encontrarlo, la memoria también se fue volviendo oscura, como una masa espesa de petróleo que lo engullía sin remedio. Ya no había refugio en el que esconderse, porque el cerebro se le había quedado seco, completamente entregado al dolor que roturaba todo su cuerpo.

Después el tiempo se convirtió en una materia blanda que se deshacía en minutos, o tal vez en horas, o quizá en días, un tiempo incierto que no se podía determinar con la precisión de los relojes porque era inconmensurable. Y en aquel tiempo fuera del tiempo, nada existía salvo aquel dolor agudo que lo atravesaba más allá de las entrañas. «Estoy dentro de un agujero negro que ha devorado la gravedad», oyó que decía una voz en su interior, pero no sabía si era un pensamiento o el recuerdo de una idea antigua, o si estaba volviéndose loco, porque no era cierto que un agujero negro hubiese devorado la gravedad, no, no lo era, porque él notaba cómo le escocían los brazos, empujados por el peso de su cuerpo, que volvía a estar colgado con esposas de la tubería de la calefacción. «¿He dicho algo? ¿He dado algún nombre?», se preguntó en voz alta, y sus palabras rebotaron en las paredes grises de la estancia donde lo habían dejado solo desde hacía unos minutos, o tal vez unas horas, o quizá unos días, en aquel tiempo incierto que no se podía determinar con la precisión de los relojes

porque era inconmensurable...

A pocos metros de donde colgaba el cuerpo violentado de Xicolet, dos hombres se lavaban las manos con paciencia...

—La maldita sangre de estos cabrones, lo que cuesta de limpiar...

—Será porque son rojos, y a lo mejor la tienen más espesa.

—Joder, pues por eso será, ja, ja, ja. Por cierto, ¿has visto al cabrón este? ¡Cómo ha aguantado, el hijoputa!

—Sí, se ve que quería emular a Miguel Núñez, ja, ja, ja, todos se creen héroes. Pero al final, querido amigo, todos estos putos rojos son igual de débiles. Cuatro hostias, unos cuantos vergajos y, ahora, los aparatitos eléctricos, y todos parecen José Luis cantando *Mariquilla*.

—Eso, eso, ¡ja, ja, ja! *Mariquilla*, *Canastos* y todo el repertorio...

—Sí, todo.

—Oye, anda que no me gusta a mí *Mariquilla*... «Tu pelo moreno, tu boca, tu cara de rosa y jazmín... Han encendido de un modo mi alma...»

—«... que ya he perdido la calma, y hago locuras por ti...»

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué contentos nos ponen cuando cantan! Vamos a comer, camarada, que luego habrá más trabajo...

—Sí, nos queda una noche larga...

Estos días azules y este sol de la infancia

Llegar a Marsella tres días después no supuso ningún problema: los permisos se activaron sin dificultades. Adrià solía viajar al extranjero para atender los negocios familiares, dado que tenían clientes en diversos países, especialmente en Francia. No había, pues, motivos sospechosos para salir de España. Además, su nombre no quemaba en los informes de la Brigada Político-Social que dirigían los hermanos Creix, si bien ya gozaba del honor de una anotación breve en un largo expediente dedicado a un dirigente del PSUC al que la policía seguía de cerca, y con el que Adrià había tenido algún contacto. La referencia era somera.

> Se le ha visto hablando con un tal Adrián Pruna Noilat, hijo de un rico empresario textil. Al tal Adrián no se le conocen actividades, pero podría ser desafecto al régimen.

«Podría...», un verbo en condicional que aún no se había elevado a otro nivel porque los policías tardaban en ordenar todos los datos confusos que Xicolet había ido dando en las sesiones de tortura, donde el nombre de Adrià había salido alguna vez, nada específico, palabras que murmuraba mientras los calambrazos de los «jueguecitos eléctricos» de los americanos le atravesaban todo el sistema nervioso y lo dejaban en un estado neblinoso, a medio camino entre la conciencia y el delirio. Pero los torturadores todavía no habían terminado con Xicolet, «porque a este rojo aún le queda mucha mierda que soltar por esa boca», y la batalla entre el dios Cronos, señor del tiempo, y Kairós, el dios del instante fugaz que cambia el destino de una persona, no había concluido. Xicolet tenía el tiempo, pero los torturadores se habían aliado con

Kairós y esperaban su momento glorioso para vaciarlo del todo, definitivamente derrotado.

Adrià no era ajeno a los oráculos que avisaban de desgracias, pero estaba determinado a no vivir en un estado de pánico permanente, y sí totalmente comprometido con la vida arriesgada que había asumido, y así, decidido a mantener la apariencia de normalidad, se entregó con profesionalidad al objetivo de su viaje visitando fábricas, almorzando con compradores, recorriendo talleres, como si fuese realmente quien parecía ser, el heredero responsable y experto de una gran empresa textil. Desde Marsella viajó a Perpiñán, y durante unos días recorrió aquellas tierras catalanas al otro lado de la raya que miles de conciudadanos habían cruzado unos años antes huyendo de la victoria fascista. Adrià nunca había tenido ocasión, en otros viajes, de encontrarse con la gente del exilio, porque siempre viajaba con alguien de la empresa: su padre, su tío, el señor Avel·lí, que llevaba el comercio exterior... Esta vez era su tío Eugeni quien lo acompañaba, y si bien siempre lo dejaba aturdido la tendencia de su tío a devorar todo el diccionario en un tiempo récord, aquellos días agradeció su incontinencia verbal, que lo alejaba de las preocupaciones que lo turbaban. Era un viaje de su vida «oficial», como le gustaba denominarla cuando, con sus compañeros, comentaban el desdoblamiento de personalidad que la clandestinidad exigía y, en consecuencia, no habría tentativas secretas. Así, entregado a la empresa y desconectado del exilio, nada supo de lo que pasaba a poca distancia de Perpiñán, donde el señor Antoine Le Broq le estaba mostrando la maquinaria moderna que había instalado en un gran telar. Apenas lo separaban treinta kilómetros de un pueblecito marinero, a recaudo de los vientos, dotado de dos puertos, el Puerto de Arriba y el Puerto de Abajo, y conocido por preparar las mejores anchoas de la comarca. Pero, en aquel pueblo de pescadores y viticultores, el 16 de julio de 1958 se estaba escribiendo el epílogo de un triste episodio de la historia: una multitud considerable de personas, en un silencio solemne, acompañaba el traslado de dos féretros, cubiertos con la bandera republicana, hasta el interior de una sencilla tumba de piedra. En

su interior descansaban los restos de la madre de un poeta y los de su hijo, muertos con tres días de diferencia. El nombre del poeta era Antonio Machado.

Dàrius Quirch, el tío de Nina, no había asistido al primer entierro del poeta en Colliure, en febrero de 1939, cuando la familia y los amigos que lo acompañaban depositaron su cuerpo, provisionalmente, en el panteón de una amiga de Pauline Quintana, la dueña del hotel Bougnol-Quintana, donde se habían alojado los Machado durante su breve estancia en el pueblo. El féretro partió con la bandera tricolor que le había cosido Juliette Figuères, la propietaria de la mercería donde la familia Machado, recién llegada a Colliure, nada más bajar del tren y totalmente exhausta, pudo tomar un café con leche. Y luego, durante los doscientos metros del trayecto hasta el cementerio, doce oficiales y soldados de la segunda brigada de la Caballería Republicana, presos en el Fuerte Mirador y en el Castillo Real de Colliure, recibieron el permiso para acudir al funeral y pudieron llevar el féretro a hombros. Los restos de la madre permanecerían en la fosa municipal del cementerio de Colliure a la espera de poder trasladarlos cuando tuviesen una tumba propia, y ahora, finalmente, dos décadas después de su muerte, se había conseguido el dinero. Unos meses antes, Josep Maria Corredor había escrito en *Le Figaro Littéraire* un incisivo artículo, el título del cual —«Un grand poète attend son tombeau»— había sacudido las conciencias del exilio y de buena parte de la intelectualidad francesa, que pronto iniciaron una suscripción popular con el fin de poder construir la tumba.

Dàrius vivía en Prada de Conflent, prácticamente al lado de la casa de Pau Casals antes de que el maestro se marchase a Puerto Rico, y a tres calles de donde había muerto, hacía diez años, Pompeu Fabra. Prada era el refugio amable después de los meses terribles que había pasado en el campo de refugiados de Argelès, y la gran cantidad de republicanos que vivían allí le permitió implicarse, desde el primer momento, en múltiples actividades políticas y culturales. Excepto durante el tiempo de la ocupación nazi, en que huyó de casa para comprometerse con la Resistencia

francesa, los demás años no se había movido del pueblo, donde la huella catalana era visible en todas partes. Incluso hablaba catalán la mayor parte del tiempo, y, aunque con frecuencia debía ir a Perpiñán para las actividades del exilio, Prada era la estación central de su vida, «la Cataluña pequeña», como le gustaba llamarla.

Cuando Dàrius supo de la iniciativa del Comité de Amigos de Antonio Machado para promover una suscripción popular para construirle una tumba se implicó de inmediato. Pau Casals se había ofrecido a pagar todos los gastos del sepulcro, pero el comité decidió que debía «ser por suscripción popular, como él habría querido», y la campaña se inició con tanto éxito que las aportaciones llegaban de todas partes: el Ayuntamiento de Colliure cedía el terreno gratis; escritores como André Malraux, Albert Camus o René Char entregaban sumas importantes; también organizaciones como la UGT o la editorial Gallimard, y eran numerosas las aportaciones populares, entre otras, la de un grupo de estudiantes de Español de la Sorbona que se habían organizado para recabar suscripciones.

Finalmente, aquel miércoles caluroso de julio, casi veinte años después de la muerte del poeta, era el día señalado. Había llegado el momento en que los restos mortales de Machado tendrían un lugar donde homenajearlo, y todos los que se habían reunido en torno al poeta estaban impresionados por la trascendencia de un acto sencillo que resumía, con descarnada precisión, la triste realidad de la derrota. Dàrius oyó a alguien musitar: «Lorca es el mártir de la guerra, y Machado, el del exilio», y pensó en que el asesinato de los poetas era la marca más sangrante del fascismo. Luego, cuando finalizó el acto, muchos se quedaron cerca de la tumba, cada uno con sus palabras interiores, como si elevaran una plegaria.

Dàrius se quedó allí clavado, inmóvil, durante un momento, incapaz de alejarse de aquel sepulcro de piedra que, en su sobriedad, respiraba una gran calma. Luego, cuando la mayor parte de la gente se había ido, se aproximó y leyó, en voz alta, los dos nombres que estaban escritos. Primero:

Antonio Machado
Sevilla 26 VII 1875
Collioure 22 II 1939

Y luego:

Ana Ruiz
Madre del poeta
Sevilla 4 II 1854
Collioure 22 II 1939

«Ana Ruiz, madre del poeta», repitió, y guardó silencio. Después respiró profundamente, como si necesitase tragar todo el aire cálido de aquel día de verano, y, con una lentitud casi sacramental, leyó el fragmento de poema que habían esculpido, en letras mayúsculas, en la parte final de la tumba.

Y CUANDO LLEGUE EL DÍA DEL ÚLTIMO VIAJE
Y ESTÉ A PARTIR LA NAVE QUE NUNCA HA DE TORNAR,
ME ENCONTRARÉIS A BORDO LIGERO DE EQUIPAJE,
CASI DESNUDO, COMO LOS HIJOS DE LA MAR.

«Casi desnudo», repitió, y entonces rememoró las historias que le habían contado sobre aquellos veintitrés días de Machado en el exilio, antes de morir. Algunos detalles los conocía por Moisès Trulla, un prisionero del campo del que se había hecho amigo y que, después de fugarse de Argelès, logró estar presente en el funeral. Trulla se había instalado en Port-Vendres y a menudo se visitaban para recordar las terribles condiciones en el campo de refugiados, sobre todo las primeras semanas, cuando aún no habían construido las barracas y solo se podían abrigar con la escasa ropa que llevaban y la arena de la playa del Taramiguer, donde los habían ubicado. Piojos, hambre, sarna, enfermedades de todo tipo, un frío glacial y la constante preocupación por las violaciones que sufrían las chicas a manos de los vigilantes, todos

ellos miembros del regimiento de tiradores senegaleses de la Legión Francesa, que los trataban no como a refugiados de guerra, sino como a prisioneros. «¿Te acuerdas de cuando distribuimos silbatos a las niñas?», le preguntó Moisès en una de aquellas tardes de recuerdos, y la imagen de una especie de silbato hecho con cañas, atado al cuello, que utilizaban las chicas si los guardianes las querían violar, le hizo revolverse. Se acordaba del llanto y la vergüenza de una niña de doce años, de ojos enormes, a la que había asistido después de una violación, y un sabor amargo de rabia le subió desde el estómago como si fuese bilis.

Si los detalles del funeral de Machado los conoció por el amigo Moisès, todo lo que había ocurrido en las semanas anteriores era motivo de intensas conversaciones en los círculos de exiliados, muchos de los cuales habían coincidido en el periplo. Conocían todos los detalles de la huida del poeta, desde su estancia en el hotel Majestic de Barcelona, con José Bergamín y León Felipe, o en la Torre Castañer de la duquesa de Moragas, en San Gervasio, requisada por la Generalitat y donde había pasado los últimos días, hasta la llegada a Girona, bajo los bombardeos, o las tres noches pasadas en Can Santamaria, en Raset, junto a la comitiva de intelectuales que había evacuado al consejero de Cultura Carles Pi i Sunyer, y donde Carles Riba le oiría decir una frase premonitoria: «Yo no debía salir de España. Sería mejor que me quedara a morir en una cuneta». Antes de marcharse de Barcelona, aún había intentado enviar un artículo a *La Vanguardia*, que el motorista no logró recoger. Y después de Raset, la última parada antes de pasar la raya, en la masía Faixat, cerca de Figueres, donde el doctor Trueta había alojado al estado mayor de las Brigadas Internacionales. Finalmente, camino de Portbou, bajo una intensa metralla de los aviones alemanes masacrando a la gente que huía, la llegada a la frontera sin el visado, las palabras del amigo Corpus Barga, que tenía permiso de residencia en Francia, al comisario de policía francés: «Antonio Machado es como Paul Valéry para los franceses», la comprensión del comisario, poniendo un coche de la policía para que pudiesen llegar a Cerbère, la maleta con sus manuscritos, perdida para

siempre, el gélido tren de Cerbère, donde pasaría una noche antes de llegar a Colliure...

El frío es tan intenso que corta la piel como un cincel afilado. Su madre tiembla y él se acurruca a su lado para darle un poco de calor. Se ha quedado tan pequeñita, tan frágil, que, en algunos momentos del viaje, Corpus Barga ha tenido que llevarla en brazos. Piensa en ella y la ternura lo invade. «Mil besos te daré por solo un beso...», y el recuerdo de aquel viejo poema que le había escrito lo estremece. Sí, le daría mil besos más, pero está tan débil, tan delicada, y se ovilla todavía más, cuerpo a cuerpo, temblor a temblor. Doña Ana nota la calidez y lo acuna como si fuese un niño pequeño. Con una voz inaudible, un susurro, le canta una canción, y él le acaricia la mano. «Pronto llegaremos a Sevilla, Antonio», le dice sonriendo, y él la abraza suavemente y le recita unos versos del viejo poema que había escrito a principios de siglo, cuando el horizonte parecía luminoso. «Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla y un huerto claro donde madura el limonero...». Su madre sonríe y vuelve a acunarlo. «Mi Antonio...», murmura. Los patios sevillanos, llenos de flores y de aromas, sí, el olor de la infancia, y por unos instantes la nostalgia lo evade de la gelidez, del hambre y del siniestro pozo en el que están metidos, rodeados de una oscuridad aterradora, perdida toda esperanza. Mira a su alrededor y ve una masa de cuerpos tan aterrorizados como el suyo. Unos tosen, otros lloran, un bebé grita, «duerme, pequeñín, duerme», y su madre le canta una canción: «*Què li darem al noi de la mare? Què li darem que li sàpiga bo?...*». «El catalán es bonito», piensa, y se deja acariciar por la voz de aquella mujer tan desolada como él. ¿Cuántos son en el vagón del tren? No lo sabe, muchos, tantos, todos; son un solo cuerpo, una sola huida, una sola tristeza, y se funde en aquella alma única que los une en la adversidad. A su lado, oye a su hermano, agitado: «José, ¿estás bien?». «Sí, sí, Antonio, duerme un poco, estoy bien», y la pena lo derrota completamente, todo perdido, las ilusiones, los amigos, la infancia, la España que llora y lo hiere; todo perdido, los patios de Sevilla, los huertos claros donde madura el limonero...

«Dàrius, ¿sabes cómo firmó cuando se registró en la pensión

de la señora Pauline?» Y la respuesta de Pau Casals cuando, hacía años, le había contado la anécdota, «Antonio Machado, *professeur*», regresaba ahora a su memoria, como una alegoría precisa de aquel hombre sencillo y bueno que resumía, de manera tan brutal, la tragedia de millones de derrotados. Volvió a mirar la tumba y, furioso, se marchó de aquel espacio en calma donde yacía, para siempre, un gran poeta. «Malditos fascistas», se oyó decir, cuando se alejaba. A kilómetros de allí, repantingado en el cómodo sofá de su casa, ajeno a las emociones de Dàrius, su hermano Maurici estaba leyendo una noticia curiosa en el periódico: unos monjes benedictinos, procedentes de Santo Domingo de Silos, se trasladaban al Valle de los Caídos para establecer una comunidad permanente que rogaría por la gloria eterna del Caudillo. La victoria de unos, la derrota de otros...

Semanas más tarde, en un día de calima suave, un hombre se acercó a la tumba del poeta; con delicadeza, sacó un violín de su estuche y las notas de una bella melodía, «*en veure despuntar el major lluminar, en la nit més joiosa...*», tintinearon en el aire. Y así se reencontraron, allí, en el pequeño cementerio de Colliure, el violinista y el poeta, la música y la poesía entrelazadas, para siempre, en una melodía de amor y paz. Dàrius no supo que Pau Casals había viajado expresamente desde Puerto Rico para poder homenajear, en soledad, a su amigo querido...

Tampoco lo supo nunca Adrià, ajeno a todos aquellos momentos intensos del exilio en los que se escribían los epílogos de la tragedia. Su estancia en la Cataluña norte había sido breve y el resto del tiempo se habían instalado en Marsella, donde su tío Eugeni tenía una conocida a la que visitaba por las noches. Si bien nunca hablaba de ello, «me voy a hacer unas visitas, hasta mañana», Adrià lo veía salir muy arreglado, con el sombrero calado, la perilla bien recortada, el Acqua di Parma con que se perfumaba en las ocasiones señaladas... Y aquella idea de su tío, tozudamente soltero, con una amante francesa le parecía poética. Finalmente, diez días después de haberse marchado, Adrià regresaba a casa sin saber nada de las nuevas de Barcelona, y era precisamente eso, el no tener noticias, lo que lo tranquilizaba. Si

hubiesen ido a detenerlo, sus padres se lo habrían dicho de una manera o de otra, de tal modo que parecía que Xicolet había resistido, que el peligro había pasado y que él había esquivado la bala. Recobrado el ánimo, el retorno a Barcelona fue relajado, con su tío Eugeni hablando por los codos mientras la vida transcurría plácidamente. Pronto volvería a ver a Nina, y aquel pensamiento lo hacía sentir imbatible, poderoso.

Tampoco Nina había sufrido ningún tipo de sobresalto. Nadie sabía nada de Xicolet y, por lo que sabía, no había habido más detenciones, así que todo parecía controlado. Adrià regresaría pronto y ambos recuperarían la vida desdoblada, arriesgada y fascinante que habían construido. Tranquila y aburrida, se sumó a la conversación de su madre con su prima Francesca, que había ido a visitarla para contarle un rumor picante. Según le había dicho un pariente muy próximo de la familia, Salvador Dalí pensaba casarse con su amante rusa, Gala, y quería hacerlo en una ceremonia católica.

—Muy pronto, ahora, a principios de agosto, Mariona, me han dicho que lo tienen todo preparado.

—Y tú, ¿cómo lo has sabido? Madre de Dios, qué escándalo.

—Sí, sí, un escándalo, por eso quieren hacerlo a escondidas. ¿Cómo lo he sabido? Pues mira, me lo ha contado la señora Surroca, ya sabes, la que tiene la casa cerca de Llané, en Cadaqués. Una de las chicas del servicio también limpia en casa de Dalí, y se ve que lo ha escuchado todo. Ya ves, tenemos espías. Créeme que lo sabe poca gente.

—Y ¿dónde piensan casarse?

—Parece que será en el santuario de la Virgen de los Ángeles, en Girona.

—¿El que está en el Puig Alt, en las Gavarres? Es un mirador espléndido. Se ven el mar y los Pirineos y hasta el Montseny. Desde luego, Dalí sabe escoger, es un sitio precioso.

—Se ve que ella llegará en un Cadillac, ¿te imaginas? ¡En un Cadillac! No se privan de nada, son de lo más excéntrico.

—Pero ¿los casarán por la Iglesia? ¡Si son unos adúlteros! ¡Ella estaba casada con otro!

—No, no. Gala está divorciada. Y al parecer ellos dos ya están casados por lo civil, en París, hace años...

—¡Pues eso mismo, está divorciada!

—Sí, pero antes no se había casado por la Iglesia. Es rusa, no sé, se ve que pueden hacerlo.

—Claro, es Dalí y todo vale, ya se sabe que con la bolsa abierta, se abren todas las puertas. Debería ser un escándalo, y que se enterase todo el mundo, ¡eso tendría que pasar!

—Sí, sí, por eso quieren que sea secreto. Pero ya ves, nosotras ya nos hemos enterado...

—Exacto, ja, ja, ja, poco tiempo va a durarles el misterio...

Una copa de Soberano

Finalmente, la libertad. Pero qué libertad era aquella que lo obligaba a vivir a cientos de kilómetros de Barcelona, ¡el único destino que tenía fijado en el calendario! Después de ocho meses encerrado en los penales de Perpiñán y de Montpellier, las autoridades francesas le habían permitido salir, siempre que se confinase durante cinco años en Dijon, y aquel destierro en una ciudad que detestaba, gélida en invierno y asfixiante en verano, le parecía un castigo mayor que la cárcel. Lo habían detenido en Tolosa, un día que salía de un encuentro con unos amigos libertarios, bajo la acusación de ser el responsable del depósito de armas que había en la masía Graboudeille, que había caído a raíz de las confesiones de Àngel Marquès. Y así, cazado de nuevo, iniciaba una deprimente etapa alejado de la lucha, atormentado por los dolores de estómago y cada vez más solo. Sus hijas estaban en Tolosa, su mujer lo engañaba con un compañero de la CNT, sus amigos estaban lejos y él vivía en una pensión de mala muerte, trabajando como calderero en la empresa de un viejo amigo que ya le había dado un empleo en su anterior confinamiento en Dijon.

Cuando, después de un vómito de sangre, aceptó hacerse la operación que le habían recomendado los médicos, «*son estomac est plein d'ulcères*», el único anhelo que lo animaba era volver a la acción, y así lo repetía en cada visita, en cada conversación.

—¿Se prepara alguna acción en el interior? Dímelo y me levanto de esta cama de mierda.

—Quico, cálmate. Te acaban de quitar un buen puñado de úlceras. Chico, parece que tenías un pelotón entero de falangistas jodiéndote el estómago.

—Los guerrilleros comemos lo que podemos, ¡hostias! Voy a preocuparme yo por el estómago, cuando lo que quiero es derrotar

al fascismo...

—Así es, amigo, tendrás que hacerlo si no quieres dejar la lucha para siempre.

—Eso nunca, compañero. Yo no moriré en una cama ni en una fonda de mierda. Yo moriré luchando, como morimos los buenos anarquistas.

—Vale, Quico, vale, pero no tengas prisa...

Los días en el hospital, el trabajo en la caldera Mauvais & Chevassu, las idas y venidas por las calles de Dijon y la soledad de la fría habitación de la rue Fontaine Sainte-Anne, a la que un día le llegó la noticia de la muerte de su madre.

Fue aquella noche. Por un instante, tumbado en la cama, con la estancia apenas iluminada por el farolillo de la calle, que dibujaba sombras sutiles en las paredes, se hizo la pregunta: «¿Ha valido la pena tanta lucha, tanta pérdida?», y su cerebro recorrió los nombres de los ausentes. Su madre, que había visto morir a todos sus hijos y a la que solo le quedaba él, sí, él, su hijo guerrillero, el enemigo número uno de España, él, el analfabeto, el malhechor, el vil asesino, él... Y con su madre, sus dos hermanos, sus amigos queridos, sus compañeros de ideales, cientos, miles de luchadores caídos en las cunetas de los caminos, en los paredones de fusilamiento, en las cárceles, devorados por las enfermedades y las plagas, en las celdas donde los torturaban... ¿Por qué estaba aún vivo si siempre jugaba con la muerte? Se aproximaba y la retaba con insolencia, indiferente a su guadaña... Pero seguía vivo, tal vez solo y cansado, pero jamás derrotado, y aquella convicción, la de que formaba parte de un contingente de luchadores valientes que no desfallecían nunca, le hacía creer que el triunfo era posible. «Soy un soldado, una pieza de la revolución libertaria, el eslabón de una cadena de lucha que derribará los cimientos de esta maldita y putrefacta sociedad.» Ese convencimiento respondía a su pregunta, silenciaba los desvelos, alimentaba el coraje: sí, había valido la pena porque todo ideal de justicia requería grandes sacrificios.

También requería compañía, estrategia, organización, y él, el maquis infatigable, ya no tenía organización, proscrito por la CNT

como si fuese un apestado, ni había tenido nunca estrategia, impelido siempre por los instintos, y los compañeros iban desapareciendo muertos, detenidos, huidos, cansados, rendidos... Cuando en septiembre de 1959, equipado con su cartera de cuero —donde siempre llevaba la ametralladora— bajo el brazo, cruzó la puerta verde de la sala Collier, en la rue André Hénault de la ciudad de Vierzon, donde tenía que celebrarse el congreso de la CNT, Quico Sabaté ya sabía que no entraba en terreno amigo. Era un atracador asesino para los fascistas y un incómodo fósil guerrillero para los anarquistas, y, entre unos y otros, vivía en el inhóspito territorio de los parias.

En Barcelona, la vida de Nina transcurría suavemente: de la farmacia donde realizaba sus primeros aprendizajes a la casa de la calle Calabria, donde construía su vida de pasiones y secretos. Su madre y la de Adrià iban de un lado para otro preparando el que habría de ser el enlace más espectacular del año, según expresión de Antonieta, una prima de Adrià que alcanzaba las más altas cotas de chabacanería. Mientras se escogía el lugar del banquete y se establecían los acuerdos para poder casarse en la catedral, comenzaba el periplo de visitas a las modistas más prestigiosas para encargar un vestido de novia a la altura de las familias que se emparentaban.

—Ya no falta mucho y aún está todo por hacer.

—Madre, ¡si falta más de un año! No es necesario andar con tanta prisa.

—Alma cándida, qué poco sabes de las preocupaciones que conlleva una boda de esta categoría.

—Me parece que sois muy exageradas. No hace falta una boda digna de reyes, madre. Con la familia y los amigos es suficiente.

—¡Valiente tontería acabas de decir, Nina! Eres nuestra hija mayor, la primera que se casa. Y Adrià también es el primero, el primogénito de los Pruna. Dos grandes familias, de buena posición. Será un acontecimiento de primera, con mucha clase. Tenemos que tirar la casa por la ventana, Nina, ¡la casa por la ventana! No nos

privaremos de nada.

—Haced lo que queráis, pero me parece excesivo.

—Tú déjame a mí los preparativos y ya me agradecerás cómo te has casado. No olvides que será el día más bonito de tu vida...

«El día más bonito de mi vida», se repitió con sarcasmo mientras se dirigía a su dormitorio, agotada por el trabajo en la farmacia y por el trajín enloquecido al que la sometía su madre, convertida en una especie de matrona feliz que, al casarla «adecuadamente», alcanzaba el cénit de su misión en la vida. Pero no era el enlace «espectacular» que, si nadie lo remediaba, tendría que protagonizar lo que le turbaba el ánimo, sino la falta de noticias de Xicolet, que llevaba tres meses detenido y del que aún no sabían nada. Sus padres iban una y otra vez a la Vía Layetana para recabar alguna información de su hijo, cualquier dato, un lugar, pero siempre respondían que no sabían si estaba allí o en otro sitio, convertido en un detenido sin número ni ficha, un alma enviada al limbo del sistema, a merced de la voluntad caprichosa de sus captores.

«Eso es que está muy mal, Nina», le decía Adrià angustiado, convencido de que le habían hecho tanto daño a Xicolet que no querían enviarlo a prisión hasta tenerlo un poco *maquillado*. «No nos lo matarán, ¿verdad?», preguntaba Nina todavía más angustiada, y cuando Adrià le respondía que no, que no llegarían a tanto, Nina se asustaba aún más, porque nada impedía que traspasasen aquel límite letal. Al fin y al cabo, el régimen acumulaba tantos miles de asesinatos en aquellos años de esplendor represivo que poco importaría un joven más, perdido en las tinieblas del sistema. La única cosa buena era que, aparte de una primera oleada de detenciones, nadie más había caído, y ellos mismos, momentáneamente desvinculados del riesgo, parecían alejados del foco policial. Aun así, hasta que no supieran algo de Xicolet, habían cortado toda actividad clandestina, las reuniones, los panfletos, la creación de células, y durante aquel otoño de 1958, Adrià Pruna i Noilat y Nina Quirch i Lucien no fueron más que una pareja encantadora de dos grandes familias que en pocos meses protagonizarían el acontecimiento social del año. «Incluso

vendrá el gobernador», decía su madre, cada vez más excitada, y el abuelo Eusebio remachaba: «No faltará nadie. De eso me encargo yo».

La noticia llegó como un puñetazo directo a la boca del estómago, y aunque el cuerpo de Nina no había sufrido ningún daño real, su alma se vino abajo, herida por aquella violenta sacudida, como si fuese un ente físico, una extremidad amputada, un músculo súbitamente golpeado. Fue Adrià, llamando con urgencia a la puerta, «Nina, Nina, Xicolet...», y si bien las noticias eran confusas, «está en el hospital...», «al parecer lo han llevado dos policías», «dicen que está trastornado...», una cosa era cierta: Xicolet ya no era Xicolet.

—Pero ¿qué dices?, ¿de qué estás hablando?

—Se ve que se le ha ido la cabeza, Nina, que ya no está...

—¿Que no está... dónde? ¿Qué quieres decir?

—Eso me han dicho, que está en un estado como vegetativo. Será, no sé, por los golpes en la cabeza...

—Pero ¿él habla, escucha, reacciona? ¿Qué hace, Adrià? ¿Qué pasa con Xicolet, Dios mío, qué pasa?

—No lo sé, Nina, no lo sé. Solo puedo repetirte lo que me ha dicho Pitus: «Chico, le han dejado frito el cerebro. Ya no volverá».

—Pero, entonces... Adrià, puñeta, ¿qué quiere decir que no volverá...? ¿Quieres decir? ¿Me quieres decir...? ¿No volverá...? ¿Qué significa, Adrià? ¿Qué significa?

Una bola indeleble, acuosa, que sube por la garganta de repente y engulle las palabras que quieren salir, las preguntas que quedan en el aire, deslavazadas e inútiles, la razón que no da razones, la desesperación que acerca los cuerpos, uno abrazado al otro, ambos fusionados en un único llanto, el miedo, la rabia, una infinita tristeza...

Habían pasado tres meses y veinte días desde que Francesc Urpell i Soler, conocido por todos como Xicolet, había sido detenido por la policía y enviado a los sótanos de la Vía Layetana, y durante aquel tiempo de terror y dolor, la oscuridad lo había engullido para siempre. Traspasado el umbral de la consciencia, su mente tan solo era niebla. «No lo enviarán a la cárcel», decía

alguien. «Ya no lo necesitan», respondía otro. «Ya lo han roto», remataban todos. La policía aseguraba que se había golpeado él mismo, en un intento de suicidio, y aunque aquella explicación no tenía ningún sentido ni se sostenía por ningún lado, tampoco importaba, porque, bajo aquel régimen despótico, la policía era la palabra y la verdad, aunque estuviese fabricada sobre una montaña de estiércol. En todo caso, a pesar del informe policial, nadie dudaba de que lo habían machacado a golpes. «¿Es como lo que le pasó a Tomás Centeno?», comentaba alguien, y el recuerdo del secretario general del PSOE, Tomás Centeno Sierra, salvajemente torturado durante días por el siniestro comisario Conesa y finalmente asesinado, ensombrecía aún más los ánimos. Los periódicos habían dicho que «el secretario de una peligrosa banda de forajidos» se había suicidado con los muelles metálicos de su cama en los calabozos, y así concluía el relato de la vida de un militante antifranquista. Xicolet era un calco de tantos otros que morían o que salían vivos, aunque maltrechos, de los sótanos de la tortura. En su caso quizá se les había ido la mano con los golpes en la cabeza o, tal vez, hubiese habido un impacto más brutal que los otros...

Fuera como fuese, la realidad era inapelable: Xicolet no estaba muerto, pero tampoco vivo. Lo habían matado sin matarlo, sepultado bajo las ruinas de un cerebro destruido, convertido en un cuerpo que andaba y comía y se movía con los resortes de los instintos primitivos, pero que nunca volvería a comentar el último libro que hubiese leído, ni haría ningún análisis político como aquellos que los dejaban boquiabiertos ni se limpiaría las gafas redondas insistentemente, absorto en algún pensamiento lejano. Aquel joven de veintitrés años, ojos color miel y pelo rizado, poseedor de una belleza delicada y un cerebro brillante, se había apagado para siempre. También se habían apagado las últimas chispas de ingenuidad que Nina aún retenía, seducida por el romanticismo de la lucha. Pero en lo que le había ocurrido a Xicolet no había nada romántico, ni grandioso ni épico, solo era tenebroso. Y cercenada toda ingenuidad, Nina comenzó a asumir que el camino clandestino que había emprendido la podía conducir

a un fatal callejón sin salida. «Quizá, en algún momento, debería pensar en la huida», y aquella idea repentina, que llegaba como una intrusa, comenzó a anidar en su pensamiento.

Los días posteriores a la noticia de Xicolet todo era confuso. No había habido nuevas detenciones, pero la sensación de riesgo entre los compañeros de Nina aumentaba notablemente. Eran pequeños detalles: una sombra que se ocultaba tras una esquina, un hombre distraído frente a una tienda, un tipo con un cigarrillo que pedía fuego y se quedaba mirando fijamente, como retándolos... No podían asegurar nada, pero había suficientes indicios para creer que todos los compañeros de la célula estaban siendo vigilados, y aunque no habían vuelto a hacer ninguna reunión desde la detención de su amigo, era evidente que no se hallaban fuera de peligro. «Lo saben, Adrià, lo saben», insistía Nina, y él la abrazaba: «Ven, Ninona, no pasará nada». Pero ya hacía mucho tiempo que había dejado de ser la meliflua chiquilla de buena familia que se sentía protegida en brazos de su amante, y aquellos intentos de Adrià por tranquilizarla no producían ningún efecto. Ni siquiera le despertaban la ternura de antaño, aunque agradecía su calidez, pero era consciente de que ya no lo necesitaba. Y si era evidente que amaba a Adrià, también notaba un sentimiento creciente de libertad que la empujaba a liberarse de la inercia que aquel amor le imponía. «Si hubiese nacido en otro tiempo...», y pensaba en las mujeres de la República, y las imaginaba emancipadas, alzadas, felizmente solas. «Si hubiese nacido en otro lugar...», y las cartas de su abuela Merceneta le hablaban de derechos conquistados y le enviaban historias de mujeres libres. «Si hubiese nacido...», y aquella Barcelona de noviembre de 1958 se convertía en una losa que la hundía en un pozo, prisionera de un tiempo de prohibiciones y normas que convertía a las mujeres en simples cuerpos reproductores, mujeres capadas, mujeres embrutecidas, mujeres despreciadas, mujeres ignoradas. No, no era una chiquilla abrazada a un amante protector, no necesitaba protección, no quería un salvador, no le hacían falta los abrazos. Tan solo quería sentirse la escritora de su relato, la dibujante de su camino. Y cuando todos aquellos

pensamientos nublaban su entendimiento, la idea de huir se volvía más tangible, como si no se tratase de un pensamiento descabellado.

Finalmente, un día aquel pensamiento se hizo palabra, y la pregunta a Adrià brotó como si fuese el caño de un manantial natural.

—¿No deberíamos plantearnos la huida?

—¿La huida? ¿Qué quieres decir?

—Sí, sí, la huida, ya me has entendido. Escapar de España, huir de Franco.

—Pero ¿a qué viene eso ahora, Nina? Aquí tenemos nuestra vida. ¿Qué me estás diciendo?

—Te estoy diciendo lo que te digo. Que quizá tendríamos que escaparnos, cruzar la frontera, pasarla, como tantos de los nuestros, sí, exiliarnos y vivir en el extranjero. No sé, en Francia mismo. Allí tengo un tío.

—No entiendo por qué planteas eso ahora. ¿Dejarlo todo, a los compañeros, a nuestra familia, la lucha, nuestro patrimonio, todo? ¿Por qué?

—¿Por qué? ¿No has visto cómo han dejado a Xicolet? Lo han matado, Adrià, ¡lo han matado! Un muerto en vida..., ¡él, que estaba lleno de fuerza! El mejor de nosotros. Y ahora, mira, ¡un muerto en vida! Y eso puede pasarnos a nosotros. ¿Es que no ves que nos están vigilando?

—¿Vigilando? Puede que nos lo parezca. Todos estamos un poco paranoicos. Pero ya lo ves: no han detenido a nadie más. No nos precipitemos, cariño. No tengas miedo.

—¡Yo no tengo miedo! ¡No te equivoques! No es miedo lo que siento, es deseo. Lo que tengo es deseo de vivir y aquí no hay vida, no, no la hay. Y quiero vivir, quiero vivir libre, una vida por mí misma, sin secretos, ni redadas policiales ni mentiras, ¿lo entiendes? ¡Una vida de verdad!

—Nina, Ninona, todavía estás impactada por lo que ha pasado con Xicolet. Deja pasar un poco el tiempo, ya verás..., todo irá bien.

—¿Qué? ¡Qué puñetas irá bien! No irá bien nada, Adrià, nada.

Si no nos han detenido es porque están acumulando información, por eso nos están vigilando. Nuestras familias son poderosas, y quizá sea ese el motivo de que se lo estén pensando bien, pero no nos salvarán de nada. Va a haber redadas, estoy segura. ¿No lo ves? Estamos en la diana, y tú diciéndome que todo irá bien...

—Nina...

—Adrià, ¡basta! ¿Qué es lo que irá bien? ¿Dejarán de cazarnos como a ratas? ¿Dejarán de fusilarnos en el Campo de la Bota? ¿Dejarán de licuar el cerebro a nuestros amigos? ¿Algún maquis matará a Franco, a ese asesino? ¿Qué? ¿Qué es lo que irá bien? ¡Dímelo!

—Nina...

«Una conversación como tantas otras», pensó Adrià, si bien es cierto que había tenido más intensidad emocional de lo habitual, pero no era la primera en un tono airado, en especial durante aquellas semanas de incertidumbre. Al fin y al cabo, no era extraño pensar en la huida después de lo que había pasado con Xicolet, y con esa convicción, Adrià se olvidó de las palabras de Nina. «No pasará nada», se decía animado, y la vida transcurría entre la fábrica textil, algunos encuentros familiares y las reuniones sociales en las que acompañaba a Nina, porque «hay que dejarse ver, ahora que vais a ser la pareja del año», según rotunda voluntad de la madre de Adrià, que, en cuestiones de protocolo social, era más rígida que su consuegra, Mariona.

«No pasará nada...», pero no era Tique, la feliz diosa de la Fortuna, quien velaba por ellos, sino la implacable Ananké, todopoderosa tirana del destino, hermana y esposa de Cronos, tan temida por los mortales como respetada por los dioses. Y aunque su huella había sido casi imperceptible durante mucho tiempo, aquel día de abril de 1959 desplegó toda su furia, indiferente al sufrimiento que estaba a punto de causar.

Habían pasado meses desde la traumática aparición de Xicolet, y la rueca había vuelto a hilar el ovillo de la vida, inconsciente y desprevenida. El trabajo cotidiano era satisfactorio, la vida amorosa transcurría sin sobresaltos y la acción clandestina regresaba, persuadidos, todos los miembros de la célula, de que no

había peligro inminente. Relajados, Nina y Adrià se entregaron a los preparativos de la boda, cada vez más suntuosos a medida que se acercaba el día. «¡Solo faltan tres meses!», vociferaba la madre a todo aquel que quisiera escucharla. «Serán tres meses en el infierno», replicaba el padre, divertido ante aquel delirante trasiego de vestidos, reuniones y preparativos de todo tipo inundando su hogar. En las casas de los Quirch y de los Pruna ningún presagio era oscuro, asentados como estaban en una vida de relaciones y poder que los elevaba por encima del resto de los mortales. Formaban parte de la sociedad del orden, los españoles de la victoria, catalanes de bien bendecidos por Dios y protegidos por las armas. Y en aquel Olimpo donde habitaban los privilegiados no había llamadas en mitad de la noche, ni policías de cacería ni hijos de cerebro trastornado que abrazaban las ideas del diablo. Pero Ananké no envía señales cuando deja caer el furioso martillo del destino, y así fue como, inconsciente y desprevenida, aquel primero de abril de 1959, la familia Pruna i Noilat oyó unos golpes en la puerta, de madrugada...

Un día antes, el comisario Polo también recibía visitas. Era necesario tomar decisiones. Aunque el comisario Creix se había ofrecido, fue Polo quien dispuso que la reunión se celebrase en su casa. «Aquí, Antonio, donde follaba la Montseny, ¡y ahora la jodemos nosotros!», y con aquella rotunda expresión que escenificaba su dominio, convenció a sus camaradas para que se desplazasen a la casa del Guinardó. El ambiente era pletórico. Desde hacía meses no había acciones relevantes de los opositores al régimen, las cárceles estaban a rebosar y el mazo de la justicia caía sobre los prisioneros con la fuerza de la bota militar y la furia de los dioses de la victoria.

—Las ratas están muy quietecitas últimamente...

—Debió de ser por el consejo de guerra que hicimos el pasado julio aquí, en Barcelona. Cuarenta y tres anarquistas pasados por la piedra, y todos detenidos por nuestros hombres, que ese mérito es de la Brigada y de nadie más.

—Sí, Antonio. A esos los cazamos nosotros. Bueno, vosotros, pero ya me entiendes, yo siempre seré un hombre de la Brigada.

—Por favor, Pedro, ¡qué me cuentas! Pero si tú y Quintero fuisteis los padres de la Brigada. Un gran trabajo, amigo, concienzudo, años persiguiendo a las ratas, y pronto no quedará ni una. De momento, esos cuarenta y tres cazados, pasados por la piedra y sentenciados. Y algunos de los hijoputas, derechitos al pelotón de la Bota...

—Sí, sí, los más gordos, al paredón. Les desmontamos todo el aparato. Cada vez están más asfixiados. No va a quedar ni un cabrón de esos en libertad. Solo nos falta Sabaté y nos los habremos cepillado a todos. Por cierto, ¿qué se sabe de Sabaté? Está muy callado...

—Lo enchironaron en Francia. Oye, que los de Francia cada día nos hacen más caso. Todo el puro que le metieron a Sabaté, lo de las armas en la masía francesa y el resto, todo fue con nuestra información. La caída de Marquès, ¿te acuerdas? Ese fue el que cantó como si fuera la Piquer.

—Sí, sí, *La Parrala* entera, debió de cantar, ¡ja, ja, ja! Así pues, ¿Sabaté está encerrado en Francia?

—No, ya no. Estos franceses son unos flojos de mierda. Lo soltaron en mayo del año pasado. Solo estuvo ocho meses, el muy cabrón. Pero al menos lo han enviado lejos: confinado en Dijon. Veremos lo que dura...

—¿Lo tienen controlado?

—Eso dicen, pero ya sabes, el tipo es un puto Houdini. Siempre se les escapa. No tardaremos en saber algo de él. Y esta vez no se nos escapará, te lo aseguro. Lo cazaremos como a una rata.

—Sí, como a una rata, que es lo que es. Joder, Antonio, lo que tendríamos que hacer es enviar a un par de patriotas y dispararle plomo a bocajarro. Ya verías como se acabaría la tontería. Lo que hemos hecho en España, que plomo hemos repartido mucho, y mira ahora, tranquilos todos.

—Ya, ya, pero Francia es Francia, Pedro. Mejor no meterse en líos. No te preocupes, que a Sabaté ya le llegará su día. Como a Facerías, que murió como un perro. Por cierto, sus amigos también pasarán pronto por el consejo de guerra, ¿te acuerdas? El Paganini

italiano, Goliardo, y Vicente, los que iban con Facerías. Esos también son carne de pelotón. Aunque el Paganini, quizá por ser extranjero... Veremos... Nada, lo que te digo, Pedro, nos cepillamos a Facerías y nos vamos a cepillar a Sabaté.

—Dios te oiga, y que sea pronto. Bueno, y ¿cómo tenemos lo otro? Los pollos, ¿a punto para la olla?

—A puntito, Pedro. La olla ya está hirviendo.

La estrategia la había diseñado el antiguo comisario Quintela, que la practicaba con gran éxito en las épocas más feroces de su mandato en la Brigada Político-Social. «Eduardo Quintela Bóveda, para servirle a usted y a España», soltaba cada vez que se presentaba ante algún detenido, a pesar de que todas las personas que tenían la desgracia de visitar los sótanos de la Vía Layetana conocían perfectamente su nombre, no en vano se había forjado una fama merecida, tanto por su eficacia policial como por la suerte de haber sobrevivido a diversos atentados. Entre otros, el atentado fallido del grupo de Sabaté. Quintela era tan minucioso en la práctica de la tortura como persistente en el arte de la seducción, aunque, eso sí, se trataba de una seducción forzada por la violencia. Conocía a la perfección el momento preciso en que se quebraba la voluntad de un detenido, y cuando percibía aquel clic que hacía añicos la determinación de una persona, destruida por el miedo y el dolor, el comisario Quintela se transformaba en una opción de salida, una especie de tabla de salvación que algunos aceptaban, definitivamente engullidos por la desesperación. Era entonces cuando les ofrecía salir libres a cambio de pasar información a la Brigada, y así, con aquel método descarnado, pero también con otros, como la compra directa, o las visitas amenazadoras, «sabemos quién eres, sabemos a qué te dedicas, sabemos dónde juega tu hija», había ido tejiendo una red de delatores e infiltrados que le traería grandes éxitos policiales. «El secreto está en romperlos hasta el punto de no retorno, y entonces son tuyos», y aquel consejo, que repetía con insistencia a todos sus subordinados, «a ver si creo escuela», lo había perpetuado su sucesor, el comisario Polo, aunque con menos entusiasmo, más dotado para la táctica de golpear a los detenidos que para la

estrategia de reclutarlos.

El siguiente en el cargo, el comisario Creix, tampoco valoraba excesivamente el parsimonioso método de Quintela, pero, debido a la ingente información que había acumulado desde la redada en la que había caído Xicolet, decidió que era preciso ser cauto y tejer una red tan tupida que no permitiese escapar ni al pez más pequeño. «Caerán todos, Pedro, todos», aseguraba excitado, y su amigo lo animaba a no tener prisa, «hasta que no estén a punto de caramelo, déjalos corretear como cabritos». Así había ido trabajando la Brigada aquellos últimos meses, descubriendo casas, nombres, ubicaciones y vías de huida «de todos esos cabrones». La intención era acometer una gran redada a principios de año, «para enero, que los calabozos están más fríos», pero el descubrimiento de la implicación de algunos miembros de grandes familias de Barcelona, «coño, que está metida la nieta de Eusebio Lucien, ¡joder, qué lío!», había demorado la decisión. Era necesario estar seguros de a quién podían detener y qué significaban esas detenciones. Al final, la orden llegó directamente desde Gobernación, «de momento, a la nieta de Eusebio no la toquéis. Al resto, luz verde», y por eso se habían reunido en casa de Pedro Polo, para diseñar los detalles de la redada.

—Será mañana. Es el día adecuado.

—¿Por lo de la inauguración? ¿Crees que es buena idea?

—Mejor, imposible. El Generalísimo inaugura un gran monumento a los caídos y nosotros lo honramos cazando a los enemigos de España. Además, es el día de la victoria, joder, no puede haber mejor día en el calendario.

—¡Veinte años de la victoria, Antonio! ¡Veinte años!

—Veinte años limpiando España de malnacidos. Y lo que nos queda aún, que estos hijoputas se reproducen como los virus.

—Sí, sí, como los virus. Y todo lo infectan.

«Veinte años de la derrota», pensó Maurici, y el recuerdo de su hermano Dàrius lo hundió de una manera tan súbita e intensa que Mariona se habría preocupado de no haber estado totalmente

absorta delante de la pantalla. Televisión Española retransmitía en directo la inauguración del gran monumento a los caídos por España que presidía el Generalísimo, y los elogios de los presentadores eran tan encendidos que Mariona sintió una especie de epifanía.

—Se llamará el Valle de los Caídos, Maurici, ¿no te parece que es un nombre muy adecuado?

La respuesta inaudible de su marido: «¿Dónde están los caídos del otro bando?», cayó en el saco de las palabras no pronunciadas. El acto prometía grandeza y patriotismo, y Mariona no quería perderse ningún detalle, convencida de que veinte años de paz eran un hito glorioso.

En el valle de Cuelgamuros, donde se inauguraba el monumento, el calor era infernal. Pero, pese al sol abrasador que caía a plomo sobre los miles de asistentes de la gran explanada, la mayoría llegados desde primeras horas de la mañana, nadie mostraba señal alguna de fatiga. La multitud estaba exultante, pletórica de orgullo patriótico, y ni las palabras del hombre que presidía el solemne acto frenaban sus gritos de exaltación. «La anti-España fue vencida y derrotada, pero no está muerta», avisaba con una voz meliflua que, sin embargo, resonaba atronadora, y los «Arriba España» se mezclaban con los gritos inflamados de los «Viva Franco». Hacía tan solo unos minutos que había terminado el funeral que el cardenal primado y arzobispo de Toledo, Enric Pla i Deniel, había celebrado en el interior de la fastuosa basílica benedictina, y si bien mostraba un rictus de estricta seriedad, pocos, entre los miles reunidos en la gran nave, imaginaban la tormenta de emociones que se estaba fraguando en su interior.

Ya tenía ochenta y dos años, y oficiar aquel solemne funeral en honor a los caídos por Dios y por España era la culminación de toda una vida de servicio a sus ideales. «Ochenta años dedicados a la obra de Dios», pensó en una pausa de la liturgia, y el recuerdo de los años gloriosos de la sublevación le produjo una satisfacción que apenas podía contener. «El pecado de la soberbia», se reprendió, sacudiendo ligeramente la cabeza, y al momento recuperó el semblante solemne. Pero era cierto que había dedicado

toda su vida a hacer resurgir la España cristiana, un soldado de Dios en lucha contra los ateos, los revolucionarios, los anarquistas, los comunistas, la mala gente. Y hoy, el día que se inauguraba aquel magno monumento a los caídos, hacía ya veinte años de la victoria. «¡Veinte años de paz y gloria!», se repetía feliz, y los recuerdos se agolpaban como fogonazos danzarines: los primeros días de la sublevación, las ceremonias de la Falange, brazo en alto y con Dios en el corazón, el día que cedió el palacio episcopal de Salamanca al general Franco para que lo convirtiese en su residencia... «Madre de Dios, ¡el palacio episcopal!»; y el recuerdo del búnker que Franco hizo construir en el jardín del recinto, diseñado por ingenieros alemanes, le divertía como si fuese una travesura. Pero, sobre todo, el de aquel 30 de septiembre de 1936 en que publicó su artículo más famoso, «Las dos ciudades», donde apelaba a santo Tomás de Aquino para defender la idea de la guerra justa. «No es una guerra civil, es una cruzada», había escrito, y aquella idea de una guerra santa contra las fuerzas del mal se convirtió en el aliento que inspiraría a los miles de buenos españoles que derramarían su sangre en combate.

El funeral había acabado y ahora el cortejo salía al trantrán del recinto, encabezado por el Caudillo y su esposa, que caminaban bajo palio, símbolo del carácter sacro de su misión. El gigantesco órgano de la abadía hacía sonar el himno nacional a través de sus diez mil tubos, y el templo entero temblaba como si estuviese vivo. El cardenal miró a su alrededor y las caras conocidas que lo rodeaban le recordaron que estaba en compañía de la mejor gente de la patria. A un lado tenía al abad del monasterio, fray Justo Pérez, y al otro, flanqueado por el delegado nacional del Frente de Juventudes, «un hombre de honor, este López-Cancio», lo acompañaba el teniente coronel Miguel Rodrigo Martínez, capitán general de la primera región y uno de los hombres más fuertes del ejército. Caminaba con paso regio, plenamente consciente del alto rango militar que ostentaba, y, al mirarlo de reojo, sin perder el paso, el cardenal recordó que había sido coronel de la División Azul, y no pudo evitar imaginarlo con el uniforme gris *feldgrau* de la Wehrmacht. «Sin relevo posible, hasta la extinción», repitió

mentalmente, y el lema de la División Azul, encarnado en aquel hombre que había acudido hasta el frente soviético para luchar contra los comunistas, lo colmó de un orgullo tan intenso que pensó que era casi divino, porque era Dios quien lo inspiraba.

Al salir al exterior, la muchedumbre estalló en un rugido de victoria y fue entonces, al contemplar a aquellos miles de patriotas exultantes de emoción, cuando se sintió incapaz de contener una lágrima. Ante él, el espectáculo de ocho mil valientes vestidos con su viejo uniforme de alférez provisional, la guerrera amarillenta de algodón, el clásico correaje Sam Browne, el emblema de los regulares de infantería sobre el cuello, la mítica estrella de seis puntas sobre el paño negro, cubierto por un fez con borla negra y, cosido a la guerrera, el distintivo del cuerpo del ejército marroquí, con la estrella roja y la media luna blanca. «Ocho mil, han venido ocho mil. ¡Cómo no íbamos a ganar con estos valientes en nuestras filas!», y el resto de los miles de asistentes, jóvenes del Frente de Juventudes, falangistas de yugo y flechas al pecho, chicas con el azul mahón de la Sección Femenina, militares, civiles, decenas de miles unidos en homenaje a los caídos por la patria, todos ellos, españoles de honor y honra. «Creo que ya puedo morirme», pensó de repente, persuadido de haber culminado la ardua tarea que se había impuesto desde los tiempos en que era un simple seminarista de la diócesis de Barcelona, y, sereno con la idea de la muerte como un hecho sublime, la última entrega a Dios, se dispuso a escuchar la arenga del Generalísimo.

> Españoles:
> Cuando los actos tienen la fuerza y la emotividad de estos momentos en que nuestros preces ascienden a los cielos impetrando la protección divina para nuestros caídos, las palabras resultan siempre pobres. ¿Cómo podría expresar la honda emoción que nos embarga ante la presencia de las madres y las esposas de nuestros caídos...?

Unos minutos después, cuando Franco le hizo el honor de repetir sus históricas palabras, «nuestra guerra no fue una contienda civil más, sino una verdadera cruzada...», el viejo cardenal alcanzó un punto tan álgido de emoción que pensó en la

experiencia mística de santa Teresa, porque solo la culminación de la obra de Dios podía provocar sentimientos tan intensos. Y con el redoble de los versos de santa Teresa en su interior, él, Enric Pla i Deniel, llegó al éxtasis:

Vida, ¿qué puedo yo darle
a mi Dios, que vive en mí,
si no es el perderte a ti
para mejor a Él gozarle?

Quico Sabaté, el maquis, el enemigo de España, el símbolo de la herejía contra la que el cardenal Enric Pla había iniciado la cruzada cristiana, jamás alcanzaría el éxtasis mientras evocaba a santa Teresa. Tampoco la había leído nunca, convencido de que la religión era una carcoma que secuestraba los cerebros y devoraba los ideales. Sus inclinaciones no se acercaban a la trascendencia del espíritu, sino a la fuerza de la acción, ferozmente ligada a la lucha terrenal. Hacía dos días que había salido de su confinamiento en Dijon para ir a ver a sus hijas, y en Tolosa de Languedoc no tenían el sol abrasador que sufrían los miles de asistentes al magno acto que se estaba desarrollando en el valle de Cuelgamuros. Un jirón de nubes amenazaba lluvia y Quico pensó que aquello era una buena señal, una pequeña venganza de la naturaleza contra un día que estaba marcado a fuego en el calendario. «¡Veinte años de la derrota!», dijo en voz alta. «Veinte años de la victoria fascista, veinte años y aún no los hemos destruido», se repitió como si se tratase de una letanía, y, entonces, enojado, arrojó contra la pared la carta que le estaba escribiendo a su amigo Joan Bellés, que vivía exiliado en Clermont-Ferrand. «¡Cómo pueden decirme los de la CNT que esto se ha acabado!», exclamó rabioso, pero enseguida recogió el papel y continuó escribiendo la carta.

> ... no he dejado ni una hora de pensar y actuar para liberar al pueblo español de la fiera feroz que lo está aniquilando física y moralmente...

Se detuvo, tomó aliento como si necesitase una sobredosis de oxígeno y, por unos instantes, se perdió en el recuerdo de una de las últimas acciones que había llevado a cabo en España. «¡El puñetero mortero!», dijo burlón mientras rememoraba el artilugio que había inventado para poder tirar octavillas, y que había situado encima de un taxi que tenía abertura en el techo el día que Franco estaba en Barcelona. «¡Y pensar que el pobre taxista pensó que eran panfletos en homenaje al Caudillo!», y la evocación de aquella pequeña gesta le hizo recobrar el buen humor. Luego, más tranquilo, retornó a la carta que le estaba escribiendo a su amigo Bellés.

> ... por desgracia, a mí no han podido suprimirme las balas asesinas de la policía, que tantas vidas generosas han destruido, pero mis fuerzas físicas me están abandonando... Aun así, no pasaré ni un minuto de mi vida sin aportar a la lucha mi esfuerzo, por pequeño que sea...

«Las balas asesinas...», repitió abstraído, y, como tan a menudo le ocurría, el cerebro le devolvió en procesión, una tras otra, las caras de los compañeros caídos: Parés, José López, Culebras, Senzill, Facerías, su hermano Pep, su hermano Manolet... «¡Otra vez Manolet!». ¿Por qué, si lo había ahuyentado de su memoria? No merecía el recuerdo, no, era el traidor, el culpable de decenas de caídos. «¡Cobarde, cobarde, cobarde!» Y no le servían de excusa los días de tortura que su hermano había sufrido en los bajos de Vía Layetana, ni su juventud —veinticuatro años—. Nada le valía. «Somos libertarios, somos guerrilleros, no podemos rendirnos a los fascistas, no podemos, nunca.» Y, una vez más, decidido y furioso, cerró abruptamente el recuerdo de Manolet. Ni pizca de pena. Sin piedad.

«¡Tengo que volver a España, tengo que hacerlo!», exclamó decidido, finalmente liberado de la tentación de la nostalgia. Y la idea de volver al interior a perpetrar una nueva acción contra el régimen se convirtió en una motivación imparable, en una obsesión. «Hace veinte años que los fascistas gobiernan España, veinte años de terror, veinte años de asesinatos, veinte años de

vergüenza. No podemos abandonar la lucha, no. Yo no lo haré.» Y en aquel preciso instante comenzó a pensar en el regreso, y en la acción que iba a perpetrar, con quién, cuándo... definitivamente entregado a la única meta que tenía sentido en su vida: la lucha contra la opresión.

Adrià no era un libertario —estaba absolutamente convencido de que sería un régimen comunista, y no una delirante utopía anarquista, el que establecería una sociedad justa—, pero coincidía con Quico Sabaté en el orgullo de sus ideales y, al igual que el maquis, aquel primero de abril de 1959 se sentía asqueado, plenamente consciente de la brutal fortaleza del régimen. Aquella noche tenía cena en casa de sus padres porque habían venido unos primos que vivían en Londres, y su madre quería agasajarlos. «Trae a Nina, así la conocerán», y con aquella orden materna, la pareja se disponía a pasar una velada anodina rodeada de parientes que los liberaría, durante un rato, de la oscuridad de aquel día de grandeza franquista.

—De verdad que siento liarte con lo de esta cena, Nina, pero mi madre ha insistido. Quiere presumir de ti.

—No te preocupes. Puede ser una buena distracción. Además, seguro que tus parientes ingleses no deben de tenerle mucho aprecio a Franco. Se marcharon en el 39, ¿no?

—No, no, antes. Mi tío Víctor tenía negocios importantes en Inglaterra, y al final se mudó allí de manera definitiva. ¿Sabes que vivió los bombardeos de los nazis sobre Londres? La Luftwaffe casi dejó arrasado el barrio donde vivía. Fue uno de los primeros bombardeos que sufrieron los ingleses. Él y su familia se salvaron de milagro.

—Pues miel sobre hojuelas. Todavía con más motivo debe de odiar a Franco.

—No lo sé, no lo conozco bien. Pero creo que será prudente. Tiene negocios con españoles, gente del régimen, y, ya sabes, para todos estos burgueses, el dinero no tiene ideales.

—Querido, para los burgueses y para todo el mundo: el dinero

es capaz de comprar el alma de cualquiera. Venga, anímate. No está mal pasar la noche del día de la victoria fascista con un superviviente de los bombardeos nazis. Es casi poético.

—Estás loca.

—Sí, seguramente...

Hacía unos minutos que la cena había terminado y los invitados se solazaban perezosamente en el gran salón de la mansión que los Pruna tenían en Sarriá. Era la hora de los licores: el vino dulce para las señoras y las copas de coñac para los señores. «¡Un Soberano, como Dios manda!», y cuando el padre de Adrià anunció el nombre del coñac, los demás hombres de la sala comenzaron a recitar, al unísono, el anuncia que salía por la televisión: «España es tierra de hombres, y sus hombres beben Soberano, porque Soberano es cosa de hombres», y la carcajada fue sonora. Por el lado de los hombres, el rey de la conversación era el tío Eugeni, emocionado por contar con un público al que podía mostrar sus amplios conocimientos de las batallas famosas de la Segunda Guerra Mundial. Y mientras, entre copa y copa de Soberano, retumbaban los cañones de la batalla de las Ardenas, al otro lado del salón, la tía Antonieta sobresalía en el arte de mezclar chupitos de malvasía con una verborrea incontenible sobre la suntuosidad del enlace próximo a celebrarse. Indolente, la noche transcurría con calma.

Fueron unos golpes secos, propinados con los puños, ruidosos y continuados.

—¿Qué pasa? ¿Quién llama?

Y cuando la cerradura hizo el clic de apertura, cinco hombres abrieron la puerta de par en par, mientras uno de ellos gritaba a los ocupantes de la casa: «¡Todos quietos, somos la autoridad!». Lo que sucedió después, las preguntas furibundas del señor Pruna, la detención de Adrià, los intentos de Nina por abrazarlo, la mirada feroz de un policía cuando esta le pidió que se identificase, el pánico de la señora Pruna, incapaz de dejar de sollozar, los hermanos de Adrià, desconcertados y asustados, la tía Antonieta, víctima de un vahído que casi la tumba, el espanto general, el turbador silencio de la estancia cuando los agentes salían con su

prisionero... todo ello acelerado, enloquecido, como si la noche se hubiese quedado sin aliento.

En el exterior, junto a la furgoneta policial, se oyó un grito, «Entra, rojo de mierda, te hemos cazado», y a continuación el ruido del motor iniciando suavemente la marcha.

«Querida abuela...»

Cuántas veces hacía empezado la carta... Ninguna fórmula le parecía adecuada: una era demasiado directa, otra demasiado fría o demasiado cercana, y todas ellas le resultaban inútiles para reflejar el torrente de sentimientos que se afanaban por imponerse a la letra escrita: angustia, desesperación, vergüenza... y, al mismo tiempo, ilusión, esperanza, determinación. No sabía si expresar cariño desde el inicio o si lo apropiado era una simple corrección, y uno tras otro, los borradores arrugados caían al suelo de su habitación, junto a la cama donde intentaba escribir. Sin embargo, no dudaba de que la carta sería escrita y enviada a su destino, porque aquella decisión, que había tomado desde el primer segundo en que hubo iniciado la huida, era la única cosa que tenía clara. Ir a ver a la abuela Merceneta se había convertido en un hito, un deseo irrefrenable.

No obstante, ¿cómo dirigirse a ella? Cuando su abuela huyó de Barcelona, ella apenas tenía ocho años, de manera que le resultaba una completa desconocida. Pero si la abuela Merceneta no sabía nada de la nieta que había dejado hacía tanto tiempo, Nina creía saberlo todo de aquella abuela que, carta tras carta, había abierto sus emociones en canal. «Hoy llegará otra carta suya a Barcelona», y por eso había elegido aquel día para escribirle, el primero de agosto en que, desde hacía doce años, Mariona recibía una carta de la abuela Merceneta. Ahora era su nieta la que escogía el mismo día, inspirada por idéntico anhelo de vida, en un proceso inverso que a Nina le parecía una metáfora, una especie de restitución. Por un instante dudó: «¿Y si la abuela no reacciona bien?»; pero era imposible. La conocía a la perfección, había leído cada párrafo, cada línea, cada palabra de aquellas cartas llenas de emociones, y podía adivinar qué le diría, cómo la abrazaría, lo feliz

que se sentiría. En ocasiones se entretenía imaginando cómo sería su primer encuentro, sus primeras conversaciones, los relatos de los jirones de vida familiar que remendarían el descosido de aquellos años de desgarro. Invadida por aquellos buenos augurios, finalmente se decidió. Optaría por la calidez, porque era así como la sentía, cercana, y con la mano firme, pese al estremecimiento interior que se afanaba por salir y garabatear el papel, Nina comenzó a escribir: «Querida abuela Merceneta...».

Miró por la ventana. Afuera el día era muy caluroso, y el sol abrasador, que caía sin piedad sobre las pocas personas que se atrevían a pasear por la calle, estallaba sobre el asfalto. En el interior de la casa, en cambio, se respiraba un frescor agradable que suavizaba el fuego de aquel agosto encendido. Había llegado a Prada de Conflent hacía un mes, y si bien desde el primer momento tenía entre ceja y ceja viajar a Estados Unidos para reunirse con la abuela Merceneta, no había tenido aún ocasión de ultimar los preparativos. Primero debía contactar con ella, asegurarse de que la dirección que aparecía en la última carta que Nina había podido leer era la correcta, y, sobre todo, recibir respuesta de la abuela. Por otro lado, era fundamental conseguir un pasaporte que, necesariamente, tendría que ser falso, porque Nina nunca se había sacado el pasaporte español. En realidad, y dado que no era una fugitiva ni había orden policial alguna en su contra, podía haber intentado tramitarlo en España, porque habría cumplido todos los requisitos obligados para las mujeres solteras menores de veinticinco años: el permiso del padre y un documento que acreditase haber hecho el Servicio Social. Pero dadas las circunstancias en las que estaba inmersa, aquella era una opción muy arriesgada. Podía tanto activar una alarma dormida como poner en guardia a la policía, y, en todos los casos, era probable que le denegasen el pasaporte con cualquier excusa. Por eso había cruzado la frontera ilegalmente y, por eso mismo, necesitaba una documentación falsa que sería posible obtener gracias a los recursos de su tío Dàrius y de la gente del exilio. Así pues, se trataba de pasar un tiempo de tránsito a la espera del viaje deseado.

Y, mientras tanto, solo había que vivir, el verbo más esquivo de conjugar en aquellos días de recuerdos dolorosos. La memoria, la perpetuadora de desvelos, la gran constructora de engaños, que la perseguía de cerca, infatigable, obsesiva, implacable. Eran fragmentos de vida que explotaban en su cerebro y, mezclados, formaban un estropicio que la torturaba sin descanso: la detención de Adrià, el sobresalto familiar, las conversaciones desesperadas con su padre, la decisión de huir, el viaje a Cadaqués, el laúd que debía llevarla hasta Banyuls, el encuentro con el tío Dàrius, la llegada a Prada... Y, en el centro de todo, el terror constante por Adrià, por sus compañeros, por su familia, por ella misma... Durante los tres meses que permaneció en el país, antes de salir, cada ruido era una amenaza, cada movimiento, un paso hacia el abismo, atrapada en una realidad infernal que la dejaba sin aliento. De nada servían las palabras tranquilizadoras de su padre, «el abuelo lo tiene todo bajo control, no te va a pasar nada», ni la evidencia de que no habían ido a detenerla, ni tampoco la calmaba la liberación de Adrià, que salió días después gracias a los vínculos franquistas de la familia. Pero aquel privilegio de clase alta que los había protegido de las garras de los represores, y que le causaba una vergüenza hiriente, no era una garantía real. En cualquier momento podían girarse las tornas y podía pasar cualquier cosa, desde la temida detención hasta una paliza propinada en la oscuridad de una esquina. Era necesario irse, y aquella idea, que crecía en su interior desde hacía meses motivada por las ansias de libertad, estallaba ahora con plenitud, definitivamente espoleada por el miedo.

Recordaba, punto por punto, la conversación con su padre. Muchos recuerdos de aquellos días eran brumosos, amontonados en un amasijo de emociones primarias, pero aquel momento en Cadaqués, sentados en la playa del Llané Petit, con ligera tramontana meciendo suavemente el mar, lo tenía grabado a fuego: las palabras, las comas, los puntos, los silencios... Habían llegado a la villa una semana después de la detención de Adrià. «Vayámonos unos días a Cadaqués; ahora, ¡ahora mismo!», había dicho su padre en un tono imperativo que no admitía discusión, y la idea de salir

de Barcelona parecía la más adecuada a ojos de todos, incluso para el abuelo Eusebio, que lo reiteró en tono apesadumbrado, impropio de su carácter autoritario: «Iros, iros, será lo mejor. Yo lo arreglaré». Su madre, que no dejaba de llorar mientras se santiguaba obsesivamente, decidió quedarse en Barcelona con sus hijos pequeños mientras Nina se iba con su padre y una de las sirvientas. «¿Qué vamos a hacer en Cadaqués?», preguntó, más por inercia que por curiosidad, y cuando su padre le respondió, «hablaremos y tomaremos decisiones», Nina se imaginó que aquel viaje podría ser el preámbulo de la huida.

El paseo hasta el Llané fue silencioso, como si ninguno de los dos quisiera ser el primero en romper el hielo. Su padre acababa de decir: «Ven, iremos a pasear», y, al salir por la puerta, Nina supo que aquella iba a ser la conversación pendiente, el momento en que se harían preguntas y se pronunciarían reproches, desvelados ya los secretos de su doble vida. Al llegar al Llané, mientras su padre se acomodaba en un roquedal entre la pequeña bahía, «ven, sentémonos aquí», Nina lo miró y se enterneció. Siempre se había entendido bien con él. A diferencia de su madre, que le resultaba distante y con la que no era capaz de tejer confianza alguna, su padre era cordial y resuelto. Además, si Mariona era huraña, Maurici poseía una afabilidad natural que lo acercaba a la gente, tanto como divertía su humor socarrón. Él era culto, ella frívola, él era amable, ella arisca, y si su madre se declaraba ferviente devota del régimen victorioso, su padre vivía en silencio el dolor de la derrota. A veces Nina se preguntaba cómo podían quererse, pero era innegable que aquella pareja de contrarios se entendía perfectamente, ya fuera porque se amoldaban uno al otro, ya porque uno de ellos había cedido.

—Aquí, en el Llané... ¿Por qué no me extraña?

—¿Qué quieres decir, Nina? ¿No te va bien?

—No, no, papá, es perfecto. Una conversación como la que debemos tener no me la imaginaba dentro de casa, encerrados en el comedor. Te conozco bien. Necesitas mirar el mar cuando estás preocupado.

—Caramba, ahora sí que me has sorprendido. ¿Estamos en

una sesión de psicología?

—No, no, ja, ja, ja, ya me gustaría. No, es solo que me ha hecho gracia. Sabía que si teníamos que hablar seriamente lo haríamos frente al mar.

—Pues aquí estamos, Nina. Y ahora ¿qué? ¿Eres consciente de que no estás encerrada en Vía Layetana de puro milagro?

—Más bien porque mi abuelo es un falangista de mierda...

—¡Nina, no insultes a tu abuelo! ¡No estoy para puñetas! Y, además, ¡sabes muy bien que tu abuelo no es el problema! ¡El problema eres tú! Caramba, Ninona, ¿en qué estabas pensando? ¿Por qué te has metido en bobadas políticas? ¿Querías echarlo todo a perder? ¿Es que no te das cuenta de que te has puesto en peligro? Y aún lo estás. Lo sabes, ¿no?

—Claro que lo sé, por supuesto.

—No me imagino cómo vamos a salir de esta. A Adrià lo han fichado y su familia está ahora bajo sospecha. Y tú, ya lo sabes, a ti te están vigilando, el abuelo nos lo ha contado. No te han tocado por él, pero no te perdonarán una nueva metedura de pata. Comunista, ¡madre de Dios! ¿A qué estabas jugando? Lo has tirado todo por la borda por querer jugar a revolucionaria de pacotilla. No tienes ni idea de lo que has hecho con tu vida, Nina. Y la boda, imagínate, ¿cómo os vais a casar ahora?

—¿Casarnos? Pero ¿de qué hablas, papá? Tengo a mis amigos detenidos, seguro que los están torturando. Y todos mis compañeros están asustados, escondidos o han huido como si fuesen delincuentes. Y a Adrià ya lo has visto, lo han soltado, sí, pero le han dado bien. «Un avisito», le dijeron, «un avisito», mientras lo golpeaban en todas partes. ¿Cómo quieres que piense en la boda y en las tonterías de mamá? ¡Que se case ella, no te jode!

—¡Nina, basta ya! ¡Un respeto! Eres tú quien lo ha vuelto todo del revés por tu mala cabeza.

—¿Con qué mala cabeza, papá? ¿Con cuál? ¿Con la mala cabeza de luchar para derrocar un régimen de asesinos? ¿Con esa? ¿Con la mala cabeza de querer vivir en libertad? ¿A eso lo llamas mala cabeza?

—Pero, Nina, ¿cómo ha ocurrido? ¿Dónde te metiste en eso? ¿Quién fue? ¿Adrià?

—Papá, ¿te estás escuchando? ¿Cómo puedes...? ¿Cómo te atreves...? Tú... Y el tío Dàrius, ¿qué? ¿Qué me dices de él?

—Deja al tío Dàrius, que él no tiene nada que ver en esto.

—Todo. Tiene todo que ver. Yo soy como él, como tú. Sé lo que piensas, aunque te lo calles, que ya lo sé, papá, tú harías lo mismo que yo si fueses joven, que lo sé, puñeta, ¡si los odias tanto como yo!

—¡Nina!

—Papá, lo sabes. Sabes que no lo puedo dejar. Y ahora que me han descubierto, solo puedo hacer una cosa.

—¿Una cosa? ¿Qué quieres decir?

—Marcharme. Tengo que marcharme.

—¿Marcharte? ¿Cómo...? ¿Dónde...? ¿Qué quieres decir?

—Lo he pensado mucho y quiero ir a ver a la abuela Merceneta. Me puedo quedar con el tío Dàrius hasta que pueda viajar a Estados Unidos, no pasa nada, puedo esperar, pero quiero ir a verla.

—La abuela Merceneta... Estados Unidos... pero ¿de qué puñetas estás hablando, Nina? La abuela Merceneta, ¿qué? Pero si no sabemos nada de ella desde hace años... ¡Qué locura, Nina! ¡Qué locura! ¿Es que has perdido la cabeza?

—No, papá, la tengo más despejada que nunca, y está decidido. Y no te preocupes, que sé dónde está la abuela. ¿Sabías que cada año envía una carta a mamá donde le cuenta todo lo que le pasa? Son cartas maravillosas, papá, las he leído, y mamá... Mamá las tiene escondidas y las ignora. ¡Las ignora, papá! ¡Ignora a su madre!

—Pero, pero... ¿de qué me estás hablando? No entiendo nada...

—Entiende solo una cosa, papá, entiéndela. Quiero irme. Necesito hacerlo. Quiero hacerlo, papá, no me quiero quedar en este país de mierda, gobernado por un fascista asesino que me ahoga...

—Te ahoga... Pero, Nina, si lo tienes todo...

—¿Todo? ¿Qué tengo? ¿Qué? Dímelo, papá, ¿qué tengo?, ¿una buena vida de mujer sumisa y callada, preparada para ser la madre de los hijos de un buen burgués? Pero si vivo en un régimen que es una cárcel. Y para las mujeres, papá, para las mujeres es un suplicio. Pero si no puedo hacer nada, ¡no me puedo ir a vivir sola si no me das permiso! Bueno, perdona, sí que puedo: ¡haciéndome monja! Y viajar, nada, tampoco puedo sacarme el pasaporte, y si me caso y mi marido no quiere, no puedo trabajar, papá, ni hacer nada. Y espérate, que si mi marido es un malnacido y tengo un amante, entonces, a la cárcel, papá, ¡a la cárcel!

—¡Qué puñetas dices de amantes! ¿Qué estás diciendo?

—Te estoy diciendo que vivir en España no es vivir. No, no es vida, y menos para una mujer. No lo es. Me ahogo, papá, sí, me ahogo. Quiero ser una mujer completa, quiero vivir en un país decente, quiero trabajar y amar a quien quiera, y sentirme yo misma, y respirar un aire limpio, sí, limpio, porque ahora respiramos un aire podrido, podrido de fascistas. ¿No lo entiendes, papá? Quiero ser libre, ¿me oyes?, ¡quiero ser libre!

—Y Adrià, Nina, ¿es que no le quieres?

—Adrià... Sí, claro, ¿a qué viene ahora hablar de Adrià? Déjalo...

—Pero, Nina, ¿en qué estás pensando? ¿Querrías irte con él? ¿Habéis pensado huir juntos? De qué me estás hablando, hija, dime la verdad.

—No, no, Adrià no quiere irse. No lo necesita como yo. Pero yo sí, papá, yo quiero irme. No puedo más.

—Pero ¿no quieres a Adrià? ¿Ya no lo quieres?

—Sí, sí, claro que lo quiero. Pero, papá, quiero más... necesito más mi propia libertad.

—Nina, Nineta...

La conversación en el Llané fue el primer capítulo de una larga sucesión de confidencias que, a medida que crecía, también fortalecía la complicidad entre padre e hija, en un proceso de sinceridad y vaciado de Nina que, para Maurici, fue toda una revelación. Lentamente fue comprendiendo las razones de su hija y, a medida que la entendía, también crecía su admiración. Nina se

había convertido en una mujer fuerte, determinada a elegir su propio camino. Y cuando Maurici fue conociendo todo tipo de detalles de la vida de Merceneta, que Nina le describía con pasión, comprendió que su decisión de alejarse no era un capricho inconsciente, sino el resultado de una conciencia plena. A todos los efectos, Nina sabía lo que quería y era capaz de conseguirlo. Fue en ese momento cuando decidió que ayudaría a su hija, y el pacto de la huida quedó sellado. De regreso a Barcelona, el secreto que los acompañaba, «mamá no puede saber nada de esto», era pesado y espeso, como una mancha de petróleo enfangando el ánimo, pero Mariona estaba tan escandalizada y desesperada por todo lo que había ocurrido que no se dio cuenta de nada. Tres meses después, padre e hija regresaban a Cadaqués, pero no era más que el tránsito para cruzar la frontera. Descartada toda posibilidad de pasar a Francia legalmente, la única vía que parecía segura era la que siempre habían utilizado los pescadores y los contrabandistas de Cadaqués: la marítima. «El laúd nos llevará hasta Banyuls, donde tenemos parientes. Y allí esperaremos al tío.»

Era primero de julio de 1959. Acababa de salir el sol cuando la barquita de Moisès Kontos se liberó de la boya que la mantenía aferrada a Portlligat. Lentamente comenzó a navegar cerca de la costa. La mar estaba en calma, solo agitada por una brisa suave que apenas movía el agua. Un paseo por mar tranquilo, ligeramente alterado por el runrún del motorcito del laúd. Recostada en la proa, Nina acompañaba el movimiento del laúd con la mano dentro del agua mientras dibujaba una pequeña estela temblorosa. No sentía nostalgia ni pena, sino una especie de euforia, como si culminase un deseo largamente gestado. «Estoy haciendo el mismo camino que hizo la abuela, el camino de la libertad», y aquel pensamiento la enorgulleció. «¿Aún hay peligro?», oyó que su padre preguntaba, pero cuando Moisès señaló la playa de Tallalauca y gritó satisfecho «ya hemos llegado», el miedo se desvaneció como si fuese humo. Al fondo se vislumbraban las casitas blancas de Banyuls. Dos meses y medio más tarde, plenamente instalada en la vida del tío Dionís y de sus amigos del exilio, y completamente convencida de la decisión que

había tomado, Nina recibió una carta de Estados Unidos. En el encabezamiento ponía: «Querida Nina...».

La carta que acababa de recibir Quico comenzaba con un «compañero» a secas, despojado de adjetivos, casi abrupto. Pocas palabras sin ninguna tentación de paráfrasis o estruendo en el papel. Su amigo acababa de ser condenado a treinta años de prisión, y la carta desde la Modelo era un grito desesperado: su familia abandonada, su esposa en la miseria, el pequeño... «¡Basta!», clamó, como si quisiera abroncar a alguien, pero era un grito a sí mismo, solo en su habitación, confrontado con su propia conciencia. Sus compañeros del interior necesitaban ayuda y él no podía permanecer más tiempo indiferente, inútil. No quería convertirse en una rémora incrustada en el sistema, en un ente amorfo y conformista, carente de sentido de lucha. Si los de la CNT habían aceptado la derrota, él no lo haría nunca, del mismo modo que nunca abandonaría a los compañeros presos. Y así, decidido, se dedicó a preparar el regreso, las armas, los documentos, los hombres que lo acompañarían... Sabía que cada vez era más difícil convencer a los viejos militantes, pero había muchos jóvenes libertarios que lo admiraban, y aquella sangre nueva, sin contaminar, era la única esperanza. También tenía que rebautizar sus acciones, porque las siglas de la CNT ya no le servían, y, dotado de una tendencia al histrionismo épico, llamó a su grupo el Movimiento Unificado de Resistencia y Liberación de España, convertido el MURLE en un nuevo paraguas bajo el que cobijarse.

En el congreso de Vierzon había conocido a Antoni Miracle i Guitart, que acababa de ser nombrado secretario de las Juventudes Libertarias de Clermont, en Auvernia, la ciudad donde vivía y donde, aparte de trabajar de peón, daba clases de castellano y de esperanto. «¿De dónde eres?», le soltó Quico nada más conocerlo, y cuando Antoni le respondió orgulloso que «de Bràfim, el pueblo más bonito del Alt Camp, y, ojo, ¡de toda Cataluña!», la carcajada de ambos evaporó las suspicacias. La simpatía fue inmediata y la complicidad se tejió deprisa, y cuando Quico acudió a verlo, a

finales de junio, para crear un grupo de acción, Antoni Miracle se apuntó con entusiasmo. «Te ayudaré a encontrar al resto de los miembros, gente como nosotros, de fiar, ya verás», y de su mano se sumaron tres compañeros que colaboraban con él. El día de las presentaciones, Quico se sentía tan eufórico que pensó que aquel grupo sería imbatible.

—Y tú, ¿de dónde vienes?

—Yo soy Francisco Conesa, Quico, barcelonés, del barrio de Sant Andreu. Desde el exilio, vivo en Lyon. Trabajo de chófer.

—Bienvenido, compañero.

—Por cierto, hoy es mi cumpleaños, por si queréis hacerme un regalo, ja, ja, ja...

—Caramba, empiezas fuerte, compañero. ¿Cuántos cumples?

—Nací el 21 de diciembre de 1921. Echad la cuenta...

—¡Pues lo vas a celebrar luchando contra los fascistas!

—¡Sí, exacto, jodiendo a fascistas! Yo también acabo de cumplir años, veintisiete, hace justo quince días. Soy Rogelio Madrigal. Nos conocemos, señor Sabaté...

—¡Señor Sabaté! ¡¿Es que te has vuelto loco?! ¡Yo no soy señor, soy un libertario! Haz el favor de tratarme como un compañero.

—Sí, perdón, es que estoy emocionado. Compañero, sí, compañero Sabaté.

—Mejor... Cierto, creo que te conozco. ¿De dónde eres?

—Soy de Hospitalet, pero nos hemos visto por Dijon. Vivo allí. Trabajo de albañil. Y también nos vimos en el congreso de Vierzon. No sé si te acuerdas, te conté que había desertado del ejército español y...

—Cierto, cierto, el soldado..., ja, ja, ja. Bueno, bueno... ¿Y tú, chaval? ¿Tú quién eres?

—Martín Ruiz Montoya, compañero. El más joven del grupo. Tengo veinte años, pero no le temo a nada.

—¿Veinte años? Eres un jodido mocoso. ¿Ya has repartido plomo?

—No exactamente... Quiero decir... nunca he disparado a una persona, pero me he entrenado, ¿eh? Disparo bien, de verdad, soy

buen tirador...

—Pues ya estás tardando. Yo tenía dieciséis cuando cometí el primer atraco. El cabrón del burgués, aún lo recuerdo. Era un hijo de puta de los Sindicatos Libres. Mi hermano Pep le dio una buena paliza... Y yo allí, con mi Colt encañonándolo... Y tú con veinte, mmm... aún no te has estrenado... No sé, Antoni, ¿quieres decir que puedo estar seguro de este? Parece de porcelana fina, ¡ja, ja, ja!

—De porcelana, nada de nada. Es cierto que es joven, pero muy valiente, no lo dudes. Valiente como pocos, Quico. No te fallará.

—Pues entonces, compañeros, parece que estamos listos. En una semana pasaremos la frontera e iremos a cazar malnacidos.

—¡Desde luego! ¡La vamos a armar gorda!

A cientos de kilómetros del local donde tenía lugar la conversación entre el grupo de maquis recién formado, un hombre se paseaba por los alrededores del río Oseira. Aunque ya había cumplido los sesenta y ocho, aún se sentía en forma para hacer largas caminatas con su querido sabueso, un *bloodhound* que superaba los cincuenta kilos y que, según su orgulloso propietario, poseía el mejor olfato del mundo. Y uno de los paseos que más le gustaba era la ruta que rodeaba el monasterio trapense de Oseira, al que, ufano, llamaba «nuestro Escorial gallego». La primera vez que lo visitó, siendo muy joven, cuando aún no se había marchado a Barcelona, se estremeció al pensar que, ocho siglos antes, la Orden del Císter hubiera osado construir un gran monasterio en una montaña con cimas tan inexpugnables y cuestas tan inaccesibles, y el hecho de que estuviese dentro de la parroquia de San Cristovo de Cea, donde él había nacido, le producía un intenso orgullo, como si él, por el mero hecho de haber llegado al mundo junto a aquella joya, compartiese parte de su gloria.

Esa mañana se había levantado animado. El día era frío pero soleado, y, sin motivo aparente, pensó en el monasterio. Hacía seis años que se había jubilado y aún no había encontrado el momento para volver, aunque era una de las ideas que se había marcado antes de la jubilación. «Cuando deje la Brigada, me instalaré en

San Cristovo y pasearé por el monasterio de Oseira, que eso sí que es una obra de arte grandiosa», comentaba una y otra vez a modo de promesa. Pero en seis años no había encontrado la ocasión de cumplirla, y aquella mañana le pareció la idónea. Convencido, decidió que dedicaría el tiempo a pasear por el entorno del río Oseira, y el recuerdo de las excursiones que hacía cuando era joven, rodeando todo el monasterio y pasando por Vilaenfesta y Bétar, incluso llegando a Pieles, lo enterneció. «Ya no estamos para tanto trote, ¿verdad, amigo?», y la mirada de su perro le dio la razón.

Fue justo cuando acababa de almorzar y se disponía a echar una cabezadita para recuperarse de la excursión.

—Señor Quintela, tiene una llamada.

Y al escuchar las palabras de su amigo, el latido del corazón disparándosele, la respiración, entrecortada, precipitada, acelerada, las piernas temblando...

—¿De verdad, Pedro? ¿De verdad?

—De verdad, querido Eduardo. Lo tenemos.

—Pero ¿cómo?, ¿dónde lo tenéis, coño? ¿Dónde?

—Aún no, cálmate, pero está a punto. La policía francesa nos ha pasado toda la información. Sabemos cuándo atravesará la frontera, por dónde, con quién, las armas que lleva, lo sabemos todo, querido Eduardo, todo. Por fin vamos a matar al puto anarquista de los cojones.

—No puedo perdérmelo, Pedro, ese cabrón es mío.

—Por eso te llamo, querido amigo, por eso. Para que vengas rápido a Barcelona. Este honor te corresponde. A Sabaté tienes que matarlo tú.

—Sí, Pedro, sí. Justicia divina.

En cuanto colgó el teléfono, estupefacto, se sentó en un gran sillón que tenía reservado para la copa y el puro de las tardes. Se sentía extrañamente abatido, como si la fatiga de décadas de persecución contra su principal enemigo lo hubiese fulminado de golpe justamente el día en que recibía la noticia más esperada. Pero al instante recuperó la fortaleza de su carácter, y entonces la euforia se apoderó de él. Se sentía rejuvenecido, nervioso, tan

excitado como la primera vez que salió a cazar anarquistas.

Recordaba muy bien los primeros tiempos de cacería: la llegada a Barcelona; la admiración por su mentor, Bravo Portillo, cuya mano no temblaba a la hora de limpiar Barcelona de sindicalistas; su asesinato a manos de los anarquistas; su dedicación completa a exterminarlos... ¿Cuántas veces habían querido asesinarlo? Los maquis Sabaté y Facerías lo habían intentado en diversas ocasiones, pero el primer atentado contra su persona lo había sufrido veintiséis años antes, en 1933. Cada detalle de aquella noche milagrosa permanecía grabado en su cerebro y lo repetía en la memoria, paso a paso, como un recordatorio de supervivencia. Había seguido a cuatro anarquistas hasta el bar Centelles, en el barrio de Sant Martí, y cuando al salir del local les dio el alto, lo cosieron a tiros. Menos mal que pudo repeler el ataque con su pistola y que solo lo hirieron en el brazo y en una nalga, pero fue la primera vez que vio la muerte de cerca.

«Estuvieron a punto», se repitió, y, divertido, se levantó, llenó una copa con una generosa cantidad de Soberano y, en posición marcial, hizo un brindis al aire: «Por todos los cabrones que habéis intentado matarme y no lo habéis conseguido». Exultante, pensó en la cantidad ingente de acciones que había llevado a cabo en aquellos años de la República contra los marxistas y los ateos, y contra la chusma catalanista, pero sobre todo contra los anarquistas: las batidas contra las bandas de expropiadores libertarios, la desarticulación de decenas de grupos de saboteadores, la persecución de atracadores, la detención de decenas de anarcosindicalistas. Y en 1935, el orgullo de ser testigo de la acusación contra los miembros de la Generalitat que en octubre de 1934 se habían atrevido a proclamar la República Catalana. Qué gran día, aquel en que pudo declarar contra los traidores a España, Companys, Gassol, aquel militar traidor de Escofet... «todos escoria, escoria barrida», y, henchido de sentimiento patrio, dirigió la copa a los labios y un buen trago de Soberano descendió por su garganta, dejándole en el paladar un ligero gusto a vainilla.

Después de aquella copa decidió que se serviría otra y que

también encendería uno de sus habanos. No era un gran bebedor, pero gozaba con aquel ritual de copa y puro, que practicaba cada tarde con el placer de la indolencia. Y si bien era muy extraordinario que tomase coñac tan temprano, las noticias merecían un premio extra. Además, su amigo le había dicho que los maquis aún tardarían dos días en pasar la frontera, o quizá más si alguna circunstancia los demoraba, de manera que podía permitirse un tiempo de asueto. «Este habano será el segundo mejor de mi vida», y mientras lo encendía con parsimonia, añadió: «... porque el mejor de mi vida me lo fumaré sobre el cadáver de Sabaté», y soltó una carcajada histriónica mientras un humo tímido comenzaba a salir del cigarro.

Después, relajado por el alcohol y el tabaco, se dejó acunar por los recuerdos de aquellos últimos años intensos en que estaba convencido de que había acometido una obra ingente de depuración y limpieza. Sus méritos eran indiscutibles. Desde que Franco en persona, nada más acabar la guerra, lo había designado comisario, «uno de los catorce nombrados directamente por el Generalísimo», la evidencia de que era uno de los elegidos para desmantelar todas las redes opositoras al régimen lo llenaba de orgullo. Revestido, pues, con la púrpura del poder y dotado de una misión patriótica casi religiosa, buscó rápidamente un ayudante a su altura, el policía Bravo Montero, hijo de su mentor, Bravo Portillo, y tan despiadado como su padre, y se puso a trabajar desde el primer momento con todos los instrumentos que tenía a su alcance, persuadido de que los primeros meses de la victoria eran claves para ejercer una represión efectiva y letal: testimonios de los quintacolumnistas, informaciones de delatores, datos recogidos en centros sindicales, nombres que aparecían en los periódicos republicanos, información encontrada en locales, ateneos, centros políticos, instituciones, casas particulares... Todo valía para hacer listas de nombres, detectar republicanos emboscados y destruir las redes libertarias que aún tenían fuerza, y así logró elaborar un ingente fichero de «enemigos del régimen» que sirvió de base de datos para cientos de consejos de guerra donde las sentencias de decenas de años de prisión se intercalaban, aleatoriamente, con las

penas de muerte.

«¿A cuántos habré enviado a la muerte?», se preguntó de repente, como si fuese una pregunta que lo inquietase, pero no era inquietud, sino satisfacción, y en un alarde de soberbia se dijo: «A menos de los que lo merecían», y dio una calada profunda a su habano, satisfecho por haber tenido una vida plena.

Sin embargo, si sus primeros años en el oficio habían sido intensos, el salto de gigante lo dio cuando creó la Brigada Político-Social y se convirtió en lo que sus amigos llamaban pomposamente «el terror de la FAI». En verdad se merecía el nombre porque, durante los doce años en que fue el comisario jefe de la Brigada, consiguió detener a miles de personas, desmantelar cientos de células y cazar y matar a casi todos los guerrilleros anarquistas que intentaban atentar contra el régimen. Solo le faltaban Quico Sabaté y Caracremada, y, por lo que le había dicho Pedro Polo, Sabaté ya estaba en capilla.

«¡Pedro Polo!», exclamó de pronto al pensar en su amigo, y una punzada de nostalgia lo emocionó, no en vano había sido él su descubridor, cuando solo era un boxeador, y lo había formado hasta elevarlo a comisario de la brigada de servicios especiales y a la comandancia de la Político-Social cuando él se jubiló. «¡Y ahora ahí está, de jefe de información del gobernador!» Incluso le había enseñado a torturar, porque Polo tenía un directo fuerte, pero no era sutil a la hora de elegir la intensidad, ni la parte del cuerpo ni el ritmo de los golpes; «y esto es un arte, querido Pedro», le decía a menudo si el comisario Polo empezaba a perder el control y corría el riesgo de dejar inservible al detenido. «¡Que este no podrá ni hablar, cojones!» Él, en cambio, sí sabía soltar la lengua de todos aquellos hombretones que querían acabar con Franco y temblaban como hojas cuando pasaban por el sótano de la Vía Layetana. «Hay que jugar con ellos. Equilibrio, querido Pedro, equilibrio. Miedo y golpe, y dejar respirar al miedo antes del siguiente golpe.»

De pronto sintió impaciencia. Había perdido demasiado tiempo saboreando la noticia y había llegado el momento de prepararse. Apagó los restos del puro, se levantó del sillón y, decidido, soltó un «¡Vamos!» imperativo a su perro. Pensaba

llevarlo consigo de viaje por si fuese necesario seguir algún rastro, y, eufórico, llamó a la sirvienta. Tumbado en el suelo, el gran sabueso del viejo comisario holgazaneaba indolente, indiferente a la gran gesta que estaba a punto de protagonizar junto a su dueño.

¡Viva el Somatén!

Eran las dos de la madrugada. Aquella noche había decidido no dormir para poder ver toda la maniobra de la entrada en el puerto. De repente vislumbró unos puntitos claros tintineando en la oscuridad, y aquella especie de neblina luminosa en la lejanía le provocó una excitación frenética. Eran las primeras motas de luz de Long Island, la costa al alcance de la mano, la tierra aproximándose... El barco avanzaba tan suavemente que apenas hacía ruido, como si se tratase de un visitante furtivo, y solo el latido de su corazón perturbaba la noche. Decidida a fijar cada detalle en la memoria, dejó que las horas fueran pasando mientras el amanecer alzaba los primeros rayos de sol.

«¡Qué viaje tan fascinante!», pensó, y las emociones de aquellos ocho días de travesía la enternecieron. Había salido del puerto de Le Havre en un buque llamado *Nieuw Amsterdam*, de la Holland America Line, y desde el primer momento todo le pareció maravilloso. Era un paquebote enorme, decorado con un estilo *art decó* luminoso que resultaba muy acogedor. Nina viajaba en una de las cuatrocientas cincuenta y cinco *cabin class* que había en el barco, aparte de las quinientas cincuenta y seis de la *first class* y las doscientas nueve de la *tourist*, que daban alojamiento a mil doscientos veinte pasajeros, según les había informado el capitán. También viajaban setecientos tripulantes que trabajaban en toda clase de tareas, desde las propias de la navegación hasta el contingente enorme que se dedicaba a atender a los viajeros. En total, el *Nieuw Amsterdam* daba cabida a casi dos mil personas, y cuando Nina pensaba en aquella cantidad de gente atravesando junta el Atlántico se sentía protagonista de una aventura única. No solo era la primera vez que viajaba, sino que lo hacía sola y camino de América, y aquellas tres condiciones, insólitas cada una

de ellas, le parecían una posibilidad inabarcable, un sueño. Pero allí estaba, acompañada por dos mil personas mientras cruzaba el océano con rumbo a Nueva York. Y cuando entraba en el fastuoso comedor lleno de espejos, totalmente inundado de ramos de flores, donde decenas de camareros elegantemente vestidos con librea servían cada mesa con refinamiento, definitivamente le parecía que estaba viviendo en un cuento de hadas.

Los ocho días se le habían pasado volando, impulsados por las numerosas vivencias que estaba experimentando: los largos ratos observando la inmensa mancha azul sin horizonte; la agitación cuando las aguas se embravecían y sacudían la nave; el mar ardiente de los atardeceres marítimos; los claros de luna, sugerentes, casi mágicos; las largas conversaciones con personas desconocidas, llegadas de todas partes, cada una con su historia en la maleta. Y también estaban los bailes en el gran salón, la lectura de libros en la cubierta, las múltiples actividades de ocio que proponía la tripulación, la paz de las noches, resguardada de las preocupaciones... Incluso le habían permitido visitar la sala de máquinas, a más de siete metros bajo el mar, y la imagen de aquellas calderas enormes y de los grandes cilindros girando a una velocidad inimaginable la maravillaban tanto como la belleza de los paisajes, impresionada por la precisión de la tecnología.

«¡Quién me lo iba a decir!», exclamó, dirigiendo la mirada a las profundidades de las aguas, como si le hablase al mar, testigo silencioso de aquellas horas de espera. Y al pensar en ello regresó la angustia de los últimos meses, en que las dificultades se habían multiplicado al tiempo que se precipitaba el escándalo. Conseguir el pasaporte había resultado más complicado de lo que había prometido el tío Dàrius, en especial porque el destino del viaje era Estados Unidos y no se podían arriesgar con malas falsificaciones. Al final fue su padre quien lo obtuvo oficialmente, al viejo estilo con el que siempre se conseguían las cosas en la España del estraperlo. Dado que el abuelo Eusebio había usado sus influencias para sacar a Nina del foco policial y había desaparecido el obstáculo más peligroso, Maurici solo necesitó comprar generosamente las voluntades de los funcionarios. Y, con el

pasaporte en la mano y la carta de invitación de la abuela Merceneta, los trámites para el permiso de entrada en Estados Unidos se demoraron pocas semanas.

Pero lo más difícil de aquellos últimos meses previos al viaje no fueron los documentos, ni la incertidumbre, ni siquiera la espera de las cartas de la abuela, sobre todo su invitación formal para ir a visitarla, necesaria para el visado, sino la melodramática reacción de Mariona, tan horrorizada por lo que había hecho su hija que no solo gritó y lloró desconsoladamente, sino que sufrió taquicardias, desmayos y un ataque de nervios tan exagerado que tuvieron que llevarla al hospital. Ella, su hija, una chica joven y soltera que ahora estaría marcada para siempre con el estigma del deshonor, se había ido de casa. «¡Huyendo como mamá, igual que ella, Dios mío!», gritaba por la casa mientras sollozaba desesperadamente, «una perdida, una viciosa», y volvía a sollozar. Además, con su huida, Nina había roto la palabra de matrimonio que se habían dado entre familias, y ahora ella, su madre, una gran señora de Barcelona, quedaba marcada socialmente, proscrita. Maurici intentaba tranquilizarla, le hablaba, le aseguraba que todo estaba bajo control, intentaba explicarle los motivos de Nina, pero la complicidad con su hija lo convertía en traidor a ojos de su esposa. «Tú, tú, tú tienes la culpa, tú, ¡por haberla ayudado!», y de nuevo volvían los sollozos y las taquicardias. «Ay, ay, que me ahogo», y las sirvientas acudían a abanicarla.

Desbordado por la situación familiar, pero decidido a no abandonar a Nina, Maurici se aisló como pudo del revuelo y se dedicó a resolver las dificultades del viaje para que todo saliera bien. La decisión que había tomado su hija lo dejó completamente conmocionado, como si lo despertase de un largo letargo. Hasta aquel momento vivía resignado, felizmente instalado bajo la protección de un orden establecido que era despótico y cruel con los vencidos, pero generoso y seguro para los vencedores. Y él formaba parte de la victoria, tanto por su estatus social privilegiado como por su matrimonio con Mariona Lucien, hija de un gran afecto al régimen. Era cierto que a veces lo atormentaba la conciencia, sobre todo cuando pensaba en su hermano y en sus

amigos, muchos de ellos exiliados o muertos, pero siempre había sido una persona pragmática, dedicada al estudio y a los negocios, alejado de las veleidades políticas que tantos quebraderos de cabeza provocaban en la gente. Quizá no fuera más que un simple muchacho de buena familia que había asumido la gran lección de la vida: no pensar en nada más que en sobrevivir. Pero Nina acababa de pinchar la burbuja de confort en la que vivía, y ahora se sentía a la intemperie, desnudo y vulnerable, y, al mismo tiempo, extrañamente motivado. Su hija se había mostrado ante él como una amazona que no dudaba en cabalgar hacia el horizonte, dueña de su destino, y aquella imagen de una chica joven demostrándole el coraje que él nunca había tenido lo había roto en mil pedazos. En ella veía el espíritu de su hermano Dàrius, el de su suegra Merceneta, el de tantos y tantos que no se habían sometido. Puede que nunca fuese valiente, y, con toda probabilidad, en un momento u otro volvería a su burbuja de seguridad y se sentaría a leer las noticias de *La Vanguardia* al lado de su mujer, murmurando entre dientes, disciplinado, mientras ella alababa las fotos de doña Carmen Polo que salían en la portada. Sí, todo volvería a ser igual porque no tenía alma de guerrero ni la tendría nunca, pero durante un breve periodo de tiempo estaría a la altura de lo que había que hacer más allá de la prudencia y de los intereses. Y aquel paréntesis de coraje lo resarciría de toda una vida de cobardía.

Nina jamás habría imaginado que Maurici se enfrentaría a toda la familia para ayudarla, pero al pensarlo en ese momento, mientras el vaivén del barco la acunaba, sintió un amor completo por su padre, y aquel sentimiento agudo le provocó una sensación de euforia, como si nada pudiese volver a detenerla nunca. Estaba a punto de encontrarse con la abuela Merceneta. Las tres cartas que se habían cruzado en aquellos meses eran tan intensas, y al mismo tiempo tan delicadas, que habían desvanecido cualquier incertidumbre, y estaba convencida de que se entenderían a la perfección. Al fin y al cabo, eran dos almas gemelas, ambas fugitivas de las tinieblas de sus vidas, mujeres heridas y rotas, pero también mujeres rebeladas y decididas, y, cuando se encontrasen cara a cara, Nina sabía que se reconocerían una a la otra. «¡Vidas

tan distintas y al mismo tiempo tan paralelas!», pensó, y un arrebato de orgullo la atravesó.

Feliz, miró el horizonte, aún oscuro, y, como si fuese una letanía, se repitió la frase que había dicho un momento antes: «¡Quién me lo iba a decir!». Sí, quién le iba a decir que sería capaz de dejar atrás su mundo, a su gente, a Adrià, todo aquello que le importaba, que lo abandonaría guardado en un rincón de la vida, convertido en un puñado de recuerdos: el dibujo etéreo del pasado. Solo importaba el presente que era capaz de construir, finalmente convertida en autora y protagonista de su novela. Se sentía tan impelida por el ideal de la libertad que todos los sacrificios le parecían menores, incluso la separación de Adrià, la única pérdida que le provocaba un malestar persistente, una especie de runrún del subconsciente que no dejaba de hostigarla. Pero ni aquella herida la había frenado y ahora, a punto de empezar una nueva vida, nada de lo que había dejado le parecía importante.

De pronto, casi a las cinco de la madrugada, una sombra gigantesca, procedente de la oscuridad, le heló el corazón y, por un momento, se sintió amenazada, como si allí, perdida en el otro extremo del océano, la pudiesen perseguir los fantasmas. Fue un instante fugaz, un resorte que se había disparado desde los viejos miedos que la habían acompañado durante los últimos años, y la punzada en el estómago le produjo un gusto ácido en la boca. Entonces se percató. Aquella forma extraña que la observaba fijamente, como un monstruo en mitad del mar, era la gran dama, la señora que abría la puerta al nuevo mundo, la heroína de su historia. Poco a poco, la Estatua de la Libertad fue tomando forma y, ante aquella giganta de hierro que simbolizaba todo lo que ella anhelaba, Nina se sintió pletórica, con las emociones tan a flor de piel que la hacían estremecerse y reír y llorar al mismo tiempo, feliz como nunca antes lo había sido.

Lo había conseguido, había superado todos los obstáculos y estaba preparada para reconstruirse plenamente. Ya no existía el pasado. Todo era futuro.

En la Baga del Ginebret, en cambio, solo existía el presente. El comando de Quico Sabaté llevaba un rato bordeando el Bassegoda y, después de Sant Julià de Ribelles y de Sant Bernabeu, ya había pasado por Lliurona y por el collado de la Creu, pero la lluvia era tan intensa que ralentizaba la marcha. Quico conocía a la perfección aquella ruta que partía desde Costoja, por el paso del Hostal de la Muga, y que era la única posible en pleno invierno. La otra ruta, la que pasaba por Setcases, era más corta y durante años había sido la travesía más adecuada, pero las cumbres se hacían imposibles en pleno diciembre, y, además, desde la detención de Àngel Marquès estaba muy vigilada, y las casas seguras donde se escondía, Ca la Badia en Llanars, o Can Barranquet en Surroca, y, sobre todo, Can Miserias en Sant Martí de Sobremunt, habían caído. Tampoco podía contar con el escondite de la Graboudeille, donde solía guardar armas de refuerzo, de modo que el paso por Setcases había quedado descartado.

«Está decidido, ¡pasaremos por Costoja!», y, dicho y hecho, el 29 de diciembre de 1959, con la mochila llena de armas y la moral alta, los cinco maquis comandados por Sabaté salían de Costoja hacia el Hostal de la Muga. Nada más comenzar la marcha, Quico miró atrás. Siempre que pasaba por aquel camino le venían los recuerdos de los primeros años del exilio, cuando se instaló en la masía Caseneuve Loubette con su mujer y sus hijas. Aquella finca aislada resultaba muy útil para buscar las mejores rutas por las que penetrar en el país y, sobre todo, era un lugar idóneo para acoger a compañeros anarquistas con los que debatir, conspirar, preparar atentados, planificar todo tipo de acciones y, además, soñar juntos con un futuro de éxito libertario. Es verdad que Leonor no dejaba de quejarse, porque la masía se encontraba en malas condiciones y las niñas tenían mucho frío, y, por otro lado, siempre tenía que cocinar y lavar para todos los que se alojaban allí, pero Quico no la escuchaba: la mujer de un guerrillero debía entender el sacrificio que exigía la lucha por el ideal libertario, y los lamentos de su mujer rebotaban inútiles en las viejas paredes de la casa.

Pensó en los paseos con Alba y con Paquita por las calles de Costoja. Le gustaba mucho aquel pueblecito tranquilo, situado en

la ribera del Costoja, justo donde comienza la cordillera principal de los Pirineos, y cuando caminaba con las niñas sentía cierta paz. A menudo se detenía frente a Santa Maria de Costoja, y si bien odiaba profundamente a los curas y obispos y toda esa gente de iglesia, no podía evitar sentir admiración ante la espléndida portada románica de mediados del siglo XII. También le gustaba perderse por la antigua sagrera, especialmente por el barrio del mediodía, donde se encontraban los caminos reales que unían el Vallespir con el Ampurdán, y que podían ser rutas que estudiar. A pesar de las quejas de su mujer y el frío de las niñas y de todas las dificultades, tenía un recuerdo dulce de aquella etapa familiar fugaz, y, cuando pensaba en ello, sentía cierto pesar, que, no obstante, ahuyentaba de inmediato. No era un padre de familia, ni un marido ni anhelaba aquella normalidad, porque todas las fibras de su cuerpo vivían y se alimentaban de la vida de guerrillero que había escogido. No habría elegido ninguna otra vida en sus cuarenta y cuatro años, ni podía ser nada más, así que, sacudiendo la cabeza, como espantando la tentación de la nostalgia, gritó: «¡Buena marcha, compañeros! ¡Franco nos espera!», y el grupo continuó la ruta. «¿Dónde pararemos, Quico?», preguntó el más joven, visiblemente agotado, y él respondió: «En Falgars. En Falgars, parada y fonda».

Ni el general jefe de la segunda zona de la Guardia Civil, Marceliano Crespo y Crespo, ni el teniente coronel Rodrigo Gayet Girbal, ni tampoco el jefe de la 131 comandancia, el capitán José Blázquez Pedraza, ni el teniente general del cuerpo, Antonio Alcubilla, ni tampoco el propio Eduardo Quintela, finalmente llegado desde Galicia; ninguno de los mandos que dirigían el operativo de captura sabía con precisión por dónde pasaría el comando de los maquis. Pero la información de la policía francesa permitía acotar la ruta en los alrededores de la montaña del Mont, entre Besalú, Beuda y Albanyà. Y antes de que Quico y sus compañeros salieran de Costoja ya se habían desplegado en la zona más de trescientos efectivos, entre guardias civiles, policías y militares. Todas las carreteras, las entradas y salidas de los pueblos y los cruces de caminos estaban vigilados, las masías más aisladas

se registraban, y a todos los payeses, leñadores y masoveros del territorio se los había presionado, bajo amenaza de cárcel, para que delatasen a cualquier desconocido. La trampa mortal estaba preparada, y solo era necesario aguardar un hecho inusual, algo anómalo que fuese el indicio de una presencia extraña, para caer sobre la presa.

A orillas del río Manol, el día 30, se tuvo la primera confirmación: un grupo de forasteros se movía por la zona. Y la segunda, el 31 de diciembre, el último día del año triunfal en que Franco había celebrado los veinte años de la victoria con la inauguración de un gran mausoleo y el presidente Eisenhower había ido a visitarlo, consagrando definitivamente al régimen; aquel último día de 1959 se iniciaba la cacería final de Quico Sabaté. Todo había empezado, como era previsible, con indicios y casualidades: humo saliendo de una masía deshabitada, el Casot de Falgars, al pie del Mont...; un hombre, el cartero de Lladó, que había salido a cazar...; la pareja de la Guardia Civil del pueblo, a caballo, acercándose...; los primeros disparos...; la pareja abatida... Y luego la huida desesperada para intentar escabullirse de la telaraña que los iba envolviendo. «Los han visto por Esponellà, y parece que han atravesado el Fluvià. Están por los bosques de Bañolas», y la alegría expectante de los mandos sobre el terreno se sumaba a la excitación eufórica de los despachos oficiales. El despliegue policial lo tenía todo controlado —las masías, las rutas, los puntos de apoyo—, y los maquis no podían moverse de ese círculo cerrado que imposibilitaba el retorno a la frontera y controlaba las rutas alternativas. «Por Anglés tampoco podrán huir», y, descartadas todas las opciones, el único aliado que les quedaba a los perseguidos era el instinto de supervivencia. «Pero caerán», y aquella certeza se repetía como una letanía, de guardia civil a policía, de policía a soldado.

«¿Caeremos?», preguntó Antoni Miracle mientras caminaban emboscados por los alrededores de la Mota. «No, no nos cogerán», respondió Sabaté, y de pronto señaló una masía que había unos metros más allá. «Mirad aquella casa, ahí podremos escondernos.» Con ánimos renovados, los cinco combatientes se encaminaron

rápidamente hacia allí, convencidos de haber encontrado un momento de respiro. Eran las once de la mañana del día 4 y llegaban exhaustos. Llevaban tres días sin comer nada, pero la miseria en que vivían los masoveros los obligó a darle dinero a la mujer y enviarla a comprar comida al pueblo. Había que reponer fuerzas y ganar un poco de tiempo para preparar un plan de huida viable. Pero los detalles... La mujer nerviosa en la tienda...; una compra exagerada de comida para ella, que no tenía dinero...; el rumor extendiéndose por la Mota, «hay forasteros en la masía Clarà...»; el alcalde avisando a la Guardia Civil...; el teniente coronel Rodrigo Gayet Girbal y el capitán José Blázquez preparando el operativo y, en dos horas, la masía rodeada por tres cordones de uniformados fuertemente armados.

Entretanto, dentro de la casa, la conversación con los masoveros, los platos calientes que les habían preparado, la calidez de la chimenea, el tiempo deslizándose suavemente, como si fuese una pausa conquistada, un instante de vida robado al deseo de muerte de sus depredadores... Durante aquellas breves horas en la masía Clarà todo se renovaba: la fortaleza física, el compañerismo, los ideales, la moral de victoria, pero de puertas afuera, las hermanas de las moiras, las keres, se preparaban para gozar de su botín, ávidas de la muerte violenta que las alimentaba. Hijas de Nix, la diosa de la noche, y hermanas de Ezis, la diosa de la tristeza, sus espíritus coléricos rondaban la masía, afilaban los colmillos, suspiraban por el destino de sangre que estaban a punto de disfrutar.

Sucedió a las cuatro de la tarde. Quico y sus compañeros había quedado saciados con la comida y la idea de salir al exterior y echar un vistazo a los alrededores se consideró, en aquel momento de calma, un riesgo asumible. A simple vista, todo parecía normal: el bosquecillo que rodeaba la masía, los matorrales, ligeramente mecidos por una brisa suave, el rumor del aire, el gorjeo de algún pájaro cercano, nada que no fuese el paisaje previsible. Pero los fusiles aguardaban el momento preciso, y cuando las primeras ráfagas reventaron la quietud, el cuerpo de Francisco Conesa de desplomó, herido de muerte. Entonces, la

entrada precipitada en la masía, el teniente coronel Gayet conminándolos: «¡Sabaté, ríndete! ¡Estáis rodeados!», la ráfaga de la Thompson de Quico como respuesta, un segundo intento de salida, diversas heridas y la decisión final de resistir hasta la noche para volver a intentarlo. Pero a las once de la noche habían llegado cincuenta guardias civiles más para bloquear completamente cualquier intento de fuga, y la salida fue un caos: una vaca como escudo, dos de los maquis abatidos por el primer cordón de fusiles, y Quico escondiéndose tras otra vaca, el animal cayendo, él reptando por el suelo con tres heridas en el cuerpo: una ligera en el cuello, una bala en la nalga y una herida grave en la pierna, que intentaba calmar con una dosis de morfina. Era todo o nada, y, decidido a no dejarse atrapar, se arrastró hasta el primer cordón policial, donde oyó la consigna, «¡no disparéis, soy el teniente!», proferida por el teniente Francisco Fuentes, pero fue Quico quien disparó y lo fulminó. Luego siguió arrastrándose mientras repetía, una y otra vez, la consigna «¡no disparéis, soy el teniente!» mientras los policías disparaban en todas las direcciones, desconcertados por las detonaciones y por las dos bombas de mano que Quico había arrojado. Superados los tres cordones policiales y vestido con la ropa del teniente abatido, inició una huida enloquecida, la última de su vida. Al entrar en la masía, los guardias civiles encontraron a los masoveros, recluidos en una pequeña despensa, y al joven maquis Martín Ruiz Montoya, que se había escondido dentro del horno de piedra de la masía. Cosido a balazos, cayó abatido.

A pesar de que el frío es muy vívido, casi no lo nota. «Debe de ser la fiebre», piensa, y se moja la cara con el agua del río. Quiere cruzar el Ter, aguas arriba del Pont de la Devesa, y llegar hasta Fornells. Necesita un tren que lo lleve a Barcelona, donde aún quedan casas seguras. No hay otra escapatoria que ir por el interior de Cataluña hasta llegar a la gran ciudad, y allí sabrá perderse. Por suerte hay luna llena y aquel foco natural que ilumina vagamente la noche le permite saber por dónde ir. Finalizado el efecto de la

morfina, la herida de la pierna ha vuelto a despertarse, pero no le puede prestar atención. No hay heridas, no hay fiebre, no hay desfallecimiento, nada puede detenerlo porque solo existe un propósito, escapar, y es ese propósito el que lo mantiene en pie durante los veinte kilómetros que tiene que recorrer para llegar a la estación de Fornells. Está clareando y ve, detenido, un tren correo. Es el 1104, que está a punto de salir. De un brinco se sube a la cabina y, antes de que se den cuenta de lo que está pasando, apunta con la Colt a los maquinistas: «Soy Quico y tengo que llegar a Barcelona». Pero es imposible, porque es un tren de vapor y en Maçanet tienen que cambiar la locomotora por una eléctrica. Tiene hambre y los operarios le dan sus bocadillos. La fiebre continúa subiendo, parece que le hierve la cabeza, pero no delira. Al llegar a Maçanet, salta a la otra locomotora. Nuevamente: «Soy Quico», pero ya no se ve capaz de llegar a Barcelona. Necesita descansar. La herida de la pierna se está poniendo negra y, si no encuentra un médico, se gangrenará. «En Sant Celoni, aflojad la marcha», ordena, y cuando se acerca a la villa, se lanza al vacío. Casi no se tiene en pie, la fiebre, la pierna, el cuello que le arde. Son las ocho de la mañana, no puede más, tiene que pararse, llama a una puerta, pero la mujer no lo deja entrar: «Estoy sola, váyase». De repente, un payés que pasa con su carro, «por favor, un médico», al doctor Barrios, en la calle Santa Tecla, llama con insistencia, pero no es la casa del doctor, el payés se ha equivocado. Un chico joven pregunta: «¿Quién es ese forastero que llama? Lleva una ametralladora»; se abalanza sobre él: «¡Que alguien venga a ayudarme!», grita despavorido; su vecino, Abel Rocha, que es del somatén, soriano, falangista y vive a treinta metros ve a los dos hombres pelearse, Quico, que consigue coger la Colt, de pronto oye el ruido que hace el somatén, se da la vuelta y le descerraja dos tiros, pero Rocha se mantiene en pie y, con rapidez, dispara todo el cargador de su naranjero. El cuerpo del guerrillero se tambalea cuatro, cinco segundos, sacudido por los disparos que lo atraviesan, y al terminar la descarga cae al suelo como un saco de piedras. Son las ocho y veintisiete minutos de la mañana. Momentos después llegan, resoplando, el exlegionario Pepito

Sibina y el sargento de la Guardia Civil Antonio Martínez Collado. Quico Sabaté yace en el suelo, inerte, pero sus perseguidores no tienen bastante y, con la rabia acumulada por todos aquellos años de persecución, le disparan diversos cargadores en la cabeza. La cara reventada, sin rostro, ni ojos ni boca, solo un pingajo de carne despedazada. Un charco de sangre crea un riachuelo que mancha los zapatos nuevos del somatén.

Al día siguiente, sentado en el sofá de casa, Maurici lee la noticia. *La Vanguardia* dedica un generoso espacio a contar la persecución y muerte del «peligroso bandolero», y su mujer, con la acritud con que habla desde que se marchó Nina, le espeta: «Mira, uno de los tuyos, un cerdo menos». Resignado, pasa las hojas del periódico sin decir nada. Hace mucho tiempo que ha aprendido a hacer del silencio un arma defensiva, un escudo. Al pasar la página, ve una carta en un recuadro: «HOMENAJE A LA INSTITUCIÓN CATALANA DEL SOMATÉN». La firman «tres madrileños» que se deshacen en elogios «hacia esa magnífica institución catalana del Somatén, que tan eficazmente ha cooperado con la Guardia Civil en la aniquilación del citado malhechor». Al final de la carta, en negrita, una nota de la dirección del periódico:

> He aquí un merecido homenaje que nos complace subrayar por su carácter especialmente significativo, toda vez que los firmantes, que no son catalanes, expresan su admirativa gratitud a una institución tan noble, generosa y genuinamente catalana como es el Somatén. El heroísmo de los hombres del Somatén es un heroísmo de españoles patriotas y es toda España la que, con los tres madrileños que signan la carta de referencia, se siente, en una auténtica unidad patria, orgullosa y emocionada. Reciban, pues, las fuerzas de la Guardia Civil y del Somatén de San Celoni, el mensaje que, a través de LA VANGUARDIA, les envían esos tres dignísimos españoles justamente ufanos de la institución catalana por excelencia.

Resignado y al mismo tiempo triste, tiró el periódico sobre el sofá. Pensó en Nina, «ella se ha librado de esta oscuridad», y ese pensamiento lo animó. De lejos, oyó la voz de Hermínia,

llamándolos: la mesa ya estaba puesta.

Carta desde América

Primero de agosto de 1960, Nueva York

Querida mamá:

No sé si te sorprenderá que esta vez sea yo, y no la abuela Merceneta, quien te escriba. Tampoco sé si alguna vez has llegado a leer las cartas que ella te ha enviado estos últimos años, pero sé que las guardaste cuidadosamente, atadas con una cinta de terciopelo, y ese detalle, que parece ínfimo, me llena de esperanza. Deseo tanto que no ignores esta carta como deseo que no hayas ignorado las de tu madre. Son cartas de amor, mamá, cartas de amor a ti.

Sé que estás muy enfadada, rabiosa, como te pones cuando algo altera el orden impoluto en el que quieres vivir, y, seguramente, también estás confusa. Tu hija perfecta, educada entre algodones, rica, guapa, felizmente prometida, ¡cómo ha podido destruir así su vida! ¡Cómo he osado ensuciar tu nombre, involucrarte en un escándalo, romper tus sueños! Debías de hacerte estas mismas preguntas cuando la abuela huyó, y, si no has leído sus cartas, aún debes de tenerlas abiertas como una herida que sangra. ¡Eres tan inflexible, mamá...! A veces pienso que tienes miedo, que te da pánico que las cosas cambien porque te sientes segura en el orden que conoces, donde todo está medido y controlado, como en una cárcel.

Pero entiendo tu dolor. Primero huyó tu madre y ahora lo hace tu hija, y tú te quedas en medio, a la intemperie, soportando las piedras que te caen encima sin comprender por qué las personas que tanto quieres te hemos traicionado. En tu mundo, la deshonra es una tragedia, y

nosotras te hemos deshonrado. Pero, mamá, ¿por qué? ¿Cómo va a ser deshonroso querer crecer, vivir experiencias plenas, amar a quien se desee? ¿Cómo va a serlo huir de quien nos oprime?

Me gustaría contarte muchas cosas, cómo es mi vida en Nueva York, cómo está la abuela, cómo es la primita que tengo... Si has leído las cartas, ya sabes de quién te hablo... Ada, la hija de Fishel que sobrevivió a Auschwitz. Tiene casi la misma edad que yo, pero ha vivido miles de vidas a sus veinte años. Su historia es grandiosa, mamá, grandiosa. ¿Sabes que ya hablo bastante inglés? Siempre he tenido facilidad para los idiomas, aunque el inglés es un poco puñetero, pero lo voy pillando. La abuela me ayuda mucho.

La abuela... Mamá, ha sido maravilloso conocerla. Es una mujer extraordinaria, buena, sensible, delicada. Es impresionante que una gran dama como ella tuviese el coraje de romper con todos los vínculos de su estatus social. ¿Sabes qué me dice? «Nina, fue el precio de la felicidad», y tiene tanta razón, ¡tanta...! Nadie debería nunca renunciar a ser feliz. Ella no lo hizo y yo, mamá, tampoco.

No, no era feliz en casa. No por vosotros, por supuesto, sino por la vida a la que estaba predestinada. No quería vivir en un país tiranizado donde las mujeres somos simples muebles decorativos, sin cerebro ni alma. Un país sin libertad que persigue a los disidentes, los tortura, los mata, mamá, los mata. ¡Tenía tanto miedo en Barcelona...! Miedo y rabia y asco. Y dije basta, porque solo los esclavos y los insensibles se conforman con la opresión.

Me dirás que todo eso no son más que palabras, solo palabras, que no sirven para paliar el motivo de tu dolor: te hemos abandonado. Lo hizo tu madre y ahora lo hace tu hija. Pero no es cierto, mamá. No te abandonamos a ti, sino a la oscuridad en la que vivíamos. No hace falta que lo entiendas. Solo quiero que lo sepas porque, si lo sabes, quizá algún día lo entiendas. No te abandonamos, nos liberamos para poder reconstruirnos, y ahora que somos más fuertes y más felices,

volvemos a ti. Esta carta es un lamento, un grito en la distancia, un deseo de recuperarte y, sobre todo, un gesto de amor.

Te quiero, mamá, con todas mis fuerzas, y por ti atravesaría océanos. Pero soy una mujer y he aprendido una cosa fundamental: para poder querer a los demás, antes debía saber quererme yo. Y ahora que me quiero, decidida y libre, puedo quererte como nunca lo he hecho.

Adiós, mamá. Te escribiré muchas más cartas y te contaré lo que me pasa: cómo vivo, qué hago, a quién conozco. Si me lees, te pido que aprendas a entenderme. No quiero que me perdones. No hay nada que perdonar. Solo tienes que mirar dentro de tu corazón y reencontrarme. Estoy ahí, incluso aunque creas que me he marchado.

Tu hija, Nina

Posfacio

Toda la información histórica que aparece en la novela, desde los datos hasta los nombres de personas, lugares y rutas, está perfectamente documentada. Con respecto a la vida de Quico Sabaté y de los maquis que lo acompañaron, existe bastante documentación que me ha resultado muy útil. Entre todas las lecturas, quiero referirme en especial a tres libros capitales de obligada lectura:

—*Quico Sabaté, el último guerrillero*, de Pilar Eyre, publicado por Península (2000).

—*Sabaté. Guerrilla urbana en España (1945-1960). «Quico» Sabaté, el enemigo público número uno del franquismo*, de Antonio Téllez Solá, en Plaza & Janés (1978).

—*Historia del maquis. El largo camino hacia la libertad en España*, de Julián Chaves, editado por Ático de los Libros (2022).

Aparte de la información sobre los maquis, he aquí algunas aclaraciones sobre los hechos que aparecen en la novela.

La descripción de las diversas torturas que salen en el capítulo «Soy Quico» está ampliamente documentada por los numerosos testimonios que pasaron por las manos de los torturadores de la Brigada Político-Social y pudieron contar su calvario. También son reales los nombres de algunos detenidos que aparecen en la novela.

En el capítulo «Soy Quico» se hace referencia a la historia real del joven Josep Fornells, secretario general de las juventudes del PSUC, que murió en agosto de 1941 en los sótanos de Via Laietana después de tres días de tortura. Su compañera sentimental, la emblemática militante Soledad Real, tuvo noticia de su muerte en

prisión, donde estuvo presa hasta 1957. Algunas descripciones de lo que le pasó son ficción.

Asimismo, en el capítulo «Han llamado de madrugada» se cita al famoso dirigente del PSUC Miguel Núñez, quien, detenido en 1958, permaneció veinticuatro horas colgado de las tuberías de la calefacción del techo. Soportó treinta días de torturas sin delatar a nadie y toda la vida sufrió secuelas por los daños que le causaron. Fue juzgado en tres consejos de guerra consecutivos y condenado a cincuenta y cinco años de prisión, que cumplió en el penal de Burgos, hasta el año 1967. Fue diputado a Cortes de 1978 a 1982. Falleció en 2008.

También en el capítulo «Han llamado de madrugada» se hace referencia al caso de Tomás Centeno, secretario general de PSOE que murió el 20 de febrero de 1953 en las dependencias de la Dirección General de Seguridad, en Madrid, víctima de las múltiples torturas que le infligieron bajo las órdenes del temible comisario Roberto Conesa. La familia no pudo ver el cuerpo ni se le permitió solicitar la autopsia.

La carta de Eleanor Roosevelt que Merceneta y Fishel leen en el capítulo «El naranjo de Yad Mordejai» cuando están en el campo de refugiados de Zeilsheim es auténtica. La publicó el 16 de febrero de 1946, después de una visita al campo, en la columna «My Day», que desde 1935 hasta 1962 escribió para la revista del United Feature Syndicate.

Asimismo, todas las referencias al campo de refugiados de Zeilsheim, las revistas que se publicaban, las obras de teatro que se representaban, las organizaciones internas y la vida en general están extraídas de documentos históricos sobre la vida de los supervivientes del Holocausto en los campos de refugiados de Alemania y Austria.

En el capítulo «El naranjo de Yad Mordejai» se cita una

heroica resistencia de los miembros de los kibutz en mayo de 1948 que está históricamente documentada. Los judíos de Yad Mordejai soportaron durante días, apenas sin munición, el cerco de las tropas egipcias: 110 residentes de los kibutz y 20 combatientes del Palmaj contra dos batallones de infantería, un batallón blindado, otro de artillería y un regimiento entero de artillería. En total, 2.500 soldados egipcios contra 130 resistentes de los kibutz, que solo contaban con armas ligeras, una ametralladora mediana y una antitanque PIAT de mano. Su resistencia fue clave durante la guerra árabe-israelí, porque retrasó cinco días la entrada de las tropas egipcias y ello permitió que los israelíes se preparasen y, una semana más tarde, lograran frenar completamente el avance egipcio en Ad Halom.

También está profusamente documentada la resistencia de los kibutz Degania durante la decisiva batalla del valle de Kinarot, que consiguió detener la entrada de las tropas sirias a través del valle del Jordán. Había setenta personas en los kibutz, con solo tres cañones, un mortero Davidka y una antitanque PIAT, y lograron frenar a una compañía entera de infantería siria con vehículos blindados. El mítico general Moshe Dayan, comandante de las fuerzas de la Haganá y el Palmaj en el valle de Kinarot, había nacido en Degania Alef en 1915. Fue el segundo niño que nació en el kibutz, fundado en 1910.

En el capítulo «La casa de Cassland Road» narro la historia real y milagrosa de una niña nacida en Mauthausen. Su madre llegó embarazada a Auschwitz, se las arregló para ocultar todo el embarazo al propio Mengele, sobrevivió a las marchas de la muerte y dio a luz a su hija en un vagón donde depositaban a los moribundos, a las puertas de Mauthausen, seis días antes de la entrada de los americanos en el campo de exterminio. La madre se llamaba Anna Kaudrová, nacida en la ciudad checoslovaca de Trebechovice, y sobrevivió a un campo de trabajo y dos campos de exterminio. Murió el 17 de julio de 2013. Su hija, Eva Clarke, está viva y, de la mano del Holocaust Educational Trust, da

conferencias por todo el mundo.

Pájaro de aire y fuego
Pilar Rahola

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Ocell d'aire i de foc*

© Pilar Rahola, 2022

© de la traducción: Olga García Arrabal, 2022
© del diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la cubierta: Ferdinando Scianna / Magnum Photos / ContactoPhoto

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U.

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.edestino.es

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2022

ISBN: 978-84-233-6254-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!